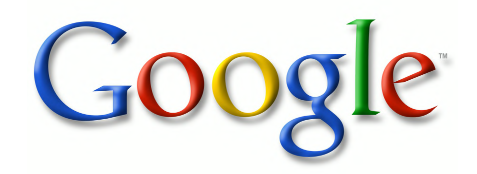
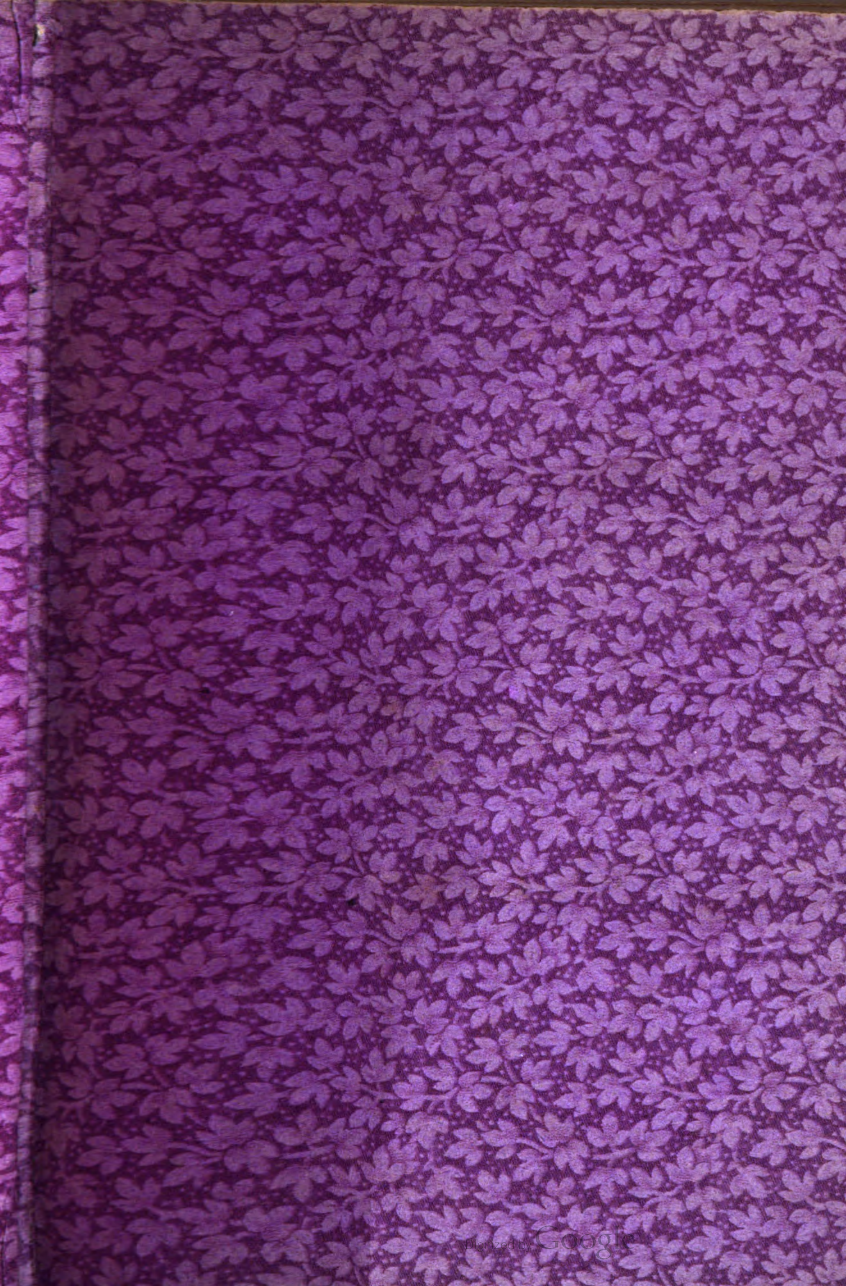


Cuentos del hogar

Antonio Trueba





CUENTOS

DEL HOGAR

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA

SEGUNDA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

calle de Preciados, número 5

1876

doroso artista campesino, se entretiene y entretiene con cuentos y más cuentos, que escuchan embobados sus nietecillos de cabecita rubia, carita sonrosada y ojillos inocentemente picarescos, y el resto de la familia ocupada en labores domésticas, y no ménos atenta que la gente menuda, aunque haciendo aplicaciones y deducciones, mucho más graves y profundas que las que hacen los niños, de las narraciones del abuelo. Si esto te figuras, te encontrarás algun tanto chasqueada, porque quien cuenta los cuentos que te envio soy únicamente yo, desde la especie de tienda de campaña que he improvisado en Madrid como Dios me ha dado á entender para guarecerme con mi familia de la horrible tempestad de fuego y sangre y lágrimas y odio que ruge en aquellos amados valles de allende el Ebro, que tan pacíficos habian permanecido durante treinta años de perturbaciones y rebeliones casi continuas en el resto de nuestra patria. Mi nuevo libro de cuentos, lo mismo sirve para ser leido junto á la lumbre, que en el vagon, ó entre las flores del jardin, ó bajo los frutales del huerto, ó metido el lector entre sábanas en estas pícaras noches de Enero, asomando sólo la mano que sostiene el libro, y los ojos que recorren sus páginas. Si me preguntas por qué, siendo así, he dado á mi nuevo libro el nombre de Cuentos del hogar, y conoces cuán exhausto estoy ya de calificaciones en materia de cuentos, y cuán estéril es mi ingenio para inventar otras, y cuánto puede contribuir un título llamativo á que el público agote pronto la

edicion de estos cuentos, y cuánta necesidad tengo de que esto suceda; si conoces todo esto,

¿Qué quieres que te diga,
María-Josefa,
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

III

Tú, amiga María-Josefa, me conoces como la madre que me parió, y sabes cuán moderado y tolerante he sido siempre en política, y cuán poca es mi aficion á ocuparme en ella, y sobre todo á mezclarme en las parcialidades y escuelas en que el mundo político se divide. Así, estoy seguro de que te sorprenderá no poco el ver la pasion política que se ha escapado de mi pluma alguna que otra vez en algunos de los cuentos que te envio; pero tú tambien sabes cuál ha sido mi vida y cuáles mis vicisitudes en estos últimos años, y áun desde que, casi niño, abandoné por primera vez los valles nativos, para que el bando carlista no me obligara á tomar las armas en su favor, cosa que nos repugnaba profundamente á mis padres y á mí; tú sabes que á pesar de ser necesario carecer de sentido comun, ó carecer de todo sentimiento de justicia, para suponerme afiliado en el bando que pugnaba por convertir en charco de sangre y lágrimas mis amados valles nativos, hubo quien me ofendiera con aquella suposicion,

y me atropellara en virtud de ella; tú sabes que el que ama como yo la tierra en que nací, y conoce como yo la historia y el derecho de aquella tierra, no puede ménos de aborrecer á los malvados ó bestias que la han inundado de sangre y lágrimas y han pisoteado su derecho; tú sabes, en fin, que de aquella tierra, despues de haberme calumniado y vejado unos, me despidieron otros á balazos, ¡á mí, que habia sido recibido triunfalmente en ella, y que, sin temor á que se me acuse de vano y soberbio, puedo blasonar de que acaso soy entre todos sus hijos el que más servicios ha prestado con la pluma á la causa de Dios, de la patria y de la familia, y acaso el primero que ha cantado su gloria, su honra y su hermosura en ambos mundos y en todos los idiomas cultos de Europa! Tú, que sabes todo esto y mucho más que nunca podrá decirse, ó no ha llegado aún ocasion de que se diga, no debes pedirme que te diga por qué la pasion política se ha escapado de mi pluma alguna vez en algunos de los cuentos que te envio; porque

¿Qué quieres que te diga,
María-Josefa,
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

IV

Tú querrás, amiga María-Josefa, que no termine esta carta sin decirte si puede ó no ofrecer algun incon-

veniente la lectura de este libro en el seno de tu familia, compuesta de inocentes niños, de muchachas casaderas, ó poco ménos, y de personas mayores. Desde luégo te digo que estoy íntimamente persuadido de que este libro se puede leer sin inconveniente alguno en hogar tan honrado como el tuyo, y no dudo que tu marido y tú y los abuelitos sereis de mi misma opinion cuando le conozcais.

La familia, tal como hoy está generalmente constituida, y tal como lo está la sociedad de que formamos parte, no puede vivir en la santa ignorancia en que viven y pueden vivir las monjas enclaustradas; porque es imposible que, como éstas, pase la vida exenta de todo contacto con el mundo, é indiferente á lo que forma, digámoslo así, el interes supremo de la humanidad y la cadena que une y multiplica las generaciones. Es inútil que quieras tener á tus hijos en completa ignorancia, por ejemplo, de lo que significa la palabra *amor*, porque apénas pongan el pié en la calle, y áun en su casa misma, verán ú oirán algo que les haga adivinar aquella significacion. En un libro mio que se está imprimiendo con el título de *Historia de dos almas, una negra y otra blanca*, se narra cómo adivinan y se explican un niño y una niña de once á trece años el misterio del amor y la familia, observando cómo dos pájaros construyen un nido, tienen pajaritos, la pájara los abriga y cuida, el pájaro trae de comer á madre é hijos, y padre y madre acompañan y enseñan á los hijos cuando éstos se hallan

en disposicion de empezar á volar. Con esto quiero decir que hasta los irracionales hacen imposible la ignorancia de lo que la palabra *amor* significa en el corazon, y áun en la familia.

Si alguna vez encuentras en el libro que vas á leer algo cuyo sentido no se te oculte á tí que eres esposa y madre, y por consecuencia has penetrado todos los misterios de la familia cristiana y honrada, continúa leyendo, que el concepto más malicioso es inofensivo para el que no le comprende, y el que le comprende no importa que le comprenda.

De todos modos, las malicias que encontrarás en los CUENTOS DEL HOGAR son tan inocentes, que aunque se las confieses al señor cura en la Cuaresma próxima, creo no ha de echarte mucha penitencia por ellas.

Algo más y más claro quisiera decirte en este delicado asunto, pero siendo tú discreta y esposa y madre, ya

¿Qué quieres que te diga,
María-Josefa,
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

V

Algunos querrian, amiga María-Josefa, que todos mis cuentos populares estuviesen bañados de misticismo tal que fueran la delicia, por ejemplo, de las piado-

sas mujeres cuya vida está enteramente consagrada á elevar á Dios cánticos y oraciones; pero tengo el sentimiento de no poder complacer á los que tal quisieran. Hay muchos modos de servir y honrar á Dios, áun sin invocar su santo nombre más que en determinadas ocasiones en que el espíritu se aparta de la tierra y se remonta al cielo; y como, desgraciada ó felizmente, los que le sirven y honran así, es decir, trabajando para servir á la familia, á la humanidad y á la patria, que tambien es servir á Dios, son muchísimos más que los que le sirven y honran de otro modo, es decir, sólo elevándole cánticos y oraciones, el escritor que aspira al nombre de popular tiene que desairar á los ménos para complacer á los más.

Yo quisiera tener siempre el nombre de Dios en los labios, pero necesito resignarme á tenerle casi siempre sólo en el corazon; porque si no, ¿cómo me quedarian atencion y tiempo para cumplir los deberes puramente mundanos, pero no por eso ménos santos é imprescindibles, de esposo, de padre y de ciudadano?

A deberes análogos á éstos sacrificas tú, amiga María-Josefa, la aspiracion constante de tu alma á remontarse al cielo. Por tanto, en este asunto, como en los otros,

¿Qué quieres que te diga,
María-Josefa,
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

VI

Algo más te diré, amiga María-Josefa, para redondear y hacerte más perceptible lo que temo no haber acertado á explicar con la suficiente claridad en los renglones anteriores.

Un dia, hallándome en la merindad de Durango, no quise tornar á Bilbao, donde tenia mi hogar y mi familia, sin visitar ántes el venerando templo de Nuestra Señora de Arrate, que está en una montaña entre Vizcaya y Guipúzcoa, como lo da á entender aquella *canta* popular que, mal traducida por mí, dice:

Nuestra Señora de Arrate
tiene la casa muy alta,
para bendecir mejor
á Guipúzcoa y á Vizcaya.

Y con aquel piadoso fin me dirigí á Eibar, donde pensaba descansar para emprender en seguida la subida del santuario, que es penosa por lo larga y pendiente, y permanecer allí algunas horas abstraido por completo de las cosas de la tierra, y ocupado sólo en las del cielo; pero apénas habia llegado á Eibar, recibí una carta de mi mujer, que me decia: «Es necesario que vengas inmediatamente, porque los señores diputados generales te necesitan con urgencia, y ademas la niña está hoy muy mal, y yo no estoy bien».

Lleno de inquietud emprendí precipitadamente la vuelta, aumentando mi sentimiento el no haber podido arrodillarme á los piés de la milagrosa imágen de la Vírgen cuya intercesion habia invocado con feliz éxito en muchas tribulaciones de mi vida. Cuando bajaba por los castañares de Bérriz, oí los piadosos cánticos que alzaban en el coro las monjas de un convento de Santa Clara, escondido entre el frondoso ramaje de aquellas arboledas; y deseando descansar un poco, y no seguir mi jornada sin saludar á aquellas piadosas y sencillas siervas de Dios, que siempre habian acogido mi visita con alegría y bondad entrañables, me dirigí al locutorio del convento.

Conversábamos las religiosas y yo, y por más que mis interlocutoras no tuviesen pensamientos ni palabras más que para las cosas del cielo, que eran las que las habian llamado al claustro, yo no podia apartar el pensamiento de las cosas de la tierra, que eran las que me llamaban á Bilbao.

—¡Ay, don Antonio!—me dijo la superiora.—¡Dichoso usted que puede escribir sin ocuparse más que en las cosas del cielo!

—¡Ay, madre!—la contesté.—¡Dichosas ustedes que pueden pensar y hablar sin ocuparse en las cosas de la tierra!

Como no me es posible escribir libros sólo para las buenas religiosas de Bérriz, mis libros no pueden tener el baño de misticismo que algunos querrian. Si en el

mundo domina lo humano, ¿cómo ha de dominar lo divino en los libros que para el mundo escribo? Y si á tí misma te oigo quejarte con frecuencia de que los quehaceres domésticos te impiden oir misa todos los dias,

¿Qué quieres que te diga,
María-Josefa,
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

Madrid, Enero de 1876.

ANTONIO DE TRUEBA.

LA GUERRA CIVIL.

I

Tenia yo de ocho á diez años y casi casi deseaba que hubiese siquiera un poquito de guerra, porque siempre estaba oyendo hablar de ella, y envidiaba á los que la habian conocido.

—¿Qué es guerra?—habia preguntado á mi madre.

Y ésta me habia contestado:

—Hijo, Dios nos libre de ella, porque la guerra es matarse los hombres unos á otros.

—Pues mi hermano y yo no nos matamos ni matamos á nadie, y siempre está usted diciendo que somos muy guerreros y que damos mucha guerra.

Mi madre se echó á reir al oir esta observacion mia, y léjos de rechazarla, pareció confirmar-

la dándome un beso apretado y chillado, que es cosa rica.

Este proceder de mi madre, que al parecer no podia influir en mi criterio, influyó no poco, pues me hizo dudar más y más de que la guerra fuese matarse los hombres unos á otros y los guerreros fuesen una especie de fieras.

Los chicos de la aldea me acusaban de *collon*, viendo, por ejemplo, que cuando se mataba el cerdo en casa, en vez de hacer lo que en tal caso hacian ellos, que era ayudar á sujetar las patas del pobre animal sobre el banco en que se le tendia para meterle el cuchillo, ó encargarse de la faena de revolver con un palo la sangre que iba cayendo en la caldera, yo me escapaba de casa al castañar inmediato y allí me estaba llorando y tapándome los oidos para no oir los dolorosos gruñidos del cerdo, y no volvia hasta que éste habia dejado de padecer, fausta nueva que me daba el humo del helecho ó de la paja con que se le chamuscaba en la portalada.

Pues á pesar de esto, y á pesar de lo que me decia mi madre cuando le preguntaba qué era la guerra, la curiosidad infantil podia en mí tanto, que sentia no conocer la guerra más que de oidas. Esto, que á primera vista parece inexplicable siendo yo tan *collon* como decian los otros chicos de la aldea, tenia una explicacion muy sencilla: para

mi madre podia ser la guerra matarse los hombres unos á otros, pero para mí era ir por la aldea muchos soldados con fusiles y sables muy relucientes y uniformes muy hermosos, y embobarme viendo sus formaciones y ejercicios y oyendo sus tambores y cornetas. ¡Ahí era nada todo esto para los chicos de una aldea por donde casi nunca parecia un soldado, y cuando por casualidad pasaba alguno le íbamos siguiendo hasta más allá de las últimas casas, y no nos cansábamos de hablar de él en muchas semanas!

II

Mi madre tenia entrañable cariño á su aldeita natal, que estaba en la vertiente opuesta del valle, é iba á ella muchos dias festivos, llevándome en su compañía. Un domingo de verano oimos misa primera y emprendimos mi madre y yo aquel viajecillo de una legua ántes que calentase el sol demasiado.

El señor cura que habia dicho la misa primera llevaba el mismo camino para ir á su casa, y nos acompañó en el corto camino que separaba á ésta de la parroquia.

Era hácia el año 1830, y el señor cura nos dijo que algunos españoles emigrados en el extranjero habian hecho en la frontera francesa al-

guna tentativa para entrar violentamente en España.

—¡Si tendrémos guerra!—exclamó mi madre asustada.

—¡No lo quiera Dios!—dijo el señor cura.—Que la guerra civil es la peor de las guerras.

Llegamos frente á casa del señor cura; éste se quedó allí, y nosotros continuamos nuestro camino.

—Madre,—pregunté á la mia,—¿qué es guerra civil?

—Guerra civil es la que no es con extranjeros, sino entre gente de una misma nacion.

—¿Y por qué ha dicho el señor cura que ésa es la peor de todas las guerras?

—¡Ya ves tú, pelear españoles con españoles, que es, como quien dice, pelear hermanos con hermanos! porque la tierra donde nacimos es nuestra madre.

—Pues á mí me parece que si los que pelean son todos españoles, es mejor que si fueran españoles y extranjeros, porque se entenderán mejor, harán ménos daño á España, que es su madre, y harán más fácilmente las paces.

—Hijo, eso parece que debiera suceder, pero sucede todo lo contrario.

Mi madre trató de darme más claras explicaciones de lo que era la guerra civil; pero la pobre, aunque era de claro entendimiento y de sabio co-



razon, juzgó aquella empresa superior á su elocuencia y renunció á ella, de modo que á mitad de camino todavía la iba yo moliendo con preguntas dirigidas á saber por qué era la guerra civil la peor de las guerras.

Para subir del valle á la aldeita de mi madre habia una cuesta muy pendiente y larga, que no bastaban á hacer grata ni los multiplicados rodeos del camino, ni la fresca sombra de los castaños, ni áun la alegría que mi madre y yo sentíamos siempre al terminarla viéndonos entre parientes y amigos, que corrian alborozados á nuestro encuentro. Al pié de aquella cuesta habia una casa donde vivia una viuda con dos hijos mozos, y allí, á la sombra de unos hermosos nogales que amenizaban la portalada de la casa, nos sentamos á descansar ántes de emprender la subida de la cuesta.

III

Martina, que así se llamaba la viuda, salió á saludarnos en cuanto nos vió llegar, y despues de obsequiarme con pan y fruta, se sentó á nuestro lado en uno de los maderos labrados que habia en la portalada.

Mi madre le preguntó por sus hijos Pepe y Agustin.

—Buenos, á Dios gracias,—contestó.—No

tardarán en venir, pues han ido á misa primera para quedarse en casa miéntras yo voy á la mayor, y cuidar de que los ganados no entren en las heredades y hagan algun destrozo en la borona, que este año está muy hermosa.

—¡No tiene usted poca fortuna con lo buenos que le han salido esos chicos!

—Es verdad que la tengo, y no me canso de dar gracias á Dios por ello. No porque yo lo diga, pero son unos muchachos que más trabajadores, más hábiles para todo, de mejor conducta, y sobre todo, más amantes de su madre, no los hay en toda Vizcaya. Ellos, sí, tienen tambien su pero, como todos le tenemos en este mundo...

—Mujer, ¿qué pero han de tener esos chicos?

—Sí que le tienen; y si no por eso, crea usted que viviríamos en la gloria, y pocas casas estarian más desahogadas que la nuestra; pero ya sabe usted lo que es andar siempre con pleitos y cuestiones de justicia... Por más que les predico á estos muchachos: «Es necesario, hijos, que domineis ese pícaro genio y no seais tan quisquillosos y tercos, pues vuestras terquedades nos cuestan un sentido y el mejor dia vamos á tener por ellas algun disgusto que me quite ú os quite la vida»; por más que les digo esto, no puedo con ellos, pues por la cosa más tonta y sin sustancia arman una disputa entre sí ó con el primero que llega,

y tenemos la de Dios es Cristo. Yo no sé á quién han salido esos muchachos. Su padre, que esté en gloria, es verdad que no sabía la mitad que ellos, pues ni siquiera sabía leer y ellos han aprendido buena escuela y no pasan dia sin leer algo en algun libro ó algun periódico; pero en cambio era un bendito á quien no se le oia una voz más alta que otra. ¿Que Fulano pensaba negro y él pensaba blanco? Pues le dejaba pensar como quisiera y anda con Dios. ¿Que Mengano no se habia portado bien con él? ¡Cómo ha de ser! Seamos indulgentes para que lo sean con nosotros, que en este mundo nadie es impecable. ¡Váyales usted con eso á estos chicos! Pero, señor, ¿será posible que cuanto más saben las gentes han de ser más quisquillosas y guerreras, como les sucede á estos chicos mios?

—Ea, ahí los tiene usted.

—¡Y altercando como de costumbre!

IV

En efecto, los hijos de Martina llegaban disputando entre sí y acompañados de otros de aquellas cercanías, que tambien venian de misa primera y tomaban parte en la disputa, unos dando la razon á Pepe, y otros dándosela á Agustin.

Nos saludaron todos afectuosamente, y sentán-

dose en los maderos, Pepe y Agustin volvieron á la disputa que al llegar habian suspendido para saludarnos.

—¡Pero, hijos,—les dijo Martina,—que siempre habeis de estar como el gato y el perro!

—Es que éste se empeña en llevarme siempre la contraria.

—Quien se empeña en llevármela á mí eres tú.

—Hijos, dejaos de disputas...

—Yo maldita la gana tengo de ellas si no me provocaran.

—Quien provoca eres tú.

—Tiene razon Agustin,—dijeron algunos mozos.

—Quien la tiene es Pepe,—replicaron los demas, excepto uno que no atribuia la razon á uno ni otro, y procuraba en vano hablar.

—Pero ¿por qué es la disputa? Por alguna tontería, ¿no es verdad?

—Sí señora, por una tontería de este terco.

—La tontería y la terquedad son tuyas...

—¡Vamos, hijos, no hay medio de entrar en razon con vosotros!—dijo Martina.

Y añadió, dirigiéndose al mozo que se habia abstenido de dar la razon á uno ni otro:

—Prudencio, ¿qué es lo que ocurre?

—Yo se lo diré á usted, Martina: lo que ocurre es que ni Agustin ni Pepe tienen razon, y yo

se lo hubiera probado inmediatamente si me hubieran dejado hablar...

—No te hemos dejado hablar—interrumpió Agustin á Prudencio—porque tú eres un pastelero que siempre quieres quedar bien con Dios y con el diablo.

—Esa es la verdad,—asintieron los de uno y otro bando.

—Pues ahora no teneis derecho á hacerme callar, porque no hablo con vosotros. Alcancé á éstos al empezar la bajada de la cuesta, y ya venian disputando sobre quién era un caballero que anda de caza en los rebollares del otro lado del rio. Pepe decia que era don Juan de Orrántia, el de Balmaseda, y Agustin que era don Pedro de Agüera, el de Castro; y unos dando la razon á Pepe, y otros dándosela á Agustin, estaban ya tan ciegos y acalorados que les faltaba poco para venir á las manos. Me entero del motivo de la disputa, les digo que unos y otros están equivocados, y sin querer oir más se ponen furiosos contra mí, continúan la disputa, y ésta es la hora en que aún no me han dejado meter baza para probarles en cuatro palabras que tan equivocados están unos como otros.

—Yo no estoy equivocado.

—El que no lo está soy yo.

—Tiene razon Pepe.

—La tiene Agustin.

—Sois unos indecentes.

—Los indecentes sois vosotros.

Entre Pepe y Agustin y sus respectivos parciales se armó tal barullo, y la irritacion, los denuestos y las amenazas eran tales, que todo presagiaba una catástrofe, por más que Martina, mi madre, Prudencio y hasta yo mismo tratábamos de apaciguar á los contendientes.

Al fin Pepe dió una bofetada á Agustin, éste contestó con otra, y la lucha á bofetadas y á palos se hizo general.

V

Mi madre y yo nos separamos un poco del campo de batalla asustados y no sin haber experimentado algun daño. Unicamente esperábamos que Martina y Prudencio, que tenian más influencia que nosotros sobre los contendientes, y continuaban esforzándose por apaciguarlos, consiguieran poner término á la lucha; pero pronto se desvanecieron nuestras esperanzas cuando vimos á Prudencio vacilar de un garrotazo que le alcanzaron los de un bando, y caer de otro con que le secundaron los del bando contrario.

Ya sólo Martina continuaba haciendo heroicos esfuerzos por restablecer la paz, pero no tardamos

en verla tambien caer, si no de un garrotazo, de un empellon involuntario, y dar con la cabeza en los maderos tan terrible golpe que perdió el sentido, sin que en su ceguedad lo notasen los contendientes.

Mi madre y yo tambien, á pesar de mi *collonería*, corrimos en su auxilio y el de Prudencio, y les vendamos á ambos la cabeza con pañuelos, pues ambos la tenian rota.

Cuando el combate estaba á punto de terminar, no porque los combatientes se hubiesen convencido de su sinrazon, sino porque estaban agotadas sus fuerzas, Prudencio recobró el sentido y áun nos ayudó á llevar á Martina á casa.

—¡Qué terquedad la de estos hombres!—exclamó mi madre.

—¿Terquedad?—contestó Prudencio.—Aún no lo sabe usted bien. La disputa ha sido sobre si el cazador es don Juan ó es don Pedro, y ni don Pedro ni don Juan puede ser, pues los dos murieron hace algunos meses.

Poco despues mi madre y yo emprendimos la subida de la cuesta y vimos que unas vacas habian entrado durante la reyerta en una hermosa heredad y habian arrasado el maíz.

—Mira, hijo mio, lo que ha sucedido,—me dijo mi madre:—sin tener ninguno razon, y creyendo todos tenerla, han disputado, se han odiado

y han peleado como Caínes. Ellos han perdido, pero más han perdido los que ninguna culpa tenian, que eran Martina y Prudencio, en quienes estaban el amor y la prudencia. ¡Las vacas han destruido un sembrado de borona, pero la reyerta le ha reemplazado con otro de odio! Hijo, ¿no querias saber lo que era la guerra civil?

—Sí, madre.

—Pues la guerra civil viene á ser eso.

—¡Maldita sea esa guerra!—exclamé.

Y aquella maldicion aún se escapa de mis labios rebosando espanto é indignacion.

LA CASUALIDAD.

I.

Eran frecuentes mis escapatorias de la villa á la aldea natal, adonde me estaban siempre llamando la familia, los amigos, los recuerdos de la niñez y mi aficion á la vida campesina.

Llegué á la aldea al anochecer de un dia de invierno, y como llegase cansado y hacía frio y la noche era oscura, me instalé inmediatamente junto al hogar, y siguiendo el consejo de mi padre y mis hermanos, reservé para la mañana siguiente la visita á los amigos y compañeros de la infancia, á pesar de lo muy grata que me era siempre esta visita y de mi impaciencia por hacerla.

Algunos amigos mios, ménos egoistas y no más descansados que yo, pues habian pasado el dia trabajando en sus heredades, arrostraron el

cansancio y el frio y la oscuridad, para ir á verme tan pronto como supieron mi llegada.

Con tal motivo, aquella noche habia gran tertulia en casa. Mis sobrinitos, que ordinariamente se acostaban al anochecer, con un huevo ó una taza de leche casi todas las veces, y las demas con la añadidura de un azote que les daba su madre con toda la suavidad que permitia el caso, para corregir las *mañas* en que incurrian cuando el sueño les rondaba, estaban aquella noche despabiladísimos, y todas las amenazas de su madre de que haria y aconteceria con ellos si no se iban á acostar, eran inútiles, pues poniéndose bajo la salvaguardia del tio y del abuelo, las desafiaban valerosamente.

Mis sobrinitos, que no tenian pelo de tontos, sabian muy bien que todo no habia de ser aquella noche hablar de parejas de bueyes, de layadas, de veneras, de roturas, de caleros, de si el trigo tenia ó no buena pinta, de si el hijo de Fulano iba á América y de si el hijo de Mengano, que habia ido hacía dos años, habia mandado ya á sus padres tantas ó cuántas onzas de oro. Todo esto les interesaba muy poco: lo que les interesaba era que se contase algun cuento ó cosa parecida, y sabian muy bien que al fin el cuento ó sucedido habia de venir á amenizar la conversacion. Su tio gustaba de cosas para ellos nada amenas, pero

gustaba tambien de cosas que oian embobados, y los que se desvivian por complacerle y obsequiarle siempre que iba á la aldea, no omitian nunca entre sus obsequios algun cuento ó narracion, que si no era cuento, lo parecia.

Recayó la conversacion sobre si lo que ocurria en el mundo, sin intervenir en ello la voluntad del hombre, era todo obra de la voluntad de Dios, ó era en parte obra de la casualidad.

La opinion general fué que todo era óbra de la voluntad de Dios; pero no faltó quien se obstinase en sostener que si bien Dios tiene poder para hacer que sucedan ó dejen de suceder todas las cosas, muchas veces no hace uso de su poder en pro ni en contra, y lo que sucede es puramente obra de la casualidad.

El que sostenia esta opinion era un tal Ciscorro (ó Franciscon), cuya terquedad venía de familia, pues ya su abuelo y su padre fueron conocidos con el apodo de Cabezudos, que el mismo Ciscorro habia heredado merecidísimamente.

Mi padre no era un sabio ni mucho ménos, ni tenia pretensiones de competir en sabiduría con su hijo, que es cuanto se puede decir para encarecer su modestia; pero siempre habia tenido, y conservaba aún, entendimiento claro, juicio recto y espíritu observador, y habia vivido mucho, como que era ya casi octogenario.



—Yo creo firmemente—dijo mi padre—que todo lo que sucede en el mundo es óbra deliberada de la voluntad de Dios, que ha tenido su razon para hacerlo, áun cuando nosotros no comprendamos por qué lo ha hecho. Una vez iba yo con el carro á traer castañas de los castañares de Sopeña. El dia y la noche anteriores habia llovido á mares, como que el agua se habia llevado las presas de Lacilla y Labarrieta, y de resultas de aquel diluvio, todo era *derroñadas* (1). Iba yo montado en mi carro, y de repente se paran los bueyes en un sitio donde la carretera no tenia más ancho que el del carro, y salir de ella é ir rodando hasta el rio todo era uno. Arreo á los bueyes, pero por más que tiraban, no daban un paso adelante. Miro á la rodada, y me encuentro con que el obstáculo con que tropezaba la rueda era un canto muy grande que habia rodado de la ladera y se habia detenido allí. Me bajo, aparto el canto y le hago rodar al rio, entreteniéndome durante esta operacion en pensar tontamente que muchas cosas no podian ser obra de Dios, sino obra de la casualidad, pues Dios es infinitamente bueno y sabio, como nos dice la doctrina, y siéndolo, no podia ser que hiciese cosas que, como la bajada de aquel canto á la carretera, no podian servir más que de

(1) Desprendimientos ó arrastres de terreno.

daño á los hombres. Apénas volví á montar en el carro y echaron á andar los bueyes, oigo como cien pasos más adelante un gran ruido; me inclino á mirar por entre los troncos de los castaños, y veo que el ruido es de haberse derroñado sobre la carretera un cerro coronado de peñascos que la dominaba. ¿Y sabeis lo que hice entónces?

—¡Toma!—contestó Ciscórro.—Lo que usted haria entónces sería ver si podia pasar con el carro dando un rodeo.

—Eso lo hice despues, que lo que hice entónces fué arrodillarme en el carro y alzar los ojos y el corazon á Dios para pedirle perdon por haber dudado de que fuese obra de su voluntad y, como tal, obra sábia y justa, todo lo que en el mundo sucedia, y para darle gracias porque me habia salvado de la muerte con el obstáculo que me habia detenido algunos minutos en mi camino, pues á no detenerme, justamente hubiera yo pasado bajo el cerro en el momento en que el cerro caia, y hubiéramos quedado allí aplastados y sepultados el carro, los bueyes y yo.

Todavía no se dió por convencido Ciscorro con este ejemplo de que todo lo que sucede en el mundo, ó es obra de la voluntad del hombre consentida por Dios, ó es obra solamente de Dios, que en uno y otro caso sabe muy bien que lo que consiente ó hace es justo, y nunca puramente obra de la

casualidad. Mi padre quiso ver si con otro ejemplo acababa de triunfar de aquel cabezudo, que decia:

—La caida de un canto á la rodada de los carros nada tiene de extraordinario, y mucho ménos una derroñada despues de haber llovido á mares. Cuando yo me convenceré de que Dios y no la casualidad ha andado en el negocio, será cuando ocurra una cosa tan extraordinaria que parezca un milagro y por medio de ella se salve un hombre ó se castigue un delito.

—Pues vas á saber que esa cosa ha sucedido, y si dudas de ello, pregunta á doña María de Garay, á don Eduardo de Chábarri, á don Ambrosio Ruiz de Oquendo y otros aún más viejos que yo, que alcanzaron y deben recordar lo que voy á contaros.

—No,—contestó Ciscorro,—no dudo de lo que va usted á contar, sino de que lo que va usted á contar sea tan extraordinario que no pueda ser obra de la casualidad.

—Pues oid.

Y mi padre nos contó el caso singularísimo que voy á dar á conocer con todos sus pormenores, aunque no con el color local que mi padre le daba y que en mi pluma ó boca es imposible.

II

Béci es una feligresía del concejo de Sopuerta, pero parece un lugar enteramente apartado del Concejo, no tanto porque su antiquísima parroquia de San Cosme y San Damian no sea aneja de la matriz de San Martin de Carral (que existia ya en el siglo XII), como lo son las de Mercadillo, Avellaneda, Labaluga y Labarrieta, cuanto por la situacion de sus treinta casas extendidas en una alta meseta que casi desde ninguna barriada del Concejo se descubre, y tiene difícil comunicacion con el valle. Hasta en las costumbres y el lenguaje difieren los de Béci de los de las otras feligresías, distante la que más una legua. Los de Béci son propiamente los serranos del Concejo.

Es Béci lugar de gente sencilla, trabajadora, honrada y pacífica, donde no habia memoria de un robo, y mucho ménos de un homicidio. Con decir esto, se dice la sorpresa, la consternacion, el espanto con que una mañana circuló entre sus moradores la noticia de que un vecino, llamado Márcos de Larrabita, habia aparecido muerto de mano airada en una *sula* (1) más arriba del barrio de

(1) *Sula*, corrupcion de *sola*, heredad; es el campo roturado y dejado despues de baldío. De éstos abundan en el terreno comun



Cañedo, en el descenso del monte que separa á Béci de Avellaneda.

La justicia del Concejo, el teniente corregidor de las Encartaciones (que tenia su audiencia en Avellaneda) y los mismos vecinos de Béci, se desvivian inútilmente por descubrir al asesino.

No habia siquiera el menor asomo de que por las Encartaciones anduviesen entónces malhechores de ninguna especie; en Béci no habia persona alguna capaz de quebrantar el quinto ni el sétimo mandamiento de la ley de Dios; nadie habia visto la tarde ni la noche anterior forastero alguno en Béci ni sus inmediaciones, y Márcos era hombre querido de todos sus convecinos y de carácter sumamente pacífico. ¿Cómo se explicaba el atentado de que habia sido víctima? ¿Quién podia ser el asesino? ¿Cuál el objeto del asesinato? Nadie acertaba á contestar á estas preguntas que todos hacian y se hacian á sí propios.

El licenciado Gómez de Párraga, que á la sazon era teniente corregidor de las Encartaciones de Vizcaya, tomó el asunto por su cuenta y juró que habia de descubrir al asesino. Lo primero que hizo fué llamar á un tal Juan de la Cavareda, vecino de Béci y llamado por mal nombre Casuali-

que el Fuero permite labrar y sembrar por espacio de tres años, con tal que se abra, una vez hecha la recoleccion, para que pasten los ganados del vecindario.

dades, que se habia distinguido entre todos por la indignacion y pena que le habia causado el crímen y por el celo con que habia secundado los esfuerzos de la justicia para dar con el criminal, como regidor que era de la feligresía y como vecino y amigo inseparable del pobre Márcos de Larrabita.

Queria el licenciado Gómez de Párraga que Juan le informase de cuanto atañia á cada uno de los vecinos de Béci. Los informes que Casualidades le dió fueron tan satisfactorios, que concluyeron con estas palabras:

—Por casualidad, señor teniente, entre todos los vecinos de Béci yo soy el peor y más capaz de cometer un delito como el que vuestra merced persigue y todos lloramos.

Al señor licenciado enamoraron tanto más la modestia y la sencillez de Juan, cuanto que ántes de consultarle habia pedido informes de él, como de todos los vecinos, á personas muy honradas y respetables del Concejo, y todas le habian dicho:

—Juan de la Cavareda tiene tan hermosa el alma como fea la cara. Él es, entre todos los vecinos de Béci, el mejor y más incapaz de cometer un delito como el que vuestra merced persigue.

A Juan de la Cavareda le habian dado el apodo de Casualidades porque la frase «Por casualidad», viniera ó no á pelo, era la muletilla obliga-



da y perpetua de su conversacion, y porque ademas opinaba que en el mundo suceden á veces cosas que no son obra de Dios ni de los hombres, sino puramente de la casualidad. Lo que más contribuyó á que le quedara este apodo fué un caso digno de referirse, tanto por lo curioso, como porque explica el apodo de Juan y prueba cuán amigos eran éste y Márcos. Juan y Márcos, que eran inseparables cuando muchachos, iban un dia sí y otro no á llevar vena á las ferrerías de Trucíos con un par de mulas que cada uno tenia, y como al pasar por el barrio de la Vía en Arcentáles, cuyo valle confina con la feligresía de Béci, viesen á una muchacha muy guapa cantando y riendo en las heredades donde trabajaba, los dos se enamoraron de ella.

—Chico,—dijo Juan una tarde de verano, despues que se separaron de la arcentaliega, á quien habian pedido por favor una jarra de agua, que la muchacha les habia sacado muy complaciente á la estrada por donde pasaban,—yo estoy enamorado de esa chica.

—Pues, chico, yo tambien lo estoy,—contestó Márcos.

—Lo siento, porque yo estaba resuelto á decirla si se queria casar conmigo.

—Yo tambien lo siento, porque yo pensaba decirle lo mismo.

—Pues nada, chico, díselo, porque no quiero hacerte mal tercio.

—Díselo tú, que tampoco yo quiero hacértele á tí.

Como Juan y Márcos eran tan buenos amigos y no querian perjudicarse uno á otro, rivalizaron durante muchos dias en generosidad, y al cabo convinieron en una cosa: el dia de San Antolin próximo irian juntos á la romería de Arcentáles, obsequiarian ambos con fruta á la muchacha, y cuando el tamborilero empezase á tocar un corro, los dos alargarian á un tiempo la mano á la muchacha para sacar á ésta á bailar, y el preferido se declararia á ella.

Así lo hicieron: la muchacha prefirió la mano de Márcos, Márcos y ella se casaron algunos meses despues, ella murió de sobreparto ántes de cumplirse un año, y Juan y Márcos, casado éste ó viudo, continuaron siendo los buenos amigos de siempre.

La preferencia de la arcentaliega tiene una explicacion muy sencilla: si en lo moral Juan competia con Márcos, no así en lo físico, porque tenia una descomunal nariz acaballada y un enorme lunar en el carrillo izquierdo, que daban á su cara una fisonomía tan singular, que el que la veia una vez no la olvidaba nunca.

Como en el lugar fuesen públicas y notorias

las calabazas que le habia dado la arcentaliega, y él era tan bondadoso que era el primero que reia de las bromas que le daban, se las daban á cada paso con el desaire que habia sufrido por su fealdad en la romería de San Antolin.

—¡Ca!—decia Juan.—No fué mi fealdad, sino la casualidad, lo que hizo á la arcentaliega preferir á Márcos.

—Tu fealdad fué.

—No, la casualidad, la casualidad y sólo la casualidad,—repetia el bonachon de Juan, riendo como un tonto.

Y de aquí y de su cantinela de que muchas de las cosas que en el mundo pasan son obra puramente de la casualidad y no de Dios ni de los hombres, procedia el apodo de *Casualidades* que todo el mundo le daba, sin que se incomodase por ello.

Su misma fealdad natural daba cierta gracia á Juan de la Cavareda, como se la da á los payasos la contrahecha. Era su genio tan placentero, su corazon tan franco y su palabra tan fácil y graciosa, á pesar de la consabida muletilla y á pesar de que Juan ni siquiera sabía leer, que el contraste de la fealdad física realzaba en él la hermosura moral.

Nunca se le habia visto incomodado sino un dia en que se disputaba ántes de misa, en el campo de la iglesia, sobre si hacian bien ó mal las

mujeres en preferir un hombre guapo y sin virtud ni talento, á un hombre feo, pero con talento y virtud. Juan, que nunca se incomodaba por nada, y cuya benevolencia era inagotable, particularmente cuando se trataba de las mujeres, exclamó amoratado de ira:

—Mi padre era tan feo como yo, y sin embargo, le quiso mi madre, aunque la pretendian otros mucho más guapos y más ricos que él. Me alegro de esta casualidad, porque si no, hubiera yo aborrecido á mi madre tanto como la quise.

El teniente corregidor tomó muchas declaraciones, dió muchos autos de prision, se formó un proceso abultadísimo (que yo examiné, despues de contar esto mi padre, entre los protocolos del escribano don Bartolomé de Palacio, tanteados por el Señorío y custodiados en el archivo de Balmaseda), y al cabo de dos años de actuaciones resultó... que se ignoraba quién habia asesinado al pobre Márcos de Larrabita.

III

En el pórtico de la iglesia de Béci, reunidos ántes de misa casi todos los vecinos, se lamentaban todos de lo inútiles que habian sido los esfuerzos hechos por la justicia y el vecindario para

descubrir al asesino de Márcos, y todos convenian en que ya no habia esperanza de descubrirle.

Casualidades llegó en aquel instante, y uno de los vecinos le dijo:

—Casualidades, ¿qué te parece á tí de esto? ¿Crees que por casualidad puede descubrirse al asesino de Márcos?

—Creo que no, pues si se descubriese despues de tanto como ha hecho la justicia y hemos hecho todos para descubrirle, no sería por obra de la casualidad, sino por obra de Dios.

—¡Dios quiera que se descubra!.

—Dios lo puede hacer todo, pero no se mete en las cosas de los hombres. Si se metiera, ¿creeis que no hubiera ya hecho descubrir al asesino ó asesinos de mi pobre compañero y amigo?

—Juan, nunca para el bien es tarde, ¡y Dios sabe cuándo es tarde ó temprano para hacer el bien!—dijo el señor cura, que en aquel instante atravesaba el pórtico con direccion á la puerta de la iglesia, y habia oido á Casualidades.

—Pues yo—replicó éste—creo, con permiso del señor cura, que sólo cuando, por ejemplo, en la sula donde asesinaron á Márcos fuesen naciendo árgomas que formasen letras y estas letras formasen el nombre del asesino, ó sucediese otra cosa así que le descubriese, sería el descubrimiento obra de Dios y no de la casualidad.

Todos dirigieron la vista como instintivamente hácia la sula de la cuesta de Cañedo, que estaba frente por frente del pórtico en la vertiente opuesta de la llanadita que ocupan las heredades y los cinco ó seis barrios ó grupos de casas que constituyen la feligresía.

—¡Calla!—dijo uno de los vecinos.—Las árgomas ó brezos que negrean en medio de la sula parece como que quieren formar letras.

Como era público y notorio que el que hacía esta observacion no sabía leer, todos se echaron á reir de ella, con tanto más motivo, cuanto que las árgomas y brezos esparcidos por la campa no afectaban forma alguna de letras.

Sin embargo, todos los domingos se renovaba en el pórtico la disputa sobre si vistos desde léjos tenian ó no forma de letras los brezos y las árgomas de la sula de Cañedo; pero estas disputas terminaron pronto, porque dió la casualidad de que Juan de la Cavareda hizo un calero en las cercanías de la sula y rozó para cocerle toda la maleza que por allí habia, inclusas las matitas de árgomas ó brezos que en la sula habian ido naciendo.

Pasado algun tiempo, fueron retoñando las árgomas y los brezos, y retoñó tambien la conversacion dominguera en el pórtico de la iglesia sobre si vistos desde allí tenian ó no forma de le-

tras; pero tampoco duraron mucho estas nuevas disputas, porque dió la casualidad de que Juan de la Cavareda roturó la sula para sembrarla de trigo, y por consecuencia desapareció de ella toda mata de árgoma ó brezo, y porque por aquellos dias se interrumpieron las reuniones en el pórtico de la iglesia de los Santos Mártires.

Con motivo de haberse emprendido en la parroquia obras de restauracion, y la construccion en el pórtico de un altar destinado á la celebracion del incruento sacrificio el dia de San Cosme y San Damian, en que acuden á la romería y feria muchos millares de personas que no caben en el templo, la parroquia se trasladó interinamente á una ermita, oratorio de la casa solariega de los Toba en el barrio de la Quintana, desde donde no se descubre el de Cañedo.

No se habia olvidado al pobre Márcos de Larrabita, cuya desgracia amenazaba producir otra no ménos sensible para todo el vecindario. Juan de la Cavareda, tan querido de todos como lo habia sido de Márcos, no tenia dia bueno desde que perdió tan trágicamente á su inseparable amigo y compañero, y de algun tiempo á aquella parte andaba tan triste y retraido é iba desmejorándose de tal modo, que todos temian fuese muy pronto á acompañar á Márcos bajo las losas de la iglesia.

Era por el mes de Junio, y como las obras de



la parroquia estuviesen ya terminadas, se acordó celebrar la reapertura de la iglesia con una gran funcion religiosa.

Para que esta funcion fuese más solemne, la feligresía acordó convidar á ella á la justicia del Concejo y enviar una comision á Avellaneda para invitar al señor teniente corregidor á que honrase á Béci aquel dia con su presencia. Tanto el teniente corregidor de las Encartaciones, como la justicia del Concejo, aceptaron gustosos la invitacion, y en casa del regidor de Béci, que era una de las mejores de la feligresía, se dispuso un espléndido banquete para obsequiarlos.

Terminada la funcion religiosa, el teniente corregidor y la justicia pasaron á la sacristía á felicitar al clero, y particularmente á un fraile carmelita de Balmaseda, á cuyo cargo habia estado el sermon, y entre tanto, los vecinos de la feligresía y muchos forasteros que habian acudido á la fiesta, permanecian en el pórtico y bajo las enormes encinas del campo, aguardando á que salieran sus mercedes para saludarlos y acompañarlos hasta casa del señor regidor al són del tamboril y al estruendo de los cohetes.

De repente un sordo murmullo se alzó y fué creciendo, creciendo, en el pórtico y el campo. Este murmullo era cada vez mayor y en él dominaban las voces de

—¡Milagro! ¡milagro!

—¡Permision de Dios es!

—¡No hacerle daño, pero que no se escape!

Los señores que estaban en la sacristía salieron tras el teniente corregidor á ver qué era aquello.

—¿Qué ocurre, señores?—preguntó el teniente corregidor levantando la vara para imponer silencio.

—Señor teniente,—le respondió uno de los vecinos señalando hácia la sula de Cañedo,—sírvase vuestra merced mirar hácia aquella rotura cuyo trigo amarillea en la cuesta de Cañedo.

El teniente corregidor miró é hizo un movimiento de sorpresa, exclamando:

—¡¡Juan de la Cavareda!! ¡La justicia de Dios viene en ayuda de la de la tierra!

—¡Sí, sí, el retrato de Casualidades es aquél!—asintieron los vecinos.

Y verdaderamente era maravilloso y al parecer sobrenatural lo que todos veian en la cuesta de Cañedo.

El trigo sembrado por Juan de la Cavareda en el terreno donde fué asesinado Márcos de Larrabita, al destacarse amarillo y próximo á la sazon, entre el fondo verde-oscuro de las árgomas, los brezos y los helechos que le rodeaban, afectaba con admirable perfeccion el retrato de Juan,

mirado de perfil. Un accidente del terreno sembrado simulaba la nariz con toda su singular fisonomía; una matita de helecho que negreaba, contigua al nacimiento de la nariz, simulaba el ojo y la ceja; otra mata mucho mayor, correspondiente á la mejilla, representaba el lunar que caracterizaba á Juan, y por último, una línea entrante y oscura originada por no haber nacido allí el trigo, simulaba perfecta y característicamente la boca.

Un niño como de seis años bajaba del monte, y por tanto ignoraba lo que pasaba en el pórtico.

—Niño,—le dijo el teniente corregidor,—mira á aquella rotura que amarillea sobre Cañedo, y díme lo que te parece.

—Señor,—dijo el niño apénas miró,—parece la cara de Casualidades.

Al decir esto el niño, Juan de la Cavareda, que permanecia como aterrado en un extremo del pórtico, custodiado por algunos vecinos, gritó:

—¡Señor teniente, yo soy el infame asesino de Márcos de Larrabita! Lléveme vuestra merced ahora mismo al suplicio para que acabe el horrible que estoy sufriendo desde que maté á traicion al pobre Márcos para saciar la sed de venganza que me abrasaba las entrañas desde que se casó, y sacié en él, ya que no pude saciarla, como deseaba, en su mujer.

Juan de la Cavareda fué conducido inmediatamente á la cárcel de Avellaneda, donde se le pusieron aquellos horribles grillos de medio quintal de hierro que aún se conservan allí, y ocho dias despues, en presencia de más de diez mil personas que se extendian desde el pico de Villar al de Garbea, fué ajusticiado en un patíbulo levantado en el campo que él regó con la sangre de Márcos de Larrabita.

Calló mi padre y callamos todos como esperando á que Ciscorro hablara.

—Pues, amigo Manuel,—dijo Ciscorro á mi padre,—ejemplos como ése no dejan duda de que obra de Dios y no de la casualidad es todo lo que ocurre en el mundo.

—Eso quiero que creas,—exclamó mi padre,—y eso quiero que creamos todos, porque creyendo que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, creerémos que todo es sabio y justo.

EL RICO Y EL POBRE [1].

I

Este era un caballero de Madrid, llamado don Juan Lozano, que tenia el oro y el moro, y gozaba tanto de los enemigos del alma, mundo, demonio y carne, que pasaba la vida rabiando.

Aunque esto último parece mentira, es una verdad como un templo (y califico de gran verdad al templo, no por su gran tamaño, sino por su gran verdad); y si no, expliquémonos, que explicándose se entiende la gente.

(1) Este cuento popular, que se cuenta con muchas variantes, ha sido muchas veces utilizado por el arte literario, así en España como en el extranjero. En él está basada una de las mejores fábulas de Lafontaine, y uno de nuestros más felices ingenios, el señor Frontaura, acaba de escribir, y es de suponer se represente pronto, una preciosa zarzuela parafraseando su filosófico pensamiento.

Don Juan vivia en la calle de Atocha, en un palacio cuyo lujo y comodidades eran el *presulta* del lujo y la comodidad (como decia Perico, el zapatero remendon de la buhardilla de enfrente, llamado por mal nombre *Carape*, que entendia de latin tanto como yo); sus coches y caballos valian un dineral; en su mesa se servian hasta el dia de trabajo los manjares más ricos que Dio crió ó inventaron los hombres; y por último, las chicas más guapas que paseaban por Madrid se despepitaban por don Juan. Pues á pesar de todo esto, y mucho más que no es para dicho, don Juan pasaba la vida rabiando, porque el regalo y el placer habian estragado de tal modo su cuerpo y su alma, que lo que á todo el mundo le sabe á gloria, á él le sabía á rejalgar de lo fino; y así era que nunca se le veia reir, y siempre estaba con una cara de condenado que metia miedo.

A Perico, el zapatero de enfrente, le sucedia todo lo contrario que á don Juan: era más pobre que las ratas, y sin embargo, era más rico que don Juan el de enfrente. Esto último tambien parece mentira, y no lo es; y en prueba de ello me contentaré por ahora con decir que Perico se pasaba el dia, y áun la noche, canta que canta, fuma que fuma, y echa que echa chicoleos á su mujer, aunque era más fea que el voto va Dios.

A don Juan le llevaban doscientos mil de á

caballo con la sempiterna alegría y los sempiternos cantares del zapatero, y entrando en curiosidad de saber cómo se las campaneaba éste para ser tan feliz, una tarde atravesó la calle, subió una estrecha escalera y se plantó en la buhardilla del zapatero, con objeto de averiguarlo y, si era posible, campaneárselas él como el zapatero para estar siempre alegre.

El zapatero y su mujer, que estaban trabajando y cantando y riendo á más y mejor, cuando le vieron entrar callaron y se levantaron para recibirle con la finura que el caso requeria, y empezaron á hacerse cruces de que un caballero de tantas campanillas fuese á visitarlos.

Don Juan se detuvo un momento con tentaciones de volverse atras, porque la fealdad y la pobreza y la estrechez de la habitacion le dieron horror, y á poco más le tumba patas arriba la tufarada de pez, y engrudo, y cuero, y demonios colorados que salió á su encuentro; pero hizo, como dijo el otro, de tripas corazon, y siguió adelante.

II

—Hombre, ¿cómo pueden ustedes vivir en esta buhardilla tan reducida, tan negra, tan oscura, tan nauseabunda?...

—¡Carape! ¡No diga usted eso, señor don Juan! ¿Mala esta buhardilla? Ya quisiéramos nosotros que fuese nuestra, porque, aunque nos esté mal el decirlo, en su clase no hay en Madrid otra más alegre y más mona que ella. Y si no, que lo diga ésta, que en lo tocante á las cosas de la casa y en todo lo nacido, aunque pobre, les echa la pata á las señoras más empingorotadas de Madrid, y áun del mundo con ser mundo.

—Tiene razon Perico,—asintió la zapatera,—que es alhaja en su clase la buhardillita ésta.

—Pero, al ménos, convendrán ustedes en que los muebles...

—¡Carape! Don Juan, de los muebles no hablemos, porque eso sí, son pobres como nosotros, pero en cuanto á cómodos y de buen ver, ni la reina con ser reina los tiene mejores. Mire usted, si no, esa cama...

—No sé cómo pueden ustedes dormir en ella.

—¡Carape! ¡No diga usted eso de la cama, señor don Juan! Cuando despues de estar todo el dia dale que le das, yo al martillo y la lezna y ésta á la aguja, cenamos el guisadillo de patatas (que ésta le pone que se chuparia usted los dedos si le probase) y nos tumbamos ahí riéndonos con los chascarrillos que cada uno cuenta, ni la reina y el rey con ser reyes duermen mejor que nosotros. Y si no, que lo diga ésta.

—Es la pura verdad, señor don Juan.

—Será lo que ustedes quieran; pero lo que parece mentira es que estén ustedes siempre tan alegres y con tanta gana de cantar.

—¡Carape! Don Juan, yo no sé de qué les sirve á los señorones como usted el estudiar tanto y leer tantos libros como dicen que usted tiene, y tantos papeles como todos los dias de Dios le traen á usted, si no saben de la misa la media.

—¿Y qué es lo que nosotros no sabemos?

—Lo que sabe hasta el que ni siquiera ha estudiado la jota: que cuando uno tiene salud, aunque no tenga pesetas, y ademas no le faltan en casa paz ni cariño, tiene que estar alegre; y si está alegre, es natural que ria y cante.

—¿Y ustedes tienen todo eso?

—¡Mira tú, Pepa, qué atrasado de noticias está el señor de enfrente!

—Sí que lo está el señor don Juan.

—¡Pues no lo hemos de tener, hombre de Dios!

—¿Cuánto ganan ustedes al dia?

—Un dia con otro, lo que ganamos entre los dos no baja de dos pesetas como dos soles.

—Hombre, ¡qué miseria!

—¡Carape! Don Juan, usted por fuerza tiene gana de chunga. ¿Miseria les llama usted á dos pesetas cada dia?

—Sí que lo son, hombre.

—Pues yo le digo á usted que aún nos sobra dinero. Y si no ¡carape! echemos la cuenta. Real y medio la casa...

—Así es ella.

—¡Carape! Don Juan, no volvamos á lo de la casa, que vale cualquier dinero. Cinco cuartos una cajetilla de tabaco que me fumo yo al dia...

—No sé cómo puede usted con ese veneno.

—¡Veneno! ¡Me hace graciá, como hay Dios! ¡Carape! Ahí tiene usted la petaca para que eche usted un cigarro y vea que mejor tabaco que éste ni en la Habana con ser Habana se fuma.

—Bien, eso va en gustos.

—Pues mire usted, señor don Juan, naturalmente una no entiende de tabaco, pero lo que es Perico... A pesetas le ganarán otros, pero á gusto no, aunque me esté mal el decirlo. Él, eso sí, pobre es y ni siquiera sabe un poco de escuela; pero no ha nacido aún el majo que le ha de ganar á gusto y talento y gracia y... vamos al decir.

—Será todo lo que usted quiera, pero con dos pesetas...

—Con dos pesetas, señor don Juan, nos sobra á nosotros dinero; y si no ¡carape! continuemos la cuenta de la vieja. Un cuartillete de vino que nos bebamos al dia entre los dos, ocho cuartos...

—¡Ocho cuartos un cuartillo de vino! ¿Y no han reventado ustedes ya con esa porquería?

—¿Porquería? ¡No tiene usted mala porquería, señor don Juan! Vino más rico, ni en Arganda con ser Arganda se bebe. Y si no, mira, Pepa, tráete la botella para que se tire un latigazo el señor don Juan y vea las porquerías que por aquí bebemos.

—No, que no se moleste. Siga usted distribuyendo las dos pesetas diarias, aunque es inútil que siga, porque no me ha de convencer usted de que les bastan...

—¡Si le digo á usted, señor don Juan, que hasta nos sobran!

—Demos por su puesto que en efecto les bastan á ustedes y áun les sobran para el gasto ordinario; pero ¿y el extraordinario?

—¡Otra que bien baila! ¡Carape! ¿Qué gasto extraordinario hemos de tener nosotros?

—El que todo el mundo tiene. Por ejemplo, el dia de fiesta...

—El dia de fiesta, cuando el tiempo lo permite, nos vamos, pongo por caso, á las Ventas del Espíritu Santo, y allí comemos y bebemos lo que habíamos de comer y beber en casa.

—Pero á la venida están ustedes cansados y necesitan el ómnibus...

—¡Qué *dominus* ni qué *vobiscum* necesitamos nosotros para venir! ¡Pues aunque fuéramos algunos señoritos de pan *pringao!*...

—Bien, pero por la noche van ustedes á algun teatro...

—Eso se queda para señores como usted. ¡Carape! ¿Y qué falta nos hacen á nosotros esas tonterías habiendo tanto con que divertirse, sin gastar un cuarto, en las calles de Madrid? Yo soy muy aficionado á la música, tanto ¡carape! que á veces, oyendo un organillo, lloro de gusto ó no sé de qué. ¡Pues ya ve usted si en las calles de Madrid hay organillos y murgas y ciegos y toda la música que Dios crió!

—¡Ya! Pero los teatros divierten mucho...

—Señor don Juan, á nosotros maldita la falta nos hacen, porque no hay paso de comedia que divierta tanto como los chascarrillos que cuenta en casa Perico. Como es tan célebre y decidor, y Dios le ha dado tanta gracia, aunque está feo que una lo diga...

—Diga usted, señor don Juan, que quien tiene gracia para todo es ella, porque mujer de más talento que la mia...

—Ya veo que usted está libre de uno de los gastos más considerables que nos suelen ocurrir á los solteros como yo, y áun á los casados como usted.

—¡Ya le entiendo á usted, carape! A presidio por toda la vida mereceria yo ir si gastase una sed de agua, aunque fuera con la diosa Vénus en

persona, teniendo una mujer tan cabal en todo como la que tengo.

—Pero, prescindiendo de todos esos gastos, hay otros, como el de ropa...

—¡Qué ropa ni qué niño muerto, si nosotros con un trapo delante y otro detras tenemos para presentarnos en cualquier parte como el primero!

—Amigo Perico, me voy convenciendo de que Dios no supo lo que se hizo al hacer el infierno.

—¡Carape! Don Juan, no diga usted judiadas, que Dios no puede haberse equivocado nunca.

—Pues se equivocó cuando hizo el infierno.

—Si le entiendo á usted, que me den garrote vil. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que los que van al infierno padecerian infinitamente más si ántes hubieran ido al cielo.

El zapatero y la zapatera se encogieron de hombros, dando á entender que no acababan de comprender lo que don Juan les decia. Un momento despues don Juan se despidió de ellos, y apénas le perdieron de vista, volvieron á reir y cantar alegremente.

III

Don Juan se daba á quinientos mil demonios cada vez que oia cantar á Perico; y como Perico



estaba cantando todo el santísimo dia, quiere decir que don Juan estaba todo el santísimo dia hecho un condenado. Así es que fué cogiendo al zapatero un odio tan feroz, que cuando se asomaba al balcon y le veia trabajando y cantando con una cara de Pascua florida que hubiera bastado por sí sola para dar fe de la felicidad de Perico, le echaba unos ojos que parecia querer tragarle vivo.

La paciencia se le acabó á don Juan un dia en que Perico estaba más alegre y cantarin que nunca, y por casualidad era el dia en que él estaba como nunca aburrido y desesperado.

—¡Voto á Cristo padre,—exclamó dando una patada en el suelo,—que ya habeis acabado tú y tu mujer de cantar y reir y echaros mutuamente chicoleos! Ya sé que yo no he de reir y cantar porque vosotros rabieis; pero no me estareis continuamente desesperando con el contraste de vuestra dicha y mi desventura. Verémos si á ese remendon le parece el cielo el infierno, despues de haber estado en el cielo.

Así diciendo, don Juan bajó á la calle, la atravesó, y subió á casa del zapatero, esforzándose por poner cara de hombre feliz y de buen amigo.

—Señora Pepa,—dijo á la zapatera,—vengo á visitarlos á ustedes con una intencion que la va á poner á usted de mal humor.

—Ya sabe usted, señor don Juan, que el mal humor no se estila aquí, —contestó la zapatera con cara de risa.

—Justo y cabal,—añadió el zapatero con cara de lo mismo.

—Mañana es domingo—continuó don Juan—y quisiera que Perico le pasase en mi compañía, porque yo soy mucho ménos feliz que ustedes, siendo mucho más rico, y estoy decidido á reformar mi vida arreglándola en lo posible á la de ustedes. Nadie mejor maestro que Perico para darme lecciones de cómo he de vivir, y quisiera que dedicase todo el dia de mañana á dármelas.

—¡Carape!—dijo Perico rascándose detras de la oreja.—Mucho me costará pasar todo el dia sin ver á ésta; pero en fin, si ella quiere, le servirémos á usted.

—Tambien á mí se me hará cuesta arriba eso, porque al fin una no tiene, como aquél que dice, más consuelo ni más amor que su hombre; pero por servir á un caballero de tanto aquél como usted, algo ha de hacer una...

—Les doy á ustedes las gracias por su amabilidad, y les aseguro que haré cuanto pueda por corresponder á ella tratando á Perico como se merece y como corresponde tratar á los huéspedes en una casa como la mia.

—Este con poca cosa se contenta. Mire usted,

señor, el domingo por la mañana, con unas sopitas de ajo y medio cuartillo, ya le tiene usted tan consolado...

—Lo que ha de almorzar y çomer mañana Perico no es cuenta mia, sino de mi cocinero, que sabe lo que corresponde á la mesa de la casa en que sirve, y nos tratará á los dos como mejor le parezca, pues los dos hemos de almorzar y comer juntos...

—¡Válgame Dios qué señor tan llano!—exclamó la zapatera, conmovida hasta saltársele las lágrimas con la bondad de don Juan, y poco ménos conmovido se sintió Perico por la misma bondad.

—¡Ah!—dijo don Juan.—Se me olvidaba advertir á usted, señora Pepa, que no debe esperar levantada á Perico, porque vendrá tarde...

—En cuanto á eso, señor don Juan,—replicó Perico,—no me parece regular, porque como madrugo...

—Pasado mañana es san lúnes.

—Es que yo soy de los zapateros que no celebran ese santo.

—Santo domingo—añadió la zapatera—es el único que deben celebrar los artistas como nosotros, y ése es el único que nosotros celebramos.

—Pues mañana me convierto yo tambien en *artista* y le celebro en grande con Perico. Como

usted, señora Pepa, tambien es de Dios, conviene que, aunque sea á solas, le celebre un poquillo, y para ello me va á hacer el obsequio de aceptar esta moneda de cinco duros.

—Gracias, señor don Juan. ¡Cuándo me he visto yo con tanto dinero reunido! Lo acepto porque no se diga que una es pobre y soberbia.

Don Juan se despidió de los zapateros, quedando en que Perico pasaria á su casa tempranito, pues ni áun tendria que oir misa ántes, porque la oirian juntos en el oratorio de su casa.

IV

Perico se levantó muy temprano, se afeitó como Dios le dió á entender con una cuchilla de su oficio muy vaciadita que usaba en tales casos, se lustró los borceguíes, se lavó bien, se puso camisa limpia y la ropa de fiesta, y su mujer, que le habia ayudado en todas estas operaciones, le arregló el pelo y le sacó en él un conato de raya.

Cuando le vió la señora Pepa salir tan peripuesto, se le fueron tras él los ojos y el corazon, y si no temió que alguna bribonaza se prendara de él y hubiera la de Dios es Cristo, fué porque la señora Pepa no pensaba nunca que pudiera haber esas cosas entre ninguna bribonaza y su marido.

Perico oyó misa en la parroquia ántes de ir á casa de don Juan, porque dijo para sí:

—La misa es cosa muy formal, y me parece cosa así de juguete el oirla como quien dice desde la cama, como la oyen esos señorones.

Como era corto de genio y no gustaba de incomodar, se detuvo en la portería de casa de don Juan, esperando á que el señor se levantara, pues el portero le dijo que acostumbraba á levantarse más tarde; pero uno de los criados, que bajó por casualidad á corto rato, le dijo que el señorito se habia levantado ya, y no cesaba de preguntar por él.

Perico subió y fué introducido inmediatamente al gabinete de don Juan, que estaba allá, al fin de una multitud de salones, cuyas alfombras, con tantas divinas flores pintadas, y cuyos muebles, dorados y relucientes como la plata, le embobaron y enamoraron.

Don Juan le recibió, segun expresion del mismo Perico, como si fuera su *parigual*, y le hizo sentar en una butaca de terciopelo que dió un susto á Perico, pues éste creyó que la butaca se hundia apénas apoyó en ella las posaderas.

La mañana estaba fria, pero en aquel gabinete y en aquellos salones la temperatura era tan suave y habia unos olores tan gratos de flores ó qué sé yo, que Perico creia hallarse en un jardin

delicioso en uno de los dias más hermosos de primavera.

Don Juan empezó por tutear á Perico, prueba de bondad que á éste le llegó al alma.

—Amigo Perico,—dijo don Juan,—es necesario que hoy vistas y comas y bebas y te diviertas como corresponde á la casa en que estás y al caballero que te acompaña. Supongo que tendrás ya ganas del desayuno?

—¡Ca! No señor; ya me ha dado aquélla una copita de aguardiente con un mantecado, que me ha puesto el cuerpo como una guitarra.

—Eso no basta, hombre, para caballeros como nosotros.

—¡Carape! ¡Qué bromista es usted, señor don Juan! ¿Caballero yo?

—¡Pues no lo has de ser, hombre! Lo único que te falta para serlo es el traje, y eso lo vamos á arreglar ahora.

Don Juan llevó á Perico á otro gabinete deliciosamente amueblado, donde habia una cama con más seda y holanda que la de un rey, y un tocador con más perfumes que la Alcarria, y le dijo:

—Ahí tienes tu cuarto, y en la pieza inmediata tienes tu ayuda de cámara para lo que se te ofrezca. Vístete de puntapiés á cabeza, que en ese armario de palo santo encontrarás cuanto para

ello necesites. Yo voy á hacer entre tanto lo mismo, para que en seguida tomemos el desayuno.

Perico, medio absorto con lo que oia, veia y olia, pues allí tambien olia á gloria, quiso replicar á don Juan no sé qué; pero don Juan se lo impidió, cortándole la palabra con una amable y bondadosa lisonja y dejándole solo.

Perico abrió el armario y encontró en él ropas tan elegantes y ricas, que al fin se decidió á vestirse con las más modestas. Se lavó, se vistió, se peinó y se perfumó, y yendo á mirarse en un espejo de cuerpo entero, no pudo ménos de lanzar un grito de alegría viéndose convertido en todo un caballero mal comparado. Botas de charol, tan finas que él no las hubiera hecho ni por media onza, pantalon de saten, chaleco de terciopelo color de guinda con botonadura de oro, gaban negro de castor finísimo, camisa de holanda con pechera de batista, corbata de moaré de última moda, sombrero de ocho duros, guantes de veinticuatro reales, reloj de oro con cadena de lo mismo, su valor lo ménos media talega, y baston de concha con puño de oro preciosamente cincelado, y dentro, por lo que pudiera ocurrir, estoque que daba miedo el verle.

—¡Carape! ¿Qué será esto?—dijo Perico viendo sobre el tocador una cosa á modo de taza de oro.

Y como apoyase en ella el dedo y apretase un

poco, aquella condenada taza, ó lo que fuese, lanzó un sonido tan penetrante y agudo, que Perico dió un salto atras asustado.

El ayuda de cámara penetró en el gabinete, y dijo á Perico despues de hacerle una profunda reverencia:

—Estoy á las órdenes de usía.

—¡Carape! ¡Chico, no andes con bromas!—le contestó Perico poniéndose un poco serio.

—Señor, no hago más que cumplir con mi deber. Como ha llamado usía...

—Pues no me vengas á mí con usías ni calabazas.

—Como usía es un señor...

—Pero si lo soy, soy un señor muy llano. Anda y díle al tuyo que ya estoy corriente.

El criado hizo otra reverencia, y se retiró.

Perico se arrellanó en una butaca, cruzó las piernas y se puso á contemplar y admirar la riqueza de la habitacion, diciendo para sí:

—La verdad es que todo esto vale más oro que pesa, y aquí se siente uno como se deben sentir los ángeles en el cielo. ¡Carape! ¡Si da gusto el sentarse en estas butacas y oler todos esos jaboncillos y aceites, y recibir el calorcillo de esa chimenea, y gastar camisa y pantalon y chaleco y gaban y todo tan fino!... ¡Pues no digo nada de la camita ésa!... ¡Carape, si se dormirá bien

en ella! Si aquélla y yo tuviéramos una así, ¡cómo nos regodearíamos en ella!

Así pensaba Perico cuando don Juan vino á buscarle.

Perico se levantó de la butaca, y don Juan, á pesar de ser más tentado á rabiar que á reir, estuvo á punto de soltar la carcajada viendo el envaramiento con que el zapatero llevaba el traje de caballero.

—¿Ves, hombre, ves cómo ya eres un caballero hecho y derecho? Ahora te convencerás de que entre un zapatero y un caballero no hay más que algunas varas de tela. Ea, son las ocho, y vamos á tomar una taza de té, que hemos de almorzar á las doce para ir luégo á dar un paseo hasta la hora de comer, que será de seis á siete.

Don Juan y Perico pasaron al comedor entre una porcion de nobles asturianos, que al verlos se tronzaban el espinazo á fuerza de reverencias.

—Una taza de té—decia para sí Perico—se reduce á una taza de agua en que se han cocido unas hierbas. Poca cosa es eso para caballeros como nosotros.

Pero cuando vió que á la taza de té acompañaba una repostería de tostadas, bizcochos, galletas y mantequillas, no pudo ménos de añadir, embutiendo de cada cosa un poco:

—El té que se toma en casa de estos señoro-

nes será una engañifa, pero ¡carape, qué engañifa tan rica!

Sobre la mesa habia una cajita ochavada con incrustaciones de maderas preciosas y sostenida en una peana de delicadas labores.

—¿Qué carape será eso á modo de *urnia?*—se decia Perico con viva curiosidad.

Cuando el té tocaba á su fin, don Juan oprimió con el dedo un punto de la cajita, y abriéndose ésta de repente por todas sus faces, quedó revestida de cigarros puros.

—¡Carape, qué invenciones hay en estas casas de campanillas!—dijo Perico.

Y aceptó y encendió un puro que le ofreció don Juan.

Perico sonreia de satisfaccion cada vez que tiraba una chupada al riquísimo cigarro habano.

—¿Qué dices de estos cigarros, amigo Perico?—le preguntó don Juan.

—Lo que digo—contestó Perico—es que es lástima no se puedan comer.

V

Dando Perico á don Juan lecciones de la sublime ciencia que don Juan le envidiaba, oyendo en el oratorio una misa cantada á toda orquesta, que hizo exclamar á Perico sacrílegamente: «Esto

no es oir misa, que es oir música mejor que la misa», y enseñando don Juan á Perico multitud de sorprendentes curiosidades que encerraba su palacio, entre ellas un maravilloso estereóscopo en que se veian, copiados del natural, todos los modos de gozar y pecar, pasaron don Juan y Perico el resto de la mañana, hasta que se les avisó para almorzar.

Perico se dirigió con don Juan al comedor, muy desganado, porque se habia cebado más de lo regular en la comitiva del té; pero tantos y tan tentadores fueron los manjares que se sirvieron, que no desdeñó ninguno.

—¿Qué tal, Perico, hay apetito?—le preguntó don Juan.

—¡Carape, no ha de haber, si de estas cosas no se harta uno aunque lo alcance con el dedo!

Pero lo que sobre todo enamoró á Perico fué el Champagne.

Cada vez que se echaba al cuerpo una copa, se relamia los labios y daba un viva á los *franchutes*, que le parecian los hombres de más talento de este mundo desde que le habia dicho don Juan que ellos eran los que hacian aquella gloria con cuatro porquerías.

El dia era uno de éstos de invierno en que Dios suele castigar de sus muchas picardías á los madrileños dándoles el cielo por la tarde para que

resalte más el infierno que les da por la noche: la noche anterior habia sido infernal, y la inmediata se preparaba á ser lo mismo; pero el intermedio de ambas era lo que se llama un cielo con estrellas y todo. El cielo era el hermoso sol de la tarde, y las estrellas las buenas chicas que salian á tomarle por esas afueras de la puerta de Alcalá.

Don Juan y Perico montaron en una magnífica carretela descubierta, tirada por dos yeguas que bebian los vientos, y tomaron hácia donde sale el sol, que en Madrid no es hácia Oriente, sino todo lo contrario.

La señora Pepa, que no cesaba de atisbar hácia el palacio de enfrente á ver si su marido se asomaba á los balcones, vió á don Juan y otro caballero subir en la carretela, y dijo para sí:

—¿Quién será el otro caballero?

—¡Carape!—decia Perico chispeándole los ojos de alegría.—¡Qué bien va uno repantigado en estos almohadones! Si aquélla y yo tuviéramos una carretela como ésta, la cerrábamos de modo que ni Cristo nos viera, y hacíamos cuenta que la carretela era la cama de matrimonio.

Cuando regresaron á casa, Perico decia:

—¡Carape! ¿Pues no es una delicia haber ido hasta las Ventas del Espíritu Santo, que están, como quien dice, donde Cristo dió las tres voces, y al volver encontrarse uno tan descansado como



si no se hubiera uno meneado de casa? ¡Cuidado que el andar en piés ajenos es cosa buena si las hay, y ya daria yo algo porque aquélla y yo pudiéramos dar algunos paseitos así!

La señora Pepa, que continuaba atisbando por ver si Perico se asomaba á los balcones, vió al anochecer que volvia la carretela con don Juan y el otro caballero; y como notase que éste la saludaba muy á lo señor, se llenó de admiracion y volvió á decir para sí:

—¿Quién será el otro caballero?

A las seis comenzó la comida, que no concluyó hasta las ocho. Durante aquellas dos horas, que Perico calificó de dos horas de cielo, Perico caminó de sorpresa en sorpresa y de delicia en delicia. ¡Qué manjares, qué vinos, qué licores, qué café, qué cigarros, y hasta qué chicas tan hermosas, tan zalameras y tan querenciosas las que sirvieron la comida! Pues es de advertir que como Perico hubiese dicho á don Juan, al ver que el almuerzo era servido por hombres, que á él, como estaba acostumbrado á que su mujer sirviese la comida, le gustaban más las mujeres que los hombres para aquellas cosas, don Juan habia creido complacerle mandando que las mejores chicas de casa (donde las habia del rechupete) sirviesen la comida.

—Ea,—dijo don Juan, despues que saborearon



el café y purearon en grande,—ahora nos vamos á oir un poquito de música y canto.

—¡Bien, carape!—contestó Perico.—Porqúe eso me gusta á mí mucho. Mire usted, don Juan, una vez acerté á pasar por delante del teatro de la Zarzuela cuando las cantarinas y los cantarines se estaban ensayando al són de la música, me paré á oir, y á poco más me desmayo de gusto oyendo aquellas divinidades. ¡La música y el canto por lo fino me gustan mucho, carape!

Don Juan y Perico se fueron al teatro Real. Cuando entraron en el palco de don Juan, y Perico sacó la cabeza para mirar á todas partes, Perico se quedó como alelado de asombro y placer viendo toda aquella riqueza, y sobre todo viendo las chicas que habia en los palcos.

Contar los aspavientos, los asombros, los alelamientos, el entusiasmo, la emocion, los derretimientos de placer que causaron á Perico el canto, la música, y sobre todo la hermosura artificial de las cantatrices y las damas de los palcos, sería el cuento de nunca acabar.

Al salir á los corredores del teatro, don Juan dió la mano y despidió con un «hasta luégo» á unas señoras tan hermosas, que Perico se quedó mirándolas como embobado.

—¿Te gustan esas chicas?—preguntó don Juan á Perico.

—¿Que si me gustan?—contestó Perico chispeándole los ojos de gula.—¡Me las comeria vivas!

—Esta noche—dijo don Juan al subir á la carretela—tenemos que hacerla redonda.

—¡Carape! ¿Más redonda aún quiere usted que la hagamos, señor don Juan?

—Sí, hombre. Los caballeros como nosotros no nos recogemos tan temprano.

—¿Tan temprano, y son ya las doce? Por lo visto en las casas de campanillas, como la de usted, se acuestan las gallinas...

—A media noche. Supongo que ya tendrás gana de cenar?

—Al parecer ni pizca de gana tengo; pero ¡carape! cuando uno es caballero no sabe uno si tiene ó no gana de comer, porque come uno unas cosas que saben que rabian á todas horas.

Don Juan y Perico fueron á parar á una casa de mucho lujo, y ¡cuál no sería la sorpresa y la alegría de Perico, cuando se encontró en ella con una porcion de hermosísimas señoritas y señoronas, entre ellas aquéllas que habia dicho se comeria vivas!

Allí hubo cena, y baile, y música, y juegos de escondite, de modo y manera que Perico creyó volverse loco con lo que allí gozó, porque hasta dió la pícara casualidad de que cayó en gracia á



todo aquel coro de ángeles, y sobre todo á una chica de las más retrecheras y hermosas, y en su vida se habia visto tan mimado y obsequiado de las chicas como se vió aquella noche.

Serian las dos de la mañana largas de talle cuando la señora Pepa, que no podia pegar los ojos pensando en Perico, dale que dale no sé con qué demontre de cavilaciones que á veces le llenaban los ojos de agua, sintió que un coche habia parado á la puerta del palacio de enfrente, y se levantó á toda prisa á atisbar quién venía en él.

—¿Quién será el otro caballero?—se preguntó retirándose tristemente á su cama al ver que eran don Juan y otro caballero los que venian en el coche.

Al bajar del coche, Perico miró hácia su casa acordándose de su mujer y poniéndose á sí mismo de bribon que no habia por dónde cogerle, por no haberse acordado de su mujer durante qué sé yo cuántas horas.

Don Juan, que sin duda adivinaba lo que le andaba por dentro, se asió de su brazo, y asidos subieron juntos las escaleras.

Media hora despues Perico se metia en la consabida y riquísima cama de holanda y seda, que le parecia tanto más deliciosa, cuanto que acababa de calentarla y perfumarla una de las chicas

querenciosas y sandungueras que por la tarde habian servido la mesa.

VI

Sin duda porque la costumbre hace ley, Perico despertó poco despues de amanecer, y dejó como con pesar la rica cama en que habia dormido como un bienaventurado. Antes de vestirse abrió las maderas del balcon de la habitacion que daba frente á la ventana de su buhardilla, y apénas se acercó á los cristales, vió á su mujer, que estaba á la ventana llorando á lágrima viva.

No sé qué revolucion silenciosa y santa, y por tanto nada parecida á las revoluciones políticas, que siempre son vocingleras y pecaminosas, estalló de repente en su interior.

Juntó las puntas de los dedos, depositó en ellas un beso y se le envió á su mujer, que le contestó con otro transmitido por la misma vía telegráfica.

Perico corrió en seguida á vestirse y se vistió, no de caballero elegante, sino de zapatero remendon endomingado. (¡Endomingado! Ya se conoce que no aspiro á la Academia, á pesar de lo hueco que me pondria si me abriese sus puertas.) Como sabía que don Juan se levantaba tarde, creyó que no era cosa de despertarle ni esperar á que despertara para despedirse de él, y pian, pian, cruzó

los ricos salones, sin que inclinara siquiera la cabeza, al verle pasar vestido de zapatero, ninguno de los que el dia anterior se habian tronzado el espinazo al verle pasar vestido de caballero, bajó la escalera, atravesó la calle y subió á su buhardilla.

Su mujer le recibió abrumándole de caricias; y digo abrumándole, porque Perico no las recibió con el entusiasmo de costumbre.

—¡Carape! Me parece que hay mal olor aquí, —dijo Perico, frunciendo las narices.

—No, hijo, no hay mal olor ninguno; al contrario, le hay muy rico, porque no contenta yo con ventilar la casa, teniendo toda la noche la ventana abierta, al encender el fuego he echado, segun costumbre, un puñadito de espliego.

—Pues barre y arregla la casa ¡carape! que va siendo ya hora de sentarse en esa condenada silla de labor.

—¡Hijo, si la casa está ya barrida y arreglada!

—Me parece que no. Es verdad ¡carape! que como todo es en ella tan viejo, tan sucio y tan ordinario, y esta buhardilla es tan destartalada y triste...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—exclamó la señora Pepa, echándose á reir alegremente.—¡Qué gitano de hombre, cómo remeda á don Juan! Vamos, hijo, toma la copita de aguardiente.

—¡Carape! ¡Esto sabe á demonios!—dijo Perico, arrojando la buchada de aguardiente que habia tomado.

—¡Pero qué ha de saber, hombre, si es hermano del que ayer bebiste, y dijiste que estaba tan rico!... Será que te habrás constipado algo y tendrás mal gusto de boca.

—¡Carape! Puede que sea eso.

Perico lió un cigarro, le encendió, dió una chupada y le tiró, añadiendo muy malhumorado:

—Sí, eso es ¡carape! porque me sabe á rejalgar este tabaco, que ayer mañana me sabía á rosquillas.

Perico, interrogado por su mujer, contó á ésta en resúmen lo que le habia pasado en las últimas veinticuatro horas. Los resúmenes son gran cosa para omitir lo que no se quiere decir.

Su mujer se acercó á echarle el boton del cuello de la camisa para que estuviera abrigadito y no se constipara más, y aprovechó la ocasion para hacerle una caricia.

—¿Qué carape—dijo Perico—te ha pasado esta noche que tienes esa cara?

—Nada, gracias á Dios, como no sea haber estado desvelada y triste, y haber llorado un poco viendo que tú no venías.

—Pues es que tienes una cara que da no sé qué el verla.

—Hijo, nunca la he tenido hermosa.

—Ayer mañana mismo la tenias como un sol, y hoy la tienes que no se la puede mirar.

Perico se sentó á trabajar, y ni él ni su mujer cantaron ni rieron en todo el dia. Es verdad que tuvieron una desazoncilla porque Perico encontró, tanto la sopa de ajo del almuerzo como el puchero de mediodía, tan sin sustancia, que apénas probó bocado, cuando siempre le gustaba tanto todo lo que cocinaba su mujer, que se queria comer los dedos tras ello.

—¡Carape! ¡No sé cómo has hecho esta cama, que está más dura que un demonio!—exclamó Perico cuando se acostaron.

—¡Pero, hombre de Dios, si la he hecho como todos los dias!—contestó la señora Pepa.

Que si está mal hecha, que si no lo está, disputaron y se incomodaron un poco, y al fin se quedaron dormidos, aunque Perico no cesó de dar vueltas en la cama toda la noche.

Al dia siguiente tampoco cantaron ni rieron Perico y su mujer. Perico todo se volvia cavilar y poner faltas á todo lo de la casa, inclusa su pobre mujer, á quien acusaba hasta de vieja, y decir que dos pesetas diarias eran una miseria y no alcanzaban para nada, y era necesario ver de ganar más para no vivir tan arrastradamente como vivian.

Perico se metió al fin á revendedor de billetes de los teatros y de la Plaza de Toros, con lo que ya podia purear de cuándo en cuándo é ir él y su mujer de pascua en San Juan al paraíso del Real, y la ignominia de la Zarzuela; pero como entónces la autoridad aún tenia la reventa de billetes por lo que las antiguas leyes de Castilla llamaban *monipodio* y castigaban como tal, Perico fué cogido una noche revendiendo billetes, y por buenas composturas le secuestraron todos los que tenia, y gracias que no fué tambien su persona secuestrada en el Saladero.

En ésta y otras industrias extrañas á su oficio, que apénas ejercia ya porque ya le iba tomando horror, se sacaba lo ménos un duro diario; pero no le alcanzaba para cubrir sus más precisas obligaciones, y hubo muchas noches que él y su mujer se acostaron sin cenar, y, por añadidura, como el perro y el gato.

—¡Carape!—decia Perico.—Esto no puede seguir así, y es menester buscar un modo de vivir que le dé á uno siquiera un par de duros cada dia, porque un duro es una miseria que no alcanza para nada.

Un negocio, con que casi casi podia hacerse rico, le habian propuesto, que era meterse á matutero; pero Perico rechazó indignado la proposicion, considerando que tan ladron es el que con-

trabandeando roba la hacienda de un pueblo ó una nacion, como el que, horadando una pared ó abriendo con ganzúas una puerta, roba la hacienda de un particular.

No faltó quien quisiese decidirle á meterse á contrabandista, arguyéndole del modo siguiente: «Los contrabandistas no son ladrones, porque si, por ejemplo, un español roba la hacienda de España, de lo suyo roba, y robar de lo suyo no es pecado. En cuanto á que la hacienda de España sea de los españoles, no cabe duda, porque hasta el mendigo que pide limosna de puerta en puerta se llena la boca diciendo: «Nuestros fondos... nuestro tesoro... nuestros millones...»

Este argumento, que parece de gran peso á pueblos enteros que viven del contrabando y no se avergüenzan de ello, puso un poco perplejo á Perico, que no era hombre para muchas cavilaciones, pues se hacía un ovillo en cuanto se enredaba en ellas; pero Perico consultó á su mujer, cuya superioridad de talento aún no habia puesto en duda, y como su mujer le dijese que tal argumento era absurdo, le rechazó resuelta y definitivamente.

Buscaba Perico otro medio más honrado de echar enhoramala el tirapié y la lezna y ganar cada dia un puñado de duros que permitiesen á él y su mujer probar siquiera los dias de incienso

aquella gloria que los franceses hacen con cuatro porquerías, cuando se oyó un tiro en casa de don Juan Lozano.

Qué será, qué no será ese tiro, la calle se alborotó con el tiro y los chillidos que daba la servidumbre de don Juan. Acudieron á ella el alcalde de barrio y los vecinos, incluso Perico, y se encontraron con que don Juan se habia levantado la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—¡Calla! Aquí hay un papel que puede que nos explique esta catástrofe,—dijo el alcalde de barrio viendo un papel escrito sobre un velador salpicado con los sesos de don Juan.

Y el alcalde leyó en alta voz el papel, que decia:

«Me mato porque me da la gana, ó como dijo el otro, porque sí. ¿Para qué demonios quiero la vida si he visto á un zapatero remendon ganar dós pesetas diarias y ser dos mil veces más feliz que yo, que tengo doscientos millones?

»Cuanto ménos dinero se tiene, más goces proporciona el dinero. Cuanto ménos lleno está el estómago, ménos expuesto está á reventar de indigestion. El mio estaba lleno, y ¡plaf! ha reventado.

»El arquitecto que hizo la casa de Correos y el arquitecto que hizo el cielo debieron estudiar en un mismo libro, pues ambos se olvidaron de

lo esencial: el primero, de una escalera que condujese al piso principal, y el segundo, de un pasillo que condujese al infierno.

»Si se pasara por el cielo al infierno, el infierno sería insoportable. El que no lo crea que se lo pregunte al susodicho zapatero, á quien yo hice dar por el cielo un paseito para que no cantara ni riera miéntras yo rabiaba.»

—¡Carape!—gritó Perico al oir esto.—Yo soy el zapatero que reza ese papel; pero juro á brios que don Juan ha de volver á rabiar oyéndome cantar y reir desde el infierno ó donde esté.

VII

Yo no sé si don Juan Lozano oirá ó dejará de oir, desde el sitio adonde van los desdichados suicidas, lo que pasa en calle de Atocha; pero si pasan ustedes cualquier dia por tan alegre calle, apliquen el oido y oirán cantar y reir en su buhardilla á Perico y su mujer, él dale que dale al martillo y la lezna y el cáñamo, y ella dale que dale á las tijeras y la aguja.

EL PECADO NATURAL.

I

Cuando el diablo, segun unos, ó el lobo, segun otros, se hartó de carne, se metió fraile. Algo muy parecido á lo del diablo ó el lobo hicieron Rafael Ezquerra y su prima Carolina López.

De polluelos jugaron un poco á los novios, pero este juego siempre con el mismo compañero no tardó en parecerles soso y monotono, y desistieron de él, yendo cada cual en busca de la variedad, en que dicen está el gusto.

Pertenecian ambos á lo que se llama la buena sociedad de Madrid, y durante diez ó doce años ambos se hicieron célebres en ella por la asombrosa facilidad con que en la dulce guerra de amor conquistaban una plaza, la abandonaban, y á conquistar otra.

A Rafael le llamaban el Tenorio del siglo XIX,

y en verdad que este nombre le estaba como pintado: tenia tan diabólica habilidad para enamorar á las mujeres, que donde ponia los ojos ponia la flecha amorosa.

Así fué que Rafael tuvo durante diez ó doce años aterrados á los padres, á los tutores y á los maridos madrileños.

Y el muy bribon no se contentaba con lo que se contentan los Tenorios moderados y razonables, que es tener sólo cuatro ó seis buenas chicas á la vez y no tronar con ellas hasta pasar siquiera cuatro ó seis dias. No señor: el muy bribon habia de tener á la vez siquiera una docena y habia de tronar con ellas lo más tarde al tercer dia.

De modo y manera que sería el cuento de nunca acabar el referir las chicas que tomaron fósforos ó se pusieron tísicas por el tal Rafael, los novios á quienes Rafael birló la novia, los matrimonios que infernó y los desafíos y palizas en que fué héroe victorioso.

Muchas veces se decia á sí mismo, ó le decian, que su conducta era altamente pecaminosa; pero continuaba pecando, porque se hacía ó hacía esta reflexion:

—Será pecado lo que yo hago, pero es pecado muy natural, puesto que mi naturaleza me inclina irresistiblemente á él. En este pícaro Ma-

drid encuentra uno á cada paso una buena chica, y eso de que yo la encuentre y no le haga caso, es conversacion y agua de pilon. Señor, si las chicas y yo nos gustamos, ¿no es natural que nos hablemos y todo lo echemos á rodar por salirnos con nuestro gusto? Será pecado y todo lo que ustedes quieran lo que yo hago y áun lo que hacen ellas, pero es pecado muy natural, y yo no quiero ni puedo renunciar á él.

¡Vaya un modo de discurrir que tenia el muy bribon de Rafael Ezquerra!

Pues el modo de discurrir de Carolina López allá se andaba con el de Rafael. Sus coqueteos la hicieron célebre por espacio de los mismos diez ó doce años en la buena sociedad, y fueron innumerables los pollos y áun los gallos que por ella tomaron fósforos, se pusieron tísicos ó se levantaron la tapa de los sesos, las novias á quienes birló el novio, los matrimonios que infernó y los desafíos y palizas de que fué causa.

Tambien se decia á sí misma, ó le decian, que su conducta era soberanamente pecaminosa; pero continuaba pecando, porque, lo que ella decia:

—Señor, estamos conformes en que es pecado esto que yo hago, pero es pecado muy natural, puesto que mi naturaleza me inclina irresistiblemente á él. Si mi primo Rafael es muy dueño de

divertirse con las chicas, ¿por qué no he de ser yo dueña de divertirme con los chicos? ¡Tambien es mucha tiranía la que el mundo quiere ejercer con nosotras las pobres mujeres! ¿Con que los hombres han de tener licencia para encararse con una y decirle: «¿Sabe usted, rubia, que me hace usted mucho tilin?» y nosotras no hemos de tener siquiera licencia para contestar á esta dulce galantería con una mirada que diga: «Pues sepa usted, moreno, que le pago en la misma moneda?»

¡Si les digo á ustedes que Rafael y Carolina eran tal para cual, y por lo tanto era lástima no hubiesen continuado jugando á los novios y se hubiesen casado juntos!

Fuese porque se iban acercando á los treinta años, que Espronceda llamó funesta edad de desengaños, y ya el pecado no fuese en ellos tan natural como ántes, ó fuese porque la voz de la conciencia les habló tan gordo que no pudieron ménos de oirla, es lo cierto que Rafael y Carolina se fueron arrepintiendo de la mala vida pasada y hasta tuvieron tentaciones de ir á expiarla cada cual en su convento.

La conversion de Carolina enamoraba á Rafael y la conversion de Rafael enamoraba á Carolina, y una especie de admiracion mística volvió á reunirlos. Con tal motivo recordaron aquel tiempo en que jugaban á los primeros amores, y

este recuerdo despertó en ellos la idea de jugar á los amores últimos.

Rafael apuntó esta idea á su prima, su prima la encontró á pedir de boca, y se casaron despues de mediar entre ellos aquello de

—Dame la mano, prima.
—Primo, están verdes,
miéntras no diga el Papa:
«Cásense ustedes».

II

El señor don Rafael Ezquerra y su digna esposa la señora doña Carolina López eran modelo de casados. Ellos podian haber sido unos tales ó unos cuales cuando solteros, pero con razon se dice que arrepentidos quiere Dios, y con razon digo yo que más debe querer gentes que no tengan necesidad de arrepentirse.

Como en ellos el amor conyugal estaba perfumado y embellecido por el amor místico, aquel amor era un cielo estrellado. De estrellas hacian un chico y una chica muy monos que tuvieron, la chica al año de casados y el chico á los tres años.

Como nó hay cielo sin nubecillas, que aparecen cuando más azul está el cielo, tampoco el de la dicha de Rafael y Carolina carecia de ellas.



De nubecillas hacía el recuerdo de los pecados, todo lo naturales que se quiera, pero no por eso ménos gordos, en que Carolina y Rafael habian incurrido en sus mocedades.

Eran muy limosneros; todos los dias oian misa; no habia novena á que no asistiesen; costeaban todos los años una á Magdalena la pecadora arrepentida; sus visitas eran únicamente á conventos de monjas y establecimientos de beneficencia, y por supuesto, ni por soñacion faltaban á la mutua fidelidad conyugal. En fin, eran unos casados sin pero; y como su conciencia les decia que su piedad y sus virtudes presentes eran sinceras, y no continuacion hipócrita de la mala vida pasada, les importaba un comino el que la buena sociedad de que habian sido socios muy malos, les llamase beatos, santurrones y neos.

Cada vez que veian á Rafaelita y Carlitos (que así se llamaban sus chicos) jugar á las iglesitas, que era el juego que más gustaba á los papás, pensaban con terror en el porvenir de aquellos ángeles, á quienes podian faltar las alas con que se sube al cielo, como á ellos les habian faltado, con el ítem de que podian no recobrarlas, como ellos, casi por milagro, las habian recobrado.

Un dia, como casi todos, se pusieron á hablar de esto.

—¡Válgame Dios, — exclamó Carolina con

honda pena,—qué malos ratos paso pensando si á esos inocentes hijos de nuestro corazon les sucederá, así que empiecen á espigar, lo que nos sucedió á nosotros!

—¡Pues figúrate tú lo buenos que los pasaré yo cuando pienso en lo mismo!

—Yo todos los dias pido al Señor que los aparte de la senda de perdicion por donde el enemigo nos llevó á nosotros.

—Pues lo mismo le pido yo.

—Cada vez que voy á ver á las monjitas y contemplo la paz y la inocencia que reinan en aquel nido de ángeles, donde los hay de más de ochenta años, tan inocentes y puros como si no pasaran de ocho, pienso en lo feliz que haríamos á nuestra Rafaelita, si lográsemos inclinarla al claustro.

—Y cada vez que pienso yo en el tio cura de Valpacífico y en tantos otros sacerdotes cuya virtud y candor me admiran y enamoran, pienso en nuestro Carlitos, á quien tambien haríamos feliz si lográsemos inclinarle al sacerdocio.

—Pues lo mejor es que nos dediquemos sin descanso á despertar y fomentar tan santas inclinaciones en esos ángeles, porque si nuestros hijos abrazan el estado religioso, será un gran bien para ellos, y para nosotros no lo será menor.

—Es verdad, porque nosotros ofendimos tan-

to á Dios cuando solteros, que yo no las tengo todas conmigo, á pesar de lo misericordioso que es Dios, y de que hacemos lo posible por que nos perdone.

—Para conseguir que Dios perdone á los padres, deben ser gran cosa las oraciones de los hijos.

—¡Y figúrate tú si las oraciones de los hijos serán eficaces para con Dios cuando los hijos están consagrados á servirle!

—Nada, nada; es necesario que los nuestros se consagren á servir á Dios.

—Lo malo será que acaso no consigamos inclinarlos á tan santo estado.

—¡Pues no los hemos de inclinar, mujer! Si no quieren por bien, aunque sea por mal...

—Hombre de Dios, no digas eso.

—Tienes razon, mujer, que he dicho un disparate; pero tambien sería fuerte cosa eso de que pudiendo nuestros hijos asegurarnos la salvacion sin más que hacerse la chica monja y el chico cura, se empeñasen en hacer lo contrario por el caprichito de tontear con noviajos y luégo casarse.

—Ciertamente que lo sería; pero yo estoy segura de que no les dará tal capricho.

—Mira cómo á tí y á mí nos dió.

—Sí, pero fué porque tuvimos la desgracia,

que no tendrán nuestros hijos, de que nos echase á perder el mal ejemplo; porque, hablando en plata, ni tus padres ni los mios, que estén en gloria, nos los dieron muy buenos.

—Nuestros hijos no tendrán mal ejemplo en casa, pero le tendrán en nuestra vida pasada, que la crónica escandalosa tendrá buen cuidado de contarles, y sobre todo le tendrán así que se asomen al balcon ó salgan á la calle, aunque no sea más que para ir á misa, porque este pícaro Madrid es un libro de inmoralidad abierto á todo el que tiene ojos en la cara.

—En eso piensas con cabeza, que este Madrid se va poniendo atroz para la juventud. En nuestro tiempo era otra cosa; pero hoy, por más que una se mate para que los chicos no tengan en casa más que ejemplos de virtud y piedad cristiana, salen los chicos á la calle ó se asoman al balcon, y no oyen ni ven más que cosas capaces de pervertir al más santo.

—Es una verdad como un templo. ¿Sabes que me ocurre un buen medio de obviar esos inconvenientes con que, si nuestros hijos se crian en Madrid, hemos de luchar para inclinarlos, á la chica á meterse monja y al chico á hacerse cura?

—Vamos á ver qué medio es ése.

—Uno muy sencillo: buscar un pueblo donde las costumbres sean sanas, puras, modestas, reli-

giosas, santas, en fin, todo lo contrario de las costumbres de Madrid, y enviar allá nuestros hijos para que se crien allí en el buen ejemplo y la virtud, hasta que lleguen á la edad en que la chica se prepare á entrar en un convento para hacerse monja, y el chico á entrar en un seminario para hacerse cura...

—Me parece excelente idea. En un pueblo como el que tú te imaginas no tendrán siempre á la vista, como en Madrid, el ejemplo de todos los pecados, y sobre todo, el ejemplo del pecado natural, como nosotros llamábamos por inspiracion del enemigo tentador al que de todos los pecados más se opone al estado religioso. Es necesario que inmediatamente nos echemos á averiguar dónde hay un pueblo en que los chicos puedan criarse como Dios manda, y no como manda el diablo, que es como en Madrid se crian los chicos, y en seguida los enviamos allá.

—Valpacífico es para eso un pueblo que ni hecho de encargo.

—Y que tienes mucha razon, hombre. Y ademas, teniendo allí el tio cura, tenemos lo que echaríamos muy de ménos en todo otro pueblo, por de buenas costumbres que fuese.

—Recuerdo que cuando el tio fué allá de cura párroco escribió diciendo que todos sus feligreses eran casi unos santos; pero como la inmoralidad

ha hecho tantos progresos desde entónces, bueno será que ántes de enviar á Valpacífico á esos ángeles de Dios, nos informemos de si ha alcanzado hasta allá.

—Pues escribe al tio cura pidiéndole informes.

—Mejor sería decirle que puesto que el ferrocarril, que pasa por cerca del pueblo, hace tan breve y barato el viaje de Valpacífico á Madrid, se venga á pasar siquiera un dia con nosotros, porque tenemos que consultar con él un asunto importante.

—Sí, mejor es eso, porque por escrito no se entiende la gente tan bien como de palabra, y más en asuntos tan delicados como éste.

—Hoy mismo le escribo al tio cura diciéndole que venga, con tanto más motivo, cuanto que no habiéndole visto desde que se fué, hace qué sé yo cuántos años, tenemos gana de verle.

En efecto, aquel mismo dia escribió Rafael al tio cura, diciéndole, para más obligarle á que viniera, que sú venida interesaba mucho á la salvacion eterna, así del mismo Rafael como de su mujer y de sus hijos.

III

Dos dias despues el venerable párroco de Valpacífico entraba en casa de sus sobrinos de Ma-

drid, con el alma en un hilo, con motivo de la noticia de que á la salvacion del alma de sus sobrinos, y áun á la del alma de sus sobrinitos, interesaba su venida.

Le he llamado venerable, y aún me parece que le he llamado poco. Veneracion profunda y hasta reverente cariño inspiraba su persona, pero el candor de su alma inspiraba admiracion.

Hay dos candores muy diferentes: uno es hijo de la pobreza de inteligencia, y por tanto se parece mucho á la tontería; y el otro es hijo de la riqueza de bondad, y por lo tanto se parece mucho á la sabiduría.

Este último candor era el que resplandecia en la persona y en el alma del párroco de Valpacífico. Siento muchísimo que me falte tiempo para irme con él, encerrarme con él en Valpacífico y pasar allí un par de meses haciendo en cuerpo y alma la vida de campesino, á que tengo tan profundas é irresistibles inclinaciones que Dios no me ha permitido, ni probablemente me permitirá, ver satisfechas, aunque son el voto más ferviente de toda mi vida; siento que me falte tiempo para hacer esto, porque si no me faltara lo haria, y en seguida me consolaria de todas las tristezas y de todos los trabajos de mi vida escribiendo un libro en que sólo hablase de Valpacífico y de su señor cura y de sus honrados habitantes.

¿Ustedes no tenian noticia de Valpacífico? Pues yo les diré á ustedes dónde es y cómo pueden componérselas para verle, aunque no sea más que á vista de pájaro. Cuando atraviesen ustedes en ferro-carril la cordillera Carpetana y se acerquen á la insigne patria de Santa Teresa de Jesus, á la ciudad por excelencia de los caballeros, vayan ustedes mirando hácia abajo, y poco ántes de desembocar en la llanura uno de los vallecitos que se inician en las alturas que atraviesa el ferro-carril y se van ensanchando conforme descienden de la montaña, verán ustedes á Valpacífico. Para que le conozcan ustedes mejor, voy á darles algunas más señas de él.

El lugar, que se compone de unas cincuenta casas, está entre dos bosquecillos: el de la parte de arriba del lugar, de robles, encinas y olmos, y el de la parte de abajo, de frutales que orlan y cruzan y recruzan la huerta que allí tiene cada vecino del lugar.

En un ancho escalon ó meseta que hace la vertiente derecha del valle encima del lugar, verán ustedes asomar por encima de los pomposos pinos que pueblan la meseta el campanario de una ermita de Santa Teresa, á cuya santa paisana tienen los de Valpacífico mucha devocion, porque tienen más motivos que los de todo otro pueblo de España para tenérsela.

Estos motivos son los que vamos á ver. Cuentan los de Valpacífico que cuando la Santa estaba ya, como quien dice, con un pié en la tierra y otro en el cielo, dijo un dia, volviendo de uno de los viajes que hacía á sus piadosas fundaciones:

—Toda la vida he estado viendo desde lo alto á Valpacífico y nunca he bajado á él, á pesar de que lo deseaba, porque toda la vida me ha enamorado su hermosura. No quiero morirme sin satisfacer este deseo. Veamos si desde cerca me gusta tanto como desde léjos.

Y en efecto, la Santa se encaminó á Valpacífico. Al bajar al pinar, que ya entónces existia en la meseta que domina al pueblo, se sentó en una piedra á descansar y á contemplar el vallecito, y en memoria de esto y en agradecimiento á lo que luégo diré, le erigió allí Valpacífico una ermita, así que la Iglesia la declaró digna de erigírsele altares.

Toda la gente de Valpacífico salió al encuentro de la madre Teresa apénas supo que ésta se acercaba al lugar, y tales pruebas de veneracion y cariño recibió la santa reformadora del Carmelo, que, como aquellas buenas gentes le pidiesen que intercediese con Dios por ellas en particular y por el pueblo en general, la madre Teresa les preguntó:

—¿Qué es lo que más deseais que Dios os con-

ceda? Decídmelo, que yo se lo pediré de todas véras al Señor.

—Madre,—le contestaron,—la gracia que más deseamos alcanzar de Dios es que miéntras Valpacífico exista, sus habitantes no incurran en pecado, para que así todos vayan al cielo.

—Hijos,—dijo la Santa,—voy á orar ántes de alejarme de vosotros, y entre las mercedes que pediré á Dios se contará la que deseais que Dios os otorgue.

Así lo hizo la Santa, y la contestacion que recibió del Señor y puso en conocimiento de los de Valpacífico, fué ésta:

—Teresa, estás complacida hasta donde es justo, y por consecuencia hasta donde es posible.

Y desde entónces Valpacífico, que ya era un pueblo de gentes muy buenas, como lo probaba el nombre que ya entónces tenia, pues aquel nombre indicaba una de las virtudes más grandes que puede tener un pueblo, que es la de ser pacífico y no revoltoso como van siéndolo casi todos los de España, Valpacífico se convirtió en un pueblo de santos, ó poco ménos.

IV

El párroco de Valpacífico y sus sobrinos hablaban en el comedor, miéntras Rafaelita y Car-

litos los enamoraban en la iglesita que tenian en un cuartito inmediato, celebrando Carlitos una misa que ayudaba su hermana. Como el fin santifica los medios, cuando estos medios no son alguna picardía de órdago, tanto el párroco como sus sobrinos hacian la vista gorda á las infracciones litúrgicas que en la iglesita se cometian.

El señor cura estaba impaciente por saber qué negocio del alma tenian sus sobrinos que consultar con él, y se lo preguntó á su sobrino.

Este se lo explicó, y el buen párroco, si bien no aprobó las tendencias un tanto desinteresadas y laudables, pero tambien un tanto egoistas é irracionales, que notaba en sus sobrinos, que querian obligar á los chicos á abrazar el estado religioso, aunque no tuvieran vocacion á él, convino en que criáranse para el estado religioso, ó se criaran para casarse y servir á Dios y la patria siendo buenos padres de família, que es estado no ménos santo, convenia mucho criarlos en un pueblo de tan sanas costumbres como Valpacífico y no en un pueblo como Madrid, donde si no habia tanta inmoralidad y peligro como Rafael y Carolina suponian, habia de todo como en botica, y podia tocarles á los chicos un poco rejalgar de lo fino (como les habia tocado á sus padres, cuya tormentosa y pecaminosa juventud conocia el párroco, aunque ni por el pensamiento le pasaba

que Rafael y Carolina hubiesen pasado del pecado venial).

—Valpacífico —dijo Rafael— sería muy bueno para lo que nosotros deseamos, por la sola circunstancia de vivir usted allí y tener á su cargo el gobierno espiritual del pueblo; y si el pueblo fuese en la actualidad tan de buenas costumbres como era cuando usted fué á él, no tendria precio para preparar á Rafaelilla á convertirse, como quien dice en una Santa Teresa de Jesus, y á Carlitos, como quien dice en un San Luis Gonzaga. Con que diga usted, tio: ¿las costumbres de Valpacífico continúan siendo como usted nos las pintó cuando fué allá?

—Las mismas, hijos, las mismas. ¿Y cómo no habian de ser, si Dios prometió, por intercesion de Santa Teresa, que serian así siempre?

—Sí, ya nos contó usted esa piadosa tradicion de Valpacífico.

—Tanto más respetable y fidedigna, cuanto que los habitantes del lugar, si no son unos santos, les falta poco para serlo.

—¿Con que tan buenos son?

—Hijos, todo lo que en su alabanza se diga es poco. Allí no hay blancos ni negros, y sí sólo buenos españoles; allí no hay holgazanes como en Madrid; allí no hay quien sea capaz de robar ó estafar tanto así; allí nadie se emborracha ni

hace indignidades por llenar la tripa; allí no se oye una blasfemia ni una obscenidad; allí no se despelleja al prójimo con la murmuracion ni á los pobres con la usura; allí nadie falta á los preceptos de la Iglesia; allí se cumplen los mandamientos de la ley de Dios; allí los matrimonios viven como Dios manda; allí los siete pecados se fastidian, porque en cuanto asoman, les caen encima las siete virtudes; allí...

—Tio, permita usted que le interrumpa para decirle una cosa.

—Díme lo que quieras, hijo.

—Allí no le dará á usted mucho que hacer el confesonario.

—¿Pues no me ha de dar, hijo? No hay dia que ántes de misa no me siente en él.

—Pero ¿qué han de tener que confesar los vecinos de Valpacífico si son unos santos?

—Hombre, yo no he dicho que sean santos, sino que les falta poco para serlo. Los vecinos de Valpacífico al fin pertenecen á la mísera y frágil humanidad, y no están exentos de algun pecadillo. Dios prometió á Santa Teresa complacerla en cuanto fuera justo, y por tanto posible, y no complacerla en absoluto. Hay pecados que pudiéramos llamar naturales, porque están en la naturaleza humana. Vosotros direis que si son naturales no son tales pecados. Sí señor que lo son,

porque Dios nos ha dado la inteligencia para que veamos si la naturaleza se extravía ó no, y en caso de que se extravíe, le digamos: «Alto ahí, que eso no es justo ni decente». En fin, hijos, éstas son cosas muy delicadas para un sacerdote, porque son cosas de confesonario, y me permitireis que no sea más explícito.

—Bien, tio. Con que quedamos en que se llevará usted para allá á los chicos, los tendrá en su casa, les dará toda la educacion que el lugar permita...

—Que no será poca, porque así el maestro como la maestra que allí tenemos son excelentes, como que no los tenemos muertos de hambre como en otros pueblos. Quisiera que viéseis un chico que tiene la maestra y una chica que tiene el maestro, para que viéseis dos chicos bien educados.

—Pues lo dicho, tio. Usted servirá á los nuestros de padre hasta que vayan siendo mozos, que entónces nos los traerémos, seguros de que, criados en un pueblo de tan sanas costumbres como Valpacífico, han de volver rabiando la chica por hacerse monja y el chico por hacerse cura.

Dos dias despues el tio cura y sus sobrinitos iban camino de Valpacífico.



V.

Ya Carlitos y Rafaelita eran mozos hechos y derechos, como que Carlitos tenia diez y seis años y Rafaelita diez y ocho largos de talle, con cuyo motivo el tio cura escribió diciendo que no debian continuar allí.

El tio cura creyó que así como los habia acompañado cuando fueron á Valpacífico, debia acompañarlos cuando volvieran á Madrid.

La alegría de los papás fué grande cuando los vieron tan crecidos y hermosos; pero fué infinitamente mayor cuando, así que hablaron un rato con ellos y los oyeron hablar con unos señores curas muy virtuosos y sabios que visitaban la casa y se apresuraron á acudir á darles la bienvenida, se cercioraron de que venian hechos unos santos por habérseles pegado todas aquellas virtudes que el tio cura habia dicho tener los habitantes de Valpacífico.

Como Cárlos y Rafaela apénas se acordaban ya de Madrid, sus padres supusieron que á pesar de venir tan exentos de todo vicio, que ni el de la curiosidad traian, se divertirian y gozarian mucho dando un paseo por los sitios principales de Madrid.

El tio cura, que era ya muy anciano, no es-

taba para paseos, y por tanto no acompañó á sus sobrinos y sobrinitos cuando salieron á darle.

A Carolina y á Rafael les chocó mucho que Carlitos, cuando encontraban una chica guapa, la mirara embelesado y pareciera que se le iban los ojos tras ella, y que á Rafaelita le sucediese poco ménos cuando encontraban un buen chico.

—¡Pche!—dijeron para sí.—Eso no pasa de ser inocente curiosidad de muchachos, que como no han visto más que serranos vestidos de lana burda, creen ver una maravilla cuando ven una levita de paño fino ó un vestido de seda.

Cuando volvian á casa con los chicos delante, cuchichearon Rafael y Carolina sobre la conveniencia de averiguar si aquella noche habia alguna funcion de Nacimiento, y en caso de haberla, llevar á los chicos á que la viesen. Con objeto de examinar los carteles, se detuvieron los cuatro en una esquina, y Rafael y su mujer separaron la vista de los carteles, horrorizados, viendo á la cabeza del de los Bufos de Arderíus una litografía, que, entre otras indecencias, representaba á una porcion de mujeres y hombres casi como su madre los parió. Y su horror se convirtió en espanto cuando vieron que á Carlitos se le encandilaban los ojos contemplando á las *suripantas*, y á Rafaelita le sucedia poco ménos contemplando á los *suripantos*.

—Niños,—dijeron á los chicos,—esas porquerías no se miran.

—¡Sí, porquerías!—dijo Rafaelita.—¡Qué cosas tiene usted, mamá! Pues bien guapos son esos jóvenes que están ahí pintados.

—¡Y bien guapas las jóvenes que están junto á ellos!—añadió Carlitos.

Rafael y Carolina quisieron mudar de conversacion, pero no lo consiguieron sin que ántes oyeran á los chicos decir:

—¡Qué gusto dará el ver esa funcion!

Así que llegaron á casa, Rafael y Carolina, que iban muertos con lo que habian observado en los chicos, se encerraron á solas con el tio cura.

—Tio,—dijo á éste Rafael,—venimos con un clavo en el corazon.

—¿Pues qué es lo que os pasa, hijos?

—Lo que nos pasa es que hemos notado en los chicos una cosa que nos tiene muertos.

—¿Y qué cosa es ésa? Siempre será alguna simpleza.

—¡Buena simpleza nos dé Dios!

—Pero vamos, ¿qué es lo que habeis notado en los chicos?

—¡Una friolera! Que á Carlitos se le van los ojos tras de las buenas chicas, y á Rafaelita tras de los buenos chicos.

—¡Toma! Eso ya lo sabía yo. Por eso os escri-

bí diciéndoos que me parecia conveniente traerlos. Carlitos se iba encalabrinando con la hija del maestro, y á Rafaelita le sucedia lo mismo con el hijo de la maestra.

—¡Qué horror, Dios mio!

—Pero, hijos, ¿qué horror ni qué ocho cuartos ha de haber en que á los muchachos les gusten las muchachas y á las muchachas les gusten los muchachos, con tal que la cosa no pase de lo honesto y regular? Si eso es pecado, es un pecado natural de que vosotros mismos no os libraríais cuando érais jóvenes.

—(¡Nos ha chafado el tio cura!)—dijeron para sí Rafael y su mujer.

—Pero, tio,—añadió Rafael,—¿no decia usted que la gente de Valpacífico era santa?

—No dije tal cosa: lo que dije fué que era casi santa, y eso repito ahora.

—¿Con que, por lo visto, allí pasa lo que en Madrid y en todas partes?

—En punto á gustar los hombres de las mujeres y las mujeres de los hombres, el pueblo más santo de la tierra, que sin disputa lo es Valpacífico, tiene gran punto de semejanza con el pueblo ménos santo, que no sé cuál es.

—Pero ¿y lo que prometió Dios á Santa Teresa?

—Lo cumplió. Dios dijo que complaceria á la

Santa en todo lo justo, y por tanto, en todo lo posible; y cuando Dios consiente que allí como en todas partes los hombres gusten de las mujeres y las mujeres gusten de los hombres, Dios sabrá que no debe impedirlo ni condenarlo. Ese es el pecado que lleva á los piés del confesor á los habitantes de Valpacífico; ése es el pecado que sólo lo es de nombre, cuando no pasa de los límites honestos y por tanto justos; ése es el pecado que sin duda cometísteis vosotros, puesto que os quisísteis y os casásteis, y ése es el pecado que vosotros teneis el deber de absolver en vuestros hijos si incurren en él.

—¿Con que es decir que nuestros hijos no abrazarán el estado religioso?—exclamó Rafael con asentimiento de su mujer.

—Pero abrazarán el estado de gracia si se casan y son buenos padres de familia, porque casarse y ser eso, no es ménos santo que ser vuestra hija monja y vuestro hijo cura, pues es tanto como ser buenos ciudadanos y buenos servidores de Dios.

VI

Pasaron algunos años y Cárlos y Rafaela eran lo que al tio cura no espantaba que fuesen: esposos y padres. Cuando el tio cura espiró descu-

briendo por la ventana de su alcoba la ermita levantada sobre la piedra donde se habia sentado Teresa de Jesus, pensó en sus sobrinos Rafael y Carolina, y sonrió de alegría, pensando que cuando muriesen dejarian lo que él no dejaba: hijos, nietos, y acaso biznietos que pidiesen á Dios el perdon de sus pecados!

Yo creo que la anciana que lea á sus hijos y sus nietos este cuento, sentada en medio de ellos al amor de la lumbre, no será ménos feliz que la anciana que se le lea á su gato y á su criada miéntras ésta le prepara una taza del chocolate que le ha enviado el hijo cura con los bizcochos que le ha enviado la hija monja.

EL FOMES PECCATI.

I

Con esta pícara aficion que desde chiquitin he tenido á averiguarlo todo, ménos aquello cuya averiguacion es pecado, apénas llegó á mi noticia el aforismo teológico de que todos tenemos dentro del cuerpo el *fomes peccati*, me entró gran comezon por averiguar, no si el aforismo era cierto como regla general, pues no dudaba de que lo fuese, sino si esta regla tenia su excepcion como todas.

Molí con mis preguntas á todo Dios, inclusa la historia civil y religiosa, y todas las contestaciones que obtuve fueron que, en efecto, el *fomes peccati* se encierra en todo cuerpo humano, sin excepcion de los más santos. Generalmente estas contestaciones se resentian de cierta metafísica, y por consiguiente su aridez y oscuridad las hacía

inadecuadas para incluirlas en el género de literatura lisa y llana y á la buena de Dios que yo cultivo; pero entre ellas habia una que no tenia aquella condicion, y por consecuencia aquel inconveniente, y esta contestacion, que es la de la tradicion popular, es la que voy á confiar al público, un poquito ampliada y glosada, eso sí, pero en lo esencial sin quitarle punto ni coma.

Veamos, pues, con qué ejemplos al canto me afirmó la tradicion popular ser cierto que todos tenemos el *fomes peccati* dentro del cuerpo, unos en la cabeza, otros en la boca, otros en el pecho, otros en el estómago y otros aún más abajo, como que hasta en los piés le tienen muchas personas.

II

En una nacion de Europa (que no sé de fijo cuál fuese, pues la tradicion popular, como no tiene fuste ni fundamento en punto á precisar lugares ni fechas, unas veces dice que fué allá y otras que acullá) sucedió que al subir ó prepararse á subir al trono el heredero legítimo del último monarca, salió á campaña para disputarle la corona un príncipe extranjero, que así tenia derecho á ella como yo á la mitra arzobispal de Toledo, que no pretendo por la sencilla razon de que el convenirle á uno ser arzobispo no es razon-

bastante para que uno se empeñe en serlo y por salirse con la suya ande á trastazos con todo el mundo.

El pretendiente era muy antipático á la nacion, no tanto porque fuese extranjero y quisiera lo ajeno contra la voluntad de su dueño, como porque representaba ideas políticas y sociales de allá del tiempo de Mari-Castaña, y la nacion decia con muchísima razon que en un buen medio está la virtud y salir de él es ir hácia donde está el vicio, que es en los extremos, y ademas decia que desde los tiempos de Mari-Castaña ha andado el mundo mucho y con mucha trabajo, y no es cosa de desandarlo y echar, como si dijéramos, á la espuerta de la basura el fruto que se ha venido recogiendo en la jornada, sino ver si entre aquel fruto hay algo podrido ó malo, y en caso que lo haya, separarlo y guardar como oro en paño lo sano y bueno.

Pero como en toda nacion, aunque sea tan honrada y lista como aquélla, que por lo visto se parecia mucho en esto y en lo otro y en lo de más allá á nuestra España, nunca faltan un atajo de bribones y un par de atajos de tontos, lo que prueba que tambien las naciones tienen el *fomes peccati* en el cuerpo, sucedió que con bribones y tontos el pretendiente formó á modo de un ejército, y con su ayuda y la de otro atajo de qué sé

cajetillas del estanco, pues purearé en grande con los cigarros del rey, voy á estar como un príncipe, y á la vuelta de poco tiempo me voy á encontrar con una olla de onzas que meta miedo!

¡Hum! ¡Me parece, á juzgar por el pico y la codicia del bufon, que tambien éste tenia el *fomes peccati* en el cuerpo!

III

De buena gana me luciria yo aquí describiendo la corte del pretendiente; pero como la corte apénas tenia que describir, me fastidio privándome de tanto lucimiento.

¿Qué demonios tienen que describir un lugarejo de unas cuantas casas de mala muerte colocadas en incorrecta formacion junto á una iglesia de tres al cuarto, y un palacio reducido á un piso bajo ocupado por la cuadra y el portal, donde hozan, con perdon de ustedes, dos de la vista baja, á un piso principal cuyos ahumados departamentos son una salita, una cocina y dos ó tres dormitorios, y á un sobrado lleno de paja y heno que se asoman por las rendijas del piso á ver lo que pasa en el principal?

El pretendiente era tan comodon que se alampaba por vivir bajo artesones dorados, y por sentarse en sillas de tapicería de seda, y por dormir

entre sábanas de holanda, y por cômer en vajilla de plata y oro, y por verse rodeado de buenas chicas, y por repantigarse en carretelas forradas de raso; pero sufria la privacion de todo esto con la mayor resignacion del mundo, porque decia:

—Todo se andará si la burra no se pára. Eso y mucho más tendré cuando me siente en el trono de mis mayores, que se repantigaban en carrozas hasta de concha fina...

Es de advertir que sus mayores nunca se habian repantigado más que en alguna mala tartana.

El que le tenia muy fastidiado con su eterna cantinela de que era necesario arreglar las cosas de la corte de modo que no padeciera el decoro del rey y su gobierno, era el presidente del Consejo de ministros, encargado de las carteras de Guerra, Gobernacion, Hacienda, Estado, Fomento, Gracia y Justicia y Ultramar, porque siempre estaba diciendo:

—Señor, conviene al decoro de vuestra majestad y su gobierno adecentar un poco el real palacio y los ministerios, poner en la corte una miaja de alumbrado público, y adquirir para uso de vuestra majestad aunque sea un coche de colleras, y para uso del gobierno aunque sea un carromato. El real palacio, los ministerios y la corte toda han de merecer por su decencia el nombre

cajetillas del estanco, pues pureаré en grande con los cigarros del rey, voy á estar como un príncipe, y á la vuelta de poco tiempo me voy á encontrar con una olla de onzas que meta miedo!

¡Hum! ¡Me parece, á juzgar por el pico y la codicia del bufon, que tambien éste tenia el *fomes peccati* en el cuerpo!

III

De buena gana me luciria yo aquí describiendo la corte del pretendiente; pero como la corte apénas tenia que describir, me fastidio privándome de tanto lucimiento.

¿Qué demonios tienen que describir un lugarejo de unas cuantas casas de mala muerte colocadas en incorrecta formacion junto á una iglesia de tres al cuarto, y un palacio reducido á un piso bajo ocupado por la cuadra y el portal, donde hozan, con perdon de ustedes, dos de la vista baja, á un piso principal cuyos ahumados departamentos son una salita, una cocina y dos ó tres dormitorios, y á un sobrado lleno de paja y heno que se asoman por las rendijas del piso á ver lo que pasa en el principal?

El pretendiente era tan comodon que se alampaba por vivir bajo artesones dorados, y por sentarse en sillas de tapicería de seda, y por dormir

entre sábanas de holanda, y por cômer en vajilla de plata y oro, y por verse rodeado de buenas chicas, y por repantigarse en carretelas forradas de raso; pero sufria la privacion de todo esto con la mayor resignacion del mundo, porque decia:

—Todo se andará si la burra no se pára. Eso y mucho más tendré cuando me siente en el trono de mis mayores, que se repantigaban en carrozas hasta de concha fina...

Es de advertir que sus mayores nunca se habian repantigado más que en alguna mala tartana.

El que le tenia muy fastidiado con su eterna cantinela de que era necesario arreglar las cosas de la corte de modo que no padeciera el decoro del rey y su gobierno, era el presidente del Consejo de ministros, encargado de las carteras de Guerra, Gobernacion, Hacienda, Estado, Fomento, Gracia y Justicia y Ultramar, porque siempre estaba diciendo:

—Señor, conviene al decoro de vuestra majestad y su gobierno adecentar un poco el real palacio y los ministerios, poner en la corte una miaja de alumbrado público, y adquirir para uso de vuestra majestad aunque sea un coche de colleras, y para uso del gobierno aunque sea un carromato. El real palacio, los ministerios y la corte toda han de merecer por su decencia el nombre

de tales, porqúe si no, no serán palacio, ni ministerios, ni corte, ni nada.

—¡Hombre, que has de estar siempre con la misma cancion!—exclamaba el rey, amoscado con el presidente del Consejo de ministros, que por centésima vez le repetia aquello.—No seas molino, hombre, pues sabes que á mí me fastidia el meterme en cavilaciones y engorros por cosas que me han de dar cocidas y amasadas así que me siente en el trono de mis mayores.

El presidente del Consejo callaba, pero se proponia volver á la carga el dia siguiente de sobremesa, porque es de saber que tenia la honra diaria de sentarse á la mesa de su majestad, y entónces era cuando, animado con unos buenos trínquis del tinto de Navarra, se atrevia á cantar la cartilla á su majestad.

En éstas y las otras llegó el fin de mes, y dijeron los empleados: «¡A cobrar la paguita tocan!»

Pico-largo, como cada hijo de vecino que comia del presupuesto nacional, digo del sudor de los habitantes de aquel pedacito de la nacion, tomó tambien el tole hácia la tesorería á cobrar su oncita de oro.

Los ojos se le encandilaban pensando en la oncita, é iba discurriendo las precauciones que habia de tomar para que no le dieran alguna moneda falsa, porque le habian dicho que la falsifi-

cacion era por allí moneda corriente con el nuevo órden de cosas, á pesar de que se habian dado muy severas para que no bailaran juntos hombres y mujeres, sino hombre con hombre y mujer con mujer, en atencion á que los dos sexos tenian el *fomes peccati* no sé en qué parte del cuerpo.

IV

El presidente del Consejo de ministros, así como estaba encargado de las carteras de Guerra, etc., etc., lo estaba tambien de la tesorería y otras incumbencias.

Sus temores tenia Pico-largo de que le fuera á pagar en plata, en cuyo caso le fastidiaba de lo lindo, porque diez y seis onzas de plata no se meten donde se mete una onza de oro, y por reducir á oro los diez y seis duros en plata siempre habia de llevar el cambiante seis ú ocho cuartos; pero se tranquilizó pensando que el señor tesorero no dejaria de complacerle pagándole en oro contante y sonante, y más si le adulaba un poquillo ántes de suplicarle que así lo hiciera.

Muy mal se preparó la cosa desde que Pico-largo abrió el suyo para saludar al señor tesorero.

—¿Cómo va esa humanidad, señor presidente del Consejo de ministros, etc., etc.?

—Muy bien; pero recuerdo á usted que tengo tratamiento de excelencia, y ni á Cristo padre se le apeo, como no sea al rey, que no me le da.

—Vuecencia ha de perdonar; pero como dicen que ya ninguno de los que le tienen le admite...

—Esas son costumbres liberales, y basta que lo sean para que yo las rechace.

—Bien; pero ya comprende vuecencia que, siendo ésa la única razon que vuecencia tiene para no apear el tratamiento, no es extraño que yo no se le haya dado á vuecencia, porque esa no es razon ni Cristo que lo fundó.

—Tiene usted muy largo el pico, y me parece que habrá que cortársele un poco.

—Permítame vuecencia que le diga...

—Ménos conversacion, y diga usted lo que quiere.

—Pues nada, venía á cobrar mi paguita.

—Ahí la tiene usted, y gástela en cordilla,—exclamó el señor presidente del Consejo tirando sobre el mostrador un papelito del color de la esperanza, que era verde y se la comió un borrico.

—¿Y qué viene á ser esto, excelentísimo señor?—preguntó Pico-largo admirado.

—¡Qué! ¿No tiene usted ojos? Eso es treinta y dos escudos en papel-moneda.

—El papel ya le veo, pero la moneda no.

—¡Hombre, no sea usted cerril! Ese es uno

de los bonos emitidos por su majestad y declarados de circulacion forzosa.

—Pues le digo á vuecencia que no lo entiendo.

—Por lo visto, usted no entiende más que de chupar la melona, sin utilidad ninguna de su majestad ni del Estado. Oiga usted, hombre, que á usted parece que hay que metérselo todo con cuchara. Estos bonos se amortizarán por el Real Tesoro, pagándolos por todo su valor y un ciento por ciento de interes anual cuando su majestad se siente en el trono de sus mayores.

—¡Tú! ¡tú! ¡tú! ¡Pues no va larga la fecha que digamos! Para entónces ya nos habrémos muerto todos, incluso el rey.

—¿Qué es lo que quiere usted dar á entender, hombre?

—Lo que quiero dar á entender es que haga vuecencia el favor de pagarme en oro y dejarse de papeluchos.

—¡Papeluchos! ¡Pues me ha hecho gracia, como hay Dios, la calificacion! Me parece que usted anda buscándole tres piés al gato teniendo cuatro... ¡Papeluchos!

—¡Pues sí señor, papeluchos, que ya me va cargando el despotismo de vuecencia! No siendo ese papel pagadero hasta el dia del juicio por la tarde, es un papel mojado.



—¡Insolente! Salga usted de aquí más pronto que la vista, ó sale usted atado codo con codo. ¡Papel mojado! ¡Nos ha compuesto el jorobeta éste!

Pico-largo, intimidado ya con la indignacion de su excelencia, que parecia querérsele tragar, bajó la cabeza y salió de la tesorería, sin volver á chistar ni mistar, á pesar de su mucho pico.

El señor presidente del Consejo puso inmediatamente en conocimiento de su majestad lo que ocurria con el bufon. Su majestad se puso hecho un toro al saberlo, y mandó que el bufon saliera desterrado de sus dominios, despues de recibir cien azotes en la parte que, á juicio del mismo, ménos le doliesen, pues su majestad queria darle una gran prueba de benevolencia concediéndole esta eleccion.

V

Cuando á Pico-largo se notificó esta cruel sentencia, como es natural se afectó mucho y se puso á filosofar sobre la instabilidad é ingratitud de los reyes absolutos; pero no tardó en echarse á cavilar á ver si encontraba medio siquiera de ahorrarse los azotes, que eran la parte de la sentencia que más le dolia áun ántes de ejecutarse, y por fin se consoló un poco creyendo haber encontrado aquel medio.

La hora de la ejecucion de la sentencia llegó, y su majestad se asomó á la ventana de palacio, que daba á la plaza, para presenciar la azotaina, porque estaba aún hecho un soliman con el que en una monarquía absoluta se habia permitido controvertir la validez del papel-moneda emitido por el soberano, y sobre todo controvertirla ofendiendo á la majestad con sus apreciaciones y reticencias.

El presidente del Consejo de ministros estaba en la plaza, deseoso de ver la azotaina desde cerca.

—Desnúdese usted de medio cuerpo arriba,—dijo el verdugo al reo.

—¿Y para qué me he de desnudar?—le preguntó Pico-largo.

—Para que casquemos como es debido los cien azotes.

—Yo no necesito desnudarme para eso.

—¿Cómo que no, hombre?

—Lea usted bien la sentencia.

—Ya la he leido.

—¿Y qué dice?

—Dice, en resúmen, que se le condena á usted á salir desterrado, despues de recibir cien azotes en la parte donde, á juicio de usted, ménos le duelan.

—¡Ajá! Estamos conformes: tengo permiso

para elegir la parte en que ménos me duelan los azotes, ¿no es esto?

—Sí señor.

—Pues la parte donde ménos me duelen no es la que usted quiere que descubra.

—Pues si no, elija usted otra y no andemos moliendo.

—Va usted á ser servido. La parte que elijo, porque es la parte en que ménos me duelen los azotes, es el trasero del señor presidente del Consejo de ministros.

Una carcajada general, en que no pudieron ménos de tomar parte el verdugo y el presidente del Consejo de ministros, acogió la inesperada salida de Pico-largo.

El rey se quemó mucho al oir aquella carcajada, porque creyó que era gran irreverencia reirse los vasallos delante del rey; pero como era curioso, aunque no lo era, preguntó por qué reia tanto la gente.

Como aventajaba á todos en lo tentado á la risa, cuando le dijeron la ocurrencia de Pico-largo soltó el trapo tan de gana, que aquello no era reir, sino retorcerse y tumbarse de risa.

Así que acabó de reir, lo primero que hizo fué decir que anulaba en todas sus partes la sentencia, siquiera por lo gracioso y pillo que era el tal Pico-largo.

¡Vaya un rey formal que se habia echado aquel pedacillo de la nacion, ó mejor dicho, le habian echado!

Lo cierto y verdad es que Pico-largo no sólo volvió á la gracia de su majestad, sino que obtuvo la de que en lo sucesivo se le diera su paga en oro contante y sonante, con exclusion de todo papel-moneda.

A quien le supo á cuerno quemado lo pillo del bufon y lo bragazas del rey fué al señor presidente del Consejo de ministros.

VI

El señor presidente del Consejo continuaba moliendo á su majestad todos los dias de sobremesa, despues de haberse tirado unos buenos latigazos del navarro, con que era necesario que en la corte en general, y en el real palacio y los ministerios en particular, se hicieran las mejoras que reclamaban el decoro de la corte, el de la real persona y el del gobierno, porque, si no, aquello no era corte, ni palacio, ni ministerios, ni nada.

El rey tenia la sangre frita con aquel mosconeo diario, porque, para meterse en aquellas reformas, tenia que meterse en cavilaciones y engorros, y su majestad decia para sí, y decia muy bien, aunque decia muy mal, pues su majestad

ladraba la lengua nacional en lugar de hablarla:

—¡Cuidado que es manía la del tio machaca éste! Señor, ¿qué necesidad tengo yo de romperme la cabeza con cavilaciones y fastidios miéntras no me siente en el trono de mis mayores, si por una parte en cuanto cavilo un poco me hago un ovillo, y por otra me siento tan guapamente con que me llamen rey, con comer y beber bien, con echar un mus y con salir por ahí un rato à ver las chicas? Todos los dias me dan tentaciones atroces de hacer uso de mi soberanía absoluta mandando fusilar á ese súbdito irreverente y osado; pero es mucha gaita eso de fusilar á un presidente del Consejo de ministros, encargado de las carteras de Guerra, etc., etc. Lo que sí haria yo, si tuviera cabezà para ello, es echarle una indirectilla del Padre Cóbos, á ver si conseguia que no sea tan molino.

El bufon, que estaba á la que salta, oyó por casualidad uno de estos soliloquios del rey, y se decidió á pedir permiso á su majestad para echar, como que salia de él, una puntadilla al señor presidente del Consejo, á fin de que no moliera á su majestad tanto.

El rey, no sólo le concedió el permiso que solicitaba, sino que le prometió advertirle, guiñándole el ojo, la ocasion oportuna para echar al señor presidente del Consejo la puntadilla.

Al dia siguiente estaban de sobremesa el rey, el presidente del Consejo de ministros y el bufon, y ya empezaba el señor presidente del Consejo con circunloquios para traer á cuento lo de las mejoras en la corte, en palacio y en los ministerios, cuando el rey, viéndole *de* venir, como decia su majestad, que ya hemos dicho ladraba la lengua nacional por no ser la materna suya, guiñó el ojo á Pico-largo, y éste dijo:

—Si vuestra majestad me lo permite, voy á contar un cuento á propósito de lo que el señor presidente del Consejo dice todos los dias y anda hoy por decir, á saber: que si no se hacen mejoras en el real palacio, en los ministerios y en la corte, esto no es palacio, ni ministerios, ni corte, ni nada.

—Con permiso de su majestad,—exclamó el señor presidente del Consejo, algo quemado de que Pico-largo se metiese en la renta del excusado,—debo recordar al señor bufon que por tener largo el pico estuvo á punto de llevar cien azotes.

—Hombre, con agua pasada no muele molino,—le interrumpió el rey.—No muelas tú tampoco, y deja que mi real bufon cuente el cuento que dice venir á pelo.

El bufon se echó, sobre el café que acababa de tomar, una copita de mezclado, y encendiendo y chupando un puro, contó el cuento siguiente:

VII

«Este era un fraile exclaustrado.

Los frailes de su Orden saben tanto que parece que han estudiado con los Jesuitas; pero aquel pobre no habia echado mucho pelo con su sabiduría.

El padre Rosado, que así se llamaba, ejercia el ministerio parroquial en una aldeilla de doce vecinos. Como los parroquianos eran pocos y pobres, el párroco andaba siempre á la cuarta pregunta, y más aún lo andaba el sacristan.

El sacristan, que se llamaba Bartolo, era un mozo tan lego, que ni siquiera sabía leer; y si sabía ayudar á misa y otros menesteres de su empleo, era porque el párroco anterior se los habia hecho aprender de memoria á fuerza de machacar.

Desde mozuelo le gustaban mucho las chicas y se le iban los ojos tras ellas, de modo y manera que el padre Rosado, que hacía poco desempeñaba el curato del lugar, notólo y dijo para sí:

—Ese pedazo de alcornoque se encalabrina el mejor dia con alguna de esas chicas que le traen al retortero, se casa, se llena de chicos, y no teniendo sobre qué caerse muerto, porque la sacristía de aquí no da más que una racion de hambre

y otra de necesidad, hay en su casa la de Díos es Cristo.

Cuando así estaba pensando el padre Rosado, se llegó á él Bartolo, y le dijo:

—Padre Rosado, yo queria preguntarle á usted una cosa.

—Pregúntala, hijo, que el que pregunta no yerra.

—Pues quisiera saber si tengo yo tambien el *fomes peccati*, que segun decia usted ayer tarde en el púlpito, tenemos todos dentro del cuerpo.

—¡Vaya si le tienes, hijo!—le contestó el exclaustrado.

—Y aunque sea mal preguntado, ¿se puede saber qué viene á ser eso?

—Viene á ser... esa cosa que cuando ves una chica guapa sientes dentro de tí y como que te lleva tras de la chica.

—¡Calla! ¿Con que eso es el *fomes peccati?*

—Eso, hijo.

—Padre Rosado, es imposible que eso sea.

—¿Y por qué no lo ha de ser, hombre?

—Porque usted decia que el *fomes peccati* es la cosa más mala del mundo, y á mí me parece que en el mundo no hay cosa más rica que lo que uno siente dentro cuando ve una chica resalada y retrechera.

—A tí te parecerá así porque eres muy bar-

tolo, pero es todo lo contrario. El *fomes peccati* es la concupiscencia, el gérmen, la semilla, el fomento del pecado, y por consecuencia de la condenacion eterna.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Bartolo, santiguándose horrorizado.

Y desde entónces huyó como del diablo de las chicas, por más sandungueras que fuesen, y empezaron á encandilársele los ojos siempre que se hablaba de conventos y de frailes.

El padre Rosado dió gracias á Dios por ello, porque se hubiera visto negro si el sacristan se hubiera casado. Como el curato apénas le daba para matar el hambre con un taco de pan negro y un pucherillo de patatas, no podia pagar ni mantener ama de gobierno ni cosa que lo pareciese, y le venía como de perlas el que el sacristan no tuviese más quehaceres que los de la iglesia, ni más obligaciones que las personales, pues así podia servirle en todas aquellas cosas que no están bien en un sacerdote, como hacer la colada, echar un remiendo, etc., etc.

Bartolo le servia con el mayor desinteres y la mejor voluntad; pero áun así, creia el padre Rosado que era necesario pagarle, si no con dinero ó cosa que lo valiese, al ménos con esperanzas, y con esperanzas le pagaba.

Un dia de incienso dijo el padre Rosado:

—Hoy te vas á quedar á comer conmigo, que una antigua hija de confesion, anciana, enfermiza y dueña de una posesion que nos vendria á tí y á mí de perilla para cierto proyecto que yo tengo y ando madurando, me ha enviado un jamoncillo y una bota de vino.

—Padre Rosado,—contestó Bartolo, chispeándole los ojos de alegría al oir hablar de jamon y vino, como le chispeaban en otros tiempos al ver una chica sandunguera,—acepto el convite, siquiera por ser hoy dia tan señalado, y porque si le he de decir á usted la verdad, ya me tiene estomagado el puchero de berzas con un puñado de sal y una piltrafilla de sebo, que es la única gracia de Dios que entra en mi cuerpo hace ya no sé cuántos años.

—No te dé cuidado por esa penuria, hombre, que, como suele decirse, á cada puerco le llega su San Martin...

—¡Dios le oiga á usted, padre Rosado, que bien lo necesitamos, porque esta arrastrada vida, que hasta de esperanza carece, no es para llegar á viejos!—exclamó Bartolo, entreviendo, como el padre Rosado, horizontes de color de rosa, digo de color de jamon, chuletas, huevos, vino y otras porquerías así.

El padre Rosado y Bartolo se pusieron de jamon y vino hasta alcanzarlo con el dedo.

—¡Cuándo nos hemos visto nosotros en éstas!—exclamó el fraile.

—¡Y cuándo nos volverémos á ver!—añadió el sacristan.

—Hombre, ya te he dicho que tras estos tiempos vendrán otros, porque si cuaja mi proyecto (que sí cuajará con la ayuda de Dios), tú y yo nos ponemos las botas.

—¿Con que el proyecto es cosa buena?

—Buenísima.

—¡Caramba, padre, cualquiera diria que no tiene usted confianza en mí cuando se contenta con decirme eso!

—Tienes razon, hijo, que tu lealtad, que espero recompensar debidamente, te hace acreedor á que te confie mi proyecto. Has de saber, Bartolo, que proyecto la fundacion de un gran convento de mi santa Orden.

—Padre, eso me parece muy santo y muy bueno para el alma; pero el cuerpo ¿qué va á sacar de eso?

—¿Qué va á sacar? ¡Ahí es nada lo del ojo y le llevaba en la mano! Yo seré, como quien no dice nada, guardian de la comunidad, y tú serás mi lego favorito.

—¡María Santísima, qué fortunon si eso llega á realizarse!

—¡Y tres más que llegará!

—Pero oiga usted, padre, yo he visto que en las estampas y cuadros pintan á los frailes muy gordos, con unos mofletes y unos colores que dan envidia, siempre arrellanados en un sillon, despachando con cara de risa unos tazones de chocolate con bizcochos que le hacen á uno relamerse... ¿Están bien pintados, ó es pintar como querer?

—Hombre, de todo hay en la viña del Señor, porque como los frailes tambien tienen en el cuerpo el *fomes peccati*, unos luchan á brazo partido con él y le vencen, y otros se dejan vencer sin luchar.

Bartolo se entristeció, diciendo para sí:

—Si luchamos nosotros, malo, porque ayunamos, y si no ayunamos, peor, porque ardemos.

Pero se alegró, añadiendo:

—Ni lucharémos ni arderémos, porque sería pedir gollerías el pedirnos que habiendo ayunado tanto cuando no lo habia, sigamos ayunando cuando lo hay.

La lógica de Bartolo era absurda; pero cada uno arregla la suya á su respectivo *fomes peccati*.

VIII

—¡Bartolo!—exclamó un dia el padre Rosado.—Lloremos de pena y riamos de alegría.

—Padre Rosado, si le entiendo á usted, que me fusilen,—contestó Bartolo.

—Hombre, la cosa es muy sencilla: ha muerto la del jamoncillo y la bota de vino, y me ha dejado todos sus bienes, aunque sus parientes pretenden ser sus únicos herederos legítimos y han empezado á disputármelos. Por consecuencia, lloremos por la difunta y riamos por la herencia.

Así que el padre Rosado y Bartolo lloraron y rieron, fueron á tomar posesion de los bienes de la difunta, que consistian en una posesion situada en un valle solitario y agreste.

Como Bartolo habia oido decir al padre Rosado que aquella posesion era como hecha de encargo para su gran proyecto, se le cayó el alma á los piés cuando vió que todo se reducia á una casa de mala muerte y unos terrenos, muy extensos sí, pero incultos y cubiertos de matorrales.

—¡Esto es magnífico!—exclamó el padre Rosado cuando llegaron á un alto desde donde se dominaba la posesion.—¡Ni pintado podia ser mejor para mi proyecto! Pero, Bartolo, ¿no te entusiasmas viendo esto?

—¡Qué demonche me he de entusiasmar, si la casa parece que se está cayendo y las tierras no crian más que maleza!—contestó Bartolo descorazonado.

—Hombre de Dios, el valor de las cosas no

se ha de apreciar por lo que son, sino por lo que pueden ser. Lo que yo necesitaba era una buena base para plantear mi proyecto, y ésa la tengo aquí á pedir de boca.

—¿A pedir de boca, padre? Me parece que la nuestra por mucho que pida tendrá que contentarse con cruces, y gracias que los parientes de la difunta no ganen el pleito...

—¡No digas disparates, hombre! Por de contado fundarémos el convento, sirviéndole de base material esa casa y ese terreno, y de base personal nosotros dos.

—¡Vaya un convento y una comunidad!

—Como base, bastan y sobran para plantear mi proyecto.

—¿Y nos vamos á mantener con raíces y agua fresca?

—Hombre, no tanto como eso. Pondrémos inmediatamente un cepillo en la carretera que pasa por ahí, y con las limosnas que echen los transeuntes, que de seguro no serán flojas, irémos tirando como Dios nos dé á entender, hasta que la cosa se arregle de otro modo.

—Pero, padre, ¿usted cree que se arreglará de otro modo la cosa?

—¡Pues no se ha de arreglar, hombre! Estoy seguro de que así que corra la voz de que se ha fundado aquí un convento, en veinte leguas á la

redonda no muere un rico que no nos deje todos sus bienes.

—Padre Rosado, me va usted volviendo el alma al cuerpo.

—Ya verás, ya verás tú en lo que se convierte, en poco más que nada, el desierto que tenemos á la vista.

—¿Usted, por supuesto, ya habrá echado sus planes sobre lo que se ha de hacer?

—¡Pues no los he de haber echado, hombre! ¿Tú crees que yo me mamo el dedo? Oye, hijo, oye lo que tengo pensado. El convento y la iglesia figurarán, como los de los Jesuitas de Loyola, una gran águila, cuyo cuerpo sea la magnífica iglesia central, construida con ricos mármoles, y cuya cúpula se alzará á inmensa altura, como si el águila levantase soberbia la cabeza para remontarse al cielo. El ala derecha del águila, toda de sillería y de tal extension que su remate casi se perderá de vista, estará exclusivamente destinada á celdas, que no han de bajar de ciento, porque yo calculo que la comunidad no bajará de cien religiosos, y quiero que se componga cada una de varios departamentos espaciosos, alegres y bien decorados y amueblados. El ala izquierda tendrá la misma extension, y estará destinada á refectorio, biblioteca, escuela de novicios, botica, etc., etc.

—¿Y dónde deja usted la despensa y la cocina, padre Rosado?

—Hombre, la cocina, la despensa, la bodega, las cuadras para el ganado, etc., etc., corresponden á los pisos bajos.

—Muy bien entendido, padre. ¿Con que hasta bodega y ganado hemos de tener?

—¡Pues no hemos de tener, hombre! ¿Ves tú aquella gran llanada cubierta de maleza que se extiende por la orilla del rio?

—Sí que la veo.

—Pues aquélla ha de ser la dehesa donde pasten la vacada, los rebaños de cabras y ovejas y la piara de cerdos.

—¿Con que todo eso hémos de tener?

—¡Pues es claro, hombre! Una comunidad tan numerosa y rica como la nuestra necesita tener de todo en abundancia.

—¡Mala vida nos darémos con tanta carne de vaca, ternera, corderos, cabritos, cerdos, pichones, pollos, leche, etc., etc.!

—Figúrate tú, hijo, si nos desquitarémos de tanto ayuno como hemos pasado en ese pícaro pueblo.

—Y los que tendrémos que pasar aquí hasta que la cosa vaya entrando en regla.

—En cuanto á eso, no tengas cuidado, que tanto en el cepillo de la carretera como en la co-



lecta en los pueblos cercanos, caerán limosnas con que vivirémos en grande.

—Tiene usted razon, que lo pasarémos perfectamente, viviendo, como quien dice, sobre el país, miéntras se arregla la cosa de otro modo.

—Decir que vivirémos sobre el país no es expresion muy decente que digamos, pero, como dicen los franceses, el nombre de la cosa no importa un comino. ¿Ves aquella colina redonda que se alza dominando la dehesa? Pues allí se ha de construir un gran edificio circular, cuyo piso superior servirá de palomar, y cuya planta baja estará destinada á gallinero, pavería, etc., etc., porque la carne de ave y los huevos han de tener gran consumo en el convento.

—¡Válgame Dios, padre Rosado, qué rato tan bueno me está usted dando con lo que me cuenta!

—Pues todavía no sabes de la misa la media. ¿Ves aquella gran ladera, con exposicion á Mediodía, que forma la vertiente del valle, opuesta á la que ocupa, digo ocupará el convento? Pues como *Bacchus amat colles*, que decimos los latinos, todo aquel terreno se ha de quebrantar y poner de viñedo de las mejores clases, y estoy seguro de que será un bálsamo el vino que allí cojamos.

—¡Jesus! ¡Padre Rosado, si es para volverse uno chocho el pensar en tales delicias!

—Pues oye, que todavía queda el rabo por

desollar. ¿Ves aquella praderita del otro lado del rio? Pues allí se ha de establecer la gran pesquera del convento, á cuyo efecto se hará al rio una sangría y se construirá sobre él un majestuoso puente de piedra. Ya verás, ya verás venir de allí cargamentos de anguilas, truchas asalmonadas, todavía coleando...

—Padre Rosado, me parece que he empezado ya á echar barriga sólo con lo que usted me dice.

—¿Ves esa llanadita del fondo del valle que forma escuadra con el rio? Pues ahí se ha de hacer la gran huerta del convento, donde habrá cuantas hortalizas y frutas se conocen en el mundo.

—¡María Santísima, qué regalo va á ser el nuestro!

—¿Ves aquella otra llanadita que se extiende detras del convento y en suave declive va desvaneciéndose en la cúspide de la montaña? Pues todo aquello ha de ser jardines llenos de cuantas flores y plantas aromáticas crió Dios, y con hermosos cenadores, y juegos de aguas, á cuyo efecto se traerá un rico manantial que brota en un regazo de la montaña, é infinidad de invenciones de comodidad y embellecimiento.

—¡Pues le digo á usted, padre Rosado, que ni el rey con ser rey va á estar mejor que nosotros!

—Por último, amigo Bartolo, en aquella alta planicie que domina el valle, y á la que se subirá

por los jardines por medio de un caminito que á fuerza de ingeniosos rodeos y artificios será como la palma de la mano, habrá una especie de mirador ó glorieta con tales comodidades y tales encantos, que subir allí será, mal comparado, subir al cielo.

—Padre Rosado, ya me parece haber estado en él sólo con habérmele usted pintado.

—Pues ya verás cómo lo vivo excede á lo pintado, porque, como dice el refran, de lo vivo á lo pintado hay gran diferencia.

—Padre Rosado le llaman á usted, pero el que se lo puso ya supo lo que se hacía, porque oyéndole á usted hablar, el mundo se le vuelve á uno de color de rosa.

IX

Así que el padre Rosado y Bartolo tomaron posesion de la herencia, no sin una protesta en regla de los parientes de la difunta, el padre Rosado procedió á la instalacion y constitucion definitivas y formales del convento.

Entre los dos limpiaron bien un cuartito que tenia la casa al lado del portal, y arreglado el altar como pudieron, colocaron sobre él una estampa del fundador de la Orden, y en la ventana que daba al campo una esquila de ganado que hicie-

se de campana, y quedó establecida y abierta la iglesia.

Despues de otras operaciones preliminares en el piso principal, destinado á la comunidad, el padre Rosado dijo á Bartolo:

—Amigo Bartolo, desde este instante quedamos ambos obligados á la observancia de las constituciones y reglas de la Orden. Yo soy el guardian del convento y tú eres la comunidad, y por tanto, en nuestro trato y vida no hemos de prescindir del estilo que prescribe la regla.

Bartolo accedió gustoso á esta proposicion; el padre Rosado se vistió un hábito nuevo que al efecto llevaba, dió á Bartolo otro viejo que se vistió tambien, y cata á Periquito, digo á Bartolito, hecho fraile.

—Padre guardian,—dijo el hermano Bartolo mirando humildemente al suelo,—dígame vuestra reverencia qué ha de disponer el hermano cocinero para refaccion de la comunidad.

—Hermano lego, vea si en el cepillo que puso ayer tarde orilla del camino encuentra alguna limosna; y si la encuentra, vaya á la venta inmediata y compre lo que diese de sí la limosna.

—¿Y si no encuentro nada, padre guardian?

—Hermano, tenga más fe en Dios; que el que sustenta á los pajarillos del aire, no nos ha de abandonar á nosotros.

El hermano Bartolo obedeció, aunque diciendo para su cogulla:

—No las tengo todas conmigo, á pesar de eso de los pajarillos del aire, porque un pajarillo se alimenta con un cañamon, y... ¡buenos pájaros estamos nosotros para contentarnos con tan poco!

En el cepillo encontró unos cuantos ochavos morunos, que por lo visto tambien andaban por allí, y con ellos compró un par de sardinas gallegas y un panecillo, y volvió al convento pensando melancólicamente que la cosa empezaba rematadamente mal, y podia ir aún peor si Dios no hacía con la comunidad lo que con los pajarillos del aire.

Terminada la refaccion, el padre guardian dijo:

—Demos gracias á Dios por el alimento que nos ha dispensado.

—Padre guardian,—le interrumpió la comunidad,—perdone vuestra reverencia, pero me parece que nos bastaria un «¡Dios nos la aumente!»

El padre guardian tuvo que reconvenir severamente á la comunidad por esta observacion.

Aquella tarde, aquella noche y la mañana siguiente llovió á mares, de modo que no pasó un alma por la carretera inmediata al convento. Así, cuando el hermano Bartolo fué á recoger las limosnas del cepillo, no encontró ni un ochavo.

Cuando dió tan triste noticia al padre guardián, éste le dijo:

—Hermano, no se descorazone ni pierda la fe, que, como ya le he dicho, Dios, que provee al alimento de los pajarillos del aire, proveerá al nuestro. Baje al arroyuelo de la fuente, y allí encontrará berros muy tiernos y ricos con que la comunidad podrá regalarse despues de bien condimentados con aceite que aún tendrá la alcuza de la lámpara, y sal que, á Dios gracias, queda en el arcon donde los pastores que habitaron últimamente esta santa casa salaban las reses que se les morian.

—Padre guardian, permítame vuestra reverencia decirle que los berros son alimento demasiado frugal.

—Es verdad, hermano, pero en cambio tienen hasta seis virtudes, pues son astringentes, diuréticos, atemperantes, aperitivos, etc., etc. Conformémonos hoy con tan sano alimento, y tengamos fe en que Dios no nos negará mañana lo que no niega á los pajarillos del aire.

—¡Dale con los pajarillos!—murmuró por lo bajo el hermano lego.—Ya me tienen á mí cargado los tales pajarillos, pues este hombre siempre anda á vueltas con ellos, como si no bastara lo molinos que están con ellos los poetas.

Al otro dia, como pasaran por la carretera los

muchos viajeros que estaban detenidos á causa del temporal, las limosnas recogidas del cepillo casi casi permitieron á la comunidad sacar la tripa de mal año.

Las semanas, los meses y áun los años iban pasando, y la comunidad casi no salia de una racion de hambre y otra de necesidad. Es verdad que áun viviendo sobre el país, el pucherillo era mucho más sustancioso que ántes; pero ni por asomo se veia nada que se pareciese á aquello que el padre Rosado habia soñado y hecho soñar á Bartolo, porque en toda aquella tierra se gozaba de una salud tan bárbara, que no moria nadie.

El padre guardian confiaba aún en que la penuria de la comunidad habia de cesar, y habia de llegar la realizacion de sus magníficos planes con ayuda de ricos legados que no dudaba harian al convento muchos ricos de aquella comarca cuando Dios tuviese á bien llevarlos á sí; pero el hermano Bartolo no las tenia todas consigo, á pesar de que algunas veces el padre guardian conseguia con su elocuencia hacerle partícipe de su optimismo.

El cólera andaba por algunas provincias del reino, y con tal motivo, con frecuencia llegaban hasta el convento voces de si habia ocurrido ó dejado de ocurrir algun caso en aquella comarca.

El padre guardian tuvo más de un serio dis-

gusto notando en el hermano lego, al llegar aquellas voces, una alegría que le parecia sospechosa.

El hermano Bartolo, que solia pasear orilla de la carretera rezando sus oraciones, con la cabeza baja y las manos metidas en las mangas del hábito, trababa todos los dias conversaciones como ésta con las gentes de los pueblos comarcanos:

—Hermano, ¿cómo va de salud por el pueblo?

—Perfectamente, hermano.

—¿No hay por allí algo de cólera?

—¡Qué cólera ni qué ocho cuartos ha de haber por allí! El cólera no se atreve á venir á tierra tan sana como ésta.

—¿Y el señor don Fulano?

—Tan bueno y tan gordo. A aquél no le mata un rayo. Es verdad que como es rico, se da una vida...

—¿Y la señora doña Mengana?

—Ni siquiera tiene un dolor de cabeza. Lo que tiene es traza de vivir más que Matusalem, para hacer rabiar á los que esperan sus millones.

—Y por todos aquellos otros pueblos ¿cómo anda la salud?

—A pedir de boca. Es tierra muy sana toda la nuestra.

El padre guardian solia oir desde el convento estas conversaciones, y no se explicaba, ó mejor di-

cho, no se atrevia á explicarse por qué el hermano volvia triste y de mal humor despues de haberlas tenido. A lo más que se atrevia era á decir al lego:

—Hermano, luche sin descanso con el *fomes peccati*, que aún le da mucha guerra en el cuerpo!

X

El invierno llegó, y en el convento hacía un frio de mil demontres, y la comunidad se chupaba los dedos de frio, tanto más, cuanto que tras de tener siempre desabrigado por dentro el cuerpo, le tenia tambien desabrigado por fuera.

Las celdas no tenian puertas-ventanas, el tejado todo era goteras, en la iglesia no habia Dios que parase, porque la humedad del piso era puro hielo; el hábito de la comunidad se reia por todas partes, y la comunidad, cuando se acostaba sobre un jergon de paja, no tenia para abrigarse más que el hábito.

Un dia el hermano Bartolo preguntó, como de costumbre, á los pasajeros qué tal iba de salud por sus pueblos.

—Allí—le contestaron—todos comen y trabajan, ménos los ricos.

Al hermano lego le dió el corazon un vuelco no sé de qué, y se apresuró á preguntar, com-

pungido y alarmado, qué era lo que á los ricos les pasaba.

—Lo que les pasa es que, como son ricos, comen sin trabajar.

Aquel mismo dia la comunidad le pasó con una ensalada de berros y un trago de agua fresca, que, eso sí, era muy rica la que se bebia en el convento, como lo probaba el que apénas uno se echaba un trago de ella, ya se le bajaba la comida á los talones.

El hermano Bartolo se acostó tan metido en cavilaciones, que no encontraba medio de pegar los ojos.

—Pues señor,—decia,—esto va mal, retemal, rematadamente mal, por más que el padre guardian continúe prometiéndoselas muy felices. Y el caso es que el que se ha cortado la cabeza con meterse fraile he sido yo. El padre guardian, como es viejo, está en grande, porque tiene la grandísima ventaja de no tener que mirar por su porvenir; pero yo, que soy jóven, tengo que mirar por el mio. Si éste fuera un convento formal, aunque no fuese tan cosa del otro juéves como el padre guardian se habia imaginado (y aún sigue imaginándose, aunque parezca mentira que no esté ya tan desengañado como yo), yo habria hecho mi carrera, porque estaria como un canónigo, con casa, ropa y comida aseguradas por toda la vida;

pero esto de amanecer todos los dias de Dios sin más esperanza de llenar la tripa que la que consiste en que Dios haga con uno lo que dicen que hace con los pajarillos del aire, amigo, esto es para acabar con un caballo! ¡Y luégo el padre guardian lleva tan á punta de lanza las cosas en cuanto al cumplimiento de la regla, que ni esto así le dispensa á uno! Nada, nada, herrar ó quitar el banco, que yo tengo que mirar por mi porvenir. Mañana mismo le canto la cartilla al padre guardian, diciéndole lo que viene al caso; porque esto de haberle hecho á uno creer que aquí se habian de atar los perros con longanizas, y luégo querer que uno viva del aire como los camaleones, no lo aguanto yo aunque me fusilen.

En éstas y otras cavilaciones pasó el hermano Bartolo toda la noche, cada vez más decidido á decirle al padre guardian las verdades del barquero.

En efecto, la mañana siguiente se presentó al superior con cierto airecillo de resolucion que al padre Rosado no le dió buena espina.

—Padre guardian,—dijo,—yo tenia que hablar cuatro palabras con vuestra reverencia.

—Hermano lego, diga las que quiera con tal que no sean superfluas, porque ya sabe que la regla de esta santa casa prohibe lo ocioso. ¿Qué es lo que tiene que decirme, hermano lego? Des-

páchese, que el tiempo es oro y no hay que desperdiciarle, sobre todo en los conventos, donde las obligaciones espirituales y temporales son tantas; pero tenga mucho cuidado con la lengua, que, como dice no recuerdo qué Santo, es universidad dé maldades.

—¡No la tienes tú poco larga!—dijo para sí Bartolo, quemado con tanta conversacion.

—Con que diga, hermano, lo que le ocurre.

—Lo que me ocurre, padre guardian, es que yo tengo que mirar por mi porvenir, y francamente, aquí le veo muy negro.

—Hermano, ¿qué es lo que dice?

—Lo que vuestra reverencia oye: que cuando me metí fraile, salí de Málaga para entrar en Malagon.

—Hermano, hace muy mal en tener tan poco amor al claustro, que, como dice uno de los más doctos expositores de nuestra regla y constituciones, es taller de santos, aula de sabios, paraíso de delicias, catre de descansos, refugio de peligros y botica de remedios.

—Padre guardian, eso rezará con los conventos como Dios manda.

—Justo, hermano, y por eso debemos nosotros tener mucho amor al nuestro, donde iglesia y celda deben parecernos antesalas del cielo.

—¡Vaya unas antesalas!

—¡Hermano lego, mire lo que dice!

—¡De sobra lo he mirado ya, padre guardian!

—Pero explíquese con más claridad, hermano, que aún no le he comprendido...

—¿No? Pues ahora me comprenderá, porque ya estoy harto de andar con rodeos, y voy á llamar al pan pan y al vino vino. Mire usted, padre Rosado...

—Reverendísimo padre guardian querrá decir?

—No señor, no quiero decir tal cosa, porque ha llegado ya el caso de que nos dejemos de tonterías y armas al hombro y hablemos en plata. Padre Rosado, desde que usted me dijo que lo que uno sentia dentro del cuerpo, cuando veia una buena chica, era el *fomes peccati*, tomé horror á las buenas chicas, aunque siempre me habia despepitado por ellas, y empecé á sentir una inclinacion atroz á meterme fraile, porque yo decia: «¡Eso de no tener uno ya que pensar en su porvenir temporal ni eterno, sin más que pasarse la vida desde la iglesia al refectorio, y desde el refectorio á la celda, es mucha ganga!»

—Pues bien, hermano: si ése era su bello ideal, ya se le ha alcanzado, y no comprendo cómo no tiene más amor á la iglesia y al convento.

—¡Dale con el convento y la iglesia!

—No le comprendo, hermano.

—Pues se lo voy á decir á usted más claro,

que yo, gracias á Dios, no tengo pelos en la lengua. Padre Rosado, usted está siempre llenándose la boca con palabras tan sonoras como iglesia, convento, claustro, refectorio, celda, sala de capítulo, etc., etc., y aquí no hay nada de eso.

—Hermano, ¿qué es lo que dice?

—Padre, lo que digo es que esto no es iglesia, ni convento, ni nada; y para suponer que lo es, es necesario que seamos tontos ó que nos hagamos los tales. Ea, ya lo sabe usted, y si lo quiere más claro, levante el dedo, que ya estoy cansado de morderme la lengua. ¡Hola! ¿Con que calla usted? Pues el que calla otorga.

—Cierto, hermano, que otorgo en cuanto á que esto no es iglesia, ni convento, ni nada, y tambien en cuanto á que para suponer que lo es, es necesario que seamos tontos ó que nos hagamos los tales; pero dígame, hermano, una cosa que me ocurre preguntarle.

—Veamos qué cosa es ésa.

—¿Cree el hermano lego que si esto fuera iglesia y convento ó cosa parecida, sería yo padre guardian como lo soy, y él sería hermano lego como lo es? ¡Hola! ¿Con que calla? Pues el que calla otorga, hermano.

—Padre guardian, es verdad que otorgo, porque vuestra reverencia me ha partido por el eje con ese argumento.

—Pues arrepiéntase de lo temerario de sus juicios y la intemperancia de su lengua.

—Arrepentido estoy ya, padre guardian, y pido á vuestra reverencia que me perdone.

—Ya está perdonado. Ahora óigame, hermano, con mucha atencion, porque el *fomes peccati* le saca de sus casillas y es menester que no se deje vencer por él tan fácilmente. Mal lo pasan la comunidad y su prelado viviendo sólo de las limosnas que por ahí se recogen, ó, valiéndome de la frase malsonante que el hermano lego usa, viviendo sobre el país; pero áun así, esta vida es mejor que la que llevábamos ántes de venir á esta santa casa, no tanto porque el pucherillo es algo más sustancioso que ántes, como porque ahora esperamos algo y entónces no esperábamos nada.

—Todo eso es verdad, padre guardian, y sobre todo lo es lo de la esperanza. Ahora mismo están tocando á muerto en el Retamar, y milagro será que el muerto no tuviera bien cubierto el riñon, porque tocan gordo...

—¡Calle, hermano, calle, y mire que el *fomes peccati* se rebela con frecuencia en su cuerpo, y es menester que le ate corto!

—Es verdad, padre guardian, que el maldito se me rebela como un condenado.

—El curato y la sacristía que dejamos para venir á esta santa casa están ya provistos, y si

saliésemos de aquí, ni áun el antiguo pucherillo de patatas ó berzas con un puñadillo de sal y una piltrafilla de sebo encontraríamos.

—Padre guardian, no hablemos más del asunto, y á observar la regla como Dios manda.

El padre Rosado y el hermano Bártolo siguieron allí, haciéndose los tontos, viviendo sobre el país y llamándose el uno padre guardian y el otro hermano lego, hasta que los herederos legítimos de la difunta ganaron el pleito y los echaron de allí ignominiosamente, convictos de que ambos tenian el *fomes peccati* en el cuerpo.»

XI

Acabar el bufon este cuento y echarle, así su majestad como el presidente del Consejo, una mirada de basilisco, todo fué uno; pero el bufon, léjos de intimidarse por aquella mirada con que parecian querérsele comer vivo, se sonrió socarronamente, seguro de que la cosa no habia de pasar á mayores.

Pico-largo sabía de qué pié cojean los hombres, y más cuando tienen el *fomes peccati* en el cuerpo tan superabundante como su majestad y su excelencia le tenian.

Su majestad y su excelencia se miraron y se entendieron, porque los tontos se entienden cuan-

do les tiene cuenta, y en lugar de quererse comer vivo al bufon, tuvieron la poca vergüenza de aplaudirle estrepitosamente.

Por de contado el cuento del bufon surtió el efecto que el rey deseaba, pues el señor presidente del Consejo nò volvió á moler á su majestad con que si no se hacian mejoras en palacio, en los ministerios y en la corte, aquello no era palacio, ni ministerios, ni corte, ni nada, y su majestad y su excelencia siguieron en aquel pedacillo de la nacion haciéndose los tontos, viviendo sobre el país y llamándose el uno rey y el otro presidente del Consejo de ministros, hasta que el heredero legítimo del anterior monarca ganó el pleito y los echó de allí ignominiosamente á escardar cebollinos en el extranjero, donde, haciéndoles todo el favor que podia hacérseles, no daban un paso sin que se les recibiese á tomatazos.

La tradicion popular no dice que el monarca legítimo tuviese tambien el *fomes peccati* en el cuerpo, ántes, por el contrario, da á entender que no le tenia, pues nos le presenta pidiendo una cosa tan puesta en razon como lo es el pedir uno lo suyo, y sobre todo pedirlo sin andar á trastazos con nadie y con la noble intencion de hacer el bien ajeno; pero la teología dice que toda criatura humana le tiene, por santa y pura que sea, si bien hay muchas á quienes no se les conoce que

le tienen, porque sobre el *fomes peccati* colocan el amor de Dios, que es el amor á todo lo justo y hermoso, y con tan santo peso le aplastan é invalidan.

Tambien el pobre narrador de historias vulgares siente bullir rebelde dentro de su cuerpo el *fomes peccati* que nos legaron nuestros primeros padres Adan y Eva con su pícara aficion á las manzanas del vecino. ¡Señor, dale con qué aplastarle é invalidarle, que si no, se va á ver negro en estos tiempos en que se quiere cohonestar la rebeldía sacrílega con los santos nombres de Dios, de la patria y de la libertad!

LOS CORRETONES.

I

—¿Qué noticias tenemos hoy?—preguntó el más hablador de la tertulia á un señor forastero, en el barrio de Salamanca, allá hácia fines d el 873.

—Ya sabrán ustedes lo de Villalain?—contestó el forastero, que por señas habia huido de su pueblo porque (como á mí me habia sucedido) habia llevado una paliza por sospechoso de carlista y otra por sospechoso de liberal.

—Hombre, nada sabemos. ¿Pues qué ocurre?

—Lo que ocurre es que los vecinos de este barrio están expuestos á ver el mejor dia á Villalain asomar por las Ventas del Espíritu Santo ó los cerros de Máudes, y tener que apresurarse á emigrar á Madrid cargados con los trebejos de su casa.

—¡Hombre, ni en broma diga usted eso!...

—¿Broma? ¡No es mala la broma en que nos metieron ustedes los revolucionarios madrileños!

—¿Cómo que nosotros? Poco á poco con eso, don Francisco, que todos los que aquí estamos, ménos usted, somos madrileños y ninguno tuvimos arte ni parte en la gloriosa.

—Bueno, ustedes serán de los pocos que no tomaron parte en ella ni la aprobaron; pero la verdad es que los que desde léjos observábamos lo que en Madrid pasaba á raíz de la revolucion de 1868, tenemos derecho á creer que casi todos los madrileños eran revolucionarios.

—Pues les niego á ustedes ese derecho.

—¿Por qué?

—Porque sólo una mínima parte de Madrid simpatizaba con la revolucion. La inmensa mayoría de los madrileños la reprobábamos.

—Tengo poderosas razones para creer que ó usted se equivoca, ó la inmensa mayoría de los madrileños disimulaba muy bien esa reprobacion.

—Diga usted cuáles son esas razones.

—¡Vaya si las diré! Dias pasados fuí á la Biblioteca Nacional, y queriendo refrescar mi memoria, porque empezaba á dudar de su fidelidad al ver que apénas hay un madrileño para quien no sea ya peor que llamarle perro judío el llamarle revolucionario, me entretuve en hojear los pe-

riódicos madrileños del último trimestre de 1868, y apénas encontré uno que no se entusiasmase más ó ménos con el jolgorio revolucionario.

—Esa no es razon, ni Cristo que lo fundó.

—¡Pues no lo ha de ser, hombre! La prensa es el eco de la opinion pública. Ademas, cuando Madrid veia con los brazos cruzados que su ayuntamiento le entrampaba para siglos enteros y demolia sus templos, empezando por el venerando de Santa María la Mayor, que simbolizaba y recordaba sus más gloriosas tradiciones religiosas é históricas, claro es que Madrid simpatizaba con el carnaval revolucionario.

—Pues yo no lo veo tan claro como usted.

—¿Por qué no?

—Porque uno que apunta con un trabuco puede más que mil que apuntan con el dedo. Pero dejémonos de esto, y díganos usted qué es lo que hay de Villalain.

—Hombre, lo que hay de Villalain es que por fuerza tiene alas en los piés, como Mercurio, porque anteayer anocheció hácia Molina y ayer amaneció hácia Segovia.

—Pues á ese paso no dudo que el mejor dia anochezca en Sigüenza y al siguiente amanezca en el barrio de Salamanca. ¡Cuidado que los tales carlistas tienen piernas!

—Diga usted que las tenemos los españoles,

seamos carlistas ó seamos republicanos, con tal que seamos facciosos ó simplemente transgresores de la ley.

—No entiendo lo que usted quiere decir con eso.

—Lo que con esto quiero decir es que el gran mal de España está en lo ligeros de piernas que somos los españoles.

—Pues todavía le entiendo á usted ménos.

—Yo me explicaré de modo que todos ustedes me entiendan. ¿Creen ustedes que entre los que se meten á contrabandistas, á cazadores furtivos, á bandoleros ó á facciosos blancos ó negros hay muchos cojos?

—Claro es que habrá muy pocos, porque la cojera es malísima condicion para dedicarse á oficios como ésos, en que teniendo siempre que andar á salto de mata, la principal é indispensable defensa está en los piés.

—¡Ajá! Esa es mi opinion, y veo que nos vamos entendiendo. ¿Con que conviene usted, y al parecer convienen estos señores, cuya voz lleva usted muy á su satisfaccion, en que si los españoles se quedaran cojos en el momento en que faltan á las leyes y por tanto se hacen acreedores á la persecucion de la justicia, representada por la Guardia Civil, por los guardas de monte, por los carabineros, ó por la tropa, apénas habria un español que faltara á las leyes metiéndose á contra-

bandista, á cazador furtivo, á bandolero ó á faccioso blanco ó negro?

—¡Vaya si convenimos!

—Pues me alegro mucho, porque así convienen ustedes en que no es irremediable la transgresion de las leyes cuando para esta transgresion el principal elemento es la ligereza de piés.

—Dispense usted, don Francisco, si le digo que en esa segunda parte no estamos conformes ni lo puede estar ninguna persona de sentido comun.

—¡Gracias por la merced que usted me hace suponiendo, ó que yo no le tengo, ó que digo lo que no creo!

—¡Don Francisco, por Dios, no lo tome usted así! Lo que digo es que el remedio que usted encuentra para que los españoles no falten á las leyes, es muy parecido al que encontró el italiano para matar las pulgas.

—Pues si dice usted eso, dice muy mal..

—¡Cómo que digo mal, hombre! Los batallones carlistas de las Provincias Vascongadas se componen casi en su totalidad de forzosos, á pesar de que el Pretendiente tiene la poca vergüenza de llamarles voluntarios. Nadie duda de que el principal recurso de que conviene privar allí al Pretendiente es el de hombres, á quienes pone un fusil en la mano tan pronto como cumplen diez y siete años. Pues segun el sistema de usted, sería

muy fácil privar al Pretendiente del recurso de hombres en las Provincias Vascongadas, sin más que cortarle la mano derecha, para que el Pretendiente no pueda poner en ella un fusil, á todo varon de catorce á diez y siete años...

—Eso sería una barbaridad, que yo rechazo por dos razones.

—Vamos á ver cuáles son las razones que usted tiene para rechazarlo, aunque una de ellas ya la supongo.

—Las dos razones son que yo tengo corazon y sentido comun. Cortar la mano á los jóvenes de catorce á diez y siete años para que no puedan manejar el fusil, sería una barbaridad, no sólo por lo inhumano, sino tambien porque la cura sería peor que la enfermedad.

—Explíquenos usted eso último.

—La explicacion es muy sencilla: el bien que á la patria resultaria de que los jóvenes no tuviesen mano para manejar el fusil en el estado anormal, que es el de guerra, valdria muy poco, comparado con el mal que resultaria á la patria con que los jóvenes no tuviesen mano para manejar la azada ó el arado ó el martillo en tiempo normal, que es el de paz.

—Tiene usted mucha razon en eso; pero nos tiene usted aún completamente á oscuras sobre la eficacia de su descubrimiento para que los espa-

ñoles no se metan á contrabandistas, cazadores furtivos, bandoleros, ó facciosos blancos ó negros, y hasta seguimos creyendo que se parece mucho al del italiano que vendia polvos para matar pulgas.

—Bueno, crean ustedes lo que les dé la gana, que yo estoy seguro de la eficacia de mi descubrimiento.

—Pero, hombre, tambien es mucho cuento...

—¿Cuál es mucho cuento? ¿El que les voy á contar á ustedes? Ciertamente es un poquillo largo, pero no renuncio á contarle si ustedes me lo permiten.

—¡Que le cuente! ¡que le cuente!—exclamaron todos los contertulios, muy contentos porque sabian que don Francisco se parecia á mí más de lo que á ustedes se les figura.

Digo que don Francisco se parecia mucho á mí, porque careciendo de ciencia y filosofía propias para llevar su piedrecita al edificio de los conocimientos humanos, andaba siempre moliendo, para que se la prestase, á un señor muy bruto y muy sabio, llamado, no sé si por mal ó buen nombre, el Pueblo, que tiene canteras inagotables, sin saber el muy pedazo de alcornoque que hasta diamantes finos hay en ellas.

—Ustedes—dijo don Francisco—no tendrán probablemente noticia de la Corretánia?

—En mi vida la he oido nombrar.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues no diré yo lo que decia un ex-zapatero remendon, portero de un instituto de segunda enseñanza, á las personas que iban á ver el gabinete de física del establecimiento, despues de cerciorarse de que eran legas en aquella ciencia.

—¿Qué les decia?

—«¿Ustedes—les preguntaba—entienden de física?» «No señor.» «¡Ah! Pues entónces, es inútil que yo les explique á ustedes estas máquinas, porque no me han de entender.» Yo no tengo inconveniente en explicarles á ustedes la Corretánia, porque estoy seguro de que ustedes me han de entender perfectamente.

Así diciendo, don Francisco contó el cuento de *Los Corretones*, que por cierto se resiente de la falta de creencias definidas y concretas que caracteriza á nuestro tiempo, en que la vaguedad y la duda reinan en todo, por lo que me permitiré alguna vez interrumpir al narrador.

II

—Digo y redigo y vuelvo á decir que el gran mal de España está no tanto en la ligereza de cabeza como en la ligereza de piés de los españoles.

Yo tengo derecho á contarme entre los historiadores modernos, porque he averiguado las antigüedades, nada ménos que prehistóricas, de la península corretánica, y para muestra basta un boton.

Los historiadores modernos tenemos una ganga en la ciencia prehistórica, de que carecian los historiadores antiguos.

Si yo fuera historiador antiguo echaria á volar mi obra, seguro de no haber dejado cronicon, ni anales, ni becerro, ni diploma, ni cartulario, ni calendario, ni memorial que no hubiese consultado y explotado; pero cuando ménos lo esperara me encontraria con que un fraile erudito habia dado con documentos de mí desconocidos, y en virtud de ellos me ponia como hoja de perejil, probándome que no sabía de la misa la media.

Como soy historiador moderno, me pongo á hurgar bajo la tierra, saco tales ó cuáles lápidas y fósiles, digo que unos garabatos que tienen las primeras dicen que si fué, que si vino, y que la forma y dimensiones que tienen los segundos prueban esto, lo otro ó lo de más allá, y... ¡que me echen frailecicos eruditos que convirtiéndose en topos me prueben con lápidas y fósiles que el verdadero topo soy yo!

La ciencia prehistórica, que se pudiera definir: «Una ciencia que es á la historiografía lo que el

catalejo á los ojos», la ciencia prehistórica es brava cosa, pues á ella debo el conocer con todos sus pelos y señales la península corretánica, tan prehistórica que ni siquiera la mencionan Estrabon ni Plinio, que tanto puntualizan en sus referencias á la region septentrional de España, y eso que de la tal península no queda más rastro que una islita de dos ó tres millas de circunferencia.

Describamos la prehistórica Corretánia, cuyo nombre eúscaro he traducido en castellano sin más libertad que la de latinizar su terminacion, como hicieron los romanos con los ibéricos ó eúscaros, de lo que son buen ejemplo los de Edetánia, Bastitánia, Lacetánia, Carpetánia, etc., que son puramente ibéricos con terminacion latina.

Sobre esto hablaria yo hasta por los codos para echarla de historiógrafo, arqueólogo y lingüista grave; pero da la pícara casualidad de que no se me puede tomar por lo serio más que como narrador de historias vulgares, y no me quiero meter en camisa de once varas cuando la necesito lo ménos de veintidos para estar un poco holgado.

A pesar de esto, no se escapan ustedes sin que les encaje un poco de geografía, arqueología, lingüística é historia.

La Corretánia era una península, ó más bien una subpenínsula, situada al Norte de España,

con la que estaba unida por un istmo á que pertenece el único pedazo de ella que el Océano no ha conseguido tragar por más que le ha aislado por completo y ruge eternamente en su derredor, indignado de la resistencia que le ofrece aquel pedacillo de tierra cimentado en durísima roca.

En la costa de Vizcaya, entre Bermeo y el cabo Ogoño, frente á la puebla de Mundaca ó sea de la desembocadura en el mar del hermoso y fértil valle de Guernica, hay una islita que lleva el nombre de Izaro, cuya traduccion es «continente redondo cercado de mar».

En aquella islita existió desde principios del siglo XV á principios del XVIII un convento de frailes franciscanos con la advocacion de la Madre de Dios. Desde que en el último tercio del siglo XIV el señor de Vizcaya heredó la corona de Castilla con el nombre de Don Juan I y los monarcas castellanos fueron sucediendo en el Señorío de Vizcaya, estos monarcas bajaban al comenzar su reinado á jurar las libertades del Señorío al pié del árbol de Guernica, en la iglesia de San Hemeterio y San Celedonio de Larrabezúa y en la de Santa Eufemia de Bermeo, frontera á

los anchos muros del solar de Ercilla,
solar ántes fundado que la villa,

como dijo el insigne cantor de *La Araucana*.

¡Ay! No saben ustedes con qué honda pena pienso que algunos proyectiles lanzados desde el mar por las mismas naves de la patria pueden convertir en ruinas los gloriosos monumentos que por incidencia recuerdo, si continúa esta desoladora guerra civil con que inunda de lágrimas y sangre á España una dinastía de príncipes ambiciosos y sin corazon, de quienes se ha constituido en humilde esclava la tierra más libre y altiva del mundo, pues aquella tierra habia visto pasar todas las tiranías que conmemora la historia del mundo sin que osaran profanarla con su planta los tiranos.

Nunca los señores de Vizcaya tornaban á Castilla sin ir á orar y á dejar memorias de su piedad y munificencia en la verde islita de Izaro, poblada sólo por unos humildes y penitentes hijos de San Francisco, y allí se descubre aún, entre el césped y las zarzas, la memoria de los grandes Reyes Católicos, que iban como á ratificar ante la majestad del Océano indomable el juramento que acababan de hacer ante la majestad de un pueblo nunca domado.

Un fraile, llamado fray Pedro de Loibe, escribió hace un siglo unas curiosas Memorias de lo memorable que se hallaba en el archivo del convento de la Madre de Dios de Izaro, y estas Memorias han sido la clave de que me he valido

para penetrar en las tenebrosidades prehistóricas de la antigua Corretánia.

No es ésta ocasion de detenerme á referir los muchos sucesos peregrinos de que da noticia fray Pedro de Loibe; pero no debo pasar por alto dos puntos que toca en sus Memorias, porque están relacionados con mi cuento.

«Esta isla—dice fray Pedro—no admite dentro ningun género de animal ponzoñoso; y si los traen de fuera, quedan como turbados y dentro de media hora mueren.»

Y más adelante añade:

«El año 1600, siendo provincial de Cantabria fray Tomás de Iturmendi y presidente fray Martin de Aguirre, quiso abrir una sepultura dicho fray Martin para ver lo que contenia, por ser tradicion haber algunos cuerpos enteros de Santos, y tembló toda la isla, cayéndoseles las herramientas de las manos. Yo la he visto, que está en la iglesia vieja á la parte Norte respecto de la nueva, y despues ninguno se ha atrevido á tocarla, atribuyéndose á la santidad de algun cuerpo que en ella yace.»

Así dice fray Pedro de Loibe. Ustedes creerán...

—Permítame el señor don Francisco que le interrumpa. Siendo el señor don Francisco tan amigo mio, ya podia haber advertido que las Memorias de fray Pedro de Loibe obran en mi poder, y

haber aprovechado la ocasion para llamarme ilustrado, popular ú otra cosa así, aunque fuese mentira, pues bien sabe que me gustan los piropos, como á todo hijo de vecino. Me parece que nada tiene de particular el que se me llame eso, aunque sea mentira, porque he escrito cerca de treinta libros, que si no valen nada por otra cosa, valen mucho por el tesoro de gracia, de ingenio y de filosofía popular que he ido desenterrando de entre las diferentes capas sociales para encerrarle en esos libros, y particularmente en siete ú ocho de ellos que se componen de cuentos y tradiciones populares, cuya adquisicion y limpieza me han costado lo mejor de mi vida, pues como el pueblo, aunque ingenioso, es tan sucio y desmadejadote, estaban que no se podian ver. Ahora que continúe el señor don Francisco.

—Ustedes creerán que meterme en estas digresiones es gana de moler, pues nada tienen que ver con la península ó subpenínsula corretánica, y ménos con que la ligereza de piernas de los españoles sea el mayor mal de España.

Pues si lo creen, creerán muy mal. Siendo la isla de Izaro resto de la antigua Corretánia, y averiguado que la isla no admite ningun género de animal ponzoñoso, está tambien averiguado que la subpenínsula corretánica era mucho más feliz que la península ibérica, pues en ella no ha-

bia los sapos y culebras que en nuestra península abundan. Y en cuanto á la sepultura cuya apertura no se podia intentar sin que toda la isla temblara, con decirles á ustedes que yo, como soy tan valiente, la abrí y en ella encontré toda la historia de la Corretánia, se convencerán de que no la traigo á cuento por gana de moler.

Les ocurrirá á ustedes que siendo Izaro una isla, no podia ser el istmo que unia á la subpenínsula corretánica con la península ibérica. No he dicho que lo sea, sino que es resto de la subpenínsula y el istmo. Cuando el Océano se habia tragado hasta aquel punto la subpenínsula y se abrió paso entre aquel punto y el continente ibérico, del que separa á la isla un canal de más de una milla, la isla que resultó recibió el nombre que correspondia á sus condiciones tópicas, siguiendo el uso constante de la nomenclatura geográfica eúscara, que siempre designa la condicion más característica de la localidad. Yo les probaria á ustedes esto último, analizando el nombre y las circunstancias características de tantas y tantas localidades como hay en toda nuestra península, con nombre perteneciente á la lengua eúscara, que es la antigua lengua ibérica, á la que pertenece el nombre de España, equivalente á labio, extremo, límite, como lo era nuestra península de Europa ó del mundo conocido de los antiguos.

Para que con razon no digan ustedes que esto es gana de moler, paso á describir en pocas palabras la Corretánia.

La subpenínsula corretánica tenia la forma de una pera de donguindo, porque ya saben ustedes cuán dados eran los geógrafos antiguos, de quienes yo me valgo, á estas comparaciones, como lo prueban la bota de Italia y la piel de toro de España.

El istmo que la unia con la península ibérica era el pezon ó pedículo de la pera, y la actual isla de Izaro debe corresponder adonde la parte leñosa del pezon comenzaba á convertirse en carnosa.

La subpenínsula corretánica se extendia tanto Océano afuera y particularmente al Noroeste, que era un cómodo mirador, adonde iban todos los veranos los españoles para divertirse en ver á los ingleses alegrarse con la parte tónica de las bebidas alcohólicas, y á los franceses entusiasmarse con la parte espumosa.

Era la Corretánia país muy hermoso, y tan apropiado para la agricultura por la fertilidad natural de su suelo, como para la industria fabril por sus ricas minas, por sus rios y por su situacion, que le daba facilísimo acceso á todos los mercados de Europa.

Los rios de orígen interior no eran caudalo-

sos, pero lo era, y mucho, uno que la recorria en toda su extension desde el Mediodía al Norte. Este rio era el que procedia de las *erriac*· cantábricas en la península ibérica, y despues de fertilizar el valle de Guernica, penetraba por el istmo en la subpenínsula corretánica.

Dirán ustedes que el rio de Guernica no es cosa mayor; pero es que entónces lo era, porque entónces llovia en el litoral cantábrico mucho más que ahora, que sólo llueve lo necesario.

A pesar de los grandes elementos naturales que la Corretánia tenia para ser un reino próspero y feliz, era un reino miserable y desgraciado. El gran mal de la subpenínsula corretánica consistia en lo que consiste el gran mal de la península hispánica: en que los corretones eran tan ligeros de piés como los españoles.

III

El gobierno de la Corretánia era monárquico. Cuando subió al trono el jóven rey Resoluto I por muerte de su predecesor Pusilánime XXVII, el estado del reino era tan lastimoso que cuantos extranjeros le visitaban decian que el Océano haria un gran bien á la humanidad y áun á la Corretánia misma tragándose á ésta, ó como decimos los modernos, haciéndola desaparecer del mapa.

No se la habia tragado ya porque lo único que no se habia desatendido en ella durante el largo período en que los Pusilánimes se habian sucedido en el trono corretánico, era la reparacion y conservacion de unos ciclópeos muros ó malecones que defendian á la subpenínsula de la invasion del Océano por la parte Norte de la misma.

Los últimos monarcas de la dinastía pusilanímica habian acabado de echar á perder el reino, concediendo con la mejor intencion del mundo á sus súbditos libertades de que los corretones abusaron escandalosamente, confundiendo la santa idea de la libertad con la abominable del libertinaje.

Las libres *erriac* cantábricas confinantes con la Corretánia indujeron á los reyes corretánicos á ensayar las libertades populares en su reino, armonizándolas, por supuesto, con la autoridad real.

Pero áun á riesgo de que piensen ustedes, con razon, que tengo gana de moler, necesito decir cuatro palabras sobre las *erriac* cantábricas orientales, cuyo núcleo era el territorio vizcaíno, unido materialmente al corretánico.

Las *erriac* ó circunscripciones formaban aquella confederacion cuyos nombres geográficos, en tiempos relativamente cercanos al nuestro, es decir, hace unos dos mil años, decian los historiadores romanos ser tan ásperos y bárbaros que no

querian escribirlos. Las leyes de cada *erriá*, que se iban modificando y perfeccionando con arreglo á las necesidades públicas y á las enseñanzas de la experiencia, eran puramente consuetudinarias y pasaban de una á otra generacion conservadas en la memoria del pueblo.

Un tribunal, compuesto de los dos ancianos más venerables y prudentes de la *erriá*, se instalaba á la sombra del *arechazábal* ó roble grande, y castigaba el crímen y recompensaba la virtud. Cuando habia que tratar asuntos graves del procomun, se tañia la bocina de *batzarrác* ó congregacion de ancianos, y todos los de la *erriá* se reunian, conferenciaban y acordaban al pié del *arechazábal*. Cuando era necesaria la convocacion de *baterriac* ó congregacion de las *erriac* confederadas, se tañian cinco bocinas en los cinco montes más altos de la confederacion, y la Junta general se reunia so el *Guernicaco-arécha*, ó sea el roble de Guernica, donde en caso de guerra se elegia caudillo de las *erriac* confederadas, y en todo caso se acordaba todo aquello que convenia al bien de la tierra libre.

Enamorados los monarcas corretánicos de la prosperidad y la dicha que desde tiempo inmemorial proporcionaba á sus vecinos de ultra-istmo este sencillo sistema de gobierno y estas patriarcales libertades populares, prosperidad y dicha

que contrastaban con el atraso y la infelicidad que ofrecia su reino, regido por leyes que no daban al pueblo participacion alguna en la gobernacion del Estado, empezaron á introducir en la Corretánia las libertades populares de la confederacion cantábrica oriental, y entónces fué cuando verdaderamente empezó Cristo á padecer, y quien dice Cristo dice la subpenínsula corretánica, porque desde entónces todo fué en ella motines, pronunciamientos, sublevaciones militares, facciosos blancos por aquí, facciosos negros por allá; de modo y manera que cuando Resoluto I subió al trono despues de más de un siglo de ensayos liberalescos, parecia que la Corretánia estaba á punto de llevársela la trampa.

Apénas se habia sentado en el trono Resoluto I, recibió del hombre más sabio de toda la Corretánia una exposicion que en resúmen venía á decir:

«Señor: Tengo ya ciento veinte años y me sucede lo que al diablo, que sabe más por ser viejo que por ser diablo. He visto por mis propios ojos y he juzgado por mi propio entendimiento los ensayos liberalescos que hace un siglo se hacen cada vez con ménos fruto en esta desdichada nacion, y cada vez que un nuevo monarca ha ocupado el trono, he creido en mi santo deber de patriotismo el advertirle lo que, cumpliendo igual

deber, voy á advertir á vuestra majestad. Las libertades populares, que son fuente de prosperidad y dicha en las *erriac* cantábricas, tienen que ser fuente de perturbacion, de tiranía y de miseria aplicadas á la Corretánia, por la razon sencilla de que la confederacion cantábrica ha nacido y ha crecido en aquellas libertades y son en ella una segunda naturaleza, al paso que el pueblo corretánico ha nacido en el sistema de gobierno opuesto, y á su vez ha formado una segunda naturaleza de tal sistema.

»El hombre que en toda su vida no ha gastado más ropa que un taparabo, se siente tan ricamente así; pero si un dia le visten de piés á cabeza, se achicharrará ó vivirá en prensa y renegará, dando á doscientos mil de á caballo el abrigo ó la opresion del traje. El hombre que desde que nació ha vivido bien arropadito, está tan contento, tan sano y tan guapo viviendo así; pero si un dia le obligan á no gastar más ropa que un taparabo, le da una pulmonía que se le llevan doscientos mil demonios.

»En resumidas cuentas, señor: el dia en que á las *erriac* cantábricas se empiece á quitarles sus libertades populares (1), empezarán á hacerse tan revoltosas y desdichadas, cuanto con ellas son

(1) De 1839 á 1870 se les quitaron casi todas.

pacíficas y felices; así como el dia en que se empezó á dar á la Corretánia libertades populares, empezó á hacerse revoltosa y mucho más desdichada que lo era sin ellas. Cercenar ó abolir las libertades de las *erriac*, sería levantar una perpetua bandera de rebelion sobre cada techo.

»No digo que al fin y al cabo las *erriac* cantábricas no llegasen á connaturalizarse con la tiranía, y la Corretánia no llegue á connaturalizarse con la libertad; pero para estos cambios de naturaleza se necesitan siglos, y suponiendo que en el cambio haya progreso, la cura es cien veces peor que la enfermedad.

»Suplico, pues, á vuestra majestad que medite mucho la política que ha de seguir en la gobernacion de su pueblo, y no olvide que el sistema liberalesco (y no liberal) ensayado por sus augustos antecesores durante el último siglo, ha dado fatales resultados.

»Es natural que vuestra majestad no sepa todavía cuál es la política que ha de seguir, porque es muy jóven, y lo ha encontrado todo patas arriba; pero tambien es natural que sepa que esto va mal, muy mal, retemal, y por tanto hay que resolverse á ensayar algo nuevo.

»Si vuestra majestad necesita de la experiencia de este pobre cañoño para meter en vereda á los corretones, que confunden la libertad con el

libertinaje, no tiene más que levantar el dedo y me tendrá á su disposicion.»

—¿Saben ustedes—dijo el jóven rey, que era listo como un demontre—que el abuelo éste habla con cabeza? La verdad es que esto va muy torcido y ni Crispo lo endereza miéntras no haya quien diga: «Herrar ó quitar el banco»; porque andarse con paños calientes, es andarse con tonterías y armas al hombro. Y me parece que quien va á decir eso soy yo. Pero, francamente, eso de mermar las libertades á mi pueblo me hace poquísima gracia, porque lo que yo quisiera es aumentárselas. El abuelito ése dice que los corretones confunden la libertad con el libertinaje, y me parece que en eso habla tambien con cabeza.

»Aquí no hay agricultura, ni fabricacion, ni comercio, ni nada, cuando se pudiera ganar el oro y el moro cultivando esos fértiles campos que están cubiertos de zarzales, llenando de fábricas las riberas de esos rios que están desiertas, y poblando de buques de carga y descarga esos puertos donde no se ve una vela.

»Aquí todo ciudadano se dedica á corretear, burlándose de las leyes, merced á su ligereza de piernas. Todos los dias tenemos motines y pronunciamientos y formacion de facciones con pretexto de esto ó de lo otro ó de lo de más allá. Señor, que la faccion está en tal ó cuál parte. Sa-

le en su persecucion la tropa, y echando los bofes consigue sorprenderla; pero los facciosos toman las de Villadiego, dispersándose por los montes, y... ¡cógelos del rabo!

»La Guardia Civil tiene noticia de que una partida de ladrones está al anochecer metiendo mano á los viajeros en Lapurcozúbi (1); llega allá al amanecer, segura de que les va á echar el guante, y se encuentra con que ya están diez leguas de allí!

»Toda la frontera y la costa están llenas de carabineros para impedir y perseguir el contrabando que arruina á la Hacienda pública, y el contrabando entra por todas partes como Pedro por su casa, y no hay medio de echar la mano á un contrabandista, porque, amigo, ¿quién puede con la ligereza de piernas que tienen?

»Todos los dias tiene el gobierno reclamaciones y amenazas de guerra de los Estados vecinos porque contrabandistas y facciosos y malhechores corretones han penetrado en su territorio y han hecho barbaridades, prevalidos de su ligereza de piernas.

»Cuando por casualidad rinden las tropas alguna fortaleza facciosa sin que puedan tomar el tole sus defensores, tiene que fusilar á los prisio-

(1) El puente de los ladrones.

neros, porque si no, por arte ó por parte se escapan, y vuelta á las andadas.

»Es inútil poner guardas en los sotos para impedir la caza en vedado, porque hormiguean los cazadores furtivos; y como por casualidad no alcance á alguno una bala, ¿quién ha de alcanzar á hombres que tienen las piernas tan ligeras?

»De modo que esto es una perdicion, porque no hay hombre en la Corretánia, como no sea algun cojitranco ó viejo que no puede con los calzones, que, prevalido de su ligereza de piernas, no se dedique á contrabandista, á cazador furtivo, á bandido ó á faccioso blanco ó negro!

»Así, ¿qué ha de suceder sino estar completamente perdidas la agricultura y la industria, porque nadie quiere trabajar en los campos ni en los talleres, y todos quieren andar de viga derecha?...

»¡Porrazo!—añadió el rey dando uno tremendo en la mesa con el puño cerrado, porque, aunque jóven, era muy templado y tenia un geniecito que ¡ya, ya!—¡Esto no puede seguir así! ¡Ó yo pierdo el nombre que tengo, ó hago entrar en vereda á los corretones!»

IV

Más quemadas aún que el rey Resoluto I estaban las solteras y las casadas de la Corretánia

con la vida que traian sus señores novios y maridos.

Para dar idea aproximada del disgusto de unas y otras, voy á traducir de la lengua eúscara (que era, por supuesto, la que se hablaba en la Corretánia) dos discursos, uno de ellos de una soltera, y el otro de una casada, que encontré en los curiosísimos documentos encerrados en la supuesta sepultura de cuerpo santo de que habla fray Pedro de Loibe en sus Memorias de Izaro.

Debo advertir que el cronista á quien debemos el que hayan llegado á nosotros las de la Corretánia, pone á la cabeza de cada discurso el lema: *Ascorac-bat*, que equivale á «Muchas en una», con lo que advierte ingeniosamente que lo que decia una soltera ó una casada era lo que decia todo el gremio.

Hé aquí el discurso de la soltera:

«¡Por vida del otro Dios, que es divertido el tener novio en la Corretánia, como no tenga una la suerte de que el novio sea cojo! ¿Cojo? ¿Y quién es la maja que pesca un novio así, entrando tan pocos en libra y alampándose todas las chicas por los pocos que entran? Los meses enteros se le pasan á una sin ver al novio y áun sin saber si es vivo ó muerto, porque siempre ha de estar el novio correteando por esos mundos de Dios, cuando no metido á faccioso, metido á contrabandista ú

otra cosa peor! Así, ademas de no verle casi nunca, está una casi siempre con el alma en un hilo, pensando si le cogerán y le fusilarán, ó si se enredará con otra en esas tierras por donde anda!... ¡Y vaya si es natural que una piense y tema esto! Como tienen las piernas tan ligeras nuestros hombres, rara vez se dejan coger; pero cuando los cogen los fusilan sin remision para que no vuelvan á las andadas. Mi novio pruebas me ha dado de que me quiere; pero como cuando vuelven siempre están contando que en la tierra por donde han andado todas las chicas eran prodigio de hermosura y gracia y todas se enamoraban de ellos, y hasta con millonarias podian haberse casado allí si hubieran querido, está una que no le llega la camisa al cuerpo en cuanto pierde al novio de vista!

»¡Válgame Dios, qué dichosos seríamos mi novio y yo si mi novio, en lugar de pasar la vida correteando, sabe Dios por dónde, la pasara en el pueblo como los pocos cojos que en el pueblo hay, trabajando en la heredad ó en el taller!

»Figurémonos que fuera labrador y se pasara el dia layando, cavando, arando ó recolectando en unas hermosas heredades que hiciese en los zarzales de la ribera del rio, donde la tierra es tan buena que, segun me ha dicho Mari-Juana, su novio Pepe-Anton el cojo coge cuarenta fane-

gas por cada una que siembra en las heredades que allí ha hecho. Desde la ventana ó desde el huerto de casa le estaria yo viendo todo el dia, y hasta nos diríamos nuestras cosas por medio de cantares, tales como éstos, con que ayer Mari-Juana y Pepe-Anton se decian las suyas:

—Querida Mari-Juana,
no te sonroje
el tener novio cojo,
que el cojo coge.
—Pepe-Anton, yo por eso
no me sonrojo,
que entre manos y piernas
manos escojo.
—Anden los corretones
con piés de plomo,
y no serán bribones
de tomo y lomo.
—Así buenos labradores
como buenos artesanos
no los hacen buenas piernas,
que los hacen buenas manos.

»Cuando alrededor de mediodía bajara yo á la fuente, con pretexto de traer agua fresca para la hora de comer, mi novio desde su heredad oiria mis cantares, cogeria la mejor fruta que hubiera en los árboles de la heredad, y saldria al seto á obsequiarme con ella y charlar un rato conmigo.

»Cuando á la caidita de la tarde me oyese can-

tar, bajando otra vez á la fuente con pretexto de traer agua fresca para la cena, se apresuraria á salir tambien al seto para hacerme otro regalito y tener á media luz otro rato de palique conmigo.

»Despues que cenara se vendria hácia acá como haciéndose el tonto, y al ver que yo le esperaba ya asomada á la ventana, se acercaria callandito, y miéntras los viejos se entregaban como troncos al primer sueño, él de abajo y yo de arriba, ¡qué de cosas tan dulces y tan hermosas nos diríamos!

»Pero, hija, esto de no vernos más que de higos á brevas, y estar una siempre volada pensando si le fusilarán ó se enredará con otra por esos mundos de Dios, y una se quedará para vestir imágenes, es para matar á un caballo!»

Así discurrian y se lamentaban las solteras; y en cuanto á las casadas, discurrian y se lamentaban de este otro modo:

«¡Jesus, Jesus, esto no se puede sufrir! ¡Está una cuando soltera con el *pio pio* de casarse, y así que una se casa es cuando comienza Cristo á padecer! ¡Qué azotes tan bien dados le daria yo á la pícara que sabe lo que en esta Corretánia pasa con los hombres, y todavía tiene valor para casarse!

»¡Jesus qué hombres! ¡No se les tronzaran las

piernas (Dios me perdone) el dia que se casan, á ver si así se conseguia que dejasen de corretear y viviesen como Dios manda con su mujer y sus hijos!

»Aquí me tienen ustedes á mí cargada de chicos, que son el enemigo malo, pues no piensan ni sueñan más que en ir á correr las aventuras como su padre así que estén un poco espigados, y, como dijo el otro, ni soltera ni casada ni viuda es una! En primer lugar, pasa una la pena negra con tantas boquitas como tiene que tapar, porque los señores hombres le dejan á una una miseria, creyendo sin duda que una tiene la virtud de hacer milagros y puede convertir los ochavos en onzas de oro, y no sale una de una racion de hambre y otra de necesidad, pues en esta pícara tierra no tiene la mujer donde ganar un cuarto, porque ni hay fábricas, ni comercio, ni nada.

»Luégo está una siempre pensando: ¡Señor, si le cogerán y por consiguiente le fusilarán! ¡Si, como no hay cosa más ligera que las balas, le alcanzará algun balazo! ¡Si, como cuentan cuando vuelven tantas grandezas de las tierras donde han andado, le dará la tentacion de quedarse para siempre por allá! ¡Si, como dicen que en esas tierras todas las mujeres son unas diosas y se despepitan por ellos, la echará de soltero y se enredará con alguna de ellas!

»¡Señor! Si sucede algo de esto, ¿qué va á ser de una habiéndose ido cargando con tantos chicos?

»¡Y pensar que podíamos vivir como el pez en el agua, y si no vivimos es porque ese hombre se empeña en andar siempre correteando, metiéndose hoy á contrabandista, mañana á cazador furtivo, esotro á faccioso blanco ó negro para andar siempre á salto de mata y tener el gustazo de burlarse de la justicia, prevalido de que tiene las piernas ligeras!...

»¡Malhaya la ligereza de piernas de estos pícaros hombres, que la Corretánia y ellos y sus pobres mujeres y sus hijos ganaríamos mucho con que todos fueran cojitrancos, pues así no pensarian en andar de Heródes á Pilátos, y harian lo que hacen los pocos cojos que hay en el pueblo, que es ganarse la vida honradamente en su taller ó su heredad, con su mujer y sus hijitos al lado!...

»¡Cada vez que pienso en la vida que pasaríamos si ese hombre tirara, pongo por caso, por la labranza, pierdo el juicio y me parece que se puede alcanzar el cielo sin salir de la tierra!

»Como en las cercanías del pueblo lo que sobra es tierra que sólo produce broza y podria producir excelentes cosechas de cuanto Dios crió, sin más trabajo que, como quien dice, arañarla un poco y tirar la semilla, podríamos hacernos en nada de tiempo con unas cuantas heredades de lo

mejor, con sus hileras de frutales y todo en las lindes. Ademas pondríamos nuestra poca de viña y plantaríamos un castañarcito y una docena de nogales.

»Con el respeto que el padre impone á los chicos, pues á las madres no nos hacen caso, los chicos irian mañana y tarde á la escuela y se criarian como Dios manda. Yo me ocuparia muy tranquila en el gobierno de la casa, y el rato que tuviera desocupado me iria á acompañar á mi marido en el trabajo de la heredad, haciendo lo que buenamente pudiera. Téndríamos nuestras gallinas, nuestra vaquita y nuestra parejita de bueyes con que aquél labraria la tierra, bajaria leña del monte para el invierno, y se ganaria buenos cuartos carreteando por ahí cuando la labranza lo permitiera. Ademas criaríamos, con perdon de ustedes, nuestro par de cerditos, que mataríamos por Noche-buena y nos llenarian la casa de morcillas, longanizas y perniles. Como en un rincon de las heredades tendríamos nuestra miaja de huerta, todos los dias me iria yo allá por la mañanita y volveria á casa con un delantalazo de habas, de guisantes, de alubias, de repollo, de cebollas, de pimientos, de tomates, en fin, de todo lo que se necesita para el buen gobierno de la casa. Los chicos, que rabian por la fruta y cada dia me dan una sofocacion apedreando los frutales de los po-

cos vecinos que los tienen y vienen á quejár seme de las fechurías de esos enemigos, ¡cómo se consolarian de fruta los pobres sin que nadie tuviera que decirles nada!

»Todas las noches cenaríamos todos juntos en paz y en gracia de Dios, rezaríamos el rosario, nos acostaríamos y dormiríamos como unos bienaventurados.

»El domingo tendria yo la ropa de mi marido y mis hijos más limpia que la plata, porque á pobre me ganarán á mí, pero ¡caramba! á limpia no me gana ninguna, y bajaríamos juntos á misa con los chicos delante más alegres y aseados que el mismo sol.

»Desde primeros de Agosto á fin de Octubre iríamos llenando la casa de trigo, de maíz, de alubias, de patatas, de manzanas, de castañas y de nueces, y con todo esto y el ítem del par de cerditos que reventarian de gordos en la cuadra, y el par de barricas de vino que transcenderian á gloria en la cubera, ¡ya podian venir lluvias y nieves y frios y truenos y relámpagos durante el invierno y la primavera, que á nosotros poco cuidado se nos habia de dar!

»Pero es tontería que una piense en esto, que aquél no ha de dejar de corretear miéntras no le fusilen ó no pueda ya con los calzones. Y... vamos, podria una consolarse un poco si pudiera

esperar que los chicos no habian de salir á su padre; pero sí, ¡buenas y gordas! A los chicos les sucede como á todos los de la Corretánia, por buen aquél que tengan: como desde que tienen uso de razon viven embobados oyendo contar grandezas y valentías de contrabandistas y cazadores furtivos y bandidos y facciosos é invasores de territorio extranjero, que siempre se les representa triunfantes de los encargados de perseguir á los que falten á las leyes y siempre aparecen ganando el oro y el moro y enamorándose de ellos las mujeres más ricas y hermosas, aunque tales grandezas y valentías y triunfos y enamoramientos sean descaradas patrañas, cuya única razon sea aquello de á luengas tierras luengas mentiras, apénas hay en la Corretánia un chico cuyo sueño dorado no sea llegar á hombre para meterse á contrabandista, ó cazador furtivo, ó bandido, ó invasor de territorio extranjero, ó faccioso blanco ó negro, y mis chicos son en esto el vivo retrato de casi todos los chicos de la Corretánia.»

Tales son los discursos de una soltera y una casada de la subpenínsula corretánica que encontré en la supuesta sepultura de cuerpo santo, y conviene recordar que ambos estaban encabezados con el significativo *Ascorac-bat* eúscaro.

V.

Decidido el rey Resoluto I á poner piés en pared para acabar de una vez con la aficion de los corretones á ganarse la vida andando siempre á salto de mata en vez de ganársela trabajando honradamente, reunió su Consejo de ministros, y ocupando la presidencia, inauguró el consejo con el siguiente discursito:

«Señores, el asunto que vamos á tratar es de padre y muy señor mio, como que hay que acordar medidas eficaces para acabar de una vez con el escándalo de que viene siendo teatro la Corretánia desde que mis gloriosos antecesores, con fines muy patrióticos y santos, cuales eran los de que á sus súbditos no se les hiciesen los dientes agua viendo las libertades de las *erriac* cantábricas nuestras vecinas, empezaron á introducir en la subpenínsula libertades populares.

»Hay que buscar algun medio de evitar que continuemos siendo el escándalo de Europa con nuestra holgazanería y nuestro espíritu revoltoso. Con que á ver, señores consejeros mios, si se aguza el entendimiento y se encuentra el consabido medio.»

—Yo creo haberle encontrado,—dijo el ministro de la Guerra.

—Veamos cuál es.

—Uno muy sencillo: á todo hombre que abandone su heredad ó su taller para irse á corretear en contravencion de las leyes, contrabandeando, cazando en vedado, metiendo mano á los viajeros ó haciéndose faccioso blanco ó negro, se le quema la casa y se le apalea, y áun si es necesario, se le fusila el padre, la mujer, los hijos ó el pariente más cercano.

—Esa, señor ministro, es una barbaridad.

—Mayores barbaridades hacen ellos.

—En algo se han de diferenciar los que representan la ley, y por tanto la justicia, de los que representan la ilegalidad, y por tanto el crímen.

—Si no, se sigue fusilando á todo el que se coja contraviniendo á la ley.

—Eso es muy cómodo, pero tiene grandes inconvenientes: primero, son muy pocos los que se dejan coger, porque los corretones tienen los piés muy ligeros; segundo, la efusion de sangre, aunque sea de criminales, me repugna profundamente, y es indigna de estos tiempos en que con razon se duda de que sea justo matar á un hombre para castigar la muerte de otro; tercero, todo buen gobierno debe procurar el aumento de la poblacion, y con la pena de muerte la poblacion disminuye; y cuarto, el que muere por revoltoso,

de criminal se convierte en mártir. Con que á buscar otro medio de salir del paso, que ése sólo sirve para embarrancarnos más.

—Pues á mí—dijo el ministro de la Gobernacion—me ocurre uno que no tiene los graves inconvenientes que reconozco en los que acaba de indicar mi respetable colega.

—Vamos á ver cómo baila Miguel.

—Yo creo que aunque los últimos monarcas han cercenado mucho las libertades populares, no las han cercenado lo bastante...

—En ese asunto me abstengo yo de meterme por respeto á mis augustos antecesores y por convicciones propias. Continúe el ministro de la Gobernacion.

—Continúo. Digo que conviene cercenar aún más sus libertades á los corretones...

—Yo no estoy por esos cercenamientos. En primer lugar, falta averiguar si las pocas que les quedan son causa de su espíritu levantisco, cosa que estoy muy léjos de creer, y en segundo, cuanto más se les tiranice, más razon tendrán para rebelarse. Hable otro de mis consejeros, que los que han hablado no han dado pié con bola.

En efecto, los demas ministros hablaron sucesivamente, y sucesivamente fueron disparatando.

—Señores,—dijo el rey despues de oirles á todos,—ustedes serán muy alhajas para todo, pero

no sirven para gobernar la nacion cuando todo está patas arriba y no ciertamente por culpa del nuevo monarca.

—Pues señor,—dijo el presidente del Consejo,—el ministerio tiene la honra de presentar á vuestra majestad su respetuosa dimision.

—Y yo tengo la honra de admitirla en el acto,—contestó el rey;—que honra es para todo monarca el mandar á paseo á los consejeros que no sirven más que para aconsejarle picardías ó borricadas.

El rey, apénas se retiró del consejo, envió á llamar con toda urgencia al viejo de ciento veinte años.

Miéntras el cañoño llega, voy á referirles á ustedes dos lances que vienen á cuento y me han sucedido estos dias.

A mí me gusta mucho pasear por el campo, sobre todo cuando el campo es tan ameno, tan verde, tan frondoso, tan variado, tan pintoresco, tan rico de tonos, tan fértil, tan bien cultivado como éste que rodea á Madrid...

—El señor don Francisco ha de perdonar si le digo que nada tiene de particular que el campo que rodea á Madrid sea así, puesto que toda España le fertiliza.

—Pues por eso digo que lo es. Como iba á decir, dias pasados fuí á dar un paseo por esos

poéticos campos, y sacando del bolsillo un periódico noticiero, iba leyéndole por la linde de una heredad.

Un labrador que cojeaba de una pata y, como ustedes verán, cojeaba aún más de la cabeza y el corazon, trabó conversacion conmigo.

—Diga usted, caballero,—me preguntó,—¿qué noticias trae de los carlistas ese papel?

—Que andan los carlistas muy boyantes.

—¿Dónde, en el Norte?

—Y en Cataluña y en el Centro.

—¿En el Centro tambien? Pues trabajillo les mando á *éstos* para acabar con ellos. Ya sabe usted lo que pasó la última vez que nos levantamos en Cataluña y el Maestrazgo.

—Sí, ya sé que á pesar de estar entónces la nacion en paz y prosperidad y no perdida como ahora, y de no haberlos secundado ni un hombre en el Norte, costó años enteros el acabar con ellos, y se acabó sabe Dios cómo. Pero ¿por qué ha dicho usted «nos levantamos» y no «se levantaron»?

—Porque yo estuve con ellos.

—¡Hizo usted mal!

—¿Mal? Si no fuera por esta pícara pata coja, ya me tenia usted hace tiempo luciendo la boina.

Ira me dió el oir á aquel cojitranco hablar así, y viendo que se acercaba la noche, me vine hácia Madrid.

Al pasar yo por frente de una fábrica, salieron de ella dos trabajadores y tomaron delante de mí. Uno de ellos era ya anciano, y el otro era jóven y cojo.

Cuándo entrábamos por la puerta de Alcalá oimos pregonar un papel que anunciaba la rendicion de los cantonales de Cartagena.

—¿Será verdad eso, caballero?—me preguntó el anciano, muy conmovido.

—Yo creo que sí,—le contesté.

—No extrañe usted que se lo pregunte, porque tengo un hijo con los cantonales, y gracias que no tengo dos.

—Le compadezco á usted, amigo.

—¡Sabe Dios lo que habrá sido de él!

—Pero por fin, si le queda á usted otro...

—Eso sí, señor. El otro es éste que usted ve. De buena gana se hubiera ido con su hermano; pero como tiene el defecto que está usted viendo, no ha tenido más remedio que quedarse en la fábrica ganando, como yo, su buen jornalito. De suerte que no hay mal que por bien no venga. Yo creo, caballero, que Dios nos haria un gran favor á todos los españoles si nos pusiese cojos... con tal que la cojera no fuese cosa mayor, como no lo es la de éste.

Volviendo á la Corretánia, nos encontramos con que el cañoño de ciento veinte años se habia

apresurado á acudir al llamamiento del rey Resoluto I.

El rey tenia las dotes de orador que debe tener un buen rey, reducidas á hablar con sencillez, correccion y claridad...

—El señor don Francisco me permitirá preguntarle por qué se han de reducir á eso las dotes de orador de un buen rey.

—Porque está averiguado que los pico de oro gobiernan muy mal, sin duda porque toda la fuerza se les va por la boca.

El rey tomó la palabra y explicó perfectamente al cañoño su deseo de encontrar un medio eficaz de obligar á los corretones á pasar la vida trabajando honradamente, en vez de pasarla correteando de aquí para allá como contrabandistas, como cazadores furtivos, como bandidos ó como facciosos blancos ó negros.

—Haga vuestra majestad cuenta de que ya ha encontrado ese medio,—contestó el cañoño.

—Pero ha de ser tal, que no coarte las libertades populares ni repugne á la humanidad.

—Nada de eso, señor. Así que se ponga en práctica, vuestra majestad podrá aumentar las libertades populares de la Corretánia sin el menor peligro de que el pueblo abuse de ellas, y la humanidad habrá ganado mucho, porque habrán acabado para siempre esos atroces fúsilamientos

con que hoy se manda al otro barrio al contrabandista ó al cazador furtivo, ó al bandido ó al faccioso blanco ó negro ó colorado á quien se echa la uña.

—Esos fusilamientos tambien me parecen á mí atroces; pero no hay más remedio que pasar por ellos, porque si no se fusila á los prisioneros, como tienen los piés tan listos, se escapan y vuelta á las andadas.

—Pues yo he encontrado medio seguro de que los corretones que aún no han correteado no vayan á corretear, y de que no haya necesidad de fusilar á los que en la actualidad corretean. Vuestra majestad sabe que la circuncision es operacion dolorosa, y á pesar de eso, donde se usa se la tiene por saludable y santa. Vuestra majestad sabe que en los países civilizados apénas hay mujer á quien de niña no se le haya hecho un agujero en cada oreja, y sin embargo, á nadie le ha ocurrido combatir esa costumbre como cruenta é inhumana, aunque sólo resulta de ella la satisfaccion de una ridícula vanidad. Vuestra majestad sabe que los lancetazos con que se envacuna hacen ver las estrellas, y no obstante, no hay quien no los tenga por muy útiles...

—Habla usted con cabeza, abuelito.

—Vuestra majestad sabe tambien que la ciencia ha adelantado hasta el punto de que hoy es

posible cortarle á uno, sin que sienta el menor dolor, aunque sean las narices, con sólo aplicarle á ellas un poco de cloroformo ú otro anestésico.

—Abuelito, me parece que le veo á usted venir. Si lo que usted me va á proponer es lo que yo me figuro, no hemos adelantado nada, porque lo que yo quiero no es que los fusilados mueran sin dolor...

—Permita vuestra majestad que interrumpa su honrada palabra diciéndole que ni vuestra majestad me ve venir, ni yo quiero que se fusile á nadie sin dolor ni con dolor.

—Pues si no, ¿qué es lo que usted quiere, abuelito?

—Lo que yo quiero es que por medio de una operacion quirúrgica, que será muy poco cruenta sin el uso de anestésicos, y con el uso de ellos ni siquiera se sentirá, se imposibilite á los unos de meterse á corretones cuando sean hombres, y se imposibilite á los otros cuando caigan prisioneros, sin necesidad de fusilarlos, de volver á las andadas; todo, por supuesto, sin que á unos ni otros sirva del menor obstáculo la operacion de que se trata para atender á las necesidades lícitas de la vida y dedicarse al trabajo en la heredad, en el taller, en las minas, en las fábricas y en los establecimientos comerciales.

—¡Hombre,—exclamó el rey, abriendo tanto

ojo al oir esto,—explíquese usted, que estoy en ascuas hasta saber de qué operacion se trata!

—Se trata, señor, de una sencilla solucion de continuidad del tendon de Aquíles, cuyo resultado será que los corretones corporalmente se ladearán un poco, y moralmente andarán derechos como un huso. Se trata de conmutar á los prisioneros el fusilamiento por la cojera, que permitirá ponerlos inmediatamente en libertad, sin peligro de que vuelvan á las andadas, y se trata de encojecer á los niños para que cuando sean hombres vayan á trabajar como Dios manda, y no á hacer picardías como manda el diablo.

Al oir esto, el rey Resoluto I se quedó un momento parado, reflexionó, y encandilándosele los ojos de alegría, exclamó:

—¡Habla usted con cabeza, abuelito, habla usted con cabeza! Queda usted nombrado presidente de mi Consejo de ministros y encargado de la formacion de nuevo gabinete, cuya política tendrá por ancha base el luminoso proyecto que acaba usted de someter á mi aprobacion.

VI

Las Memorias de la Corretánia que yo, como soy tan valiente, encontré donde fray Pedro de Loibe, como era tan candoroso, creia haber cuer-

po santo, dan un salto de más de medio siglo, pues al volver á hablar del rey Resoluto I nos le presentan ya muy anciano, aunque no tanto como el cañoño que sabemos se echó de consejero poco despues de su advenimiento al trono corretánico.

La Corretánia habia experimentado transformacion maravillosa en el reinado de Resoluto I, fuese por el justo medio que este monarca habia adoptado en punto á libertades populares, ó fuese (como yo creo, por más que los filántropos lo lleven á mal) por haberse puesto en práctica en la subpenínsula el ingenioso medio ideado por el cañoño para impedir el correteo.

La subpenínsula era una balsa de aceite y una colmena de abejas desde que se adoptó en ella la solucioncita de continuidad del tendon de Aquíles, practicada sobre el calcañal á todos los varones, prévia la administracion de un anestésico, que permitia cortarle á uno aunque fueran las narices sin que uno lo sintiera.

Es verdad que todos los corretones eran cojos, pero las corretonas decian que su cojera les hacía retemuchísima gracia, porque así los hombres tenian á cada paso unas caiditas que enamoraban.

Ni guerras fuera, ni pronunciamientos dentro, ni en toda la subpenínsula un bandido que metiera mano á los viajeros, ni un contrabandista, ni un faccioso blanco ni negro ni rojo.

Así, el bello ideal del rey de ver á sus súbditos en la heredad y en el taller, y el bello ideal de las solteras y las casadas de ver al novio ó al marido hechos unos perritos falderos, se habian realizado por completo.

La poblacion se habia duplicado, los puertos estaban constantemente llenos de buques, las fábricas hormigueaban por todas partes, la agricultura podia competir con la más adelantada y multiplicada de Europa, la minería habia adquirido un desarrollo inmenso, los pueblos comerciales é industriales habian centuplicado su poblacion, su vida y su riqueza: en resúmen, la Corretánia gozaba de tal prosperidad, que la envidiaban todas las naciones europeas.

Algunas de estas naciones pedian á Dios que echase sobre la Corretánia todas las plagas de Egipto, porque la Corretánia les hacía muy mal tercio con su industria fabril y los productos de su suelo, con que no podian competir ni en precios ni en calidad las susodichas naciones.

El rey Resoluto I se consideraba dichosísimo viendo aquella prosperidad y pensando cuán desgraciado habia encontrado á su pueblo, y cuán dichoso le iba á dejar el dia que él cerrase el ojo.

Este dia llegó, y la Corretánia, despues de llorar la muerte de tan gran rey, como pueblo alguno no ha llorado la del suyo, llenó la sub-

península de monumentos conmemorativos y apologéticos del glorioso Resoluto I.

Las naciones que tenian tirria y mirria y mala voluntad á la Corretánia porque su industria fabril y los productos de su suelo no podian competir en ningun concepto con los corretánicos, así que tuvieron noticia del fallecimiento de Resoluto I, conferenciaron secretamente para ponerse de acuerdo sobre dos puntos, á saber: el de la conveniencia de arruinar á la Corretánia, y el de los medios de que se habian de valer para procurar esta ruina.

En cuanto al primer punto, se resolvió afirmativamente sin la menor vacilacion ni duda; y en cuanto al segundo, los pareceres fueron diversos y acalorada la discusion.

La idea de declarar la guerra á la Corretánia con cualquier pretexto, fué muy bien acogida y estaba á punto de aprobarse, teniendo en cuenta que como los corretones eran cojos, sería fácil vencerlos, á pesar de su gran poder y riqueza; pero una sencilla observacion de uno de los representantes de las naciones, para tan pérfidos fines congregados, bastó para que se desechase por unanimidad la idea de la guerra.

La observacion fué ésta:

—Es verdad que los corretones son cojos, pero tambien lo es que no son mancos.

Por último, para no moler con la reseña completa de aquella infame discusion, me limitaré á añadir que se acordó minar la paz, la prosperidad y la concordia de la Corretánia, introduciendo en ella por lo fino groseras ideas subversivas de toda sociedad cimentada en el buen sentido práctico, que era la base de la prosperidad y la dicha del pueblo corretánico.

El sucesor de Resoluto I, que tomó el nombre de Choribúru no sé cuántos, era dignísimo de este nombre, perteneciente á la lengua ibérica y equivalente á Cabeza de chorlito.

Si así como le tocó ser rey, le hubiera tocado ser arquitecto, hubiera hecho casas del tenor siguiente:

En los solares del cielo
tengo de hacer una casa,
que yo estoy sube que sube,
y tú estás baja que baja.

Ya saben ustedes por propia y dolorosa experiencia que son la mayor calamidad del mundo los estadistas ideólogos, es decir, los estadistas que tienen el comedor en la tierra y el resto de la casa en el éther. Pues figúrense ustedes lo que los reyes ideólogos serán, y calculen qué alhaja sería Choribúru no sé cuántos, que era flor y nata de esta casta de pájaros.

Por de contado, se rodeó de una turba de filósofos llamados del porvenir, que en materia de religion, cuando más, reconocian un Sér Supremo, aunque no le hubieran reconocido por tal si se les hubiese presentado á cobrarles una letrita de cinco duros; y en materia de libertad eran tan anchos de manga, que, cuando ménos, disculpaban todos los horrores de la plebe, calificándolos de «transformaciones de la historia que conducen al progreso de la idea», y en materia de popularidad era la suya tan entrañable, que cuando alguno de ellos pescaba un gobierno civil de provincia, y habia elecciones, ahorraba al pueblo hasta el trabajo de romperse la cabeza en busca de candidatos á quienes dar sus sufragios, pues se los proporcionaba en amigotes particulares suyos; y para que la votacion fuera más lucida, y por tanto el pueblo no pudiera ser acusado de indiferentista en materias tan transcendentales como la eleccion de diputados á Córtes, estiraba, estiraba de tal modo los sufragios emitidos, que convertia en millares las centenas.

Choribúru no sé cuántos convino por de pronto con sus amigos y consejeros los ideólogos del porvenir, en que era un horrible atentado á la personalidad humana, cuyos derechos eran imprescriptibles y anteriores y superiores á toda legislacion, la solucion de continuidad del tendon

de Aquíles, y la tal solucion fué abolida, por lo que en la Corretánia empezó á cantarse:

¡Ya te han restablecido,
tendon de Aquíles,
y ahora fastidiaos,
guardias civiles!
Pronto en la Corretánia
los cojitrancos
serémos facciositos
negros ó blancos.

Y en efecto, así que fué espigando la nueva generacion de corretones, ó sea ántes de transcurrir veinte años, la *idea* traida del extranjero y sembrada en la Corretánia por los filósofos del porvenir, cuyo gran maestre y favorecedor era el rey Choribúru no sé cuántos, brotó por todas partes en forma de mocetones, con los piés más listos que un ajo, y el trabuco, el puñal ó la lata de petróleo en la mano, y la Corretánia se convirtió en un volcan moral y material, á cuya siniestra luz se frotaban las manos de satisfaccion, allá á lo léjos, los qué desde allá á lo léjos le habian encendido.

Lo primero que hicieron los filósofos del porvenir fué arrasar los monumentos levantados al glorioso Resoluto I y su sabio consejero el caño-ño de ciento veinte años, porque decian que eran

atentatorios á la fraternidad humana, que ha borrado el nombre de patria, como nombre impío, para sustituirle con el santo de cósmos.

Un siglo despues, la subpenínsula corretánica era lo que hoy es la isla de Izaro, reliquia suya cuyo providencial destino es conservar la memoria de aquel gran continente tragado por el Océano. La soledad y las ruinas que hoy vemos en la isla de Izaro son la imágen compendiada de la soledad y las ruinas que ofrecia en toda su extension la subpenínsula corretánica un siglo despues de la muerte, por decapitacion popular, de su último rey Choribúru no sé cuántos.

Entónces Dios dijo al Océano:

—Haz desaparecer ese padron de ignominia que avanza hácia tu turbulento y fecundo seno, y sólo conserva para memoria de la existencia de la Corretánia y para leccion de las libres, honradas y sensatas *erriac* cantábricas, sus vecinas, un pedacito de tierra que eternamente se ofrezca á la vista de las *erriac* de tal modo, que casi proyecte en él su santa sombra el *Guernicaco-arécha*.

Obediente el Océano cantábrico á la única voz que tiene autoridad sobre él, rugió como gigante leon calenturiento, embistiendo á la Corretánia en todo su perímetro, desguarnecido ya de aquellos ciclópeos muros, cuya conservacion ni áun la dinastía de los Pusilánimes habia descuidado,

y pronto la Corretánia desapareció del mapa de Europa.

Aquí tienen ustedes el cuento de los corretones; y perdónenme lo mucho que les he molido con mis digresiones miéntras le he contado.

—No hay de qué perdonar, don Francisco; pero permítame usted que le pregunte qué ha querido usted decirnos con ese cuento.

—¿Qué he querido decirles á ustedes? Nada: que á continuacion de donde estuvo la subpenínsula corretánica está la península ibérica.

Todos callamos y reflexionamos al oir esta contestacion; pero todos penetramos al fin su sentido, y dijimos para nuestros adentros: «¡Te veo, besugo!»

LA VIÑA MÁGICA.

I

La humanidad tuvo en los tiempos antiguos quien la redimiese del pecado, y en los tiempos modernos tiene quien la redima de la miseria. Si bendice al Redentor antiguo, tambien debe bendecir al redentor moderno, porque los hijos de la miseria no son tiranos ménos abominables que lo eran los hijos del pecado.

El redentor antiguo era Jesus, entre cuyas maravillosas virtudes se contaba la de multiplicar los peces y los panes y dar salud al enfermo y alegría al triste por obra exclusiva de su santa voluntad. El redentor moderno, que tambien tiene la virtud de multiplicar el alimento del hombre y devolver á éste la salud del cuerpo y áun la del alma, es el que va á ser santificado y bendecido

en este cuento que recogí en los campos de mi infancia cuando Dios derramaba en ellos su bendicion y no Caín la sangre de su hermano.

II

El valle de Somorrostro se extiende cerca de dos leguas de Oriente á Ocaso, entre una cordillera férrea y otra volcánica que siguen la misma direccion, la férrea resguardándole del calor y la violencia de los vientos meridionales y enriqueciéndole con el precioso é inagotable metal que encierra en sus entrañas, y la volcánica protegiéndole de la furia del mar Cantábrico y de la frialdad de los vientos boreales, y alegrándole con el jugo de las vides que cria en sus estribaciones y faldas del Mediodía.

Junto á su extremo occidental crúzale, de Sur á Norte, un vallecito secundario, de modo que el valle de Somorrostro parece una cruz tendida, cuya peana es Baracaldo, cuya cabeza es Larrigada, y cuyos brazos constituyen el vallecito de San Juan del Astillero, apoyándose el extremo Sur de estos brazos en Galdámes, y el extremo Norte en el mar.

El cuerpo de la cruz, que corresponde á San Pedro de Abanto, á Nocedal y á San Salvador del Valle, es escueto, severo, casi falto de todo

adorno, pero no lo son la peana, los brazos y áun la cabeza. La peana está perpetuamente vestida de fresca verdura; así que asoma la primavera, á la verdura se añaden las flores del guindo y del melocotonero, y así que las flores se agostan, las reemplazan, hasta que los cierzos invernales logran penetrar en el valle por los portillos de Ciérbana y Pobeña que se abren entre el Janeo, el Montaño y el Sarántes, las guindas y las cerezas del Regato y Amézaga y Retuerto y Ugarte, los melocotones y los albérchigos y las ciruelas claudias de Landáburu y San Salvador y Urioste, y los racimos de Sestao y Galindo.

Si la peana de la cruz aparece siempre engalanada, los brazos y la cabeza poco ó nada tienen que envidiarle, porque en el punto en que los brazos y la cabeza arrancan del cuerpo, el regazo de las montañas es tan eficaz y amoroso, la temperatura tan benigna y el suelo tan fértil, que allí, cerca del puente de Santelíces, está el primer roble de Vizcaya que se cubre de hoja (como lo saben muy bien las abejas de Montellano que bajan á libar sus racimos de flores amarillas), y allí, entre el palacio del marqués de Villarías y los estribos septentrionales del Llangon, está (ó estaba cuando la paz florecia y fructificaba en Vizcaya hacía treinta años bajo el glorioso cetro de doña Isabel II) un bosquecillo de naranjos y limoneros,

cuyo fruto poco tenia que envidiar al de las regiones meridionales, y allí, en el collado de Memerea, subsiste hace siglos un olivo cuyo fruto recuerda el de las márgenes del Guadalquivir, y allí, en los huertos de Oyáncas y Jiba y San Martin de Muñatónes y Lascarréras, me cargaron cien veces de rosas y claveles y azucenas aquellas hermosas, modestas y buenas damas que en toda estacion salian al encuentro del viajero ofreciéndole entrañable hospitalidad en todas las aldeas vascongadas cuando la paz sonreia en aquellas aldeas amadas y lloradas de mi corazon.

Por el vallecito que sirve de brazos á la cruz en que en los primeros meses de 1874 tantos y tantos españoles espiraron, todos creyendo que la redencion de la patria exigia de ellos aquel sacrificio, aunque muchos de ellos creian un absurdo; por aquel vallecito baja en busca de la mar el rio á cuya márgen jugué cuando niño y ya no espero descansar cuando anciano! La mar sale á su encuentro hasta el puente de Santelíces, que es donde propiamente el vallecito se constituye en brazo izquierdo de la cruz, y como mar y rio se abrazan, unen y confunden en uno cuando pasan entre el Janeo y el Montaño, ó sea cuando se acercan al término de su viaje, para el rio de ida y para la mar de regreso, entónces el rio, aunque ha afeminado impropiamente su nombre llamán-

dose ria, es tan ancho y tan profundo, que los moradores de una y otra orilla no siempre pueden visitarse, porque no siempre tienen á su disposicion una barca que les facilite el paso.

Por esta dificultad de visitarse y de hablarse cuando les diera la gana (que les daba á toda hora y rara vez podian satisfacerla), estaban desesperados Ramonilla la de Aquende y Lorenzo el de Allende, que bebian los vientos uno por otro.

III

Más abajo del puerto de la Berdeja, con cuyo nombre se designa una playa situada en la orilla derecha de la ria entre San Juan y Múzquiz, ó lo que es lo mismo, casi al promedio del brazo derecho de la cruz, se buscan el Janeo y el Montaño, pero se encuentran con que se opone á su comunicacion la ria, y el Janeo permanece con el pié en la ribera izquierda, y el Montaño con el pié en la ribera derecha.

Hácia aquel punto hay várias caserías dispersas en las estribaciones de ambos montes, cobijada cada una de ellas en un bosquecillo de nogales. Una de las de los estribos del Janeo es conocida con el nombre de Aquende, y otra de las de los estribos del Montaño lo es con el de Allende.

Los vecinos de aquellas caserías se dedican

casi exclusivamente al cultivo de las viñas, porque casi es ésta la única agricultura que allí permite el terreno.

El Janeo, el Montaño y el Sarántes contrastan por su falta de vegetacion con todos los demas montes del valle y áun del país. Sea por su naturaleza volcánica, sea por otra causa, lo cierto es que sólo verdea en ellos una vegetacion raquítica, interrumpida á trechos por rocas y por terrizos desnudos y de color rojizo; pero como, segun el poeta latino, *Bachus amat colles*, los viñedos prosperan en las estribaciones y las faldas de aquellos montes, particularmente en las de Mediodía y Levante; y constituyen la mayor riqueza de una buena parte de los moradores del valle.

El vino de Baracaldo y Somorrostro, aunque fuese muy estimado de las gentes del país, no lo era de las que no estaban acostumbradas á él, y realmente no debia serlo, porque la impericia de la vinificacion era allí superior á todo encarecimiento; pero las mejoras que algunos propietarios han introducido en este ramo de la industria agraria, y se van generalizando entre los demas, han demostrado que allí se pueden cosechar vinos que compitan con los mejores de Burdeos (1).

(1) Con el nombre de *Alto Ebro*, impropio, pero disculpable en el comerciante que lucha con los caprichos y preocupaciones del público, se vende en Madrid, en el establecimiento del señor

De todos modos, en los valles de Somorrostro y Baracaldo los hay ya ligeros, pero sumamente sanos y agradables, que son una verdadera riqueza para el país, pues se venden en la cubera de diez y seis á veinticuatro reales la cántara, y los compradores exceden á los vendedores.

Joseton el de Aquende, que no cogia ménos de quinientas cántaras de vino y estaba siempre roido por la codicia, se daba á doscientos mil de á caballo todos los años, por dos razones: la primera, porque á pesar de estar situadas sus viñas en terreno inmejorable, como que era un regazo del Janeo, perfectamente soleado y resguardado de todos los vientos que dificultan la maduracion de la uva, su vino era muy inferior al que cosechaban muchos de sus vecinos, cuyas viñas ocupaban terrenos que carecian de aquellas condiciones; y la segunda, porque por la misma inferioridad del vino tenia que vender toda la cosecha á principio de temporada, temeroso de que en la primavera se le avinagrase, y veia que aquellos de sus vecinos que no le vendian hasta la entrada del verano, le vendian al precio que querian.

San Roman, Carrera de San Jerónimo, núm. 5, vino blanco embotellado, de cinco años, de la cosecha del señor marqués de Villarias, vecino de Somorrostro, y sin más que cambiarle la etiqueta, puede pasar por de los mejores del Rhin, con los que tiene gran semejanza.



Y en verdad que no habia motivo para que Joseton estuviese siempre roido por la codicia, pues era viudo, y toda su familia se reducia á su hija Ramonilla, y ademas de ser dueño de la casa y la hacienda de Aquende, que habitaba, lo era de unas riquísimas veneras de Triano, cuya explotacion tenia arrendada y le producia un dineral; pero Joseton, aunque hombre de bien, era muy terco y corto de entendimiento, lo cual explica la anomalía de que cosechase mal vino en excelentes viñas. Temeroso de que se anticipasen las lluvias del cordonazo de San Francisco, como llaman los marinos y los de las marismas al equinoccio de otoño, y le maleasen la cosecha, vendimiaba ántes de madurar debidamente la uva; doliéndole el aumento de jornales y la disminucion de uva, no consentia que las vendimiadoras se entretuviesen en limpiar el racimo de hojas, tierra y uvas podridas, ni consentia que racimo alguno, por verde que estuviese, dejase de ir al lagar ó la tina. Razones de este jaez, es decir, de economía mal entendida y falta de inteligencia en la vinificacion, se aunaban á lo anterior para que el vino de Joseton fuese muy inferior al que cosechaban casi todos los demas vecinos del concejo.

Frente por frente de su casa, aunque agua por medio, tenia Joseton un buen modelo de vinificadores discretos. Este modelo era Lorenzo el de

Allende, que aunque no tenia más que una viñita, cuya historia es digna de contarse, y esta viña no le daba arriba de cincuenta cántaras de vino, sacaba de ella tanta utilidad como Joseton de la mitad de las suyas.

La viñita de Lorenzo estaba medianamente situada, pues la combatian los vientos del Sudoeste, y sólo la bañaba el sol al declinar; pero Lorenzo la cavaba y recavaba con tanta frecuencia, que no consentia que creciese una hierba en ella; aunque los *zaragozanos* del valle anunciasen el diluvio universal y los frios siberianos para ántes de San Miguel, no vendimiaba un racimo miéntras la uva no estuviese dorada como el oro y dulce como la miel; el dia que se decidiese á vendimiar habia de ser como hecho de encargo para aquella operacion; aunque necesitase doble tiempo y trabajo para vendimiar, ni una hoja de parra, ni una hierba, ni una uva podrida, ni un terroncillo habia de ir á casa, y por supuesto, todo racimo que no estuviese bien sazonado se quedaba en la viña para solaz de los rebuscadores de *grapas*.

Por estos medios y otros subsiguientes y no ménos acertados conseguia Lorenzo un par de pipas de vino de veinte á veinticinco cántaras cada una, que vendia al precio que le daba la gana así que llegaba la canícula, en que las gen-

tes se despepitan por el buen chacolí, que á la par alegra la pajarilla y refresca la sangre.

Lorenzo era trabajador y económico, pero no codicioso como Joseton. Sus padres habian fallecido hacía pocos años dejándole casi niño; pero cultivando unas piececillas que le habian dejado en la veguita de la ribera, explotando la viñita que habia hecho en una cuestecilla que no daba más que brezo; vendiendo buena parte de la fruta de los nogales, los cerezos, los perales, los manzanos y los melocotoneros que rodeaban su casita; cuidando con esmero é inteligencia unas cuantas cabezas de ganado que tambien le habian dejado sus padres, y ganando algunos cuartos al tráfico de la vena cuando las ocupaciones de la labranza se lo permitian, iba tirando perfectamente, y en su casa todo iba bien, á lo que no contribuia poco el buen gobierno de Túris (Ventura), que era una buena mujer de cuarenta y tantos años, tia segunda suya, que habia ido á asistir á su madre en la extrema enfermedad de ésta, y se habia quedado en la casa á instancias de Lorenzo.

La historia de la viñita de Lorenzo, que he dicho es curiosa, lo es, en efecto, tanto que merece capítulo aparte.

IV

Lorenzo sentia en el alma no haber heredado de sus padres más parras que dos moscatelas, que trepando por las dos esquinas del costado meridional de la casa, se alargaban mutuamente los brazos y formaban con ellos frondoso dosel sobre las ventanas correspondientes al piso principal, desde donde á su debido tiempo se alcanzaba su dulce fruto.

Su padre sentia tambien no tener viña alguna como las tenian casi todos sus vecinos, lo que consistia en que carecia de terreno á propósito para viñedo. Casi todas sus heredades estaban en la vega, donde, por una parte, las viñas no prevalecen por ser húmeda y demasiado profunda la tierra, y por otra parte, todo el terreno que tenia le necesitaba para la siembra de cereales y cebo para el ganado.

El único terreno que la casería de Allende tenia fuera de la vega era un pedazo costanero y cayueloso, llamado el Brezal, que ni hierba siquiera producia. Muchas veces tuvo el padre de Lorenzo tentaciones de quebrantar para viña aquel terreno; pero desistió de ello creyendo que por su mala exposicion daria escaso y mal fruto la viña que allí se plantase.

Un dia, poco despues de haber fallecido la madre de Lorenzo, que sobrevivió pocos meses á su marido, fué por Allende un ingeniero frances, encargado de levantar ciertos planos del abra de Pobeña y la ria de Somorrostro, por encargo de una compañía industrial que proyectaba hacer allí un buen puerto para la exportacion de la vena de hierro del extremo occidental de Triano y de las veneras de Galdámes y Sopuerta.

Las estribaciones occidentales del Montaño, donde estaba la casería de Allende, eran el punto más conveniente para los principales trabajos del ingeniero. No bien éste apareció por allí, Lorenzo salió á su encuentro, le saludó cortesmente, y le ofreció su casa y su ayuda en cuanto pudiera servirle.

El frances aceptó agradecido el ofrecimiento, pues tenia que ocuparse allí algunos dias, y hospedándose en Allende, se ahorraba la molestia que le hubiera originado el hospedarse en San Julian de Múzquiz ó San Juan del Astillero.

Cuando terminó el ingeniero sus trabajos en Allende y se disponia á partir, acabó Lorenzo de enamorarle, negándose á admitir retribucion alguna por la hospitalidad y la ayuda que le habia dado.

Es de advertir que aunque el ingeniero frances hablaba con dificultad el castellano, Lorenzo

y él habian conversado largamente sobre los asuntos del primero, y Lorenzo se habia lamentado al segundo de que la casería de Allende careciese de terreno apropiado para viñedo, pues el del Brezal no lo era.

—Vamos,—dijo el frances á Lorenzo,—ya que es usted tan desinteresado para conmigo, voy á confiar á usted un secreto que de seguro le ha de valer á usted más que el puñado de pesetas que rehusa. Al dar noticia los periódicos franceses de mi próxima partida para España con objeto de estudiar la construccion de un puerto en Somorrostro, se me presentó un anciano que habia hecho por aquí la guerra en tiempo de Napoleon, y dándome un planito que conservo en mi cartera y he consultado apénas llegué aquí, me dijo: «Estando á punto de caer en manos de los *brigantes*, como llamábamos á los españoles con este abuso de la palabra á que tan propensos somos los franceses, y tan caro puede costarnos el dia que riñamos con quien pueda meternos el resuello en el cuerpo, enterré en Somorrostro, en un brezal cuya situacion exacta señala este planito, un tesoro que no he tenido medio de ir á recobrar. Ya que va usted allá y es persona de fiar, tenga la bondad de buscarle y traérmele. Le enterré á tres piés ó tres y medio de profundidad, abriendo un hoyo con la bayoneta, no recuerdo si en la par-

te baja, en la media ó en la alta del Brezal». Mi partida se dilató algun tiempo, y entre tanto el veterano, que se dedicaba al oficio de viñador, en que era inteligentísimo, falleció sin dejar pariente alguno que le heredase. Con que, amigo Lorenzo, herédele usted, que nadie tiene más derecho que usted á heredarle siendo de usted el terreno en que está el tesoro. Aquí tiene usted el plano del Brezal, y al respaldo de él hallará escritas por mano del viñador algunas instrucciones relativas al mismo asunto.

Lorenzo dió las gracias al ingeniero por el generoso obsequio que le hacía, y el ingeniero se marchó.

Lorenzo se dedicó á hacer catas en el Brezal en busca del tesoro, pero el tesoro no parecia.

—No nos andemos por las ramas,—dijo Lorenzo:—lo mejor es empezar por la *hondera*, abriendo de orilla á orilla una zanja de cuatro piés de profundidad (pues más vale que sóbre que no que falte), como quien rompe terreno para viña, y sigamos abriendo zanja sobre zanja, aunque sea hasta la cabecera, miéntras el tesoro no parezca, que tiene que parecer buscándole así.

En efecto, Lorenzo empezó á quebrantar el Brezal del modo que habia dicho, y como no le convenia que se supiese el objeto con que lo hacía, tanto por temor de que se riesen de él los que no

tenian tantos motivos como él para creer al ingeniero frances incapaz de burlarse de nadie, como por temor de que algun malhechor le diese un mal rato queriendo robarle el tesoro, contestaba afirmativamente á los que le preguntaban si al fin se había decidido á hacer su viñita.

Iba ya quebrantado todo el Brezal y no parecia el tesoro; pero al abrir la última zanja, que correspondia precisamente á un pedacillo de terreno que habia cavado y descepado la víspera de la llegada del frances para probar si en él se daban las patatas, exhaló un grito de alegría, encontrándose con una cajita de madera, que no dudó contuviese el tesoro, aunque no acertaba á explicarse cómo no se habia podrido estando enterrada tanto tiempo.

La caja pesaba tan poco como si estuviera vacía, y esto dió muy mala espina á Lorenzo. Apresuróse á abrirla, y sólo encontró en ella un papel escrito en mal castellano, que venía á decir:

«Plante usted de viña el terreno que haya quebrantado, cultive usted bien la viña y beneficie bien su fruto, para lo cual le servirán á maravilla las instrucciones escritas al reverso del plano del Brezal, y habrá encontrado usted el tesoro que buscaba, tanto más, cuanto que esas instrucciones no tanto enseñan á hacer buen vino como á hacer mucho. Realmente el tesoro no merece

este nombre; pero para hombres tan modestos y de tan pocas necesidades como usted, un verdadero tesoro será el fruto de la viñita que plante en el terreno que haya quebrantado.»

Lorenzo dudó, al leer esto, si debia maldecir ó bendecir al frances; pero suspendió la decision hasta consultar las instrucciones adjuntas al plano.

Estas instrucciones estaban escritas en frances, que naturalmente era griego para Lorenzo, y faltó poco para que Lorenzo hiciera añicos instrucciones y plano; pero se contentó con guardar el pliego en el bolsillo, y pasó á decidir si se habia de enojar ó alegrar con el chasco que el frances le habia dado.

Lorenzo era naturalmente inclinado á la benevolencia, y concluyó al fin por decir:

—Indudablemente debo estarle agradecido, porque lo cierto es que en chanzas ó én véras me ha hecho un gran favor. Como quien no quiere la cosa, me encuentro con una viñita casi hecha y derecha, y al frances se lo debo, pues si no por él hubiera continuado el Brezal dando sólo brezos y caracoles, y dentro de poco tiempo me dará un par de cubas de chacolí, que, bueno ó malo, contribuirá á mi agostillo. Dios le dé mucha salud al franchute, y á mí me la conserve para que Josetón concluya de burlarse de mí llamando

á la fuente del avellanal la cubera de Allende.

Esta es la historia de la viñita de Lorenzo.

V

Lorenzo no era, ni mucho ménos, lo que se llama un talentazo deshecho, ni pasaba, en punto á saber, de lo que sabe un pobre destripaterrones, que se suele reducir en aquellos valles y montañas á leer no muy de corrido, á escribir su nombre muchas veces á riesgo de poner, verbigracia, Lorenzco por Lorenzo, y á estar al corriente de la doctrina cristiana y de lo más gordo de la administracion municipal y provincial, merced esto último á la participacion que todo vecino toma en la eleccion de concejales y en la de apoderados á las Juntas generales de Guernica; pero áun así, tenia Lorenzo frecuentes cavilaciones, y cavilaba con mucho seso, como vamos á ver trasladando aquí una de ellas:

—Pues señor,—decia para sí,—tengo ya veintitantos años; el tiempo se va sin sentir y no vuelve; mi tia Túris, aunque no es vieja, está ya muy acabada con los disgustos que en otro tiempo le dió ese zoquete de Joseton; casa donde no hay mujer propia ni hijos está fria, desordenada y triste; hombre que no se casa de mozo no debe casarse de viejo; y por último, esa Ramonilla de mis

pecados me hace cada vez más gracia, á pesar de lo camueso que es el padre que Dios le dió.

Una noche, despues de haber tenido una de estas cavilaciones, Lorenzo estaba sentado á la puerta de su casa á la luz de la luna.

Era por el mes de Junio, y ya aquel dia habia hecho mucho calor. Lorenzo habia estado carreteando vena desde Triano al puerto de la Berdeja; al llegar, al anochecer, habia desuncido los bueyes; al pié de uno de los nogales de la portalada les habia echado una buena racion de alcacer fresco que Túris habia segado á la caida de la tarde; miéntras los bueyes cenaban al fresco bajo el nogal, él y Túris habian cenado á la luz de la luna en el poyo de al lado de la puerta; Túris, á instancia de Lorenzo, habia subido á acostarse, y Lorenzo esperaba á que los bueyes concluyesen de cenar para recogerlos en la cuadra é ir tambien él á descansar, que bien lo necesitaba, habiendo sido aquel dia de los aludidos en la *canta* que dice:

Por Pucheta arriba van
los de la mala fortuna,
unos diciendo ¡arre, buey!
y otros diciendo ¡arre, mula!

Entre la ria y los nogales que preceden á la casa habia una cuestecilla, y á mitad de la cues-

ta, en un rellanito sombreado por unas matas de avellano, sauce, maravillo (alheña) y zarza-raya (zarza-rosa), habia una fuente muy fresca, cuyo perenne chorro se deslizaba por una teja.

—Vamos á refrescar y dejémonos de cavilaciones,—dijo Lorenzo.

Y se encaminó silbando hácia la fuente, cuyo murmurio llegaba hasta el nocedal, favorecido por el silencio de la noche.

Aquélla era la fuente que Joseton llamaba en otro tiempo la cubera de Allende, y aún se lo llamaba, burlándose primero de que en Allende no se cosechaba vino, y despues de que se cosechaba poco.

Conforme Lorenzo descendia por la cuesta, no quitaba ojo de una ventana de la casería de Aquende, donde se veia luz.

—Apuesto—dijo—á que esta noche está Ramonilla cerniendo, pues aquella ventana es la de la cocina donde tienen la artesa, y me parece que oigo el zarandeo del cedazo. Voy á echarle una canta, y con la canta una indirecta. ¡Calla! Ya no se oye el cedazo, y una persona se asoma á la ventana. De seguro es Ramonilla, que me habrá oido silbar; sí, ¡ella es!

Dicho esto, Lorenzo entonó con voz sonora y capaz de oirse desde la cumbre del Janeo, este cantar, al parecer improvisado:

Eres harina y yo *soma* (1),
pero mezcladas las dos,
resultarán de la mezcla
unas tortas como un sol.

Inmediatamente le contestó Ramonilla con este otro cantar, por lo visto improvisado tambien:

Las tortas, para ser buenas,
se han de hacer en San Julian,
que si allí no se hacen, ya es
harina de otro costal.

Lorenzo, que habia llegado ya á la fuente, refrescó la garganta con un trago de agua, y cantó en seguida:

Por detras de la iglesia
yo nada quiero,
que por aquel camino
se va al infierno.

Y Ramonilla contestó al canto:

Si con buen fin me quieres,
díle á mi padre:
«Quiero entrar en la gloria;
venga la llave».

Este tiroteo de cantares terminó porque Ramonilla volvió á darle al cedazo, oyendo á su pa-

(1) Salvado.

dre refunfuñar en la cama, diciendo que era una tal y una cual, pues en lugar de dar al cedazo, le quitaba el sueño cantando.

Lorenzo tomó cuesta arriba, más alegre que un vaso de buen vino, que segun Joseton era la cosa más alegre del mundo, recogió sus bueyes, les echó en el pesebre otro buen brazado de alcacer, subió á su cuarto y se acostó, diciendo:

—Pues señor, esto es hecho: mañana paso la ria y le pido á Joseton la mano de su hija. ¡Vea usted lo quita-vergüenzas que son los cantares! Muchas veces he tratado de decirle á Ramonilla que la queria, y nunca he podido, porque siempre la vergüenza me ponia un tapon en la garganta. Esta noche, sin necesidad de ponernos colorados, nos hemos entendido con cuatro coplas, de modo y manera que, como quien dice, ya estamos al fin de la calle. ¡Si le digo á usted que al que inventó los cantares por fuerza le dan una serenata todas las noches los ángeles del cielo!

Como arrullado por una serenata de esta especie se quedó Lorenzo dormido.

Antes de rayar el alba ya se habia levantado, pensando en el gran paso que iba á dar cerca de Joseton.

Como Joseton madrugaba aquellas mañanas para ir á Triano, donde no sé qué negocios traia, Lorenzo dijo:

—Voyme rio arriba á buscar el puente de San Juan, que está donde Cristo dió las tres voces, no sea que Joseton se me escape y me haga esperar veinticuatro horas más, sin saber si me da ó no la llave para entrar en la gloria.

Cuando salió á la portalada vió que habia ya luz en Aquende, y añadió disgustado:

—¡Por vida de mi poco madrugar! Ya se ha levantado Joseton, y es posible que si voy á buscar el puente, le pase él ántes que yo y se me escape. Voy á ver cómo me las arreglo para ahorrarme tan condenado rodeo, pasando la ria por más abajo, aunque la marea debe estar alta.

Así diciendo, Lorenzo tomó cuesta abajo, y pronto se encontró orilla de la ria, que, en efecto, se desbordaba por la pleamar.

Orilla de la ria habia un bosquecillo de tamarices y sauces, talado hacía pocos dias. Lorenzo desgarró de una mimbrera dos fuertes mimbres, los retorció, los unió por los extremos más delgados, tendió en el suelo este *bilorto* ó atadura, echó sobre él tamarices y sauces, ató fuertemente el haz de leña, le arrastró al agua, en la que quedó sobrenadando, buscó un palo largo y grueso que le sirviese de bichero, y se dispuso á pasar la ria en aquella balsa, que ya habia usado, unas veces con buen éxito, y otras con malo.

Apénas puso el pié en ella, la balsa se ladeó,

y el pobre Lorenzo se fué á fondo; y se hubiera ahogado á no saber nadar como una rana, gracias á lo cual, no sólo se puso á flote, sino tambien arribó á la otra orilla.

Dejando un reguero de agua por donde iba, tomó la cuesta de Aquende, diciendo:

—¡Ay, amor, cómo me has puesto! Me da muy mala espina el percance que he tenido al dar, como quien dice, el primer paso en el camino de la gloria, cuya llave voy á pedir á Joseton!

VI

Al salir de su casa se encontró Joseton en la portalada con Lorenzo. Ramonilla, que desde arriba se apercibió de este encuentro, se puso á escuchar desde el alféizar de la ventana de la cocina.

—¿Qué es eso, hombre?—preguntó Joseton al náufrago, al verle calado de agua.—¡Qué pícara aficion habeis tenido siempre á lo que cria ranas los de Allende! Los de Aquende lo entendemos mejor, pues la tenemos á lo que cria mosquitos.

—¡Eso podia usted decírselo á mi padre que esté en gloria; pero no á mí, que he hecho una viña más maja!...

—¡Vaya una viña! Tú te pareces á Anton el

de Murrieta, que lloraba por cubas y tenia dos cepas. Con que ¿qué te trae por aquí tan de mañana, muchacho? Si venías á verme, á poco más no me coges en casa.

—Pues temeroso de no cogerle á usted, he querido pasar la ria sobre una carga de leña, y si no sé nadar me ahogo.

—Pues el agua debia ser muy amiga de los de Allende, que están reñidos con su rival el vino. Pero, por lo visto, asunto muy importante te trae.

—¡Y de casta que lo es!

—Vamos, explícate, hombre.

—Pues ya sabe usted, amigo José, que yo, ademas del ganado, tengo buena casa y hacienda...

—Sí, una casa que cabe en *la* mi cubera, unas piezas que dan cebera para engordar al de la vista baja, y una viña que da vino para las vinajeras de Montaño, donde hay misa una vez al año.

—Es verdad que en casa y viñedo me aventaja usted, pero en piezas de pan llevar no, porque no tiene usted ninguna...

—Ni me hacen falta tampoco, teniendo viñas para coger al año quinientas cántaras de vino, que en estas laderas de Janeo son la cosecha más segura y saneada.

—En fin, José, cada uno tiene lo que ha heredado de otros ó él se ha agenciado, como á mí

me sucede. Lo principal es que uno sea trabajador y honrado, tenga buena salud, sea aún jóven, y quiera á aquélla con quien se case, como yo quiero á Ramonilla...

—¡Adios con la colorada! ¡Ya pareció aquello!—dijo para sí Ramonilla, dándole un terrible vuelco el corazon.

Y su padre se echó para atras, poniendo cara de perro al comprender que Lorenzo iba á pedirle la mano de su hija.

—¡Muchacho!—exclamó Joseton.—¿Qué significa eso de que quiéres á Ramonilla?

—Lo que significa es que su hija de usted y yo nos queremos, y si usted lo permite, nos casarémos juntos...

—¡Ni tampoco desapartados! ¡Pues no faltaba más, hombre, que *la* mi hija, heredera de todo lo de su padre, y entre ello viñas que dan al año quinientas cántaras de vino, se casara con uno que no coge arriba de cuarenta ó cincuenta cántaras!...

—Pero, José, si yo no tengo más que una viñita, tengo otras cosas...

—Aunque tuvieras las minas del Potosí no te casarias con *la* mi hija no cogiendo tanto como yo, porque me he empeñado en que *la* mi hija sólo se ha de casar con uno que coja tanto vino como su padre...

—Pero ¿quién le dice á usted que yo no puedo llegar á cogerlo?

—Pues cuando llegues hablarémos, si es que aún estamos á tiempo.

—Así como hice una viña en que cojo cincuenta ó más cántaras, puedo ir haciendo otras, aunque sea tomando terreno del comun, y coger quinientas ó más...

—Te he dicho, y te repito, que miéntras no tengas quinientas en tu cubera no te casas con Ramonilla. El dia que las tengas me avisas para que las vaya á ver y probar; las veo y las pruebo, y si *la* mi hija está aún soltera, haz cuenta que eres ya yerno mio.

Por más esfuerzos que el pobre Lorenzo hizo por apear de su burro á Joseton, no lo consiguió, porque la verdad era que Joseton queria un yerno que, cuando ménos, fuese tan rico como su hija, aunque de su riqueza formasen parte tan pocas cepas como las de Anton el de Murrieta, y el primer pretexto que le ocurrió para rechazar á Lorenzo fué que Lorenzo cogia ménos vino que él, y decirle que sólo le daria su hija cuando cogiese tanto, que era, á su parecer, decirle que no se la daria nunca.

Joseton, firme en sus trece, tomó el camino de San Juan, y Lorenzo, chorreando aún agua, y casi decidido á atarse los brazos con un mimbre

para no poder nadar y echarse en seguida á la ria, tomó estrada abajo hácia el vado.

Cuando llegaba á la mitad de la cuesta, sintió pasos de alguna persona que corria tras él, y *trascatándose*, como por allí dicen, vió que quien corria, sin duda á su alcance, era Ramonilla, hecha un mar de lágrimas.

El resultado de la entrevista que Ramonilla y él tuvieron en la estrada, que era sombría y desierta, y sólo la alegraban los pájaros que cantaban sus amores en las enramadas de avellanos, zarza-rosas, parras silvestres y madreselva que la entoldaban, el resultado, repito, de aquella tierna entrevista, de la que Ramonilla volvió con las mangas del vestido mojadas, sin duda de tanto como habia llorado, fué que Ramonilla y Lorenzo se juraron amor eterno, Ramonilla por medio de un «así Dios me salve», y Lorenzo por medio de un «y si no, me caiga muerto»; y para comunicarse sus pensamientos desde Aquende y Allende, arreglaron un telegrafillo que muchos años despues hubiera venido de perilla para comunicarse con los bilbaínos el ejército, que, yendo á libertar á la invicta villa, acampó meses enteros en las alturas que dominan á Somorrostro, casi sin poder decirse los de afuera y los de adentro esta boca es mia.

VII

Ramonilla y Lorenzo eran tan poco leidos, aunque ambos sabian leer un poco, que ignoraban por completo la historia de Hero y Leandro, que era la suya, sin más que poner á Ramonilla en lugar de Hero, á Lorenzo en lugar de Leandro, á Aquende en lugar de Sestos, á Allende en lugar de Avidos, y á la ria de Somorrostro en lugar del Helesponto; pero si no la sabian la adivinaban, pues Ramonilla prohibió á Lorenzo que pasase á nado la ria para visitarla, temerosa de que Lorenzo tuviese el desastroso fin de Leandro.

Ambos se consumian por comunicarse sus amorosos pensamientos; pero como Joseton andaba listo para impedirles toda entrevista hasta cuando iban á misa, el telegrafillo consabido no paraba de jugar.

Al decir el telegrafillo he hecho mal, pues eran varios los que habian inventado y adoptado Lorenzo y Ramonilla; y nombro el primero á Lorenzo, faltando á la galantería debida al bello sexo, dignamente representado por Ramonilla en una modesta aldea donde no se usa en la cara ninguna de esas porquerías que tan feas ponen á las madrileñas guapas, porque Lorenzo era el principal inventor de ellos.

El que usaban con más frecuencia, particularmente cuando el ruido del viento ó de la riada no lo impedia, era uno de sistema mixto, ó lo que es lo mismo, acústico-retórico-poético.

Por ejemplo, Lorenzo estaba apacentando los bueyes en los ribazos de la fuente, y Ramonilla cogiendo una haldada de *serugas* (alubias verdes) en el huerto de detras de casa. Ramonilla cantaba este cantar:

Cavila todo el que quiere
mucho á su novia ó su novio;
para no cavilar mucho
casarnos debemos pronto.

Y Lorenzo entonaba, al oirle, éste otro:

Cavilo á todas las horas
mucho, remucho, muchísimo;
pero, hablando con franqueza,
inútilmente cavilo.

Como Ramonilla y Lorenzo habian convenido de antemano en que lo único aprovechable de estos cantares sería la primera palabra de cada verso, resultaba que Ramonilla habia dicho á Lorenzo:

—¡Cavila mucho para casarnos!

Y Lorenzo habia contestado á Ramonilla:

—Cavilo mucho, pero inútilmente.

Otro de los telegrafillos era nocturno, y aunque pesado, seguro.

En cada casería suele haber un farolillo, que se usa con preferencia al candil, particularmente cuando hace aire, tanto porque es ménos expuesto á apagarse, como porque es ménos expuesto á producir un incendio. En Allende, lo mismo que en Aquende, existia este farolillo y se usaba todas las noches.

Ramonilla y Lorenzo habian numerado una porcion de palabras ó ideas, calculando que eran las que con más frecuencia necesitarian comunicarse.

El número de veces que se hacía brillar la luz del farol en la ventana de una ú otra casa, correspondia al número que designaba cada una de aquellas palabras ó frases. Pongamos algunos ejemplos:

—¡Bendita sea la madre que te parió!—era lo que decia el farol cuando brillaba una sola vez.

—¡Tienes tú más salero que el mundo!—decia cuando brillaba dos seguidas.

—Esta noche me ha arrimado mi señor padre un linternazo que me ha hecho ver las estrellas,—decia cuando brillaba tres.

—Tu señor padre es muy arrimado á la cola, aunque me esté mal el decírtelo,—significaba cuando brillaba cuatro.

—Anoche á poco más me desmayo de placer soñando que ya nos habíamos casado,—queria decir cuando brillaba cinco.

—Rabio de celos aparte,—queria decír cuando brillaba seis.

Y así sucesivamente.

De manera que así se las componian del mejor modo posible los pobres muchachos; pero así y todo estaban cada vez más quemados, porque le doy yo al más pintado eso de estar dos muchachos derritiéndose de amor uno por otro, y tener que verse sólo desde léjos, y tener que hablarse sólo por telégrafo. Luégo pensaban que si no se habian de casar hasta que la cosecha de vino de Allende igualase á la de Aquende, la cosa iba larga, porque, áun hechas las viñas, no comienzan á dar fruto hasta los tres años. ¡Más de tres años haciendo telégrafos! ¡El diablo tiene cara de conejo!

En éstas y las otras iba pasando el verano y se acercaban las vendimias, que debian ser muy buenas y abundantes, pues las viñas y los parrales tenian más racimos que hojas, y el tiempo habia sido á pedir de boca para la maduracion de la uva.

La viñita de Lorenzo estaba que daba gozo el verla.

Era toda de uva blanca, y sólo tenia algunas

hileras de cepas de uva negra, con la que Lorenzo sacaba un vinito de ojo de gallo que era lo que habia que ver, y sobre todo lo que habia que beber.

Lorenzo dijo para sí:

—El caso es que con la telegrafía y las cavilaciones todo lo tengo, como quien dice, patas arriba, y éste es mal medio de salir de pobre, único, segun Joseton, de que su hija y yo nos salgamos con la nuestra de «casarnos juntos». La viña está ya diciéndome que piense un poco más en ella y un poco ménos en Ramonilla, y me dice muy bien. Ya que no pueda echar en cara á Joseton que cojo más vino que él, debo hacer lo posible para echarle en cara que le cojo mejor.

Así diciendo, Lorenzo se echó á pensar qué mejoras haria aquel año en la vinificacion que superasen á las que cada año habia ido haciendo, y entónces se acordó del manuscrito que le habia dejado el frances, con tanta más razon, cuanto que, segun decia el papel de la cajita enterrada, las instrucciones del viñador no tanto enseñaban á hacer buen vino como á hacer mucho.

Buscó el manuscrito, pero se encontró con que las instrucciones que seguian al plano del Brezal estaban escritas en frances, y por consiguiente no entendia jota de ellas.

No faltaba en Somorrostro persona capaz de ponérselas en buen castellano; pero temeroso de que el traductor divulgase en Somorrostro su contenido, si éste era verdaderamente útil, se fué á Bilbao á buscar quien se las tradujera.

Lo que trajo de Bilbao fué, ademas de la traduccion del manuscrito, un tubo de cristal á manera de termómetro, llamado *gleucómetro* (que aunque para mí está en griego este nombre, creo ha de significar medidor de azúcar, ó cosa así), y ademas un papelon de azúcar.

Al dia siguiente fué á la viña, donde ya habia algunos racimos maduros, y volvió, trayéndose aquellos racimos, con los que se encerró en la cubera.

Lo que en la cubera hizo Lorenzo aquel dia y los dos ó tres siguientes, ni la misma Túris lo supo; pero lo cierto es que el telégrafo jugó mucho; que uno de los telegramas de Lorenzo fué éste: «Antes de Noche-buena nos casamos, con la bendicion de tu padre»; que Ramonilla y Lorenzo, de alegría, no cabian en el pellejo; que Lorenzo fué á Bilbao con el carro; que volvió de noche trayendo muy disimuladamente unos sacos de azúcar que encerró en la cubera, y que con igual disimulo fué despues proveyéndose de cubas vacías para una cosecha tan grande como la de Joseton.

VIII

Lorenzo, despues de vendimiar él y Túris la viñita, por cierto con excelente sazon, se encerró una porcion de dias en la cubera, á la que Túris y él subieron durante aquellos dias, ó mejor dicho, aquellas noches, centenares de herradas y calderas de agua de la fuente del Avellanal.

El telégrafo continuaba jugando y transmitiendo excelentes noticias.

Una hermosa tarde del veranillo de San Martin, que es precisamente cuando la justicia permite poner ramo para la venta de los vinos nuevos, se vistió Lorenzo la ropa dominguera, aunque era sábado, y reventando de alegría y satisfaccion, subió, rio arriba, hasta San Juan, pasó el puente por Oyáncas, allí tomó la calzada de Múzquiz, y se plantó en Aquende, donde ya se sabía que andaba Joseton muy ocupado en dar la última mano á su cosecha de vino, y muy contento porque la cosecha, si no aventajaba en calidad á la de otros años, la aventajaba en cantidad.

Joseton, léjos de demostrar disgusto al verle, mostró satisfaccion, porque ansiaba, como quien dice, pasarle por los hocicos el rimero de cubas llenas que tenia en su cubera, para que se muriera de envidia comparando aquellas cubas con

el par de ellas que Joseton suponia en la cubera de Allende.

—¿Qué tal ha sido la vendimia por Allende?—preguntó á Lorenzo, con una sonrisita burlona capaz de cargar á Cristo padre.

—Buena,—contestó Lorenzo con modestia.—¿Y por Aquende?

—Ahora lo verás y lo probarás,—dijo Joseton encaminándose á la cubera.—Chica,—añadió á Ramonilla, que andaba por arriba derritiéndose por hablar con su novio cara á cara, como Dios manda,—bájate una jarra, un vaso y algo que echar á perder.

Ramonilla bajó poco despues con lo que su padre pedia. Lo que bajaba para echarlo á perder era un pan y un plato de nueces.

Joseton y Lorenzo fueron probando vino de diferentes cubas que Joseton no se cansaba de ponderar y admirar, poniendo al trasluz el vaso, sin que Lorenzo tomara parte en su admiracion ni en su contemplacion más del mínimum de lo que la cortesía reclamaba.

—¡Ya ves—dijo Joseton—que una cosechita de más de quinientas cántaras de este vino no es moco de pavo!

—Ciertamente que no lo es,—contestó Lorenzo.

—Hombre, lo dices con una frialdad, que al



verte y oirte, cualquiera creeria que estas cosas no te cogen de susto.

—Y creeria muy bien.

—Hombre, no digas disparates.

—Para probarle á usted que no los digo, voy á suplicarle á usted una cosa.

—¿Y qué cosa es ésa, muchacho?

—Que mañana oiga usted misa mayor en San Juan, y luégo se vaya conmigo á Allende, donde comerémos juntos y probarémos el vino de mi cosecha, á ver qué le parece á usted.

—Hombre, iré con mucho gusto, pero me guardaré de empinar mucho el codo por temor de dejarte sin vino.

Lorenzo se despidió de los de Aquende, cambiando con Ramonilla una picaresca y triunfal mirada que queria decir:

—¡Ya estamos á punto de pescarnos mutuamente!

Al dia siguiente Joseton fué, en efecto, á misa mayor á San Juan, adonde fué tambien Lorenzo, y reunidos despues de misa se encaminaron á Allende, tomando la ribera derecha, que no hace un siglo era junquera estéril y áun nociva á la salud pública, y hoy es vega fertilísima y sana.

Túris, que habia oido misa primera en San Juan, como Ramonilla en San Julian, tenia ya preparada una comida de padre y muy señor mio,

sólo por complacer á su sobrino, que por su gusto, aunque era incapaz de hacer daño á una mosca, léjos de preparar obsequios á Joseton, hubiera huido de Allende por no encontrarse con él.

Túris tenia motivos más que sobrados para aborrecer á Joseton; pero como era tan buena, estaba léjos de aborrecerle, aunque hacía más de veinte años que habia procurado no dirigirle la palabra.

Túris y Joseton estaban para casarse, y todos creian que estaban muertos de amor uno por otro; pero pronto se vió que si Túris lo estaba, Joseton era todo lo contrario. Un tio que tenia en América Túris habia prometido á ésta mil ducados de dote; pero cuando ya se iban á leer las amonestaciones, se recibió carta de que el indiano habia muerto de pesadumbre por haberse llevado la trampa todo su caudal, y entónces el sin-vergüenza de Joseton se llamó Andana, y poco tiempo despues se casó con otra que tenia el dote de que Túris carecia, y enviudó sin quedarle más familia que Ramonilla.

Túris tuvo más de una ocasion para casarse, pero las rehusó todas, porque habia jurado casarse con Joseton ó no casarse con nadie, y era mujer que no faltaba á sus juramentos.

Pensaba no saludar siquiera á Joseton el dia que éste fué á Allende; pero al ver que Joseton

la saludaba un poquito conmovido, no tuvo valor para hacerle un desaire, porque Túris era un alma de Dios, y como dijo el otro, donde fuego hubo cenizas quedan.

—Vamos á ver *la* tu cubera, hombre,—dijo Joseton á Lorenzo con la acostumbrada sonrisita burlona, así que llegaron y se saludaron Joseton y Túris.

—Adonde vamos ahora—contestó Lorenzo—es á despachar la racion, que mi tia es buena cocinera y no gusta de que se le pase lo que tiene á punto. En la mesa harémos la postura al vino nuevo, y luégo bajarémos á ver si eran ó no fundados los temores que usted tenia ayer de dejarme sin vino si alzaba con mucha frecuencia el codo.

La mesa estaba dispuesta con mucho aseo y primor, y Joseton y Lorenzo se sentaron á ella.

—Tia,—dijo Lorenzo,—suba usted vino sin duelo.

—¿De qué barrica quieres que lo suba?

—De cualquiera de ellas, porque todo es igual.

Joseton se desató en pullas con motivo de la dificultad de eleccion de barrica que Túris habia consultado con su sobrino.

Túris subió un jarro de vino que lo ménos hacía dos azumbres.

—Hagamos boca,—dijo Lorenzo, llenando los

vasos de un vino de ojo de gallo chispeante y ya completamente clarificado.

Josetou, despues de confesar que el vino tenia buena apariencia, desocupó el vaso y no pudo ménos de confesar que superaba á la apariencia el sabor.

Tambien confesó Joseton que Lorenzo sacaba mejor vino que él de peor uva, pero lo confesó sosteniendo que tal habilidad no compensaba la ruindad de la cosecha de Lorenzo.

La comida terminó con mucha animacion de la gente, y sobre todo de Joseton, á quien el vinillo de Allende habia puesto más alegre que una pascua, y hasta habia hecho el prodigio de despertar en él una sensibilidad que la misma Túris desconocia.

Por fin bajaron los tres á la cubera, á cuya puerta se quedó parado Joseton, sorprendido de ver unos rimeros de cubas aún mayores que los que en su cubera habia.

—Ya ve usted—le dijo Lorenzo—que por mucho que empine hoy el codo no ha de dejarme sin vino.

—Pero, hombre, ¿qué quiere decir esto?—exclamó Joseton sin salir de su asombro.

—Esto—contestó Lorenzo—quiere decir que tengo una viña verdaderamente mágica, ó lo que es lo mismo, que tengo en mi cubera tanto vino



como usted en la suya, y por lo tanto estoy en el caso de suplicarle á usted que me cumpla una promesa que me hizo: la de consentir que Ramonilla y yo «nos casemos juntos».

—Pero ¿todas esas cubas están llenas de vino?

—Véalo usted.

Joseton fué dando con los nudillos de los dedos en todas las cubas, con lo que se cercioró de que estaban llenas.

—Ahora—dijo Lorenzo—quiero que se cerciore usted de que el vino que contienen es hermano del que hemos bebido.

Joseton metió una especie de saca-vinos de caña en la primer cuba que halló á mano, le desocupó en un vaso, miró el vaso al trasluz, probó el vino, y dijo:

—Sí, hermano del que hemos bebido es.

—Siga usted probando.

—No necesito más pruebas, que para muestra basta un boton; pero díme, Lorenzo, ¿cómo has hecho este milagro?

—Con esta receta que me dejó el ingeniero frances,—contestó Lorenzo, enseñando á Joseton las instrucciones originales.

Joseton quiso leerlas, pero se encontró con que estaban en lengua que no entendia, y exclamó, devolviéndole el pliego á Lorenzo:

—¿Quién demonio entiende esto?

—Yo, porque el frances me enseñó á entenderlo.

—Pero, hombre, explícame...

—Lo único que debo explicarle á usted es que con esta receta y uva para cincuenta cántaras de vino, hago yo quinientas cántaras.

—Pues entónces,—exclamó Joseton, brillando sus ojos de alegría y codicia,—¿cuántas no harias con uva para quinientas, que es la que yo cojo?

—Calcule usted, amigo José.

—Hombre,—dijo Joseton abrazando á Lorenzo entusiasmado y conmovido,—llámame ya suegro y déjate de cumplimientos.

IX

Si Lorenzo no creyó conveniente dar á conocer ni áun al que iba á ser su suegro las instrucciones con que tan maravillosamente habia multiplicado el vino de su cubera, el escritor público, que no debe contentarse con aspirar á deleitar, pues debe aspirar tambien á instruir, no se halla en el caso que Lorenzo.

Yo fuí quien en Bilbao tradujo á Lorenzo el texto frances, y cuando terminada la operacion me dijo Lorenzo, desciñéndose el extremo de la faja encarnada que le servia de bolsa: «Con que, don Antonio, ¿cuánto es el trabajo de usted?»

«Nada, Lorenzo,—le contesté,—más que tu permiso para quedarme con una copia de estas instrucciones, que publicaré cuando venga á pelo, y un trago del vino de tu cubera cuando vaya por Allende.»

Lorenzo creyó que yo era un escritor casi tonto, segun lo barato que trabajaba, y quizá no se equivocó, porque era muchacho más listo que yo.

Las instrucciones que traduje eran éstas, vertidas al castellano:

«Un frances, llamado Mr. Petiot, sabio químico y cosechero de vinos, ha hecho un descubrimiento que recuerda al Divino Maestro, que multiplicaba los panes y los peces, pues con su descubrimiento multiplica Mr. Petiot los vinos, lo que equivale á multiplicar el pan, la carne y todo lo que se compra con el dinero que el vino vale.

»Mr. Petiot analizó el vino y se encontró con que se compone de noventa y nueve partes de agua y azúcar y una sola de otras sustancias, que son: resinas, aceite esencial, tártaro, tanino y el principio colorante. Esta centésima parte, que á pesar de parecer insignificante no lo es, pues comunica al vino las diversas cualidades que le caracterizan y avaloran, no se puede suplir con el arte, pero no se hallan en este caso las otras noventa y nueve, que, como queda dicho, se componen de agua y azúcar. El azúcar, como es sa-

bido, se descompone por la fermentacion, y se convierte en alcohol ó espíritu de vino, que es lo que da al vino su fortaleza.

»Mr. Petiot se dijo:

—El agua en la fuente la encuentro y el azúcar en la tienda. En cuanto á lo demas, es inútil que lo busque fuera de la naturaleza, ó lo que es lo mismo, fuera de la uva. Vamos á ver si el mosto se lo lleva todo consigo ó se contenta con llevarse una mínima parte y deja el resto en el orujo, en cuyo último caso ya pareció lo que yo busco, pues sustituyendo el mosto con igual cantidad de agua y azúcar, el orujo suministrará á la sustitucion las sustancias que necesita para convertirse en nuevo vino verdadero, y nuevo vino verdadero tendrémos.

»Así diciendo y pensando, Mr. Petiot graduó con el gleucómetro el azúcar que contenia el mosto que habia sacado de la uva despues de pisada ó prensada ésta y ántes que comenzase la fermentacion, y sustituyó el mosto con agua disolviendo en ella azúcar en proporcion á la que el gleucómetro le habia dicho contener el mosto.

»Sobrevino la fermentacion, y cuando ésta hubo terminado, sacó el líquido y se encontró con que era vino aún mejor que el natural. Hizo hasta cinco veces la misma operacion, y siempre con el mismo resultado, de modo que con uva

para veinte cántaras de vino, hizo ciento veinte cántaras, y áun hubiera podido hacer muchas más si hubiera querido estirar más la cuerda, como la estiró en ensayos sucesivos.

»Comparado por muchas personas inteligentes el vino natural con el semiartificial, confesaron todas que el segundo era superior al primero, pues tenia mejor gusto, más aroma y áun más espíritu, porque esto último se consigue aumentando en la cantidad que se quiera el azúcar ó alcohol. En cuanto al mejor gusto, se explicaba porque el exceso de ciertas sustancias acres, como el del tanino y el fermento, le arrastra consigo el mosto natural, lo que tambien contribuye á que el vino semiartificial sea más apto para la conservacion, porque en el natural produce el exceso de fermento fermentaciones extemporáneas que le malean, y en el vino semiartificial estas fermentaciones son poco ménos que imposibles (1).»

(1) Desde que por primera vez se publicó este cuento en *La Ilustracion Española y Americana*, he recibido infinidad de cartas hasta del extranjero pidiéndome explicaciones sobre el método de Mr. Petiot, lo que prueba que desde la tribuna llamada literatura popular, donde me encaramo con frecuencia para hablar, no en tono campanudo y sibilítico, sino llamando pan al pan y vino al vino, se puede uno hacer oir perfectamente hasta de los sordos de entendimiento. El verano pasado quise averiguar por mi mismo lo que habia de cierto en la receta de Mr. Petiot, y el resultado me dejó muy satisfecho. Con un par de libras de uva

Tales eran las curiosísimas y útiles instrucciones para hacer con poca uva mucho y buen vino que Lorenzo me dió á traducir, y á las que debió poco despues el casarse con Ramonilla.

Pues sí señor, Lorenzo y Ramonilla se casaron y son felices en Allende, cuya casería no quiso abandonar Lorenzo por la sencilla y santa razon de ser la casa paterna.

—Pero si no vais á vivir conmigo en Aquende me voy á morir de tristeza y soledad en aquel caseron,—exclamó Joseton el dia de la bôda, que se celebraba en Allende, y en ocasion en que Túris estaba presente.

—Hay un medio muy sencillo de que usted no sienta la soledad y Dios le perdone un pecado muy gordo,—contestó Lorenzo mirando alternativamente á su tia y su suegro.

—¿Cuál?—preguntó éste.

obtuve una botellita de medio cuartillo de vino completamente natural y dos botellas de cuartillo y medio cada una de vino semiartificial, con que se amenizó en mi casa la cena de Nochebuena. Como para la generalidad de las señoras mujeres el vino, para ser bueno, ha de ser flojito y dulce, las de mi casa encontraron el semiartificial muy superior al natural, pero yo encontré que le faltaba un poco de espíritu y le sobraba un poco de dulce. Esta falta y esta sobra eran sin la menor duda efecto de mi poca paciencia para dejar completar las fermentaciones, y por tanto para dejar que el azúcar completara su descomposicion y transformacion en alcohol ó espíritu.

—Váyanse por allá usted y mi tia, por supuesto pasando ántes por la parroquia.

Joseton y Túris tomaron á broma esta salida, pero pocos dias despues la broma se convirtió en véras, y las dos familias formaron casi una sola, pues han establecido una chanelita entre Aquende y Allende, y todo se les vuelve pasar de un lado á otro.

X

No faltará quien, recordando el exordio de este cuento que recogí en los campos de mi infancia, cuando Dios derramaba en ellos su bendicion, y no Caín la sangre de su hermano, me pregunte quién es el redentor moderno que como el Redentor antiguo multiplica los peces y los panes y da salud al enfermo y alegría al triste por obra exclusiva de su santa voluntad.

¡El redentor moderno es el trabajo, y forman su santo apostolado la fe, el patriotismo, el amor y la inteligencia!

REBAÑAPLATOS.

I

Tomillarejo y Retamarejo son dos pueblecillos de la Alcarria que, como quien dice, se dan la mano, y siempre tendrá cada uno sus cincuenta vecinos.

Aunque en los nombres de Tomillarejo y Retamarejo haya alguna semejanza, no sucede así en el carácter de sus habitantes, porque todo lo que tienen de sencillotes y á la buena de Dios los de Tomillarejo, tienen los de Retamarejo de maliciosos y otras cosas que me callo, porque no he de ser yo tan murmurador y burlon como ellos.

Andando por aquella comarca á caza, no de liebres ni conejos ni perdices, que sólo cazo en el plato cuando se me ponen á tiro, sino á caza de curiosidades populares, que son mi encanto, descubrí ambos pueblecillos desde un altillo que ha-

cía la carretera, y me parecieron tan pintorescos, tan floridos y tan aromosos, que me decidí á pasar siquiera un par de dias en cualquiera de ellos.

Era por el mes de Mayo, y los dos pueblos parecian dos colmenas en el centro de dos ramilletes de flores, sólo que las flores que rodeaban á Tomillarejo eran blancas y azules, y las que rodeaban á Retamarejo eran amarillas.

Anduve, anduve hácia Retamarejo, que era el primero y estaba separado de Tomillarejo por una verde loma donde habia una ermita, y entónces vi que las flores amarillas eran de retama y ruda.

—¿De qué serán las de Tomillarejo?—me pregunté.

Y una dulce tufaradilla que me trajo de hácia allá la brisa de la mañana me contestó que eran de tomillo y romero.

—Pues á Tomillarejo me voy,—dije para mí,—que

Retama y ruda me carga
por inodora y amarga,
y amo romero y tomillo
por oloroso y sencillo.

Pero como Retamarejo me salia al paso, no quise seguir adelante sin detenerme un poco en él á descansar y ver las curiosidades, que para mí no faltan en pueblo alguno, por miserable que

sea, con tal que tenga iglesia parroquial ó algo que se le parezca.

Yo no sé cómo puede haber poetas que no amen la religion, y sobre todo la religion católica. En el pueblo más prosaico recoge la religion la esencia de las almas y la conserva en un pomo, más ó ménos rico y artístico, que se llama templo, donde tienen su sagrario los recuerdos de los seres amados, y la idea de la suma justicia y de la suma belleza, que son Dios y la bienaventuranza eterna. Por prosaico que sea un pueblo, tiene poesía si tiene iglesia. El poeta encuentra en la iglesia la poesía del arte y de la antigüedad, y el morador más vulgar del pueblo la poesía de los recuerdos. Para el primero allí está lo más artístico y antiguo que el pueblo encierra, y para el segundo allí están los recuerdos de sus padres, de su infancia, del dia en que, bajando los ojos de santo rubor, puso la mano en su mano la elegida de su alma, del dia en que el agua del bautismo purificó al primer fruto de su amor, del dia en que, no encontrando consuelo en la tierra, le obtuvo allí del cielo porque se lo pidió llorando!

La iglesia estaba en una colinita que dominaba al pueblo. Visitéla, recé, medité, quizá lloré meditando, salí de ella y me senté al pié de una gran encina que sombreaba el campo inmediato.

Un viejecito que pasaba por allí liando su ci-

garro y vió que acababa yo de encender el mio, se me acercó, me saludó, me pidió fuego y se sentó á mi lado.

—¿Es usted de aquí, buen amigo?—le pregunté.

—Para servir á Dios y á usted, caballero,—me contestó.

—Me alegro mucho, pues como no sé nada de estos pueblecillos, donde quisiera detenerme un par de dias averiguando sus curiosidades y gozando de su hermosura, le agradeceria á usted mucho que me dijese algo de ellos.

—Con mil amores, señor; y á fe que no podia usted haber dado con quien mejor le informe, porque como en todos estos contornos soy más conocido que la ruda, y ademas soy más viejo que préstame un cuarto, ni los que componen libros me echan la pata en lo tocante á saber de estos lugares; como que por eso me llaman el tio Sabelotodo, y en Retamarejo no se ponen los motes á buen tuntun.

—¿Y qué tal pueblo es Retamarejo?

—El pueblo no es gran cosa, como usted ve, pero la gente es lista como un demonio y capaz de burlarse de un entierro.

—¿Será toda gente pobre?

—Toda no, señor, porque aquí está muy repartida la riqueza, pues así como en Tomillarejo

y otros pueblos no sale la vara de justicia de una casa, aquí anda por una porcion de ellas.

—Pero ¿qué tiene que ver el reparto de la riqueza con la vara de justicia?

—¿Que no tiene que ver?—me replicó el viejo mirándome con maliciosa sonrisa.—Señor, usted ha de perdonar, pero cualquiera diria que es usted de Tomillarejo.

—¿Por qué?

—Por lo inocente que es usted.

—¡Pues qué! ¿Son inocentes los de Tomillarejo?

—Como no sea Rebañaplatos, todos son unos bóbilisbobis.

—¿Y quién es ese Rebañaplatos?

—El alcalde de Tomillarejo.

—¿Y es rico?

—El único rico que hay allí.

—¿Y dice usted que es listo?

—¡Vaya si lo es! ¡A no ser de Retamarejo!

—¡Hola! ¿Con que es de aquí?

—Sí, señor; hijo del tio Rogativas.

—¿Y por qué le llaman Rebañaplatos?

—Es el cuento algo largo; pero como no deja de tener gracia, áun contado por mí, que sólo tengo la del bautismo, se le voy á contar á usted.

—Ea, pues vaya otro cigarro y venga el cuento.

II

—El tio Rogativas era pobre porque tenia muchos hijos y la vara de justicia no habia pasado ni una vez por su casa.

—¡Rogativas! ¡Vaya un mote!

—Aquí todos le tenemos, mejor ó peor aplicado. El del tio Rogativas estaba tan bien aplicado como el de su hijo Rebañaplatos.

—¿Por qué le pusieron el tio Rogativas?

—Porque siempre andaba con ruegos y no se le caia de los labios el refran que dice: «Más alcanza el que ruega que el que pega», viniera ó no á pelo este refran.

Macario, el hijo mayor del tio Rogativas, se enamoricó como un bestia de una chica de Tomillarejo que la llamaban la Resalada. La chica era más pobre que las ratas porque nunca habia pasado la vara de justicia por mano de su padre; pero áun así, no queria al hijo del tio Rogativas porque era muy feo y bruto.

—¿Pues no ha dicho usted que es listo?

—Le diré á usted, señor; hay dos clases de listos, que son: unos que á fuerza de tontos se hacen ricos, y otros que á fuerza de discretos se hacen pobres. Un año, el dia de la fiesta de Retamarejo, unos cómicos que vinieron por aquí

echaron una comedia que la intitulan *Mi secretario y yo*, y recuerdo que en ella decia uno:

> No me ocurre el pensamiento
> de tenerme por borrico,
> que quien sabe hacerse rico
> tiene sobrado talento.

Pues así puede decir tambien Macario, que es de los que á fuerza de tontos se hacen ricos. De chico, como de grande, era tan bruto, que por serlo le hizo gracia al señor obispo de Sigüenza una vez que vino á confirmar, y se le llevó á su palacio, donde le tuvo medio año estudiando latin, hasta que se le escapó y se volvió al pueblo diciendo que se habia escapado porque le querian enseñar una lengua que no se entendia.

El tio Rogativas, viendo que el muchacho se daba de testaradas contra las paredes porque la Resalada no le queria, dijo: «¿Qué va á que este bruto nos derriba la casa y á todos nos coge debajo?» Y se decidió á ver á la Resalada y rogarle que se casase con el chico, pues él les daria un par de mulas aunque se quedase por puertas. Al oir al tio Rogativas, la Resalada se ablandó, porque para las mujeres no hay hombre feo ni bruto si se tiene la precaucion de dorarle un poco por fuera, y Macario y ella se casaron y se establecieron en Tomillarejo.

Pasó un año y pasó otro, y el hijo del tio Rogativas, á pesar de ser tan bruto, no levantaba cabeza, porque el primer año de casado se le murió una de las mulas, y el segundo se le murió la otra; y ciertamente fué lástima que se le muriesen, porque, segun se contó en Retamarejo, estaba haciendo experiencias para ver si conseguia acostumbrarlas á no comer, y justamente se le murieron cuando ya se iban acostumbrando.

El tio Rogativas se plantó en Sigüenza, se presentó al señor obispo, le contó las desgracias de Macario, y tanto rogó y lloró, que su ilustrísima le dió cuatro onzas de oro para que el de Tomillarejo comprase siquiera otra mula y pudiera bandearse.

Dicen que cuando el bien ó el mal viene no viene solo, y así sucedió en aquella ocasion, pues la vara de justicia vino á manos del tio Rogativas al mismo tiempo que venian á manos de Macario las onzas del señor obispo de Sigüenza.

Naturalmente, el tio Rogativas fué echando buen pélo con la alcaldía, y quiso que le echara tambien su hijo.

Tomillarejo y Retamarejo están desde tiempo inmemorial como el gato y el perro, y ya se hubieran pegado fuego uno á otro hace siglos, si no por la ermita de San Babiles.

—¿Y qué ermita es ésa?

—Aquélla que ve usted en la loma que divide jurisdiccion entre los dos pueblos.

—Pero ¿qué tiene que ver la ermita de San Babiles con las cuestiones de Tomillarejo y Retamarejo?

—¡Pues no ha de tener que ver, cristiano! Allá, cuando Cristo andaba por el mundo, parece que Retamarejo y Tomillarejo no tenian más parroquia que la ermita de San Babiles, que era comun de los dos pueblos. Fuese que á los dos se les hiciese cuesta arriba el ir á misa hasta allí, fuese que cada uno quisiese gallear por su cuenta en lo eclesiástico, ó fuese, como yo creo, que todos los dias de fiesta oian misa mirándose de reojo, y por consiguiente sin devocion, y al salir de la iglesia armaban la marimorena, es lo cierto que cada uno se fabricó su iglesita para su uso particular, y la de San Babiles quedó poco ménos que abandonada de los dos, porque los dos imitaban al perro del hortelano, y quien lo pagaba era el pobre San Babiles.

Acaeció que vino una gran peste, que se llevaba de reó la gente de los dos pueblos, y atribuyéndola los de acá y los de allá á lo mal que se habian portado con San Babiles, determinaron reunirse y subir en procesion á pedir perdon al Santo, prometerle la enmienda y rogarle que tuviera misericordia de ellos. Hiciéronlo así, y la

peste cesó como por milagro. Entónces los dos pueblos hicieron un convenio, que consistia en que la ermita de San Babiles habia de ser de los dos pueblos, como siempre lo habia sido, y en que los dos habian de celebrar todos los años la fiesta del Santo, juntándose las dos justicias en la funcion religiosa y en una gran comilona, todo á costa de los dos pueblos.

Este convenio se viene cumpliendo hace siglos, y desde entónces las dos justicias, todos los años, así que están á medios pelos, echan pelillos á la mar sobre todas las cuestiones que hay pendientes entre Retamarejo y Tomillarejo. Con que ya ve usted, señor, si tiene ó no tiene que ver la ermita de San Babiles con las cuestiones de los dos pueblos.

El año que le tocó al tio Rogativas asistir como alcalde de Retamarejo á la funcion y la cuchipanda de San Babiles, habia una cuestion muy gorda entre los de acá y los de allá, y era que los de acá les habíamos quitado á los de allá una dehesa que ños hacía tanta falta como á ellos para pastar.

—¿Y qué razon daban los de acá para habérsela quitado?

—Razon no daban ninguna.

—Pues si no, ¿qué daban?

—Daban una paliza á todo vecino de Tomilla-

rejo que se atrevia á pastar en la dehesa, porque, eso sí, á talento nos ganarán los de cualquier otro pueblo de la Alcarria, pero á puños no.

—¡Vaya una justicia!

—¡Qué, señor! Esas son cosas de pueblo. El caso es que de sobremesa empezaron las dos justicias á tratar esta cuestion, y entónces el tio Rogativas tomó la palabra, y dijo:

—Ya sabeis los de Tomillarejo que yo tengo tanta ley á vuestro pueblo como al mio; y prueba de ello es que casé allá al hijo mayor, que era mi ojo derecho.

—¡Tiene razon, caráspita!—exclamó el alcalde de Tomillarejo, entusiasmado y conmovido, dando en la mesa un puñetazo que á poco más la parte, porque era uno de los que habian bebido más.

—Nosotros los de Retamarejo—continuó el tio Rogativas—pudiéramos ganar este pleito con la razon de los puños, porque los tenemos más fuertes que vosotros; pero, como dice el refran, más alcanza el que ruega que el que pega. Yo tengo que haceros un ruego, y para que os encuentre propicios, empiezo por deciros que podeis pacer cuanto os dé la gana en la dehesa, y buen provecho os haga.

Al oir esto, la justicia de Tomillarejo quiso saltar por encima de la mesa á abrazar entusias-

mada á la justicia de Retamarejo; pero no permitiéndoselo sus fuerzas, todos sus individuos tomaron el jarro del vino, y brindaron conmovidos por la justicia de Retamarejo, y sobre todo por su digno presidente el tio Rogativas.

—¡Diga—gritaron—el *insine* alcalde de Retamarejo en qué le puede servir Tomillarejo!

—Ya sabeis—contestó el tio Rogativas muy conmovido—que mi chico Macario, vuestro convecino, está muy atrasadillo con habérsele muerto las dos mulas que yo le di.

—Sí, ya lo sabemos,—contestaron los de Tomillarejo con no menor emocion, enjugando una lágrima con la manga de la camisa.—Si nosotros podemos hacer algo para que peleche, dígalo su *insine* padre, y verá qué pronto queda servido.

—Pues bien: yo suplico á Tomillarejo que, en vista de lo atrasadillo y ahogado que está mi pobre chico, á pesar de su habilidad para arrebañar un poco de aquí, otro poco de allá y otro poco de acullá, le elija por su alcalde *costitucional* en las próximas elecciones.

—¡Le elegirá ¡porrazo! ú nosotros hemos de perder la cabeza!—gritaron en coro los de Tomillarejo, dando en la mesa un puñetazo tan entusiasta que la hicieron astillas.

Los dignos representantes de Tomillarejo cumplieron su palabra como caballeros mal compara-

dos, pues en las primeras elecciones fué elegido alcalde de Tomillarejo el hijo del tio Rogativas.

III

Habian pasado muchos años, y la vara de justicia apénas habia salido de manos de Macario desde que pasó á ellas por primera vez.

Macario tenia que reñir todos los dias con las gentes de Tomillarejo, porque era muy modesto y aquellas gentes se empeñaban en llamarle don Macario, no tanto porque era alcalde como porque era rico. Sí señor, era rico; como que habia levantado en lo mejor del pueblo una casa de nueva planta que era lo que habia que ver, y era hombre de tanto crédito, que él era en el pueblo, al mismo tiempo que alcalde, mayordomo de fábrica, recaudador de contribuciones, depositario de ayuntamiento, en fin, todo lo que pedia un hombre de responsabilidad y sabiduría para manejar el dinero del comun.

El único que nunca le llamaba don Macario, sino Macario á secas, porque decia que no les pega el *don* á todos los que tienen *din*, era el señor cura de Tomillarejo, que, á pesar de ser lo que se llama un bendito de Dios, apretaba los dientes y áun los puños cada vez que le veia.

Como la riqueza no estaba repartida en To-

millarejo cómo lo está en Retamarejo y otros pueblos donde turna la vara de justicia de casa en casa, Tomillarejo estaba poco ménos que perdido. Ya sabe usted que generalmente el pago del culto y clero corre por cuenta del Estado y no de los ayuntamientos; pero Retamarejo y Tomillarejo son una excepcion de esta regla. De resultas de haberse desmembrado de la parroquia antigua sin la debida autorizacion las iglesias de ambos pueblos, pende de la superioridad hace siglos su reconocimiento como parroquias, y esperando este reconocimiento, que tiene trazas de llegar el dia del juicio por la tarde, así en Retamarejo como en Tomillarejo se paga el culto y clero por medio de un reparto vecinal, y por uso y costumbre antigua es presidente de la junta del ramo el señor alcalde. En Tomillarejo no se pagaban las deudas antiguas del pueblo, ni se pagaba al cura, ni se pagaba al sacristan, ni se pagaba á la fábrica de la iglesia, ni se pagaba al maestro, ni se pagaba al cirujano, ni se pagaba al secretario, ni se componian las calles, ni se limpiaba la charca que llaman Criatercianas, ni habia un cuarto para nada de lo que corria por cuenta de la justicia.

—Pero si el pueblo no pagaba nada, estarian casi ricos todos los vecinos.

—¡Ca, no señor! Estaban todos, ménos el señor alcalde, hechos una miseria; porque, ya se ve,

muchas contribuciones *indiretas* y *diretas* y la vara de justicia siempre en una casa, naturalmente habian de estar los demas perdidos.

—Pues nadie tenia la culpa sino los mismos vecinos de Tomillarejo.

—Pero, señor, ¿por qué la habian de tener?

—Porque no repartian la riqueza haciendo que la vara de justicia turnara en manos de todos, ó que, de estar siempre en mano de uno solo, estuviera con su cuenta y razon.

—¡Ay, señor! Vuelvo á decir que usted parece de Tomillarejo en lo inocente.

—¡Hombre, ya me está usted cargando con la inocencia!

—¡Pues no le he de tener á usted por inocente, señor, si veo que cree usted en eso de la soberanía popular que ahora hace tanto ruido! Desengáñese usted, que en los pueblos, como en las provincias y en las naciones, el que manda, manda, y cartuchera en el cañon.

—Será todo lo que usted quiera; pero cuando todo ciudadano tiene su voto...

—Se pone las botas el que se dedica á comprarlos, que es el que tiene dinero.

—Mire usted, tio Sabelotodo, dejemos esta conversacion, que me pone de mal humor, y acabe usted de una vez de contarme por qué le pusieron Rebañaplatos al alcalde de Tomillarejo.



—Tenga usted un poco de paciencia, señor, que todo se andará si la burra no se pára.

—¿Se lo pusieron acaso sus convecinos porque rebañaba...

—¡Si digo que es usted pintiparado á los inocentes de Tomillarejo!

—Pero ¿por qué, hombre, por qué?

—Porque ¿á quién le ocurre sospechar siquiera que vecinos pobres, honrados y sencillos, como lo son los de Tomillarejo, sean capaces de atreverse á poner motes malsonantes á un convecino rico y alcalde, aunque les arrebañe las entrañas?

—Tiene usted razon, hombre, tiene usted razon.

—Un dia se alborotó Tomillarejo con una gran noticia que recibió el señor alcalde y comunicó al señor cura y al vecindario. La noticia era una carta del señor obispo de Sigüenza, su padrino, en que su ilustrísima le anunciaba que iba á ir por Tomillarejo á la visita pastoral, y le encargaba que lo pusiese en conocimiento del señor cura, en cuya casa deseaba hospedarse, siguiendo su costumbre en tales casos, de no aceptar más hospitalidad que la de los párrocos.

En efecto, el dia señalado, á cosa de las nueve de la mañana, la campana de San Babiles, donde los de Tomillarejo habian puesto vigías para que avisaran así que divisasen el coche del

señor obispo, anunció con su furioso volteo que el señor obispo se acercaba. Las dos campanas de Tomillarejo quisieron repicar con tan fausto motivo; pero como las dos estaban cascadas y no se habia podido refundirlas por falta de metal, no hicieron más que prorumpir en ronquidos que nos hacian desternillar de risa á los de Retamarejo que subimos aquí para oirlas.

La justicia y todo el vecindario salieron á las afueras del pueblo á recibir al señor obispo, echándole vivas que metian miedo.

Figúrese usted lo hueco que Macario se pondria, á pesar de su modestia, cuando el señor obispo, despues de darle á besar el anillo, le abrazó como si fuera, mal comparado, hijo suyo.

El señor obispo se dirigió con toda la comitiva á la parroquia, á cuya puerta salió á recibirle el señor cura bajo un palio que se habia hecho con la colcha de una cama, por estar como una criba el de la iglesia.

Despues que se cantó el *Te Deum* y se acabaron de romper las campanas á fuerza de echar roncas, porque el sacristan, quemado como estaba con no ver un cuarto hacía mucho tiempo, las habia tocado con más rabia que nunca, el señor obispo, acompañado del señor cura, la justicia y los párrocos de Retamarejo y de otros dos ó tres pueblos inmediatos, que habian ido á saludar á

su ilustrísima, se dedicó á ver y examinar la parroquia.

Conforme el señor obispo se iba enterando de todo, iba poniendo una cara que parecia quererse comer vivo al señor cura, y cuando concluyó se sentó á descansar en los bancos del pórtico, y dió permiso á todos los que le acompañaban para que hicieran lo mismo.

—Señor cura,—dijo al párroco con cara de pocos amigos,—estoy disgustadísimo del estado en que tiene usted la parroquia, y con mucho sentimiento mio voy á tener que tomar medidas muy sérias para ponerle correctivo.

—¡Ilustrísimo señor!...—murmuró el párroco tratando de disculparse.

Pero dirigió la vista al alcalde, vióle sentado al lado del obispo con una pierna sobre la otra y tan familiarmente que parecia querer decir: «El alcalde tiene el padre obispo», y se interrumpió inclinando la frente lleno de humildad y resignacion.

El señor obispo continuó, cada vez más disgustado:

—El techo de la iglesia se viene abajo por falta de retejo, como el crédito de España por falta de probidad y economía; las paredes están cuarteadas porque se cuela en ellas el agua con tanta facilidad como las ideas inmorales y disol-

ventes en la sociedad española; el interior del templo está negro por falta de blanqueo, como el porvenir de nuestra patria por falta de patriotismo; los santos parecen diablos, las campanas disuenan á todo Dios que las oye, el palio no puede ya paliar la decencia con la vejez, las albas se ven negras para no caerse á pedazos, las casullas son un trapo delante y otro detras, el cáliz lo es de la amargura para todo el que le ve lleno de abolladuras, el incensario necesita cadenas como los pueblos de tan poco juicio como el español, los bonetes son maletes; en fin, tiene usted la iglesia y sus ornamentos y utensilios de tal modo, que sólo pensando lo misericordioso que Dios es, se comprende que no haya mandado un rayo que le partiese á usted de medio á medio por su desidia y falta de celo en el desempeño de su sagrado ministerio.

—Ilustrísimo señor,—volvió á murmurar tímidamente el señor cura,—estos pueblos son tan pobres...

—Señor cura,—le interrumpió el señor obispo sin aflojar en su severidad,—no me venga usted con lilailas, pues yo sé muy bien que en estos pueblos, como en todos, el que es celoso en el cumplimiento de sus deberes lo consigue todo y triunfa de la pobreza. Aquí tiene usted á Macario, que casi no tenia sobre qué caerse muerto, y



sin ser de los que inventaron la pólvora, ha conseguido levantar una casa miéntras usted casi dejaba caer la de Dios. ¿Qué quiere usted, señor cura, que hagamos los obispos cuando encontramos abandono como el que yo he tenido el disgusto de encontrar aquí? ¡Luégo se quejan ustedes de que el obispo tiene la manga muy estrecha, y ponen el grito en el cielo si, por ejemplo, les retira las licencias eclesiásticas, que es lo ménos que puede hacer en casos como éste! ¡Hombre, quisiera yo ver al más pintado en mi lugar, porque esto es para acabar con la paciencia de Cristo padre!

—(Yo voy á cantar claro aunque el alcalde me eche á presidio y se lleve la trampa el curato),—dijo para sí el señor cura, faltándole ya la paciencia para aguantar la peluca que, sin ser calvo, estaba recibiendo del señor obispo; pero al mismo tiempo pensó que su madre, ya viejecita, y dos sobrinitos huérfanos que habia recogido no tenian más amparo que él, y que al fin y al cabo unos y otros iban pasando con el pié de altar y las misas libres, y en vez de armar un escándalo de órdago contando al señor obispo lo que pasaba en el pueblo, se tragó la saliva, y echándose á los piés del venerable prelado, le pidió perdon de las faltas que hubiera cometido, y le prometió la enmienda en cuanto estuviese á sus alcances.

El señor obispo se compadeció al fin de él viendo su humildad y su dolor, y merced á que intercedieron en su favor cuantos estaban presentes, inclusa la justicia.

—Vamos, señor cura,—le dijo,—tranquilícese usted, procure usted la enmienda y no hablemos más de esto. Vengo muy cansado, porque la jornada ha sido larga, y deseo retirarme á descansar, si es que usted, resentido del mal rato que le he dado, no me niega la hospitalidad que le tengo pedida por conducto del alcalde.

—¡Gracias, ilustrísimo señor, por la nueva bondad de que su ilustrísima me da prueba aceptando mi pobre casa y mesa!—exclamó el señor cura con toda su alma.

Y un momento despues, el señor obispo con toda la comitiva se dirigia á casa del señor cura, donde la viejecita, que era una gran cocinera y una de esas amas de gobierno que convierten en monedillas de cuarenta reales los ochavos morunos, habia hecho prodigios para recibir dignamente á tan ilustre y santo huésped.

IV

Los señores curas de los pueblos inmediatos, así que acompañaron al señor obispo á su hospedaje, trataron de despedirse de él para volverse á

sus pueblos; pero el señor cura de Tomillarejo se dirigió á su ilustrísima, diciéndole:

—Señor obispo, si vuestra ilustrísima quiere honrar á estos señores convidándolos á quedarse en Tomillarejo hasta la tarde y sentarse á la mesa de vuestra ilustrísima, los más honrados de todos serémos mi señora madre y yo, que no deseamos otra cosa y, gracias á Dios, tenemos prevencion para todos, aunque no tan delicada como vuestra ilustrísima y estos señores merecen.

El señor obispo dió las gracias muy complacido al señor cura por aquella fina advertencia, y en efecto, convidó á quedarse á comer con él á los señores curas forasteros, que aceptaron el convite, muy agradecidos al señor obispo y al dueño de la casa.

Miéntras llegaba la hora de comer, el señor obispo determinó ir á ver la casa de su ahijado el alcalde. Brindáronse á acompañarle todos los demas señores, pero rehusó cortesmente su compañía, diciéndoles:

—Muchísimas gracias, señores; pero no quiero que ustedes se molesten, porque ésta es una visita puramente de confianza, ó como si dijéramos de familia, pues ya saben ustedes cómo trato desde muy antiguo á este mala cabeza de Macario, que si se hubiera dejado desasnar como yo intenté cuando me lo llevé á Sigüenza, en vez de ser

hoy un honrado paleto con el riñon un poco cubierto, sería un respetable sacerdote, aunque viviese en la pobreza que Cristo amó y sienta muy bien á los de nuestro hábito.

En efecto, el señor obispo se fué, sin más compañía que el alcalde, á ver la casa que Macario habia levantado con su habilidad, como decia el tio Rogativas, para rebañar de aquí, de allá y de acullá.

Su ilustrísima quedó muy complacido de la visita, y rió no poco de lo palurdamente que le hizo los honores de la casa, no la Resalada, que era lista como un demonche, sino Macario, que no sabía abrir la boca sin decir *mu*.

—Ea,—dijo su ilustrísima á la Resalada al despedirse,—éste se viene á comer conmigo y aquellos señores.

—¡Señor!—exclamó la Resalada.—¿Qué es lo que vuestra ilustrísima dice? ¿No ve que Macario es un pobre destripaterrones que no está acostumbrado á mesas de tanto cumplimiento, y se va á poner en ridículo, incurriendo en mil groserías delante de tantos señores como comen hoy con vuestra ilustrísima? ¡Por Dios, señor, deje su ilustrísima que coma en casa á lo tio Diego, como acostumbra!

—No puede ser, Resalada,—contestó el señor obispo;—que siendo alcalde del pueblo, y ademas

ahijado mio, sería mal visto que hoy no me acompañase en la mesa.

—Pues ya que vuestra ilustrísima se empeña en ello, le voy á pedir un favor, y es que si nota que Macario hace alguna cosa impropia de una mesa donde comen personas finas, se lo advierta con disimulo, porque en estos pueblos todo se sabe, y los de Retamarejo, que son capaces de burlarse de un entierro, no pasarian el dia de mañana sin plantar á mi marido un mote que hiciera reir á toda la Alcarria, si hoy mi marido cometiera alguna imprudencia en la mesa adonde asiste el señor cura de Retamarejo.

—Bien, Resalada, queda tranquila,—contestó el señor obispo reventando de risa,—que si Macario trata de hacer alguna de las suyas, yo le advertiré con un buen pisoton que se vaya con tiento.

La Resalada se tranquilizó con esta promesa del señor obispo, y el señor obispo y Macario volvieron á casa del señor cura, donde la viejecita habia dispuesto ya una mesa, digna, no ya del obispo de Sigüenza y sus acompañantes, sino del mismo apostolado con Cristo á la cabeza.

La comida empezó, estando sentados en la cabecera de la mesa el señor obispo, y el señor cura y el alcalde de Tomillarejo á su lado, uno enfrente de otro.

El señor cura no era rencoroso; pero al ver enfrente al alcalde y tocar con sus piés los de aquel bribon de siete suelas, se le renovó la memoria del atroz sonrojo que por su culpa habia sufrido aquella mañana, y la sangre volvió á repudrírsele en el cuerpo.

La comida era tan rica, que Macario tenia frecuentes tentaciones de chuparse los dedos.

Dicho se está que en una mesa á que se sentaban un señor obispo y varios señores curas, la conversacion giraba principalmente sobre asuntos religiosos ó eclesiásticos. Hablándose de la Sagrada Escritura, el señor obispo hizo un gran elogio de las parábolas de Jesus y de lo que se presta el estilo parabólico á la expresion de ciertas ideas.

Macario, que hasta entónces no habia hecho más que comer, pensando que oveja que bala bocado pierde, creyó que la cortesía le obligaba á decir algo que, aunque fuese poquito, fuese bueno, y como el señor obispo continuase hablando de parábolas,

—¡Para bolas—exclamó Macario con la boca llena, interrumpiendo á su ilustrísima—las que tenemos en el juego de bolos de Tomillarejo!

Una tremenda y general carcajada, iniciada por el señor obispo, acogió aquella salida de pié de banco del alcalde, á quien el señor obispo tuvo



que explicar que parábola viene á ser un modo de decir lo que no se dice.

La comida continuaba con buen apetito y alegría por parte de todos ménos por parte del señor cura de Tomillarejo, que, por más que lo disimulaba, no podia digerir el entripado que debia al alcalde.

Ahora parece que en las mesas de tono no se sirve como antiguamente, trinchando en la mesa misma y haciendo plato á los demas el más servicial ó más diestro de los comensales, sino que los criados acercan las viandas, ya trinchadas, á los señores, y éstos se sirven por sí mismos lo que tienen por conveniente. En aquella mesa el servicio se hacía á la antigua: la fuente ó lo que fuese se colocaba en medio de la mesa, el amo de la casa trinchaba, si habia qué trinchar, y hacía plato á todos, y luégo el que queria repetir pedia que le sirviesen ó se servia por sí propio.

Sirvieron una menestra riquísima, que era el plato en que habia echado el resto la madre del señor cura, y gustó tanto á todos, incluso el alcalde, que todos repitieron, de modo que la fuente quedó poco ménos que limpia.

Macario, que era el primero que habia repetido, fué tambien el primero que dió fin al segundo plato, y entónces, tomando un migon de pan, exclamó:

—Más vale una vuelta por aquí que cien por la plaza.

Y se puso á rebañar con el pan la fuente.

El señor obispo, sorprendido y disgustado con aquella grosería de su ahijado, alargó el pié por debajo de la mesa para darle un pisoton reconviniéndole por ella; pero cate usted que por pisar el pié del alcalde pisó el del señor cura.

Y el señor cura, que comprendió la equivocacion del señor obispo, y vió como llovida del cielo la ocasion de desahogarse un poco, aunque fuese parabólicamente, se encaró con su ilustrísima y le dijo con mucho retintin:

—Debo advertir á vuestra ilustrísima que no soy yo el que rebaña.

El señor obispo se echó á reir, y todos ménos Macario comprendieron lo que habia pasado y soltaron tambien el trapo.

Pero de repente se puso serio el señor obispo, pensando si sería parábola la advertencia del señor cura de Tomillarejo.

Aquella misma tarde, despues que despidió á los señores curas que habian ido á saludarle y el alcalde se fué á dar una vuelta por su casa, llamó aparte al señor cura é hizo que le confesara *ce* por *be* todo lo que pasaba en Tomillarejo con el alcalde.

Y miéntras al dia siguiente se ocupaba el se-

ñor obispo por la mañana en ajustar cuentas muy estrechas al alcalde, y por la tarde en confirmar á los chicos de Tomillarejo y los pueblos inmediatos, nosotros los de Retamarejo nos ocupábamos en confirmar á Macario, poniéndole el sobrenombre de Rebañaplatos, con que es conocido en toda la Alcarria.»

Di las gracias al viejecito por la complacencia y claridad con que me habia advertido que tambien se arrastraban víboras entre aquellas flores que rodeaban á Retamarejo y Tomillarejo, y continué mi camino diciéndome con honda pena:

—¡Ay, Señor! ¡No son la retama y la ruda las plantas más amargas é inodoras que crecen entre el romero y el tomillo que embalsaman y embellecen á las rústicas aldeas!

EL AMA DEL CURA.

I

Era el rector ó párroco de Cegama lo más bendito y glorioso que habia bajo la capa del cielo. Con aquel genio siempre bondadoso, indulgente y sereno, con aquella seguridad de que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, y por consecuencia lo mejor y más justo, y con aquella propension á no descubrir en el mundo más que horizontes de color de rosa, estaba siempre sonrosado como la fresa de Loyola, sano como las manzanas de Oiquina y gordo como los cebones de Oyarzun.

Es verdad que el señor rector se despepitaba por un platito de magras con tomate ó un par de truchas del riachuelo de Alzánia; pero en cambio era celosísimo en el desempeño de su sagrado

ministerio y, como suele decirse, no tenia cosa suya, pues gastaba en limosnas y en obsequiar á cuantos llegaban á su casa, no sólo el producto de su curato, sino tambien el de media docena de caserías que habia heredado de sus padres.

La llavera ó ama del señor rector habia sido tan feliz como éste hasta rayar en los treinta años. Mari-Cruz, que así se llamaba, quedó huérfana de padre y madre de muy pocos meses de edad, y el señor rector la recogió, costeó su lactancia y educacion y le sirvió como de cariñoso padre.

Marí-Cruz salió una excelente muchacha, y tanto amor y agradecimiento tenia al señor cura, que por no separarse de éste habia desechado muy buenas proporciones de casarse.

Era célebre en Cegama un viejecito, de la altura de un perro sentado, conocido por Diegochu.

Diegochu era un pobre labrador que apénas sabía escribir su nombre y apellido (1); pero era

(1) Entre los muchos absurdos que la pasion política y la ignorancia de las cosas vascongadas ha hecho decir á los periódicos de Madrid durante la desastrosa guerra civil que aflige á España, se cuenta el de que ningun campesino vascongado sabe leer, cuando precisamente entre las provincias españolas habrá pocas donde la instruccion primaria esté más generalizada que en las Vascongadas, á pesar de las dificultades que allí ofrece por lo montuoso del territorio y por lo disperso de la poblacion. La verdad es que son pocos los vascongados que no saben leer.

naturalmente tan listo y decidor, y sabía tantos cantares, refranes y chilindrinas, que en todo el Otamoch (tierra de los argomales achaparrados), como llaman á la comarca de Cegama, pasaba entre las gentes ignorantes y sencillas por un sabio, á quien todos admiraban y escuchaban como á oráculo y profeta infalible.

Diegochu era un admirable *versulari*, que echaba la pata á los poetas improvisadores más afamados de las tres provincias hermanas, donde, y particularmente en Guipúzcoa, los hay de padre y muy señor mio.

Diegochu era la delicia de las *deshojas* del maíz con los cuentos con que en ellas embobaba á la gente moza, que se reunía para aquella operacion una noche en casa de un vecino y otra en la de otro.

Diegochu entendia de medicina más que el célebre Petriquillo, su paisano, que años despues, cuando Diegochu estaba ya enterrado, contribuyó con la mejor intencion del mundo á que se enterrase á Zumalacarregui (1).

Diegochu daba quince y raya á todos los ca-

(1) El jefe carlista don Tomás de Zumalacarregui, herido en el sitio de Bilbao el 15 de Junio de 1835, se empeñó en que habia de ser curado por un curandero de Cegama, conocido por Petriquillo, y murió por haberle sobrevenido la gangrena, aunque la herida no parecia grave.



lendarios en esto de adivinar y pronosticar las variaciones atmosféricas.

Y Diegochu, en fin, era un pescador tan diestro, que las truchas del Alzánia se le venian á la mano.

Una tarde pasaba Diegochu por delante de casa del señor rector con una hoz en la mano y un cesto vacío en el hombro, y saludó á Mari-Cruz, que cosia y cantaba en el balcon.

—Diegochu, suba usted á hacer la postura de un pellejillo de Navarra que hoy ha recibido el señor amo,—le dijo Mari-Cruz.

Diegochu se hacía rogar, y como Mari-Cruz le arguyese que el señor cura la habia de reñir si sabía que le habia dejado pasar sin hacerle subir á beber una *gotilla*, soltó uno de sus inagotables refranes, que hizo á Mari-Cruz soltar una carcajada, dejó en el portal el cesto y la hoz, y subió á casa del señor cura.

Despues que Diegochu *engañó* una jarrilla del negrillo de Navarra con un canton de pan y unas nueces, encendió la pipa y se puso á echar chicoleos á Mari-Cruz, por supuesto chicoleos decentes, pues la única lengua que sabía carece de palabras para los de otro género.

De los chicoleos pasó Diegochu á las preguntas.

—¿Cuándo te casas, Mari-Cruz?

—¡Quite usted de ahí, pregunton! Nunca.

—Pues oye un cantar con que logré que mi mujer renunciara á quedar para vestir imágenes y se decidiera á casar conmigo:

La mujer se parece
mucho á la hiedra,
pues necesita un árbol
que la sostenga.

Este cantar, amiga Mari-Cruz,—añadió Diegochu,—no es gracioso, pero es otra cosa que vale más: es verdadero. Con que no lo olvides, y quédate con Dios, que voy á segar un cesto de hierba con que cenen esta noche mis vacas.

Diegochu se alejó dando chupadas á su pipa. Mari-Cruz volvió á sentarse en el balcon y á tomar la costura, pero no volvió á cantar. En lugar de cantar, cavilaba del modo siguiente:

—Tiene razon el cantar de Diegochu. El señor rector va siendo viejo, y cuando mañana ú otro dia falte, ¿qué va á ser de mí si no me he casado? Dinero ni cosa que lo valga no me ha de dejar, porque con su generosidad y sus limosnas todas sus rentas se le van, y de las caserías no puede disponer en mi favor porque no pertenezco á su parentela, y ya se sabe que, segun el fuero, los bienes raíces no salen de los parientes. Voy á cumplir treinta años, y conforme mis años han

ido aumentando han ido disminuyendo mis novios, de modo que hace dos que no me ha salido ninguno, cuando ántes cada año me salian dos docenas, á pesar de ser público y notorio que todos llevaban calabazas. Pues ¡caramba! si me llega á salir alguno no le suelto á tres tirones, aunque sea tan arrimado á la cola como Jatunandi.

En estas cavilaciones y estos propósitos vivió Mari-Cruz hasta que llegó la romería de San Bartolomé, que se celebra en torno de una ermita de las cercanías de la villa, cuya parroquia fué en tiempos antiguos.

Mari-Cruz, que habia tenido lo que se llama buenos bigotes, habia perdido mucho; pero, como decia Jatunandi, aún se le podia prestar un pan, aunque nunca le devolviera.

Ya que he nombrado á Jatunandi, voy á decir quién era este pedazo de animal. Jatunandi era un mozallon de Arazama, que se distinguia en primer lugar por su voracidad, que le habia valido el apodo con que se le conocia, equivalente á Tragaldabas, y en segundo, por su manía de ajustar todas las acciones de su vida á los preceptos de cantares y refranes, cuando estos preceptos no contrariaban sus naturales inclinaciones. Si un refran ó un cantar encarecia las excelencias de la gula, Jatunandi le tomaba por un evangelio chi-

quito; pero si, por el contrario, encarecia las excelencias de la sobriedad, Jatunandi le despreciaba, calificándole de dicho de viejas.

Viejo era Diegochu, y sin embargo, sus refranes y cantares eran para Jatunandi artículo de fe, sobre todo cuando no contrariaban sus inclinaciones.

El dia de San Bartolomé bailó alternativamente con Mari-Cruz y con una chica de la casería de Ondarra, conocida por la Cascabelera por su aficion á tontear con todos los mozos, y al terminar la romería declaró á Mari-Cruz su atrevido pensamiento de casarse con ella.

Mari-Cruz, ántes de contestarle, se hizo instantáneamente esta reflexion: «Feo, tragon y barbarote es este zamacuco, y yo soy casi una señorita; pero á falta de pan, buenas son tortas».

Y despues de los consabidos «¡Qué cosas tiene usted!»—«Pero ¿lo dice usted de formalidad?»—«¡Mire usted si tendrá otras más guapas que yo!» etc., etc., concluyó por darle el sí.

¡No hay gente más tonta que las mujeres y los hombres!

II

Cerca de un año hacía que Jatunandi era novio de Mari-Cruz, y aunque ésta habia tenido muchos motivos para tronar con él, particularmente

por sus devaneos con la Cascabelera de Ondarra, que daban á la pobre Mari-Cruz muy malos ratos, estaba resuelta más que nunca á no soltar á Jatunandi ni áun con perros de presa.

Llegó la víspera de San Bartolomé, y Mari-Cruz, como todas las *echecoandrías* (amas de casa) de Cegama y sus inmediaciones, hacía preparativos culinarios para la fiesta.

El señor rector leyó una carta que acababa de traerle un propio venido de Aránzazu, y llamando á Mari-Cruz lleno de alegría, le dijo:

—Mari-Cruz, tenemos este año de predicador al padre Cándido, que es un prodigio de elocuencia sagrada. ¡Qué honra tan insigne é inesperada para nuestra religiosa Cegama y para nosotros, que vamos á tener la dicha de hospedarle! Mari-Cruz, ha llegado la ocasion de echar la casa por la ventana, porque de éstas entran pocas en libra. A ver, hija, si mañana te luces como nunca con tus habilidades de cocina; que el padre Cándido es hombre que si hace prodigios con la lengua, no los hace menores con los dientes. Sobre todo, que no falten en la mesa un par de truchas de las buenas. Ve en seguida á avisar á Diegochu para que las pesque esta tarde, y no omitas nada para que miéntras viva el padre Cándido se hable de Cegama en el refectorio de Aránzazu.

Miéntras esto pasaba en casa del señor rector,

pasaba algo relacionado con Mari-Cruz en el castañar de Berunza.

La Cascabelera de Ondarra subia por el castañar arriba con una herrada de agua de Pauliturri, y Jatunandi, que la habia visto bajar, la salia al encuentro en el carretil que, bajando del monte, cruza el castañar.

El zamarro de Jatunandi y la coquetuela de Ondarra reian y retozaban á más no poder bajo un castaño, cuando apareció Diegochu, que bajaba del monte con un haz de helecho con que hacer cama fresca á sus vacas. Al ver á Diegochu suspendieron el jolgorio, y la Cascabelera continuó su camino castañar arriba, viendo que Diegochu, en vez de pasar de largo, se detenia á descansar en el carretil posando el haz de helecho en el talud.

Jatunandi iba tambien á alejarse; pero Diegochu, que habia desarrollado la bolsa de piel de perro y sacado de ella la pipa, le llamó ofreciéndole una pipada, que Jatunandi no desdeñaba nunca.

—Jatunandi, hablemos como amigos,—dijo Diegochu.—Basta que pienses casar con Mari-Cruz para que yo te tenga buena voluntad; pero, por lo mismo que te la tengo, debo decirte que no me gustan nada tus retozos con la Cascabelera.

—Es que la Cascabelera es más guapa que Mari-Cruz.

—Pero Mari-Cruz es mujer de bien, y la Cascabelera, aunque lo sea, no lo parece. Hay un cantar que dice:

«De dos mujeres malas
nos libre Dios, amén:
de la que lo parece
y de la que lo es.»

Una sola cosa pudiera retraerte de casar con Mari-Cruz.

—¿Cuál, Diegochu?

—No necesitas saberla, porque Mari-Cruz es incapaz de pegársela á nadie, y ménos á los curas ni á los frailes.

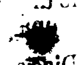
—Si le entiendo á usted, que me ahorquen.

—Tú no entiendes más que de llenar la tripa.

—Quien por comer no se mata...

—No está conforme con eso aquel refran que dice:

«Quien come para vivir,
se alimenta;
quien vive para comer,
revienta.»



—Déjese usted de dichos de viejas, y dígame qué es lo que pudiera retraerme de casar con Mari-Cruz.

—El que Mari-Cruz fuera capaz de pegársela á su amo.

—¿Por qué?

—Porque hay un cantar que dice:

«La mujer que se la pega
á los curas ó los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare.»

—¡Ja! ¡ja! ¿Sabe usted, Diegochu, que ese cantar merece aprenderse *de cabeza*, y particularmente cuando uno está tentado de casarse con un ama de cura?

—Pero cuando el ama de cura es como Mari-Cruz...

Diegochu se interrumpió al oir á Mari-Cruz, que le llamaba desde la linde del castañar.

—¿Qué hay, Mari-Cruz?

—Que el señor rector desea que sin falta pesque usted esta tarde un par de truchas buenas.

—Díle al señor rector que las tendrá sin falta para el anochecer, porque sé dónde hay dos como besugos, que están tan seguras como si estuvieran en una pecera.

—Pues adios, que hago mucha falta en casa, porque mañana tenemos á comer á un gran predicador del convento de Aránzazu.

—Pero, mujer, no vayas tan de prisa.

—No puedo detenerme. Que las truchas no falten, Diegochu.

—No faltarán. De tí estábamos hablando.

—¡Ustedes sí que son buen par de truchas!

Así diciendo, Mari-Cruz se volvió á casa, y Diegochu y Jatunandi se separaron, dirigiéndose cada cual á la suya.

Diegochu no echó en saco roto el encargo del señor rector, pues al anochecer subió á casa de éste llevando dos truchas como dos salmoncitos, y despues de haber sido obsequiado por el cura con un duro y por Mari-Cruz con la consabida jarrilla de vino acompañada de pan y nueces, salió encendiendo la pipa con un tizon que para ello y para alumbrarse tomó del hogar.

Diegochu se dirigia á su casa con su pipa en la boca y su tizon en la mano, cuando se encontró con Jatunandi, á quien dió noticia de las dos soberbias truchas que dejaba en casa del señor rector, é hizo los dientes agua contándole cómo habia sido obsequiado por Mari-Cruz.

Jatunandi, que andaba siempre buscando pretextos para ir á casa del señor cura, más que para ver á Mari-Cruz para sacar la tripa de mal año, se fué inmediatamente allá con pretexto de ver las truchas.

El señor rector sabía las honestas relaciones amorosas de Mari-Cruz con Jatunandi, porque Mari-Cruz le habia dado noticia de ellas apénas las contrajo. El novio no le habia parecido nin-

guna ganga, pero le habia dado su aprobacion por razones análogas á las que Mari-Cruz habia tenido para darle el *sí*. Jatunandi entraba, pues, con frecuencia en casa del señor cura, quien en manera alguna se oponia á ello, tanto porque su casa estaba siempre abierta á todos los vecinos, como porque sabía que Jatunandi no entraba en ella con más fin que el de llenar la tripa.

El señor cura estaba encerrado en su cuarto con la suegra, es decir, con el Breviario, á que dan este nombre los eclesiásticos, segun dice el Diccionario de la Academia Española de la Lengua, que unas veces tiene la lengua demasiado corta, y otras demasiado larga. Mari-Cruz estaba llorando ó poco ménos porque Diegochu, al apurar la jarrilla, le habia hecho una amistosa advertencia que la llenó de dolor, con tanta más razon, cuanto que llovia sobre mojado.

—Mari-Cruz,—le habia dicho Diegochu con la mejor intencion,—ya sabes que yo te quiero porque pudiera moler el molino de Aitamárren con las jarrillas de vino que he recibido de tu mano. Pues oye un consejo: ándate con cuidado con ese camueso de Jatunandi.

—¿Por qué me dice usted eso, Diegochu?—exclamó Mari-Cruz sobresaltada.

—Porque esta mañana, cuando nos viste juntos en el castañar de Berunza, acababa yo de sor-

prenderle allí retozando con la Cascabelera de Ondarra, que subia de Pauliturri y con quien cada vez está más encalabrinado.

—¡Gracias, Diegochu!—dijo Mari-Cruz, saltándosele las lágrimas.

—Átale corto, que si se te escapa, ya no estás para gollerías, porque, como dice el cantar,

«La mujer que á los treinta
no tiene novio,
eche las esperanzas
con mil demonios.»

Cuando Jatunandi llegó, Mari-Cruz hizo un gran esfuerzo para disimular su pena, y puso, como siempre, buena cara á Jatunandi.

—Con que vamos á ver—le dijo éste—esas famosas truchas que Diegochu ha pescado; pero no, mejor será que ántes de todo mires si tienes por ahí algo que echar á perder.

Mari-Cruz le sacó medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que Jatunandi se echó entre cuero y carne en medio cuarto de hora.

—Ahora vamos á ver las truchas,—dijo Jatunandi.

Mari-Cruz sacó en una gran fuente las dos hermosas truchas, que tenia ya destripadas y preparadas para freirlas la mañana siguiente.

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!....—ex-

clamó Jatunandi santiguándose de admiracion.—¡En mi vida he visto truchas más hermosas! Si las pescáramos mañana unos amigos y yo en la merendona que vamos á tener en el castañar de Berunza!...

—¡Qué! ¿No vas mañana á la romería?—le preguntó Mari-Cruz sorprendida y disgustada.

—¡Qué romería ni qué ginojo! ¿Dónde hay romería como una merienda con vino hasta dejarlo de sobra?

—¡Malhaya el vinazo, que siempre estais soñando con él!

—Pero, mujer, ¿qué ha de hacer uno sino beber vino en un pueblo como Cegama, donde no hay fuente alguna?

—Buena es el agua del rio si no se quiere ir á buscar la de Pauliturri.

—¡Ca! El agua cria ranas.

—¡Eh, viciosotes! Con que ya ves que Diegochu se ha lucido, porque las truchas son alhajas.

—¡Caramba si lo son! ¡Lástima que se las coman curas y frailes!

—¡No, mejor fuera que se las comiesen judíos como vosotros!

—¡Pues ya se ve que fuera mejor! Mira, Mari-Cruz, ¿quieres dármelas para que mañana nos las comamos los amigos y yo en Berunza?

—¡Anda enhoramala con tus bromas!

—Pues, chica, te lo digo con formalidad. ¡Mira tú si en casa del señor rector habrá con qué reemplazarlas!

—Vaya, vaya, déjate de conversacion,—dijo Mari-Cruz, disponiéndose á volver las truchas á la despensa.

—Mira, no te molestes en guardarlas,—replicó Jatunandi,—porque es cosa decidida; me las llevo yo.

—¡Sí, como no te lleves...

—Te digo que me las llevo.

—Pero ¿hablas de véras?

—Tan de véras como me he de morir.

—Vamos, tú te has vuelto loco, ó quieres que yo me vuelva.

—Ni lo uno ni lo otro. ¿Me das las truchas, ó tronamos para siempre?

—¿Qué es lo que dices, hombre de Dios?

—Lo que digo es que si me das las truchas me caso contigo ántes de un año, y si no me las das, ántes de un año me caso con la Cascabelera.

—Pero ¿no ves, hombre, que es imposible?

—Yo siempre he oido que no hay imposible para el que quiere.

—Pero ¿con qué cara le digo yo al señor amo...

—Al amo le dices, pongo por caso, que el gato se las ha comido.

—¡Sí,—replicó Mari-Cruz, esforzándose por dar giro alegre á aquella triste conversacion,—para que me suceda lo que á la criada del cuento!

—¿Y qué le sucedió á esa criada?

—¡Una friolera! La mandó su ama á comprar tres libras de carne, y de las tres sisó dos. Como lo conociese su ama, se disculpó con que el gato se las habia comido. Entónces su ama pesó al gato, y resultó que el gato sólo pesaba libra y media.

—Chica, cuenta tú un cuento mejor urdido que ése, y verás cómo el rector y el fraile se le tragan.

Al decir esto, Jatunandi cogió las truchas y tomó con ellas escalera abajo, sin que todos los ruegos y reflexiones de Mari-Cruz bastaran á detenerle.

Mari-Cruz tuvo tentaciones de decir á su amo la verdad de lo que habia pasado; pero por primera vez de su vida no se atrevió á decírsela.

Pensó si Diegochu podria coger por la mañana otro par de truchas como aquéllas, pero recordó que Diegochu le habia dicho que todas las que quedaban en el riachuelo eran chiquitas.

Pensó otra porcion de cosas y ninguna le satisfizo, hasta que se decidió, por primera vez de su vida, á idear un embuste, por cuyo medio ella quedase bien con su amo, y su amo no quedase

mal con el fraile. Lo que más la animó á ello fué el recuerdo del refran que dice: «Una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta».

III

¡Qué dia tan esperado y tan hermoso es en las aldeas, y particularmente en las vascongadas, el dia de la fiesta titular!

Ese hermoso dia habia llegado para Cégama la mañana de su fiesta de San Bartolomé.

El cielo estaba azul, pero empezaba á soplar el viento del Sur, querido de las castañas y las boronas, que sazonan á su cálido soplo. El dia, con sol radiante y viento castañero, era muy caluroso.

Las campanas se deshacian repicando á misa mayor, y la concurrencia de forasteros de las tres Provincias Vascongadas y Navarra, y áun de veraneadores madrileños, era tal, que Diegochu decia en plena plaza, chupa que chupa su pipa y pensando en el dineral que iban á dejar en Cegama los forasteros:

—Si de esta hecha la señora villa no planta en medio de la plaza una fuente de las muchas y buenas que hay en sus cercanías, es seguro que algun perro rabioso la ha mordido, porque de otro

modo no se explicará la aversion de la señora villa al agua.

La misa mayor comenzó con gran solemnidad y con la iglesia llena de gente.

Cuando el predicador subió al púlpito, todos temieron que no pudiera resistir la sofocante atmósfera del templo, tanto más cuanto que el padre Cándido era tan grueso como el señor rector, y todos veian que el señor rector, como suele decirse, sudaba tinta.

El sermon fué bueno, bueno y retebueno, porque el padre Cándido era, en efecto, hombre que lo entendia. Cuando el predicador, á propósito de la desollacion del glorioso apóstol San Bartolomé, la emprendió con los hombres barbados que, convirtiéndose en miserables mujerzuelas, se entretienen en desollar con la lengua á todo bicho viviente, y cuando, á propósito de las predicaciones del apóstol, tomó por su cuenta á los que predican libertad y son capaces de doblar á palos al que los contradice, y á los que á un tiempo tienen á Dios en los labios y al diablo en el corazon, el efecto fué magnífico.

El padre Cándido no podia ya con su alma cuando bajó del púlpito, y tuvo que retirarse inmediatamente á casa, es decir, á casa del señor rector.

Mari-Cruz, que habia oido temprano la misa

del padre Cándido, estaba en casa atareadísima con las faenas culinarias. Cuando vió llegar al predicador tan sofocado, se asustó creyendo que llegaba enfermo; pero el padre Cándido se apresuró á tranquilizarla.

—No te asustes, Mari-Cruz,—dijo el buen religioso,—que esto no es más que una muestra de los sofocones del infierno. Vengo á ver si me das algo con que me temple un poco.

—Pierda usted cuidado, padre Cándido, que le voy á hacer un refresco con que se quedará como una lechuga,—contestó Mari-Cruz poniendo manos á la obra.

La obra fué un buen vaso de agua fresca con dos azucarillos bien disueltos con la rotacion entre las dos palmas de la mano de una caña cascada por el extremo inferior, y el aditamento de una copa, no sé si de ron ó aguardiente, porque en materia de líquidos alcohólicos soy tan topo, que sólo entiendo del de las viñas de las vertientes del Cadagua, del Somorrostro y del Ibaizábal, ó de los manzanares de las vertientes del Orio, del Urumea y del Urola.

El padre Cándido desocupó el vaso á traguitos, que es como hay que desocuparle en estos casos si ha de producir buen efecto, y á los dos minutos estaba tan fresco y tan guapo y con mucha gana de conversacion.

—¿Y cómo te va, Mari-Cruz, con el señor rector?

—Perfectamente, padre Cándido.

—El rector es un bendito de Dios, ¿no es verdad?

—¿Que si lo es? Si todas las gentes del mundo fuesen como él, ya podian ustedes los predicadores mudar de oficio.

—Y el pícaro se conserva sanote como una manzana y fuerte como un roble.

—Gracias á Dios, no tiene ni un dolor de cabeza; y si no fuera por la manía ésa que le quedó cuando estuvo enfermo hace años...

—¿Manía? ¡Ah, ya! La de gastar cuanto tiene en limosnas. Mujer, ésa no es manía, que es una de las más santas obras de misericordia.

—¡Pero, padre Cándido, si no me refiero á eso!

—¿Pues á qué, mujer?

—¡Qué! ¿No sabe usted la manía del pobre señor amo?

—No sé que tenga ninguna otra.

—¡Alabado sea Dios! Pues no hay en Cegama quien no lo sepa.

—¡Ya! Pero como yo no soy de Cegama...

—Tiene usted razon.

—¿Y qué manía es la que tiene el bueno del señor rector?

—La más rara que usted puede imaginarse.

—Pero, mujer, vamos á ver cuál es.

—Pues nada, que algunas veces, cuando tiene convidado á comer, se le mete en la cabeza que le ha de cortar las orejas.

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser sino al convidado?

—¡Zape!—exclamó el padre Cándido, dando un salto en la silla y llevando instintivamente las manos á las orejas, que eran tan grandes, coloradas y gordas que daba gusto el verlas.

—No le dé á usted cuidado, padre Cándido, que eso no vale nada.

—¿Que no vale nada la conservacion de las orejas? Muchacha, ¿estás loca ó te chanceas? Yo no he averiguado para qué nos ha puesto Dios este par de embudos sobre las quijadas; pero cuando nos los ha puesto, para algo será, que Dios no hace las cosas á humo de paja.

—¡Pero, padre Cándido, si no digo lo contrario! Lo que digo es que la manía del pobre señor amo es completamente inofensiva si se tiene un poquito de cuidado. En primer lugar, le da muy de tarde en tarde, y en segundo, cuando le da, hay una señal infalible para preservarse y evitar todo peligro.

—Explícate, mujer, explícate, que la cosa es séria,—dijo el fraile algo más tranquilo, pero sin tenerlas todas consigo todavía.

—Pues cuando al señor rector le da esa manía, se conoce en que al sentarse á la mesa toma el cuchillo...

—¡Aprieta, manco!—exclamó el padre Cándido interrumpiendo á Mari-Cruz y llevándose nuevamente las manos á las orejas.

—Pero, padre Cándido, óigame usted y no se asuste.

—Dí, mujer, dí.

—Pues digo que cuando le va á dar al amo la manía de cortarle las orejas al convidado, se conoce en que al sentarse á la mesa toma el cuchillo y se pone á suavizarle en la palma de la mano, como quien suaviza una navaja de afeitar, y entónces el convidado se levanta con cualquier pretexto y se aleja de casa, con lo cual, aunque se quede sin comer, se queda con sus orejas donde Dios se las puso.

—¡Hum!—murmuró el padre Cándido todavía alarmado, á pesar de los esfuerzos de Mari-Cruz por tranquilizarle.—¡Hum! Me parece que será mejor tomar el portante...

El fraile se interrumpió oyendo los pasos del señor rector, que subia ya las escaleras.

A propósito del señor rector, debo completar el retrato que de él hice, diciendo que entre sus verdaderas manías se contaba, no la de querer cortar las orejas á nadie, sino la de hacer con el

cuchillo, siempre que se sentaba á la mesa, la maniobra que decia Mari-Cruz.

Poco despues de su vuelta de la iglesia se dirigió alegremente al comedor, en compañía del padre Cándido.

Al comedor se pasaba por otra pieza contigua á la cocina, donde habia un aparador que Mari-Cruz habia provisto de una porcion de menudencias, que hicieron los dientes agua al señor rector y al padre Cándido cuando repararon en ellas, al pasar al comedor.

Lo que sobre todo regocijó y arrancó una sonrisa de profunda satisfaccion al señor rector, fué una gran fuente cubierta con una blanca servilleta, en que supuso estaba el par de ricas truchas, que eran su manjar predilecto, y con que esperaba sorprender agradablemente al padre Cándido, no ménos aficionado que él á la flor y nata de la pesca fluvial.

Sentáronse á la mesa, y el padre Cándido se tranquilizó un poco viendo que el señor rector, distraido y alegre con los primores con que Mari-Cruz la habia adornado, no hacía caso del cuchillo, y hasta se decidió el padre Cándido á hacer boca con unas apetitosas rajitas de salchichon, que componian parte de los divertidos *entremeses;* pero de repente se agitó en su silla y se llevó las manos á las orejas. Era que el señor rector

habia echado mano al cuchillo y se ponia á hacer la consabida operacion de suavizarle en la palma de la mano.

—¿Qué es eso, padre Cándido?—le preguntó el señor rector alarmado, creyendo que le habia dado algo.

—Nada,—contestó el fraile, desconcertado;—es que esta pícara muela dañada me ha dado una punzada que me ha hecho ver las estrellas, y con permiso de usted voy á ver si encuentro en la maleta un terroncito de alcanfor con que se me suele quitar el dolor metiéndolo en el agujero de la muela.

—Sí, sí, vaya usted, que para eso el alcanfor es muy bueno.

El padre Cándido desapareció del comedor, tan aturdido, que al pasar por la pieza inmediata tropezó en el aparador y á poco más derriba los platos, cuyo ruido oyó el rector.

Inmediatamente exclamó Mari-Cruz:

—¡Padre Cándido! ¡Padre Cándido! ¿Está usted loco?

El padre Cándido no contestaba, y el ruido de sus precipitados pasos se perdió por la escalera abajo.

—¿Qué es eso, Mari-Cruz?—preguntó el señor rector levantándose y saliendo del comedor.

—¡Qué ha de ser, señor amo!—contestó Mari-

Cruz.—Que el padre Cándido sin duda ha perdido el juicio, pues ha cogido las truchas del aparador, y se escapa con ellas metidas en la manga.

—Pero ¿se lleva las dos?—preguntó el rector, tan asombrado como disgustado.

—Sí señor, se ha encajado una en cada manga. ¡Jesús! ¡No se puede una fiar en este mundo ni en la camisa que una lleva puesta! ¡Ese señor por fuerza se ha vuelto loco!

—Loco podrá haberse vuelto, pero tonto no,—dijo el señor cura.

Y corrió al balcon.

—¡Padre Cándido!—gritó desde el balcon, viendo que el fraile corria como alma que lleva el diablo, para largarse de Cegama.—¡Padre Cándido! ¡No se vaya usted con las dos, hombre! ¡Una de las dos siquiera!... ¡Siquiera una!

—¿Una? Ni media,—contestó el fraile tapándose con las manos ambas orejas.

Y desapareció; y alejándose de la villa, tomó precipitadamente la mula que habia dejado en una posada de las afueras, por no haber cuadra en casa del señor rector.

Un momento despues iba camino de Aránzazu, mirando de cuándo en cuándo atras y todavía llevándose las manos á las orejas.

Mari-Cruz esperó en vano aquella noche á Jatunandi, pero no extrañó que éste no fuera á

verla. Jatunandi habia llenado la tripa en el castañar de Berunza, y no necesitaba ir aquella noche á llenarla en casa del señor rector.

A la mañana siguiente Jatunandi fué á ver á Mari-Cruz, á quien ántes de todo preguntó si tenia por allí algo que echar á perder.

Despues que Mari-Cruz hubo satisfecho esta pregunta sacándole medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que el barbarote despachó en medio cuarto de hora, Jatunandi le hizo otra:

—¿Cómo te las gobernaste ayer para que ni el cura ni el fraile supiesen que me habias dado las truchas?

Mari-Cruz le contó su estratagema.

—¿Es decir,—dijo Jatunandi,—que se la pegaste de puño al cura y al fraile?

—Sí, y con harto sentimiento mio,—contestó tristemente Mari-Cruz.

—Pues, chica, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué cosa es?—preguntó Mari-Cruz, alarmada con el tono serio que de repente habia tomado su novio.

—¿Recuerdas aquel cantar que dice:

«La mujer que se la pega
á los curas ó los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare?»

—Sí que le recuerdo,—respondió Mari-Cruz, cada vez más alarmada.

—Pues, chica, ya no me caso contigo.

—¿Qué es lo que dices, hombre?

—Lo que digo es que yo queria hacer una prueba infalible para dar el trueno gordo; he hecho la prueba y doy el trueno.

Mari-Cruz, al oir esto, quiso replicar á aquel pedazo de bestia; pero la indignacion le oprimió el corazon y le detuvo la palabra, y sólo pudo echarse á llorar, miéntras Jatunandi tomaba escaleras abajo.

IV

Habia pasado cerca de un año. El dia de Nuestra Señora de la Asuncion, gran dia para Cegama por lo que luégo sabrémos, salia de la iglesia parroquial de la villa una boda. Era la de Jatunandi y la Cascabelera de Ondarra, que acababan de casarse.

Al oir el ruido de los cohetes que la anunciaban, Mari-Cruz salió al balcon creyendo que sería el anuncio de que la cruz parroquial volvia de Aránzazu, y viendo á los recien casados, se metió adentro llorando.

Diegochu estaba en aquel momento en la plaza, chupa que chupa su pipa, y al ver á los no-

vios, se quitó la pipa de la boca y murmuró saltándosele las lágrimas y mirando melancólicamente hácia el balcon de casa del señor cura:

—¡Pobre Mari-Cruz! ¡Qué cierto es aquel cantar que dice:

«La cuarta parte del agua
que las fuentecillas vierten,
son las lágrimas que cuestan
los hombres á las mujeres!»

La gente se agolpaba hácia el campo de Andueza, que es el que rodea la ermita de San Bartolomé en las afueras de la villa. Era que la cruz parroquial asomaba por las vertientes del Aitzgórri, volviendo de Aránzazu, en cuyo insigne monasterio, situado en las quebradas soledades del Aloña, se celebraba aquel dia la gran fiesta de la Vírgen, aparecida allí en el siglo XV al pastor Rodrigo de Balzátegui, y á quien la piadosa madre del gran historiador Garibay, peregrinando descalza y llorosa por espacio de cuatro leguas que médian desde Aránzazu á Mondragon, patria del príncipe de los historiadores españoles, iba á pedir la salud de su hijo.

Aquel dia la villa de Cegama, que dista tres leguas del monasterio, toma piadosa parte en la fiesta de Aránzazu, dirigiéndose procesionalmente al monasterio con la cruz parroquial, que acom-

pañan uno de los curas de la villa, el más jóven y apto para tan penosa jornada, el alcalde y muchos vecinos.

Cuando la cruz asoma de vuelta por las alturas del Aitzgórri, las campanas de la villa y los corazones de los cegameses le entonan un cántico de amor y regocijo.

El campo de Andueza se puebla de gente que va allí á esperar y dar la bienvenida á la cruz y á presenciar el acto solemne en que la Vírgen de la villa recibe las amorosas memorias que le envia su santa prima la Vírgen de la montaña, y á pasar el resto del dia en aquel campo merendando y solazándose con bailes y juegos entretenidos, sencillos y honestos.

En el momento en que la cruz se acerca al campo de Andueza, la Vírgen sale procesionalmente de la parroquia, y al encontrarse con la cruz en aquel campo, ambas se tocan y permanecen algunos instantes unidas. Las gentes del pueblo dicen y creen firmemente que la cruz emplea aquellos instantes en dar á la Vírgen de Cegama las memorias que para ella ha encargado su prima la Vírgen de Aránzazu.

Y cuando la cruz ha cumplido esta dulce mision, el alcalde, que, como el sacerdote, viene á caballo, arroja á los niños puñados de rosquillas benditas que para ellos trae de la santa soledad

del Aloña, y la multitud se estremece de júbilo, y Vírgen titular y cruz parroquial vuelven á la parroquia, saludadas por el estruendo de los cohetes, y el repique de las campanas, y el canto de los sacerdotes, que repite el pueblo lleno de fervor y alegría.

Cuando el señor rector llegó á casa despues de unir á Jatunandi y la Cascabelera y de salir con la Vírgen de la villa á recibir las memorias de la Vírgen de la montaña, estaba Mari-Cruz llorando.

Mari-Cruz se enjugó las lágrimas é hizo un esfuerzo supremo para ocultar su dolor al noble anciano, á quien veneraba como á sacerdote y amaba como á padre; pero el señor rector adivinó con profunda pena lo que pasaba en el alma de Mari-Cruz, y dijo á ésta:

—¡Animo, hija, que las espinas de la tierra se convierten en flores en el cielo!

Marí-Cruz se arrodilló á los piés del sacerdote, deshecha en llanto, y le confesó la falta que habia cometido.

Y el señor rector, despues de convenir en que habia obrado mal y en que quizá aquel dolor era la expiacion de aquella falta, añadió:

—Mari-Cruz, resígnate con la voluntad de Dios, que quizá te ha hecho un bien muy grande rompiendo los lazos que te unian con ese hombre,

cuya alma no participaba de la delicadeza de la tuya. El dia que yo te falte, no quedarás desvalida en el mundo, pues, considerando que eras el primer pobre en quien yo debia ejercer la caridad, hace muchos años he ido apartando para tí el primer óbolo de los que destinaba diariamente á los pobres; y como muchas velitas hacen un cirio pascual, en mi gaveta aparecerán dos mil ducados que hace tuyos mi testamento, otorgado ya.

Iba Mari-Cruz á expresar su agradecimiento al señor rector uniendo sus palabras á las lágrimas de consuelo que habian reemplazado á las de dolor, cuando se detuvo oyendo á Diegochu, que se anunciaba escalera arriba con su habitual exclamación de

—¡La paz de Dios sea en esta casa!

—¿Qué hay, amigo Diegochu?—le preguntó alegre y bondadosamente el señor cura.

—¡Qué ha de haber, señor rector!—contestó el buen anciano.—Que Dios es justo dando á cada uno lo que merece, como lo prueba el haber dado á Jatunandi por mujer la Cascabelera, y á la Cascabelera por marido Jatunandi. ¡Siempre va la penitencia en el pecado!

—¡Qué verdad dices, amigo Diegochu!—exclamó el señor rector.

Y añadió dirigiéndose á Mari-Cruz:

—Mari-Cruz, ya que la gente se divierte hoy

en el campo de Andueza, justo es que nosotros hagamos lo mismo en casa. A la caidita de la tarde hemos de merendar aquí los tres juntos una fritada de magras con tomate de aquéllas que tú sabes hacer, para celebrar Diegochu, tú y yo la boda de Jatunandi y la Cascabelera.

Mari-Cruz soltó una alegre carcajada y se fué hácia el comedor para preparar la mesa al señor cura y la jarrilla á Diegochu, miéntras el señor rector daba á probar á Diegochu un riquísimo tabaco pipero que aquel mismo dia le habian traido de San Sebastian.

LOS EXORCIZADORES.

I

Allá por los años de 1850 á 1853, los jóvenes de la colonia literaria y artística que llamábamos del Pensamiento éramos todos tan pobres de dinero y renombre, que con dificultad pagábamos á nuestras respectivas patronas el hospedaje de seis ó siete reales diarios, y con más dificultad aún se recordaban nuestros nombres en los círculos literarios y artísticos; pero, andando el tiempo, todos los de la colonia, excepto yo, fueron alcanzando puestos muy elevados y honrosos en la literatura, en las bellas artes, en la política y en la administracion del Estado, de modo que unos han sido ministros, otros son ó han sido altos empleados, los más han adquirido un nombre ilustre como escritores ó artistas, y los que ménos son académicos, que es tanto como reventar de gloria

y desmayar de hambre. Sólo yo por mi encogimiento me encuentro al cabo de treinta años de trabajos literarios teniendo que ganar hoy los garbanzos de mañana; y digo por mi encogimiento y no por mi falta de talento, porque sabido es que la falta de talento no es inconveniente para ser rico ni ministro ni académico.

Si éramos pobres de dinero, de fama y de influencia, aún lo era mucho más Gumersindo, un pobre chico de algunos años ménos que nosotros, que vivia y estudiaba y esperaba, si no al calor de nuestra liberalidad, á lo ménos al calor de nuestro cariño.

Gumersindo era de Murcia. Pertenecia á una familia muy honrada, pero tan pobre de bienes de fortuna, que no hubiera podido enviarle á seguir una carrera literaria ó científica en Madrid, á no concederle la Diputacion de aquella provincia (que se ha distinguido siempre por su proteccion á la juventud apta para el estudio y cultivo de las letras y las artes) una pensioncilla de tres ó cuatro mil reales ánuos.

Gumersindo estudió durante el primer curso con mucho aprovechamiento, y era chico que nos enamoraba por lo dichoso que se creia con sus esperanzas de terminar una carrera honrosa, ser el sosten de su familia y alcanzar la estimacion pública con sus conocimientos y su honradez.

Todos nosotros, en medio de la locuacidad y alegría que caracterizan á la juventud, teníamos con frecuencia dias de ensimismamiento y tristeza, y más que ninguno los tenia Luis, uno de los concolonos que más influencia ejercian en nosotros por su talento y sus legítimas esperanzas de gloria; pero Gumersindo era una excepcion de esta regla, ó al ménos se esforzaba por que á nosotros nos lo pareciese: siempre estaba alegre y contento con su suerte.

Era tan modesto y desconfiaba tanto de su ingenio y gracia, que, por más que todos nosotros éramos siempre benévolos con él, nunca se atrevia á contar un cuento ó una anécdota de aquéllas con que todos los demas amenizábamos nuestras reuniones. Por eso, más que por su novedad y agudeza, se nos habia quedado á todos en la memoria el único cuentecillo que Gumersindo se habia atrevido á contar un dia que discutíamos el grave tema de «por qué la gente huye de los teatros y de las librerías».

El cuentecillo de Gumersindo fué éste:

«Una pobre mujer tenia el diablo en el cuerpo, en el que se le habia entrado no se sabía si por la boca ó por dónde, porque ¡vaya usted á saber por dónde se les entra el diablo á las señoras mujeres!

Muchos exorcistas habian sudado tinta para

echársele fuera, pero no lo habian conseguido, y en vista de esto y á costa de grandes empeños y promesas de limosnas al convento, la familia hizo venir, para que exorcizase á la endemoniada, á un fraile de muchas campanillas que tenia fama universal de exorcizador á quien el diablo no podia resistir.

El fraile, que llegó acompañado de un lego, empezó los conjuros intimando al diablo que saliera por bien del cuerpo de la poseida, porque si no, le haria salir por mal.

El diablo soltó una insolente carcajada al oir esta intimacion, y contestó al exorcista:

—No se moleste vuestra paternidad en querer sacarme por medio de conjuros del cuerpo de esta mujer, porque soy un diablo ilustrado, aunque me esté mal el decirlo, y léjos de echar á correr oyendo conjuros de sabor oratorio y literario tan clásico como son los de vuestra paternidad, me he de estar aquí escuchándolos embobado.

En efecto, por más que el fraile agotaba su elocuencia, el diablo no salia.

Dolida la familia de la endemoniada de la fatiga del exorcista, que estaba ya ronco de perorar y sudoroso de gesticular y bracear, le invitó á que suspendiese la tarea y fuese á descansar un poco y tomar un piscolábis.

Al lego se le alegraron los ojos al oir lo

del piscolábis, porque creyó que rezaria tambien con él.

Aceptó el exorcista la invitacion, y dijo al lego al retirarse:

—Hermano, quédese con la poseida por si el diablo quisiere en mi ausencia pasar con ella á mayores, que yo pronto vuelvo á terminar mi tarea.

—Padre,—dijeron á su vez los de casa,—mejor fuera que el hermano lego viniese tambien á tomar alguna cosilla.

—No, que es mozo y ayuna, y sólo á los ancianos nos es lícito quebrantar el ayuno. Hermano,—añadió el reverendo dirigiéndose al lego,—no se meta á exorcizar y eche á perder con sus estulteces lo que yo he adelantado.

A corto rato el diablo trajo á las narices del lego una deliciosa tufarada de jamon frito y otras porquerías por el estilo, que hizo caer al lego en irresistible tentacion de rebelarse contra su superior, que le privaba de saborear lo que tan ricamente olia.

Y el espíritu de la desobediencia se apoderó de lo que tenia más á mano el lego, que era el libro de los exorcismos.

El lego leia tan mal, que sólo leia deletreando y sólo deletreaba estropeando horriblemente las palabras y los conceptos.

El diablo se retorcia y se daba á todos los demonios en el cuerpo de la poseida escuchando los exorcismos del lego.

—¡Calla, calla, condenado á muerte, y no me martirices con tus barbaridades!—gritaba el diablo, hecho una furia del infierno.

Pero el lego continuaba barbarizando.

Y al fin el diablo dió un espantoso bramido y salió del cuerpo de la poseida, gritando:

—¡Me voy por no oirte!»

Esto contó Gumersindo un dia que tratábamos de averiguar por qué se iba la gente del teatro y las librerías.

Pero el pobre Gumersindo no tardó en no estar para cuentos, porque una tarde fué á vernos tan triste, que se le saltaban las lágrimas.

Era que la nueva Diputacion provincial le habia suspendido la pensioncilla que le habia concedido la anterior, por no haberse llenado en la concesion todos los requisitos legales.

II

Gumersindo continuaba en Madrid, estudiando con gran aprovechamiento, y probablemente ayunando muchos dias. Se guardaba muy bien de decírnoslo; pero nosotros, que lo adivinábamos, so-

líamos obligarle á participar de nuestra pobreza.

¡Con qué humildad, con qué agradecimiento, con qué amor nos pagaba lo poco que podíamos hacer para que no desmayase en la vía dolorosa que iba recorriendo!

Y en medio de sus tristezas y privaciones, ¡qué dichoso se creia viendo que todos nosotros le considerábamos, no como inferior y protegido, sino como igual y compañero! Y cuando nos reuníamos para leer ó discutir un trabajo literario ó para regocijarnos en el campo con una pobre meriendilla, siempre contábamos con él, y léjos de tratarle como si fuera el último, le tratábamos como si fuera el primero.

Ninguno de nosotros habia mejorado considerablemente en dinero, pero casi todos habíamos mejorado en honra literaria ó artística. Ya habia algunos á quienes se habia representado una comedia, ó se habia aplaudido la música de una zarzuela, ó se habia publicado un libro, ó se habia dado un puñado de duros por un cuadro, y los demas se iban haciendo conocidos y áun amigos del público con trabajos ménos importantes.

No era Gumersindo el único agregado á la colonia del Pensamiento. Éralo tambien un jóven, un niño de diez y seis años, que hoy honra con sus trabajos literarios y sus virtudes domésticas á la patria y á la familia.

Juanito (que así le llamábamos) era de muy buena índole, y mostraba ya felices disposiciones para el cultivo de las letras, al que tenia gran aficion; pero tenia el defecto de hombrear ántes de tiempo, como que ya soltaba de vez en cuándo sus artículos de crítica literaria.

Casi todos los jóvenes que se dedican á escribir para el público, empiezan precisamente por donde debieran concluir: empiezan por meterse á críticos, oficio que requiere experiencia, conocimientos, gusto literario y artístico, fijeza de opiniones y autoridad, que no puede tener un jovenzuelo, por grandes que sean su talento é instruccion.

Así se cuenta que Breton de los Herreros, pocos dias despues de estrenarse una de sus mejores comedias, y cuando ya habia conquistado el título de Terencio español, estaba muy triste, y notándolo un amigo suyo, le reconvino, preguntándole la causa.

—¡Ah, señor don Fulano!—contestó el ilustre poeta.—¿Cómo quiere usted que no me entristezca, viendo que hasta su chico de usted se cree con derecho á *aconsejarme?*

—¿Qué es lo que dice usted, señor don Manuel?

—Lo que usted oye.

Y Breton de los Herreros enseñó á su amigo un artículo de crítica teatral firmado por el chico

de su amigo, que á la sazon no pasaba de diez y seis años, y terminaba su trabajo crítico diciendo: «*Aconsejamos* al señor Breton de los Herreros», etc.

Juanito era aún más dichoso que Gumersindo con que le permitiéramos hombrearse con nosotros, porque eso de llenarse la boca entre sus condiscípulos de la Universidad ó en las redacciones de los periódicos, adonde se colaba aunque fuera por el ojo de la cerradura, diciendo: «Mi amigo Fulano»—«Mi amigo Mengano», refiriéndose á alguno de los de la colonia, y con preferencia á los que habian visto representar una de sus comedias ó zarzuelas, ó les habian publicado un libro, ó habian recibido un puñado de duros por un cuadro, eso era para él la suprema felicidad y el supremo orgullo.

Cualquier encargo que recibiese de nosotros le hacía, como suele decirse, de cabeza, no tanto porque naturalmente era servicial y bondadoso, como porque se creia soberanamente honrado con que se supiese que merecia nuestra confianza.

El padre de Juanito era uno de los hombres más notables de España. Querido y respetado de todos, naturalmente lo era más de su familia y parientes, entre los que habia no pocos que debian á su proteccion los puestos que ocupaban en la administracion del Estado. Juanito era el niño

mimado de la casa, ó mejor dicho de la parentela, por la principal y sencilla razon de que lo era de su padre.

Don Nicolas, uno de los tios de Juanito y jefe de negociado en la Direccion General de Instruccion Pública, cuyo destino debia, no tanto á sus indudables merecimientos, como á la proteccion de su cuñado, era hombre de genio vivo y carácter áspero, pero se guardaba muy bien de responder con un sofion á las impertinencias de su sobrino, porque sabía que ofender á éste era ofender donde más le dolia á su cuñado, que estaba chocho con el chico.

Ya he dicho que Luis era uno de los jóvenes que más honraban á la colonia. Ésta habia fundado en él sus más legítimas esperanzas; y no se habia equivocado, porque la representacion de la primera comedia de Luis habia dado al autor un puesto envidiable entre los dramáticos españoles.

Luis estaba una mañana trabajando en su casa, cuando se le presentó Gumersindo.

Luis recibió al muchacho con el cariño y la amistosa expansion con que todos los colonos le recibíamos siempre, y le hizo sentar á su lado.

—Don Luis,—le dijo Gumersindo,—yo vengo á pedirle á usted, ó más bien á exigirle un favor tan grande, que quizá dependan de él mi porvenir y el de mi familia.

—Ya sabes, querido Gumersindo,—le contestó Luis,—que puedes contar con él si está en mi mano el hacértele.

—En el Instituto de Vergara se va á proveer una plaza de ayudante, para la que tengo títulos literarios suficientes. Si se proveyese en mí, sería yo feliz y lo sería mi familia, porque me permitiria terminar, sin gravámen de nadie, los estudios que necesito para ingresar en uno de los cuerpos facultativos del Estado. He solicitado esa plaza, pero para conseguirla necesito una buena recomendacion, y no tengo más que la que usted pueda proporcionarme.

—Pues, amigo Gumersindo,ház cuenta que no tienes ninguna, porque yo no conozco á nadie que pueda apoyar tu pretension.

—Debo recordar á usted, querido don Luis, que don Nicolas, el tio de Juanito, es el jefe del negociado, y usted, que entre todos los colonos es el más respetado, pudiera encargar á Juanito que hablase á su tio.

—Se lo encargaré inmediatamente, pero será inútil, porque su tio le recibirá con mucho mimo y no te dará la plaza.

Gumersindo calló, desconsolado con la pérdida de su única esperanza, y Luis calló tambien, meditando y buscando en su fecunda imaginacion y en su corazon, más fecundo aún para el bien,

algun medio verdaderamente eficaz de favorecer al pobre Gumersindo.

De repente se animó la fisonomía de Luis, que exclamó, estrechando la mano de Gumersindo:

—No te desanimes, que estoy ya casi seguro de que será para tí la plaza que has solicitado.

—¿Por qué medio, don Luis?—preguntó Gumersindo lleno de alegría.

—Por medio del ingenio.

—¡Bien sabía yo que el de usted era grande!

—No se trata del mio. Al tuyo deberás la plaza que solicitas.

—¿Cómo, don Luis?

—En su dia lo sabrás. Ahora, lo único que debes saber es que inmediatamente debes ir á decir á Juanito que haga el favor de venir á verme lo más pronto posible.

—Voy á la Universidad, allí le veré, le diré que venga, y vendrá despues de clase.

Gumersindo se fué, y Luis quedó pensando que no hay cuento, por malo que sea, que no sirva para algo bueno, pues á uno de los ménos ingeniosos, aunque no de los ménos oportunos, debia él el medio de favorecer al que le habia contado. Habiendo contado yo más de ciento, ¡figúrense ustedes si me habrán salido favorecedores, y por tanto si estaré medrado!

III

Juanito se presentó despues de mediodía en el despacho de Luis.

Dióle éste un cigarro, pues ya sabía que Juanito estimaba en mucho este obsequio, no tanto por lo que el cigarro valia, como por poder decir entre sus condiscípulos: «¡Señores, para cigarro bueno, el que me ha dado hoy mi amigo Luis!»

—Oye, Juanito: te he llamado porque me vas á hacer un favor.

—Con muchísimo gusto, don Luis.

(Juanito sólo suprimia el *don* cuando Luis no estaba presente.)

—Vas á ver ahora mismo á tu tio don Nicolas, y le vas á decir que tienes gran interes en que se dé á Gumersindo una plaza de ayudante en el Instituto de Vergara, que ha solicitado. Si te contesta que se le dará, vienes inmediatamente á decírmelo, y si no, te estás allí lo ménos una hora dando conversacion á tu tio, de quien te despides hasta mañana.

—Está muy bien, don Luis,—contestó Juanito.

Y echó á correr hácia el ministerio de Fomento, chupando su cigarro. Poco más de una hora despues volvió á casa de Luis.

—¿Qué te dijo tu tio?

—Me dijo que era imposible dar á Gumersindo la plaza, porque la solicitan otros que tienen grandes recomendaciones.

—Bien. ¿Y qué hiciste despues que te dijo eso?

—Nada, lo que usted me mandó: estarme en el despacho más de una hora dando conversacion á mi tio, aunque mi tio me decía que estaba muy ocupado...

—Perfectamente, Juanito. Mañana, á la misma hora, vuelves, preguntas á tu tio qué hay de la plaza, y si no te dice que es para Gumersindo, te estás allí otra hora dándole conversacion, te despides con un «Hasta mañana», y vienes á decirme lo que ha habido.

—Pierda usted cuidado, don Luis, que así lo haré.

A la tarde siguiente volvió Juanito á casa de Luis, y éste le preguntó:

—¿Has visto á tu tio?

—Sí señor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho: «Pero, hijo, ¿por qué te has molestado en venir, si te dije ayer que era imposible complacerte?»

—¿Y qué has hecho despues?

—Nada, lo que usted me mandó: estarme allí dando conversacion á mi tio.

—¿Y tu tio estaba muy contento con que se la dieses?

—¡Qué sé yo qué le diga á usted, don Luis! Se movia en su asiento como si tuviera hormiguillo, y todo era decir que estaba muy ocupado.

—¡Bien, hombre, bien! Mañana vuelves á verle, le preguntas qué hay de la plaza, y si te dice lo mismo, te estás allí tambien dándole conversacion, y pasada una hora, te despides con un «Hasta mañana», y vienes á decirme lo que ha ocurrido.

—Pues hasta mañana, don Luis.

—Hasta mañana, Juanito.

La tarde siguiente entró Juanito muy alegre en el despacho de Luis.

—¿Qué hay, amigo Juanito?—le preguntó Luis dándole un cigarro, que aumentó la alegría del aprendicillo de escritor.

—Pues nada, don Luis; llegué y le pregunté á mi tio qué habia de la plaza, y me contestó muy incomodado: «¡Hijo, qué molino eres! ¿No te he dicho y redicho que no se le puede dar á ese jóven, porque hasta amigas íntimas del señor ministro la han pedido para otro de los que la han solicitado?»

—¿Y qué hiciste en vista de esa contestacion?

—Nada, me puse á darle conversacion á mi tio, aunque se movia en su asiento con tan mal

humor, que parecia que le estaban pinchando, y así que pasó la hora, le dije: «Adios, tio, hasta mañana que volveré á ver si hay algo».

Entónces mi tio dió un puñetazo en la mesa muy enfadado y me dijo: «Sí, hijo, vuelve mañana y te llevarás la credencial que voy á extender ahora mismo para presentarla hoy á la firma».

—¡Venga un abrazo, amigo Juanito,—exclamó Luis,—que te has portado como un hombre!

Y no pudiendo regalar á Juanito una caja de cigarros habanos, porque no la tenia, y aunque la hubiera tenido no se la hubiera regalado, porque el pulmon de Juanito no estaba aún para purear, le regaló una cajetilla de pitillos de ésos que saben á rejalgar de lo fino.

Juanito salió á escape por esas calles de Dios, en busca de condiscípulos suyos á quienes dar á probar los cigarros que le habia regalado su amigo Luis.

IV

Gumersindo recibió llorando de agradecimiento y alegría la credencial que le entregó Luis.

—¡Gracias, don Luis, gracias!—exclamó queriendo besar la mano de su protector, que la retiró y le dijo abrazándole:

—Dáselas al recuerdo de tu cuento de los

Exorcizadores. Lo que ha pasado, todo es consecuencia de tu cuento.

Gumersindo salió para Vergara.

Pasaron años. Los colonos nos fuimos dispersando, sentándose unos en los escaños del Congreso, y otros en las poltronas ministeriales, otros en las Academias, otros en el templo de la gloria literaria ó artística, y otro, que era yo, en el apartado y humilde hogar de la casa nativa en los valles de Vizcaya, y no volvimos á saber de Gumersindo.

Sin embargo, Luis y Diego, otro de los colonos, inseparable amigo de Luis, habian sabido de él hacía años.

Una tarde, hácia el de 1858, estaban sentados en una alameda del Puerto de Santa María, y vieron que dos capitanes de infantería de Marina se paraban junto á ellos, contemplándolos con mucha atencion. Uno de los capitanes se decidió á pronunciar el ya ilustre apellido de Luis, y como éste le contestase, el capitan abrió los brazos y estrechó en ellos á Luis y á Diego, lleno de alegría.

—No tenemos el gusto de conocerle á usted,— le dijo Luis.

—Yo sí les conozco á ustedes. ¡Y cómo no, don Luis, si á usted debo todo lo que soy, todo lo que espero y toda la felicidad que he proporcio-



nado y espero proporcionar á mi familia! Yo soy Gumersindo.

Es inútil decir el gozo que Luis y Diego experimentaron con este inesperado encuentro.

Gumersindo les dijo que ya sabía que estaban en aquel país, porque se lo habia dicho su amigo y compañero el otro capitan, que lo sabía por ser de Sanlúcar de Barrameda, compatriota de Luis y primogénito del marqués de Espínola.

Militares y paisanos pasaron la tarde juntos y se separaron para no volverse á ver.

A mediados del año 1874, Luis estaba enfermo, y Diego y yo pasábamos las primeras horas de la noche junto á su lecho. Conversábamos y hasta leíamos los periódicos de la noche, porque el mal de Luis, aunque grave, no le impedia la conversacion ni la lectura. Muchas veces nos habíamos acordado de Gumersindo, y Luis y Diego me habian contado su encuentro con él y el hijo del marqués de Espínola en el Puerto de Santa María; pero lo único que habian vuelto á saber de ellos era que juntos habian peleado como leones en la guerra de Santo Domingo, y en la batalla de Monte-Cristi habia muerto Espínola al lado de Gumersindo.

Una noche leíamos *La Correspondencia de España*, y encontramos en ella la triste é inesperada noticia de que el bravo coronel de infantería

de Marina don Gumersindo Boronat habia fallecido regresando de Filipinas á España.

Los tres rezamos y lloramos por Gumersindo, y pocos dias despues Diego y yo rezamos y lloramos por Luis, que acababa de morir en nuestros brazos, y miéntras no se maldiga en España el culto de las letras, como se ha empezado á maldecir el culto de Dios, será reverenciado en el catálogo de los españoles ilustres (aunque la Academia Española de la Lengua le haya dejado morir sin llamarle á su seno) con el nombre de don Luis de Eguílaz.

TRAGA-SARDINAS.

AL SEÑOR DON RAIMUNDO DE MIGUEL.

Como usted, mi querido y respetado amigo, es autor de la mejor coleccion de fábulas morales que se ha escrito en lengua castellana, el recuerdo del fabulista Samaniego, que evoco en este cuento, ha traido á mi memoria el de usted, siempre grato para mí, porque ademas de ser el de un maestro benemeritísimo, el de un poeta esclarecido y el de un ciudadano tan honrado en la vida privada como en la vida pública, es para mí el de un excelente amigo. Una humilde florecilla del campo salpicada de rocío es recuerdo tan tierno como una flor de oro salpicada de brillantes, y por eso me atrevo á ofrecerle á usted esta humilde florecilla de mi ingenio.

I

El insigne fabulista alaves don Félix María de Samaniego casó en Bilbao, donde vivió mucho tiempo y dejó muchos recuerdos de su donoso ingenio. Samaniego es en Bilbao algo parecido á lo que es Quevedo en Madrid, ó mejor dicho en España: no hay agudeza de ingenio que no se le atribuya con más ó ménos verosimilitud. Sin embargo, se cuentan allí muchas que indudablemente son suyas, y á este número pertenece la anécdota que voy á contar. Es posible que esta anécdota no sea original del mismo Samaniego, y sí sólo una de aquellas imitaciones de que tan discreto ejemplo nos dió en muchas de sus fábulas, cuyo pensamiento pertenecia á los fabulistas que le precedieron, desde Esopo á Lafontaine; pero no por eso tiene ménos gracia, á pesar de lo pícaramente que yo la voy á contar.

Samaniego tenia mucha aficion á la villa de Marquina, que, aunque chiquitita, es muy linda, apacible y honrada, y es en Vizcaya el pueblo de más recuerdos literarios, como que de allí eran los Mogueles, que escribieron en vascuence libros piadosos muy buenos y en castellano disertaciones filológicas muy discretas, y hasta hubo en la misma familia una señora que tradujo en lindos

versos vascongados una coleccion de fábulas; de allí procedian los Astarloas, uno de los cuales dió á luz la *Apología de la lengua vascongada*, y dejó inéditos trabajos importantísimos sobre el mismo asunto (1); allí residió largo tiempo el ilustre Guillermo de Humboldt estudiando y aprendiendo la lengua vascongada, para publicar luégo sus doctísimas demostraciones de que aquella lengua es resto venerable y apénas adulterado de la que se habló en la generalidad de la península ibérica ántes de la dominacion romana; y por último, de allí proceden los Munibes, uno de ellos fundador de la famosa Sociedad Vascongada, que dió orígen á las de Amigos del País, y en cuya patriótica empresa invirtió la enorme suma de noventa mil ducados, dato histórico que yo he tenido ocasion de comprobar en el archivo del señor conde de Peñaflorida, digno nieto de aquel ilustre patricio, que tiene su patriarcal hogar en Marquina.

No es extraño, pues, que Samaniego, con sus aficiones literarias y su amor á lo apacible, honrado y hermoso, gustase de pasar largas temporadas en Marquina, dejando á su hacendosa y va-

(1) Los principales de estos trabajos son unos *Discursos filosóficos de la lengua vascongada*, cuyo manuscrito obra en poder de la Diputacion general de Vizcaya, esperando que se proceda á su impresion, como lo tiene acordado el Señorío.

ronil mujer el cuidado de la casa y cuantiosos bienes que tenia en Bilbao y sus cercanías, tanto más, cuanto que su mujer estaba siempre en sus glorias con el tráfago de criados é inquilinos.

II

En Vizcaya hay grandes trabajadores, pero tambien hay grandes comedores. Si yo fuese á contar las historias de Heliogábalos vizcaínos que he recogido andando por allí de villa en villa, de aldea en aldea y de casería en casería, escribiria un libro muy curioso; pero como dicen que para muestra basta un boton, me contentaré con mostrar, no uno, sino un par de botones.

En una taberna de Munitibar, que es al pié del monte Oiz, donde se inicia el valle de Lequeitio, hay un letrero hecho á punta de cuchillo, en una puerta, y su historia es la siguiente:

Un anochecer llegaron á la taberna tres lequeitianos, uno de ellos eclesiástico, y determinaron pernoctar allí porque iban de Bilbao y se les hacía ya tarde para continuar á Lequeitio, que está de allí cosa de dos leguas.

—Por supuesto,—dijeron á la tabernera,—tendrá usted cena abundante que darnos?

—¡Ojalá que no tuviera tanta!—contestó la tabernera.—Esta mañana han pasado por aquí

trece pícaros canteros marquineses, que decian iban á Guernica y volverian á mediodía, y despues de haberme encargado que les tuviera dispuesta una buena comida, no han vuelto, y ha quedado todo como quien dice para los cerdos.

—Aquí estamos nosotros para cenarnos lo de los trece, y más que fuera,—dijeron los lequeitianos.

La tabernera tomó esto á broma, pero una hora despues se habia convencido de que no lo era, pues los tres lequeitianos no habian dejado ni los huesos de la comida preparada para los trece canteros.

Y no contentos con esto aquellos bestias (salva la corona del que la tenia), al irse la mañana siguiente, despues de almorzar fuerte, escribieron en la puerta del comedor con la punta de un cuchillo:

«El dia tantos de tal mes y de tal año se cenaron aquí Fulano, Zutano y Mengano la comida dispuesta para trece.»

Como el hecho es histórico y público y notorio en el valle de Lequeitio, no he querido callar, por más que me pese, la circunstancia de que el héroe principal de esta hazaña fué un señor cura, para tener ocasion de honrar á los buenos sacerdotes, que abundan en Vizcaya, y execrar á los malos, que allí son pocos, y sobre todo para ro-

gar á los lectores que pidan á Dios le haya perdonado su glotonería, pues murió hace años, poco ménos que reventado á fuerza de comer.

El otro boton que voy á presentar de muestra es un caballero de Marquina, llamado don Lésmes, aunque más conocido por Traga-sardinas y célebre por su insaciable apetito. Cuéntase que don Lésmes apostó un dia á que se comia dos docenas de sardinas frescas y se bebia una azumbre de vino miéntras el reloj de la villa daba las doce, y ganó la apuesta, pues al dar el reloj la undécima campanada, don Lésmes se quitaba con el último trago de vino el dejo de la última sardina. A esta hazaña debia el apodo de Traga-sardinas.

III

Don Lésmes era uno de aquéllos que viven para comer, en lugar de comer para vivir. A pesar de ser caballero de casa solariega bastante rica, era solteron, porque todos sus afectos estaban en el estómago y no un poquito más arriba. Un poquito más arriba ni un poquito más abajo no tenia afecto alguno. No consistia su celebridad sólo en su insaciable apetito, sino tambien en su creencia de que el dia que le perdiese ya podia ponerse bien con Dios, porque sin remedio era hombre muerto. Esta creencia tenia su orígen en

una broma que habian querido darle sus amigos. Como fuese hombre que dividiese su amor á la manducatoria con su amor á la vida, sus amigos habian querido darle un susto tremendo haciéndole creer que se hallaba en inminente peligro de muerte. Puestos de acuerdo al efecto con el médico de la villa, éste le anunció que en el momento en que le faltase el apetito debia disponerse á morir, porque su muerte estaba próxima. Don Lésmes creyó á piés juntillas al médico, porque era tan crédulo y candoroso cuanto comilon, y preparado así, sus amigos se dedicaron á hacerle perder el apetito; pero quienes se llevaron chasco fueron ellos y no don Lésmes, á quien nunca lograban ver harto.

Fué por Marquina el insigne don Félix María de Samaniego, que ya he dicho gustaba de pasar allí largas temporadas, y como le contasen lo inútiles que habian sido sus esfuerzos para asustar á don Lésmes y apelasen á su ingenio para conseguirlo, el buen don Félix les dijo:

—Déjenlo ustedes á mi cargo, que yo apretaré un poco mi flojo ingenio á ver si cumplo con una fábula en accion el precepto de Horacio.

Samaniego vivia en una casa aislada en las cercanías de la villa.

Don Félix y don Lésmes se encontraron al anochecer al retirarse del paseo.

—¡Oh, señor don Félix!

—¡Oh, señor don Lésmes! ¿Cómo va esa humanidad?

—Bien, á Dios gracias, pues el apetito se conserva excelente. Hoy despues de comer me fuí á dormir la siesta acostumbrada, que nunca baja de un par de horas; pero no habia pasado una, cuando me despertó el pícaro gusanillo...

—Le envidio á usted el buen apetito, porque yo le tengo fatal.

—Dios me le conserve, porque el dia que le pierda me voy inmediatamente al otro barrio, segun me ha dicho el médico.

—Hombre, ya podia usted acompañarme mañana á comer, porque mañana es mi cumpleaños y me voy á aburrir comiendo solo, y sobre todo con la falta de apetito que tengo estos dias.

—Pues acepto el convite.

—Y no le pesará á usted, amigo don Lésmes, pues me han mandado de Laguardia un barril de vino rancio y una docena de perdices, que deben ser cosa buena.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡Cómo se regala este pícaro de don Félix! Pues allá me tendrá usted, y harémos por sacar el escote.

—Váyase usted temprano, que quiero que almorcemos, comamos y cenemos juntos, porque no le suelto á usted hasta el dia siguiente.

—¡Je! ¡je! ¡je! Así que despache el chocolate, las *paminchas* y el vaso de leche, y duerma la reposada, me tiene usted por allá. Ahora vamos á ver si nos dan de cenar, que me voy cayendo de debilidad con el paseito que hemos dado hasta Urberoaga.

—Pues lo dicho, señor don Lésmes.

—Lo dicho, señor don Félix.

IV

A las ocho de la mañana siguiente subia don Lésmes las escaleras de casa de Samaniego. Se levantaba temprano, sirviéndole de despertador el estómago, cuya debilidad fortificaba con un tazon de cuatro onzas de chocolate, tres ó cuatro paminchas (que son unas tortas de pan muy sabrosas, como de cuarteron cada una), y la leche que cabia en uno de aquellos tremendos vasos de asa que suele haber en las aldeas. Lo que llamaba don Lésmes la *reposada* era una hora de sueño en el sillon, porque hasta despues del chocolate habia de dormir siempre el buen don Lésmes, si bien entónces se contentaba con dormir en el sillon y no en la cama, como hacía despues de almorzar y comer.

A las nueve terminaban Traga-sardinas y Samaniego un abundante almuerzo, en cuya pre-



paracion habia hecho prodigios de habilidad y esmero la cocinera.

Samaniego era buen comedor, pero excitó vivamente la compasion de don Lésmes con su falta de apetito, que decia haber perdido hacía algunos dias.

—Ea,—dijo don Félix á su huésped,—supongo que ahora querrá usted echar el sueñecillo acostumbrado?

—Eso ya se sabe; sin la reposada ni áun el chocolate me sienta bien.

—Pues venga usted á su cuarto, y duerma á sus anchas.

Don Félix acompañó á don Lésmes á uno de los cuartos más hermosos y retirados de la casa; don Lésmes se desembarazó de la ropa exterior y se acostó, y don Félix, despues de cerrar cuidadosamente la ventana para que la luz no le molestara, se salió del cuarto llevándose recatadamente el reloj de don Lésmes, que éste habia colocado sobre la mesita de noche.

Hecho esto, Samaniego adelantó la hora, así del reloj del comedor como del de don Lésmes, haciendo que ambos señalaran la una, y acercándose de puntillas al cuarto de don Lésmes escuchó, y como notase que éste roncaba ya como un marrano, entró y colocó el reloj sobre la mesa de noche.

V

Media hora despues, es decir, ántes de las diez de la mañana, don Félix entró en el cuarto de don Lésmes, gritando al mismo tiempo que abria la ventana:

—¡Arriba, señor don Lésmes!

—¿Qué hay, señor don Félix?—preguntó don Lésmes, despertando sobresaltado.

—¡Qué ha de haber, hombre! Que está ya la sopa en la mesa.

—¿Pues qué hora es?

—¡La una dada!

—¡La una! ¡No puede ser, hombre!

—Vea usted el reloj.

—En efecto,—dijo don Lésmes mirando su reloj.—¡Pero hombre, si me parecia que acababa de quedarme dormido!

—Es que tiene usted un sueño de ángel, y se conoce que le ha sentado bien el almuerzo.

—Hombre, sí, á Dios gracias.

—Supongo que habrá buen apetito?

—Ese, á Dios gracias, no le pierdo yo nunca.

—Y eso que el almuerzo fué muy fuerte. Vamos á la mesa, que la comida no lo será ménos.

Don Félix y don Lésmes pasaron al comedor. Todavía parecia al segundo como que no habian



transcurrido cuatro horas desde que terminó el almuerzo; pero el reloj del comedor, que, como el suyo, señalaba más de la una, acabó de disipar sus dudas. Por casualidad, el de la villa estaba aquel dia parado.

La comida fué magnífica. Cada vez que salia un nuevo plato, el rostro de don Lésmes se iluminaba de alegría, porque aquellos manjares eran capaces de abrir el apetito á un muerto, por más que ni esto ni el ejemplo del buen diente de don Lésmes bastasen á vencer la parquedad de Samaniego, que la explicaba con lo desganado que andaba hacía dias.

Terminada la comida ántes de las tres, don Lésmes, reventando de lleno, se fué á dormir la siesta, acompañándole al cuarto don Félix, que cerró cuidadosamente la ventana para que no le molestara la luz, y salió, apoderándose del reloj del tragaldabas y diciendo que él iba tambien á dormir una buena siesta.

Pero en lugar de ir á dormir la siesta, Samaniego se entretuvo en poner el reloj de don Lésmes y el del comedor á las nueve, en cerrar con el mayor esmero todos los balcones y ventanas de la casa y encender la lámpara del comedor, miéntras las criadas hacían todas las transformaciones necesarias para la cena.

Acercóse don Félix á oscuras al cuarto de

Traga-sardinas, y como oyese á éste roncar, entró, y dejando el reloj sobre la mesa de noche, salióse y fué á recibir y encerrar en el cuarto contiguo al comedor á una porcion de amigos suyos y de don Lésmes, incluso el médico de la villa, á quienes sintió subir sigilosamente la escalera.

Poco despues tomó una luz y se dirigió al cuarto de Traga-sardinas.

VI

—¡Señor don Lésmes! ¡Señor don Lésmes!—gritó don Félix desde la puerta.

—¿Qué ocurre?—contestó don Lésmes, despertando sorprendido con la luz artificial y aquellas voces.

—¿Está usted malo?

—No, á Dios gracias. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque tanto dormir me va dando malísima espina.

—¿Cómo que tanto dormir, si no hace media hora que me acosté?

—¡No tiene usted mala media hora, cuando lleva durmiendo cerca de seis!

—¿Pues qué hora es?

—Las nueve.

—¿Las nueve?

—Sí señor; y si no, vea usted el reloj.

—¡En efecto!—exclamó don Lésmes, consultando el reloj.—¡Pero si se me habia hecho la siesta un cuarto de hora!

—¡Dichoso usted, que tan apacible sueño tiene! Ea, arriba, vístase usted y vamos á cenar.

—¡A cenar!...—murmuró don Lésmes poniéndose malhumorado, porque creyó que su estómago no recibia aquella noticia con la satisfaccion de costumbre.

—Sí señor, á cenar. ¡Pues qué! ¿No le parece á usted aún hora? Yo mismo me estoy cayendo de debilidad, á pesar de lo desganado que ando estos dias. Ya veo que del decantado apetito de usted hay que rebajar mucho.

Don Lésmes se vistió y un poco caviloso se dirigió al comedor, cuyo reloj marcaba, como el suyo, más de las nueve, y don Félix y él se sentaron á la mesa.

Sirviéronles una ensalada de lechuga con rajas de huevo, que por aquella tierra suele servir de introduccion, así como en otras suele servir de postre, y ambos le hicieron los honores correspondientes.

Tras la ensalada vino una enorme fuente de perdices estofadas, que eran el manjar más codiciado de don Lésmes. Éste sonrió de alegría al ver las perdices; pero Samaniego notó que al lle-

varse á la boca un trozo de tentadora pechuga, se puso descolorido y masticaba como con repugnancia.

—Amigo don Lésmes,—dijo don Félix trinchando con delicia el tercer muslo de perdiz,—es necesario convenir en que á ataque de perdiz no hay inapetencia que resista.

Don Lésmes, que á su vez se llevaba á los labios otra pechuga, dejó caer al plato tenedor y presa, exclamando con terror y desesperacion:

—¡Ay, señor don Félix!... ¡Soy hombre perdido!

—¿Por qué, señor don Lésmes?

—Porque ha llegado mi última hora. ¡Que venga el médico, ó mejor dicho que venga mi confesor!

—¿Ha perdido usted el juicio, señor don Lésmes?

—¡No, lo que he perdido es el apetito, que es en mí tanto como perder la vida!

Y don Lésmes, llorando y aterrado, clamaba por que llamaran al médico, ó más bien á su confesor, porque se moria sin remedio.

Una de las criadas hizo que salia precipitadamente, y un instante despues entró en el comedor seguida del médico, á quien decia haber tenido la fortuna de encontrar apénas puso el pié en la calle.

En efecto, Traga-sardinas sentia ánsias de muerte y creia llegado su postrer instante.

—¿Qué ocurre, señor don Lésmes?—le preguntó el médico.

—¡Que he perdido el apetito!

—¿Comiendo á las horas regulares?

—¡Sí señor!

—Si es así, ¡caso desesperado tenemos!

Oyéronse pasos precipitados en el corredor, y entraron los amigos de Traga-sardinas fingiéndose profundamente consternados.

—Don Lésmes, ¿qué es lo que ocurre?

—¡Que ha llegado mi última noche!

—Dirá usted su último dia.

—¡Ay! ¡Ya no veré el de mañana!

—Pero verá usted el de hoy,—dijo el médico.—Que abran esos balcones para que el moribundo respire el aire libre.

Una criada abrió de par en par el balcon del comedor, y el sol, que todavía estaba muy léjos del Ocaso, inundó el comedor de luz é hirió el rostro de don Lésmes, que dió un grito de alegría y sorpresa, al mismo tiempo que todos los circunstantes prorumpian en ruidosas carcajadas y aplausos á Samaniego, calificando de su más ingeniosa fábula la que acababa de poner en accion.

—Señor don Félix,—exclamó el médico,—falta la moraleja de la fábula.

—Entre la fábula y la moraleja debe haber algun espacio,—contestó don Félix.

Poco tiempo despues, los amigos de don Lésmes y de don Félix fueron á dar al segundo la noticia de que el primero, al terminar una comilona, habia reventado de lleno.

—¡Ahí tienen ustedes la moraleja de la fábula!—exclamó el señor don Félix con tristeza.

FIN DE LOS CUENTOS DEL HOGAR.

APÉNDICE.

Muchas veces me han honrado escritores, así nacionales como extranjeros, dando noticias de mi vida y mis escritos, tomadas y deducidas de estos últimos; pero al dar estas noticias se ha incurrido en tantos errores, que más de una vez he tenido tentaciones de rectificarlos por medio de una auto-biografía; y á escribir ésta é incluirla en uno de mis libros estaba ya decidido, cuando en 15 de Enero de este año apareció en la *Revue des Deux Mondes*, que goza de crédito y fama universales, un detenido estudio de mi vida y mis òbras, debido á Mr. L. Luis Lande, uno de los más ilustrados redactores de tan importante periódico. Mr. Lande me habia escrito precedentemente pidiéndome algunos apuntes de mi vida, que le envié, y esta prevision, unida al talento del escritor frances, ha dado por resultado que el trabajo crítico y biográfico de que se trata no ado-

lezca de las inexactitudes de otros análogos dados á luz sin consultarme. Para que se comprenda la magnitud de algunos de estos errores, citaré un ejemplo, aunque sospecho que fuese en esta ocasion el error intencionado. *La Tribuna*, periódico de Buenos-Aires, indignada de que yo hubiese calificado de bárbaro é infame el asesinato del señor Moreno, presidente del Ecuador, perpetrado por dos hombres que le hirieron por la espalda despues de saludarlos afablemente al salir solo del palacio de la presidencia, me ha biografiado del siguiente modo: «El señor Trueba es un poeta distinguido, autor de algunos romances jocosos y pastoriles, que, aquí para entre nosotros, son un síntoma infalible de decadencia literaria. Cuando pinta las campiñas de Vizcaya, las danzas de sus pastoras, las escenas de la vida de las montañas, suele tener pinceladas maestras; pero como escritor político es un Veuillot mediocre, un sectario ciego del absolutismo y de las ideas añejas que mantienen esclava de sortilegios y supersticiones á la Europa moderna». ¡Así se escribe la historia!

El estudio con que me ha honrado la *Revue des Deux Mondes* me ahorra, con grandes ventajas, el trabajo de una auto-biografía, en que naturalmente la modestia (¡no faltaba más que yo no me calificase de modesto!) habia de excluir todo juicio de mis merecimientos como hombre y

como escritor. Voy, pues, á traducir casi íntegro el sentido y hermoso trabajo de Mr. L. Luis Lande con toda la fidelidad que me sea posible, permitiéndome únicamente rectificar por medio de algunas notas, y áun de tal cual sustitucion de palabra en el texto, algunos leves errores en que no es de extrañar haya incurrido el estimabilísimo escritor frances, más que por culpa suya, por culpa mia, pues le envié unos concisos y desordenados apuntes, en lugar de enviarle una extensa y minuciosa noticia de mi humilde y poco interesante vida. Doy públicamente las gracias al discreto redactor de la *Revue des Deux Mondes* por la excesiva bondad con que me ha juzgado, y paso á verter en nuestra lengua su trabajo literario, con su permiso y el del dignísimo director de la *Revue*, Mr. Buloz.

UN NARRADOR ESPAÑOL.

ANTONIO DE TRUEBA.

I

«A los autores españoles en general hay que hacerles la justicia de decir que se dedican sinceramente á escribir obras honradas, y que aunque careciesen de otro mérito, tendrian el de desdeñar el éxito de mala ley,

pues no dan la preferencia al estudio de las fealdades sociales, y se abstienen de establecer una especie de indiferencia estética entre el mal y el bien. Cierto que estos escrúpulos no bastarian á suplir las diversas cualidades que forman el escritor; pero no obstante, es incalculable lo que el talento mismo gana con ellos en autoridad, en encanto y en atractivo. Antonio de Trueba, narrador y poeta, goza allende los Pirineos de verdadera reputacion: el pueblo canta sus versos, y sus cuentos se leen en todas partes. No es que se distinga por la grandeza de sus concepciones, ó la extension de sus conocimientos; quizá haya quien le aventaje en imaginacion fecunda, en espíritu penetrante, en giro vivo y original; pero en cambio nadie le aventaja en corazon sensible y bueno, y de esta cualidad procede lo mejor de sus obras. Lejanos recuerdos de la infancia, cantos de esperanza ó de pesar, todas esas páginas escritas sin pretension, respiran como un perfume de honradez que seduce; sin querer se siente uno subyugado por ese tono sencillo y natural, por esa ingenuidad encantadora, por esa emocion dulce y penetrante que el arte no imita, pero que permite á veces elevarse hasta el arte.

Luégo, trasladándose á la juventud oscura del autor, considerando los obstáculos que parecian impedirle la entrada en la carrera literaria, hay que convenir en que el mismo sentimiento de dignidad moral que sostenia su carácter en medio de tales pruebas, ha contribuido no poco á engrandecer su talento.

Trueba es vascongado: nació en Montellano, aldeita del concejo de Galdámes en las Encartaciones, con cuyo nombre se designa desde tiempo inmemorial toda la parte occidental del Señorío de Vizcaya, desde Bilbao á la provincia de Santander. Segun su partida de bautismo, vino al mundo en 24 de Diciembre de 1819, pero él tiene excelentes razones para creer que nació dos años despues (1).

Estaba aún en la lactancia cuando sus padres, dejando á Montellano, fueron á vivir á la casería de donde su padre procedia, que era en el inmediato concejo de Sopuerta. Sus padres eran sencillos labradores que llevaban, como sus vecinos, la vida tranquila y laboriosa que basta á la felicidad del campesino vascongado. En aquellas montañas, más que en otras partes, la cosecha se consigue á precio de constantes esfuerzos y duras fatigas. Las tierras labrantías, situadas á veces en pendientes arduas, tienen que cultivarse á mano, y las mismas mujeres ayudan en el trabajo á sus maridos. Es muy comun que el alimento de la pobre familia se componga de pan de maíz, legumbres y frutas; pero llega el dia del descanso, y toda la aldea está de fiesta. Despues de misa, los mayores se reunen en el campo de la iglesia para conversar sobre el estado de los campos

(1) Aquí Mr. Lande explica estas razones, que omito porque creo carezca de toda importancia, sobre todo en España, la averiguacion de si nací á fines de 1819 ó á fines de 1821.



y los asuntos públicos, miéntras los jóvenes empeñan un gran partido de pelota ó bailan con sus novias. Así transcurren para todos los años en uniforme y feliz oscuridad; y el mismo Trueba no hubiera deseado otra cosa, á no sobrevenir acontecimientos que debian variar el curso de su vida, y ocasionar á España, segun su expresion, «un labrador ménos y un poeta más».

Era á fines del año 1836, y hacía más de tres que don Cárlos, hermano menor de Fernando VII, habia tomado decididamente las armas para sostener sus pretendidos derechos á la corona; vascongados y navarros, toda esa fuerte raza de montañeses, arrastrados unos por espíritu de aventura, temiendo otros por sus fueros que creian amenazados, se habian declarado en su favor, y por tanto contra la monarquía liberal y constitucional (1). El encarnizamiento llegaba al colmo por ambas

(1) No todos se declararon contra la monarquía constitucional, sino la mayoría en número, que era minoría en riqueza é ilustracion, como ha sucedido en la guerra que ha terminado al escribirse esta nota. Es de advertir que en 1812, como en 1820, los constitucionales, así que fueron gobierno, se apresuraron á suprimir las libertades vasco-navarras, á pesar de que estaban aquilatadas en la experiencia secular y eran más amplias y más españolas que las decretadas y preconizadas por ellos. Este es el gran error y la gran injusticia en que incurrió para con los vasco-navarros la escuela llamada liberal desde el momento en que fué poder en España. Muchas lágrimas y mucha sangre han costado, así á los vasco-navarros como á los demas españoles, este error y esta injusticia, y quiera Dios que no cuesten aún más!

partes, la exasperacion era indecible; en toda la línea del Ebro y desde el Norte al Mediodía no cesaban los combates, la matanza, el saqueo y el incendio; y si las Provincias Vascongadas no eran las que más sufrian con la presencia de los cristinos, merced á la habilidad de sus generales y al valor de sus soldados, la guerra no por eso dejaba de costarles muchas angustias é inquietudes. Todos los jóvenes útiles, unos tras otros, eran obligados á tomar las armas apénas salian de la niñez. ¡Cuántos de los que partian abandonando el cultivo de la heredad paterna, iban para no volver! Antonio de Trueba acababa de cumplir los quince años; naturalmente dulce y bueno, carecia de esa energía belicosa, esa aficion al combate y al peligro que ordinariamente forma en el vascongado extraño consorcio con el amor al hogar y la práctica de las virtudes domésticas. Yendo soldado, á falta de una bala, le hubiese matado la desesperacion, la repugnancia, el horror á las escenas de violencia y derramamiento de sangre. Su madre le conocia bien, y pensaba en el medio de librarle de este doble peligro. Un pariente suyo tenia en Madrid, calle de Toledo, un comercio de ferretería, en que se ocupaban varios dependientes; allí habia un puesto para el jóven Antonio; pero era necesario que se apresurase á ocuparle para que no se le incluyese en la próxima recluta y se viese obligado á pasar á las filas carlistas. Sus padres le proveyeron á toda prisa del hatillo que contenia su mejor ropa, le aconsejaron y besaron, y Antonio partió.

Han pasado muchos años desde entónces, pero aún no puede Trueba pensar en aquella primera vicisitud de su vida sin que los ojos se le arrasen en lágrimas. Al profundo amor que sienten todos los hijos de las montañas por la tierra natal, se unia en él una delicadeza de sentimientos, una propension á la emocion, que debian hacer aquel sacrificio doblemente doloroso. Se puso en camino en uno de aquellos anchos carruajes llamados *galeras*, cubiertos con un toldo de lona sostenido por arcos, donde entónces viajaban mezcladas y sobre mullidos las gentes demasiado pobres para viajar más cómoda y aceleradamente.

En Madrid le esperaban padecimientos aún mayores. Carecia de aficion y aptitud para el comercio, nada tenia de comerciante, y por añadidura, apénas llegó, á pesar de su parentesco con el principal, se le encargó en la casa de ocupaciones tan pesadas como repugnantes. Saturado aún de las dulzuras de la vida de familia, se encontró objeto de las bromas de sus compañeros; así no tardó en tomar horror á aquel triste y frio almacen de la calle de Toledo. Por otra parte, Madrid le disgustaba con su clima pérfido, tan pronto abrasador como glacial, su agitacion febril, sus casas altas y amontonadas, su campiña desolada, árida y cruzada de carreteras donde el viento levanta torbellinos de polvo.

Felizmente dos cosas le salvaron de la nostalgia: el trabajo y la poesía. La educacion de Trueba habia sido la de los demas muchachos de su aldea. Aquellos hon-

rados y rústicos labradores, obligados á arrancar el pan de cada dia de un suelo difícil de cultivar, no tienen tiempo ni ambicion de ser sabios; algunos libros religiosos, como el *Año cristiano* ó el *Catecismo* del P. Astete, la historia del inmortal *Don Quijote*, y los *Fueros* de Vizcaya, hé aquí, sobre poco más ó ménos, lo que constituye el fondo de la biblioteca de una familia vizcaina. Por más que le hubiese tocado comenzar entre gentes que honraban poco al trabajo intelectual, Trueba comprendió fácilmente lo que necesitaba. Emprendió la tarea valerosamente, con todo el ardor juvenil, abrumándose de vigilias y privaciones, consagrando á los libros lo mejor de sus solaces, y lo más positivo de sus economías. Cierto que sus esfuerzos no bastaban á llenar por completo el vacío de su primera instruccion, porque necesitaba, como vulgarmente se dice, ir á escape, siquiera sus conocimientos no traspasasen los límites bastante restringidos de la historia y la literatura nacional; pero tambien era cierto que no necesitaba ciencia para comprender la naturaleza y beber en ella la inspiracion.

En España, como en Grecia é Italia, todos hacen versos: en esos países meridionales donde abundan los caracteres entusiastas y las imaginaciones ardientes, la *lengua de los dioses* es verdaderamente lengua vulgar: artesanos, soldados, labradores, todos se solazan cantando sus penas y alegrías, sus amores y sus odios; todos cuentan en voz alta *la historia de su corazon*. Es verdad que la lengua castellana se presta admirablemente

á ese género de ejercicio; es rica, armoniosa, dócil á la inversion, llena de expresiones, giros é imágenes poéticas; ademas, su prosodia es poco exigente: la rima no viene á cada instante, como en nuestra lengua, á embarazar el curso de la frase y oprimir el pensamiento; los versos conciertan por medio de simples asonancias, y en ellos se permite lo que se llama licencia poética. Claro es que aquí se trata de la poesía sencilla, familiar, de uso continuo, verdaderamente popular. En cuanto á la forma que esta poesía adopta con más frecuencia, es la de la estrofa de cuatro versos que se llama *copla*, y que, como su nombre indica, es propia para ser cantada. A veces el pensamiento, subdividiéndose en várias estrofas, se dilata hasta formar una verdadera cancion; coplas ó canciones, nada de esto se escribe ó compone meditadamente. El poeta habla por inspiracion, y sus versos, más ó ménos alterados por la memoria ó el capricho del auditorio, van en lo sucesivo á correr de boca en boca. Nada de pretensiones literarias en estos trovadores del pueblo; la expresion los vende con frecuencia, y la sintáxis les es desconocida; pero en cambio, mucho color en sus versos, sentimiento, gracia, y más aún verbosidad y placidez. Trueba cita á este propósito á un tio suyo, «el más célebre de los cantadores montellaneses, conocido por el apodo de Vasco, y tan diestro en componer CANTAS, que se dice pasaba horas enteras hablando en verso». «Me parece, añade, que le estoy viendo, con sus zapatos de hebilla, sus polainas,

calzon y chaqueta negros, su chaleco de tripe azul, su ceñidor morado, su sombrero de alas levantadas por detras é inclinadas por delante, y su coleta gris peinada con mucho esmero; me parece que le estoy viendo en los nocedales de Carral, á la vuelta de la romería de Béci, haciendo desternillar de risa con sus cantas á la alegre multitud que le rodeaba.»

Trueba es ciertamente de la raza de los trovadores populares: quizá tan desenfadado como ellos, aunque ménos exuberante, tiene la nota de la emocion en la voz, y hay en su inspiracion una ternura que sólo á él pertenece. Ademas de proceder siempre su inspiracion de los sentimientos más nobles y elevados, parece naturalmente inclinado á la tristeza, y su poesía, como su pensamiento, llevan siempre un tinte de dulce melancolía. Aún no salido de la infancia, ya gusta de componer versos á solas, lo que en la aldea no deja de causar admiracion.

—¿Quién te ha enseñado á cantar?
me preguntan todos.—Nadie;
yo canto porque Dios quiere,
yo canto como las aves (1).

A veces hasta no faltaba quien acudiese á su jóven musa en demanda de versos; pero dejemos que él mismo evoque sus recuerdos.»

(1) Introduccion al *Libro de los cantares.*



Mr. Lande traduce aquí, con perfecto conocimiento de nuestro idioma, parte del Prólogo del *Libro de los cantares*, que ha merecido igual honra de muchos escritores extranjeros, y continúa:

«Cuando Trueba se encontró solo en aquella gran poblacion de Madrid, no olvidó la poesía, que habia embellecido su infancia. Cuando su cabeza estaba fatigada por el trabajo, pensando en su país que era su sueño perpetuo, iba á buscar en el campo un rinconcillo más favorecido que otros, donde pudiese encontrar aire, sombra, cantos de pájaros, y allí, conforme paseaba, componia versos; gustaba de mezclarse á la vuelta con las gentes del pueblo; observaba los caracteres, escuchaba las conversaciones. Despues de pasar tres años en casa de su tio, entró, tambien como dependiente, en otro establecimiento del mismo ramo; pero contrariedades comerciales de la nueva casa le movieron á dejar el comercio despues de haberse ocupado en él cerca de diez años. Hacía tiempo que se sentia atormentado por la necesidad de escribir; habia estudiado la gramática y la lengua, y no le faltaban ideas; así pues, se lanzó á la literatura. Es inútil decir que, siendo pobre y desconocido, el principio de sus tareas fué penoso, y vió dias muy tristes; pero le sobraba la energía, la fuerza de voluntad peculiar á los hombres de las montañas. Léjos de desanimarse, trabajó dia y noche para darse á cono-

cer, escribiendo donde quiera que se le ofrecia ocasion; y al fin en 1852, cuando contaba treinta años de edad, publicó su primer volúmen, *El libro de los cantares.*

Este libro comprende un número considerable de composiciones; algunas provienen de ensayos anteriores, pero no obstante, es fácil conocer el vínculo que las une á todas. Ante todo, manifiestan en su giro sencillo y familiar que están escritas para el pueblo. Trueba no se las ha habido nunca más que con gentes de humilde condicion; plácenle sus costumbres, participa de sus gustos, y busca en estas gentes quien le comprenda (1). «No busqueis, dice, en este libro erudicion ni arte; buscad recuerdos y corazon, y nada más... ¿Qué entiendo yo de griego ni de latin, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas, del pueblo hon-

(1) En esto exagera un poco el discreto biógrafo, quizá porque yo he dado ocasion á ello con algunas afirmaciones desparramadas en mis escritos. Las gentes que llamamos del pueblo, contra la opinion de Don Alfonso el Sabio, que dice: «Cuidan algunos que pueblo es llamado a gente menuda assi como menestrales e labradores, e esto no es ansí: pueblo es el ayuntamiento de todos los omes comunalmente, de los mayores e de los medianos e de los menores»; las gentes que llamamos del pueblo tienen en todas partes muchos hábitos y costumbres que me son profundamente antipáticas. Si gusto del lenguaje sencillo y popular, es porque deseo ser comprendido á la par por ignorantes y sabios, como el mismo Mr. Lande hace notar más adelante.

rado y sencillo, y entónces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo. En resúmen, he compuesto estos cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.» Acaso el poeta no hace aquí el aprecio debido de su talento; pero diga lo que quiera, el arte no falta en esos poemitas tan vivamente conducidos y tan bien compuestos. Su lenguaje no es el del pueblo; el pueblo no habla habitualmente con esa correccion, ese buen gusto, esa eleccion de palabras y de imágenes; tales versos no son sólo de un improvisador, llevan el sello del escritor; y si el mismo Vasco, el más célebre de los cantadores montellaneses, los hubiera conocido, se hubiera confesado vencido.

Lo que llama la atencion tambien al leer ese libro, es el acento de melancolía que transpira en todos sus cantos; el autor no ha podido ménos de volver más de una vez la vista á la historia de su vida, para exclamar:

Esperanzas de gloria
no realizadas;
amores sin ventura,
promesas falsas,
males de ausencia,
tales fueron las causas
de mi tristeza (1).

Pero esta tristeza nada tiene de sombría y lúgubre,

(1) *El libro de los cantares.*

porque el poeta se consuela con sus cantares, como lo dice él mismo:

Las almas como la mia
hasta el dolor embellecen.
Ven á mi lado, y el arte
que Dios me enseñó te enseñe,
y verás cómo los cielos
más azules te parecen,
más floridas las praderas,
más perfumado el ambiente,
y más hermosa la vida,
y ménos triste la muerte (1).

Tanto el asunto como el metro son variados: á la descripcion de la primavera y de las alegrías que trae consigo sucede la narracion de Juan-soldado, uno de los héroes de la guerra de la Independencia, ó deliciosas escenas de la vida de familia sencillamente bosquejadas. La inspiracion no cambia en el fondo. Trueba ama con igual amor á la naturaleza, á la patria, á la familia, á la religion. Estos cuatro sentimientos confortan su alma y se desbordan hasta de sus versos. Con razon Mr. Antonio de Latour, en sus *Etudes sur l'Espagne*, le compara con nuestro Brizeux, porque participa de la emocion, de las convicciones profundas, del piadoso respeto al hogar y al suelo natal, que caracterizan al poeta breton; su voz, como la de Brizeux, excitada por un soplo in-

(1) *El libro de los cantares.*

terior, se eleva por instantes á la verdadera elocuencia.

El libro de los cantares tuvo gran éxito, y el nombre del jóven poeta corrió muy pronto con sus versos por toda España. No cabia duda de que era una de aquellas obras de que habla el moralista cuando dice: «Libro que hace sentir está hecho de mano maestra». Las tres primeras ediciones se agotaron en poco tiempo; el duque de Montpensier quiso contribuir al coste de la cuarta, la reina Isabel costeó la quinta, y luégo se han ido haciendo otras. Estas distinciones, raras en todo país, bastaban para lisonjear el orgullo del escritor. Es grato ser admitido en la corte y recibido de los príncipes, como dice Boileau; pero gustar al pueblo es tambien muy dulce, y si á Trueba le dieran á escoger, preferiria probablemente á toda otra gloria la de merecer la sencilla aprobacion de las mujeres y los niños, que aún hoy aprenden sus estribillos y repiten donde quiera los versos de *Anton el de los cantares*.

II

Por brillante que fuese este primer triunfo, Trueba no podia esperar que le bastasen para vivir los módicos recursos que proporciona la poesía, áun á los más laboriosos; pero le debia protectores y amigos. Entónces entró en la redaccion de un periódico político que, con el nombre de *La Correspondencia de España*, debia ser muy

pronto uno de los que más circulasen en el país (1). Al mismo tiempo escribia en prosa, y aunque nunca haya abandonado por completo el cultivo de la poesía, más bien como prosista que como poeta ha continuado por la senda literaria. Los *Cuentos de color de rosa* aparecieron en 1859. Este libro, lleno de dulce interes y dedicado á la jóven esposa del autor, justificaba doblemente su título. Trueba acababa de casarse; comenzaba casi á ser célebre; despues de más de veinte años de ausencia, esperaba volver á ver á su país natal, á su anciano padre, á sus amigos de la infancia; era jóven aún, tenia valor, y lleno de gozo y con el corazon abierto á la esperanza, saludaba al porvenir.

A los *Cuentos de color de rosa* siguieron otros volúmenes del mismo género: *Cuentos campesinos*, *Cuentos populares*, *Cuentos de vivos y muertos*, *Cuentos de varios colores*. Conviene no equivocarse en cuanto á la significacion de la palabra cuento, que en castellano tiene mucha más extension que en nuestra lengua; sirve para designar en general toda clase de narracion corta y familiar, cual-

(1) Allí permanecí nueve años, encontrando el periódico con una tirada de ciento veinte ejemplares autográficos, y dejándole con una tirada de veinte y cinco mil tipográficos. De la buena voluntad con que trabajé da testimonio una carta con que el director y propietario del periódico me obsequió al trasladarme á Vizcaya, diciéndome que siempre estaria mi plaza vacante, por si yo la necesitaba. Dios ha dado al periódico tanta prosperidad como me ha negado á mí.

quiera que sea el asunto, verosímil ó fantástico, imaginario ó real. Así es que Trueba oyó muchos de sus cuentos cuando era niño; lo sobrenatural desempeña en ellos un gran papel, y la idea es fabulosa; en Francia, en Italia, en Alemania circulan estos mismos cuentos con algunas variantes. Añádase á esto una multitud de leyendas puramente locales, de tradiciones relacionadas con la historia del país, y se tendrá una idea de la riqueza de que Trueba ha dispuesto á manos llenas. Ya es un vecino muy decidor que por la noche, cuando toda la familia está reunida junto al fuego, hace pasar sin sentir las largas veladas con sus relatos; ya es la abuela que, rodeada de cabecitas curiosas, habla á los nietecillos de mil cosas de otro tiempo, y arrastra al país de los sueños aquellas jóvenes imaginaciones. «A la puerta de nuestra casa, dice Trueba, habia un hermoso emparrado donde, en las apacibles tardes de primavera, mi abuela, que en paz descanse, nos contaba á mi hermano y á mí cuentos muy lindos, hila que hila su copo, porque decia la buena señora, y decia muy bien: «Más vale que estos enemigos malos estén aquí entretenidos con mi charla, que no trepando por los nogales y los cerezos, destrozándose la ropa.» Más tarde, Trueba, convertido en escritor, ha hecho un estudio muy especial de los cuentos populares: aquí y allá, en los caminos, andando á pié, viajando en diligencia, deteniéndose en las caserías, haciendo hablar á las mujeres, preguntando á los niños, ha recogido una multitud de leyendas inéditas que han

completado su coleccion (1). En muchos casos el fondo de la narracion es exclusivamente suyo; á veces sigue sólo su propia inspiracion inventando todas las escenas de su drama. Lo más frecuente es, áun en este último caso, que recurra á sus recuerdos y se contente con tratar de hechos que él mismo ha presenciado; estos últimos *cuentos* debieran más bien llamarse novelas, y acaso no son entre todos los de su autor ni los ménos interesantes ni los contados con ménos maestría.

Sin embargo, los unos y los otros tienen siempre en la forma un punto de analogía, que es la forma popular. Hace algunos años ya que en la mayor parte de los países de Europa se buscan activamente las fábulas, los cuentos de hadas y otros documentos dispersos de la imaginacion del pueblo. Ofrecen en efecto al hombre estudioso campo fecundo de curiosas observaciones sobre el carácter y el espíritu de las razas en las diversas épocas; pero dos medios se ofrecen desde luégo para llevar á cabo este trabajo. ¿Se debe, por escrúpulo de erudicion, contentar el que se ocupa en él con transcribir lo que le dictan, y para no disminuir el interes del texto, trasladarle fielmente, tal como se ha recogido de boca del narrador iliterato? Ó, por el contrario, ¿conviene no ver en la narracion popular más que un simple apunte, sin nada de definitivo, que se puede retocar con toda li-

(1) Al escribir esta nota estoy preparando la publicacion de mi octavo tomo de cuentos.

bertad en nombre de la sintáxis y el buen gusto? Trueba se ha pronunciado por esto último, y deja á otros la ambicion de suministrar la ciencia, contentándose por su parte con dar á las narraciones, que eran informes y descosidas, un poco más de verosimilitud y correccion. Siempre, y áun cuando escribe por su propia cuenta, se esfuerza en conservar ese estilo sencillo y uniforme, esas locuciones rápidas, esos idiotismos, más expresivos que elevados, con que el pueblo español hace perceptibles las ideas más abstractas y explica las cosas más intrincadas. ¿Quiere esto decir que no espera ser leido más que de gentes humildes? Seguramente no, porque como él dice muy bien, en la vida ordinaria, así grandes como chicos, así ricos como pobres, usamos todos un mismo lenguaje, el lenguaje familiar, que es el popular. Así pues, dirigirse al pueblo es tanto como hacerse entender de todos, y el género literario que imita el fondo y la forma, el sentimiento y la expresion popular, lleva en sí la mejor garantía de éxito.

El mayor peligro que ofrece lo familiar y sencillo, es el de incurrir en lo vulgar. Trueba ha incurrido alguna que otra vez usando tal ó cual modismo ó exclamacion trivial que sin dificultad hubiera podido dejar para los que se sirven de ella; pero debemos apresurarnos á añadir que estos leves defectos de expresion nunca son extensivos al pensamiento. Lo que tienen de comun los cuentos de Trueba con la poesía del mismo autor, es la inspiracion siempre pura y elevada; en ellos se encuen-

tran los mismos escrúpulos honrados, la misma delicadeza de sentimiento, la misma eleccion de asuntos, la misma moral amable y consoladora, basada en la esperanza y la resignacion. «Siempre se muestra adversario de esa literatura pesimista que se complace en presentar el mundo como un desierto sin límites donde no nace una flor, y la vida como una noche sin fin donde no brilla una estrella; siempre glorifica el bien y la virtud.» Esto decia Trueba en el Prólogo de sus primeros cuentos. Más tarde el horizonte se oscureció á sus ojos; los desengaños y las privaciones pusieron á prueba al escritor; pero éste ha conservado inalterables su valor y su fe. Trueba exclama con verdadera elocuencia, aludiendo á los ásperos caminos que serpentean por sus queridas montañas: «No hay para mí camino triste ni penoso, llámese camino de la aldea ó camino de la vida: al fin del primero está el hogar de mi infancia; al fin del segundo está el cielo, y al fin de los dos me esperan amigos muy queridos».

Algunas de las escenas que nos ofrece Trueba, por ejemplo, las de los *Cuentos campesinos*, pasan en Castilla, á las mismas puertas de Madrid; pero el teatro por él preferido es Vizcaya, ó más bien un rincon de Vizcaya, las Encartaciones, que son la comarca donde nació y se crió. En otro tiempo se habló allí únicamente la lengua vascongada, como lo atestiguan la tradicion, los apellidos y la mayor parte de los nombres geográficos. Al fin, y por efecto de las constantes relaciones de los encarta-

dos con sus vecinos los de Castilla la Vieja, prevaleció en las Encartaciones la lengua castellana. Esto explica cómo Trueba figura entre los escritores castellanos. Por lo demas, los encartados no se diferencian de sus compatriotas del resto del Señorío. El mismo tipo vascongado, à la par gallardo y fuerte, de nariz aguileña, de mirada inteligente y dulce, de frente despejada, de rostro ovalado y un poco deprimido por el extremo inferior, de tez sonrosada, de elevada estatura, y de musculatura vigorosa y fuerte; la misma severidad de costumbres, el mismo infatigable ardor para el trabajo, el mismo valor indomable, el mismo patriotismo exaltado é intransigente. Las Encartaciones, cuya poblacion es aproximadamente de quince mil almas (1), fueron el corazon de aquella heroica Cantabria donde unos pobres montañeses contrastaron las fuerzas del inmenso imperio romano. En todos tiempos han honrado la historia de Vizcaya con nombres y cosas ilustres, y hoy mismo, haciendo causa comun con las provincias sublevadas, luchan con ciega energía contra el gobierno de Madrid. No hay país más á propósito á la vez para la resistencia y para la vida rústica y el trabajo pacífico. En sus montañas brotan muchos manantiales que, descendiendo á

(1) Hoy pasa de veinte mil. Mr. Lande ha tenido presentes las primeras ediciones de mis primeras obras, que en este punto y otros contienen datos y apreciaciones inexactas que he rectificado posteriormente con motivo de haber vuelto á residir en Vizcaya, y haber estudiado mejor las cosas de aquel país.



los valles, forman cinco rios bastante caudalosos, que desembocan en el mar á corta distancia de su orígen. Divídese su territorio en quince valles ó concejos, y su circunferencia no pasa de veinte leguas. Aunque predominan en él las montañas quebradas y pedregosas, hay terrenos fértiles y generalmente bien cultivados. En los montes abundan los robles, las hayas, las encinas y los castaños, cuya madera se emplea en diferentes usos, y es uno de los mejores recursos del país; en los valles abundan los árboles frutales, como los cerezos, los nogales, los manzanos, los ciroleros y otros; las viñas se extienden por las faldas de las montañas y collados, y producen un vinillo llamado chacolí, de sabor muy agradable. Las cosechas consisten principalmente en maíz, trigo y legumbres. Por último, abundan las canteras de mármoles, de piedra caliza, y las minas de hierro, de cobre y de plomo. Ya en tiempo de los romanos se explotaban algunas de estas minas, y particularmente las de la famosa montaña de Triano, inmenso banco de hierro cuya riqueza encareció el naturalista Plinio, y que aún suministra á la industria cada año más de ochocientos mil quintales de mineral (1). Antes de la guerra actual, hermosas carreteras, admirable-

(1) Este dato, que podia ser exacto hace algunos años, no lo es hoy; se acerca á un millon de toneladas la vena de hierro que anualmente se exporta de Vizcaya, y la exportacion se triplicará ántes de un año, una vez obtenida la paz.

mente conservadas por la administracion foral, satisfacian las necesidades del comercio, y los torrentes que descendian á los valles daban movimiento á multitud de molinos y ferrerías.

Tal es la comarca pintoresca y hermosa adonde nos transporta Trueba. La accion es de por sí de las más sencillas, carece de grandes enredos y peripecias: la constituyen sencillas historias de amor y modestas escenas de la vida de familia, tal cual se puede desarrollar en el fondo de una aldeita ignorada; pero el autor se complace en seguir á sus personajes en todos los pormenores de la vida, de la vida de honrados labradores, de cuyas apacibles alegrías hubiera él querido participar. Levántase muy temprano, da una vuelta por el establo, se complace en contemplar á los bueyes y la mula, acaricia al pasar al perro de la casa, está al corriente de las labores, habla como inteligente de la siembra, ó da su voto sobre la próxima cosecha; al volver á casa al anochecer, dirige una miradita á la cena que preparan las mujeres, saluda á las muchachas que van á la fuente, ó charla con los chicos que traen el ganado del monte ó del prado. Todos estos cuadritos campestres enamoran con su vida y su verdad.

En otro concepto, no carece de interes, como es de suponer, el penetrar siguiendo á tal guía en el interior de esas poblaciones tan curiosas que, en opinion de los lingüistas é historiadores, están habitadas por la raza más antigua y noble de Europa. Es verdad que los vas-

cos han decaido mucho de los tiempos pasados, del tiempo no lejano aún en que los gloriosos cónsules de Bilbao tenian jurisdiccion en todo el litoral cantábrico, «desde Bayona á Bayona», es decir, desde Bayona de Francia á Bayona de Galicia; de dia en dia aparecen más restringidos, ménos numerosos; incesantemente batidos por las olas de las revoluciones políticas y sociales, como las rocas de sus riberas por las olas del mar enfurecido, están destinados á desaparecer muy pronto; y un sagaz escritor, hablando de su decadencia, en esta misma *Revista*, ha podido con razon calificarlos de *un pueblo que se va* (1). Al ménos habrán conservado hasta su último momento, con su lengua singular que no tiene relacion con ninguna conocida, un carácter y una fisonomía especiales.

(1) Véase en la *Revista* de 15 de Marzo de 1867, el estudio de Mr. Eliseo Reclus, titulado *Les Basques, un peuple qui s'en va.* Permítame el ilustrado Mr. Lande decirle que Mr. Reclus exageró desmesuradamente la decadencia de los vascos. Ese pueblo modificará su fisonomía exterior, y realmente la modifica segun ha hecho en todos los tiempos, adaptándola á las necesidades y conveniencias de la época, como sucedió con motivo de la invasion sarracena y el descubrimiento de América, en que los vascos aparecen siempre en primer término en la gran epopeya de la Reconquista y en la no ménos gloriosa del descubrimiento, colonizacion y civilizacion de nuevos continentes; pero el fondo, la fisonomía interior y esencial de ese pueblo no varió ni variará en muchos siglos. Diga lo que quiera Mr. Reclus, el pueblo vasco no es un pueblo *que se va:* por el contrario, es un pueblo que se afirma.

Lo que principalmente los distingue es el ardor de su fe, una fe sencilla, inquebrantable, que no admite discusion ni temperamento. Parécele que en sus alturas el hombre se siente más cerca de Dios, y se ve irresistiblemente impulsado á elevar á Dios su pensamiento. Un cantar vascongado dice:

Madre, quiero que me cases
en los montes de Vizcaya,
que en los montes está el cielo
más cerca que en tierra llana.

El campesino vasco es profundamente religioso; descansa el domingo y los dias de precepto, tiene sus santos preferidos, y se complace como un niño en las pompas religiosas. De aquí procede la influencia que ejerce el clero en las tres Provincias Vascongadas, influencia quizas exagerada, ó que de todos modos no ha sido siempre beneficiosa. Otro sentimiento no ménos profundo ocupa el alma de aquellos montañeses: el amor al suelo natal; pero el vasco, por muy adherido que esté á su casería y sus valles, no por eso es ménos atrevido, emprendedor y animoso; cuando encuentra su puesto demasiado estrecho entre sus hermanos en el hogar paterno, no vacila en expatriarse. No irá á establecerse en las provincias del interior de España, donde no obstante se encuentran desiertos tan fértiles como en el Nuevo-Mundo, pero donde perderia el beneficio de sus fueros,

es decir, la exencion de contribuciones y quintas (1). Trasládase á Méjico, al Brasil, al Perú, á Buenos-Aires ó Montevideo, y allí procura hacer fortuna. Cada año se embarcan con aquel destino más de mil jóvenes en Burdeos, en Bayona ó en los puertos de la costa cantábrica; pero nunca olvidan á su patria. Donde quiera que los vascos se encuentran, ricos ó pobres, jóvenes ó viejos, su mayor placer es reunirse para hablar la noble lengua de los *euscaldunac*, vestir el traje nacional y oir en el tamboril alguna sonata de su patria. Transcurridos diez, veinte años de ausencia, cuando se cree bastante rico, el vasco se apresura á realizar sus haberes y á volver á su país. No se le hable de las ciudades ni del bienestar que se goza en ellas; á toda otra residencia prefiere aún el rinconcillo donde nació; una vez instalado en él, como con todo su dinero no podria adquirir nuevas propiedades territoriales, porque allí cada familia conserva religiosamente las tres ó cuatro fanegas de

(1) Hay en esto error, ó cuando ménos inexactitud que se comprende en un extranjero, por ilustrado que sea, cuando mayores errores aún vemos todos los dias en algunos periódicos españoles, al tratarse de los vascongados: éstos pagan en su tierra contribuciones tan grandes como en la suya los demas españoles; y en cuanto á las quintas, no se les comprende en ellas cuando emigran al interior de España, no porque sean vascongados, sino por la sencilla razon de que todo español levanta las cargas públicas sólo en el pueblo donde tiene casa abierta, ó la tienen sus padres de quienes depende.

tierra que posee, levanta un palacio en el solar paterno; este palacio no pasa generalmente de una casa mayor y más sólida que las demas y pintada exteriormente. Al mismo tiempo se complace en fundaciones piadosas ó benéficas, tales como una ermita, una escuela ó un hospital, y entre tanto participa del género de vida de todos los que le rodean. Los vecinos de la aldea le llaman el Indiano (para el pueblo, América es la India áun despues de los descubrimientos de Cristóbal Colon), y no se encontrará acaso una aldea un poco importante en las Provincias Vascongadas donde no haya alguna familia designada con este nombre. De aquí se colige la parte imprevista que se mezcla con la existencia monotona del aldeano más humilde. ¡Qué sorpresa en la aldea, qué alegría en toda la familia, cuando llega uno de esos audaces colonos de quien acaso durante años enteros no se ha tenido noticia! Tambien en las narraciones de Trueba ocupa un puesto preferente el indiano, cuyo papel en ellas viene á ser el que desempeñaba en otro tiempo en nuestras comedias el tio en Indias. Viene á ser el *Deux ex machina;* llega en el momento oportuno con el oro á manos llenas, con el oro que se hace estimar en mucho hasta en las comarcas de costumbres patriarcales; y el indiano remedia la pobreza, dota á sus sobrinas, hace olvidar la pérdida de la cosecha, y, gracias á él, todos están contentos.

A pesar de esto y á pesar tambien de sus esfuerzos, no todos los que van á América hacen fortuna. Apénas

llegan, el clima de los trópicos y el vómito ó fiebre amarilla causan terribles estragos entre ellos. Aunque se salven de las enfermedades, ¡cuántos trabajan toda su vida, sin poder reunir nunca la pequeña cantidad que les hubiera bastado para regresar á Europa, y acaban tristemente en el lejano destierro! Esto basta para que Trueba, que por otra parte no es aficionado á la aventura, no vea con buenos ojos á la hermosa juventud de su patria atravesar el Océano (1). Hasta la mar, cuyas olas traidoras vienen á acariciar la ribera invitando á la juventud á abandonar la patria, excita la indignacion de Trueba, que la maldice con todo su corazon.

«Nací, dice, y pasé la niñez cerca de la mar, y á pesar de que me encariño profundamente con todo lo que

(1) Yo no repruebo en absoluto la emigracion á América, pero sí la repruebo con toda mi alma cuando se verifica con las malísimas condiciones con que la emprende la muchedumbre de jóvenes, particularmente de Galicia, seducidos por una especie de *enganchadores* que los gobiernos americanos pagan en todo el litoral cantábrico. Siento que las necesidades de mi vida privada apénas me permitan ocupacion que no se encamine directamente á satisfacerlas, porque de no ser así, mi vida casi entera se consagraria á contrarestar por medio de mis escritos la funesta propaganda que hacen los llamados agentes de inmigracion, auxiliados por la ignorancia y sencillez de las gentes entre quienes la ejercen. El dia que yo hiciese circular en castellano y vascuence medio millon de ejemplares de una hoja de papel impreso, escrita como yo la concibo, tendrian que mudar de oficio los susodichos enganchadores.

me rodea, con las personas á quienes trato, con la casa en que habito, con los árboles que me dan sombra, con los pájaros que me dan música, con el arroyo que me da murmurios, con los montes y la vega que contemplo desde mi ventana, y hasta con el sol que me quema y el frio que me entumece; á pesar, repito, de que me encariño con todo esto, no he podido nunca encariñarme con la mar.

»Era yo muy niño, y allá por el hondo valle que separa á mi aldea de la mar llegaban á mi pacífica aldea prolongados y sordos bramidos que me hacian estremecer y refugiar en el regazo de mi madre.

—¡Santa Vírgen de Begoña,—exclamaba mi madre con lágrimas en los ojos,—no desampares á los pobres navegantes que cruzan esos mares traidores!

»Y esta piadosa imprecacion quedaba grabada en mi memoria, y en la confusion de mis ideas, la idea de la mar se asemejaba á la de los grandes azotes de la humanidad.

»Y luégo tú ¡oh mar! no eres mi patria: eres un vagabundo extranjero que llegas á nuestras risueñas y pacíficas montañas con la soberbia de aquellos otros extranjeros que llegaron acaudillados por los Césares y Agrípas, y, como tú, vieron quebrantado su poder en nuestras rocas, y sólo consiguieron, como tú, penetrar en algunos de nuestros hermosos valles.

»Si un dia la desventura me arroja á las soledades del Océano, compadecedme, hermanos mios, y compa-

deced, como yo compadezco, á los que vagan por ellas!»

Al lado de estas páginas llenas de emocion, se encontrarán otras escritas en tono festivo y sereno. No es necesario haber hecho un largo estudio de la literatura popular para saber toda la malicia que se suele esconder en sus apólogos. El pueblo, que es un niño grande, gusta mucho de reir á costa ajena. Véasele entre nosotros, en nuestras historietas y misterios, vengándose de sus trabajos y privaciones, divirtiéndose á costa de todos, así de las autoridades de la tierra como de los santos del cielo; con tal que pueda reir, está contento y casi satisfecho. Aunque en España el genio se ha visto por mucho tiempo oprimido por el terror de la Inquisicion y del gobierno absoluto, esta tendencia del genio popular, hábilmente utilizada por Trueba, se revela en más de un concepto. El príncipe y sus ministros, el mismo clero, no se libran de la sátira popular; los jueces, los alcaldes, los médicos, todos llevan su merecido ó inmerecido. En cuanto á los personajes celestes, el apóstol San Pedro es el que más chanzonetas excita; su calvicie, su humildad de espíritu, las debilidades de que habla el Evangelio, todo, hasta el oficio de portero que le ha tocado en el otro mundo, contribuye á hacer de él un personaje cómico y casi bufo. Hay muchas ocasiones en que el pueblo español la emprende consigo mismo, y se rie benévolamente de sus propios defectos; con aquel rústico buen sentido que caracterizaba á Sancho Panza, sabe en la ocasion oportuna devolver la pelota. Cuando se

trata de la sátira moral, más de un dardo se dirige, como es justo, á las mujeres.

«Cuando Cristo andaba por el mundo sanando enfermos y resucitando muertos, una buena mujer le salió al encuentro, llorando como una Magdalena, y tirándole de la capa, le dijo:

—Señor, haga usted el favor de venir á resucitar á mi marido, que se ha muerto.

—No me puedo detener,—le respondió el Señor,—porque voy á hacer un milagro de padre y muy señor mio, que es encontrar una buena madre de familia entre todas las mujeres aficionadas á toros; pero todo se andará si la burra no se pára. Lo que yo puedo hacer es que se te meta en la cabeza que tu marido ha de resucitar, y tu marido resucitará.

»En efecto, á la buena mujer se le metió en la cabeza que habia de resucitar su marido, y su marido resucitó; porque ni los muertos pueden resistir la voluntad de las mujeres.»

En este terreno es fácil resbalar, y parece que por él se va á esas alegres fabulillas, á esas historias picarescas de que gustaba el antiguo espíritu galo; pero Trueba sabe detenerse á tiempo. No dirémos que sus narraciones tengan todas el mismo valor y ofrezcan el mismo interes, porque algunas hay tan sencillas que rayan en lo pueril, y no merecian el trabajo de recogerse, y otras exigian que se las tratase más filosóficamente; pero nunca ha procurado hacer efecto á costa de la mo-

ral. Sólo una vez faltó Trueba á este principio capital. Era jóven, y se ocupaba en sus primeros trabajos literarios, componiendo *El libro de los cantares.* El editor, para despertar más la curiosidad del público, le pidió que compusiese algunos picantes, y en efecto, los compuso; pero al ir á hacerse la segunda edicion del libro, se apresuró á suprimirlos, y desde entónces ni una frase ni una palabra ha salido de su pluma que pueda prestarse al equívoco libre. Hasta en esto permanece fiel al carácter de su raza. ¿Podrá creerse que la lengua vascongada carece de toda expresion deshonesta? La blasfemia es en ella desconocida; y hoy mismo, en que las costumbres se han alterado algun tanto en las cercanías de las ciudades, cuando un vascongado se sirve de un término grosero, tiene que tomarle de la lengua castellana. Léjos nuestro narrador de hacer estos préstamos, siente que la lengua castellana no haya imitado la casta reserva de la eúscara.

III

Hacía veinticinco años que Trueba residia en Madrid; sus cuentos habian tenido tanta fortuna como sus poesías; las ediciones se multiplicaban en España, y las traducciones en el extranjero, en Inglaterra, en Alemania, y hasta en Rusia; gracias á él, los vascongados despertaban en todas partes nuevas simpatías: cuanto más se los conocia, más se los estimaba. Lisonjeados en su

amor propio nacional, sus compatriotas quisieron darle un testimonio de gratitud, al mismo tiempo que utilizaban su talento, y en 1862, reunidos los representantes de todas las repúblicas de Vizcaya en Junta general so el árbol de Guernica, Antonio de Trueba fué solemnemente aclamado archivero y cronista, con el sueldo anual de diez y ocho mil reales (1). Como es sabido, ántes de la última guerra, las tres Provincias Vascongadas enviaban diputados á las Córtes como las demas de la nacion; pero en virtud de sus antiguos fueros continuaban congregándose los representantes de sus pueblos para tratar de los asuntos interiores de cada provincia. Estas Juntas generales se celebraban desde tiempo inmemorial bajo un árbol designado por la tradicion, el de los alaveses en Arriaga, el de los guipuzcoanos en Guaréquiz y el de los vizcaínos en Guernica. Sólo el árbol de estos últimos se ha conservado hasta nuestros dias, y aún se fechan los acuerdos con la frase de «so el árbol de Guernica», aunque las Juntas sólo se inauguran bajo el árbol, y en vez de continuar allí patriarcalmente como en lo antiguo, se trasladan á un gran salon inme-

(1) El delicado y generoso pensamiento de la Junta general fué, segun me manifestaron los diputados elegidos por ella para el gobierno del Señorío durante el próximo bienio, recompensar mis merecimientos y estimular mis estudios y trabajos literarios sucesivos con una pension decorosa, que me permitiese dedicarme á ellos con la tranquilidad del que no tiene que atender diariamente á las principales necesidades de la vida.

diato construido al efecto, donde continúan. En cuanto al árbol, como naturalmente no puede ser eterno, se le reemplaza cuando muere con uno de sus renuevos que se tiene cuidado de criar á su pié. Cuando cae de viejo, le sustituye el más robusto de sus hijos, y la dinastía continúa así sin interrupcion (1).

La nueva posicion de Trueba ponia á éste en lo sucesivo al abrigo de la necesidad, y ademas le abria un vasto campo de estudio que hasta entónces casi no habia explorado. La Historia general del Muy Noble y Muy Leal Señorío de Vizcaya aún estaba por escribir. Trueba concibió el proyecto de elevar este monumento á la gloria de su país, é inmediatamente se dedicó á reunir materiales para ello. La empresa era difícil y reclamaba tiempo. Allí, como en todas partes, el campesino en general cura poco de las reliquias de lo pasado, y á esta incuria se debe el que documentos preciosos se pierdan aún en nuestros dias. El ayuntamiento de un pueblo de España hizo arrojar al rio gran cantidad de manuscritos antiguos conservados en su archivo, so pretexto de que estaban escritos en letra «que ya no se entendia». Ademas, en Vizcaya existia no hace aún muchos años la costumbre de aprender á leer los chicos en procesos sacados de las escribanías y archivos, y el mismo True-

(1) El árbol foral que cayó de viejo en 1811 contaba cerca de trescientos años. El actual tiene cerca de ciento, y el que le ha de sustituir no pasa de doce.



ba se acuerda de haber hecho cometas y monteras con papeles que más tarde hubieran sido para él un tesoro.

Miéntras se preparaba á esta gran obra, ya envuelto en el polvo de los archivos y bibliotecas, ya recorriendo montes y valles por vía de observacion y estudio, Trueba escribia, dejándose llevar de la inspiracion del momento, lo que más heria su espíritu. Así se formó el volúmen titulado *Capítulos de un libro.* En este volúmen hay algo de todo: recuerdos de la infancia, narraciones familiares, como las de los libros de cuentos del mismo autor, y páginas más severas, cuyo asunto procede de las crónicas antiguas. Puede calcularse por estas páginas cómo entiende Trueba que debe contar la historia. El estilo es conciso, enérgico, y el interes está hábilmente manejado, aunque acaso alguna vez puedan echarse de ménos en el autor los conocimientos generales necesarios en esta clase de estudios, y el asunto no esté tratado siempre con suficiente elevacion.

Hácia fines del siglo XIII el litoral cantábrico no estaba ménos perturbado que el resto de Europa: las guerras de bandería en que tomaba parte la nobleza dividida en dos bandos contrarios desolaban el país. A pesar de la intervencion y los esfuerzos de los reyes y señores, aquellas guerras en que no se interrumpian el saqueo, el incendio y el degüello, duraron hasta fines del siglo XV, en que la enérgica mano de Isabel la Católica les puso término. Los partidos rivales que predominaban en las Provincias Vascongadas se distinguian

con los nombres de *oñacinos* y *gamboinos*. Uno de los linajes que en las Encartaciones se señalaron más en estas guerras civiles fué el de Salazar, cuya genealogía bosqueja Trueba rápidamente: terribles hombres eran en verdad aquellos batalladores de la Edad Media, siempre preparados para lanzarse desde su torre solariega sobre el vecino y alancearle; valientes como leones, ávidos como lobos, inaccesibles á la fatiga y las dolencias! Uno de ellos, García López de Salazar, llamado Brazo de fierro, muere en el cerco de Algeciras en 1334, á la edad de ciento treinta años, despues de haber engendrado dos hijos legítimos y ciento veinte bastardos. Otro, Juan López, vive hasta los ciento veinte años, sin más ocupacion que la de pelear; un segundo Juan López muere en compañía de un hijo suyo á los ochenta años, empozado por sus enemigos, con los piés atados y una piedra al cuello, y como el rio es poco profundo, saca la cabeza, le hieren los verdugos con sus lanzas, y él insiste en sacar la cabeza, gritándoles: «¡Dad, dad, hijos de cabra, que si como tengo un alma en un cuerpo tuviera cien, no vos podríades vengar de mí, que yo he sido tal en sacar sangre del vuestro linaje, que no lo podríades vengar en otros trescientos tales como yo! ¡Dad cuanto pudiéredes, hijos de cabra!» Por último, el más célebre de todos, Lope García de Salazar, valiente como todos los de su raza, cercado por su hijo, llamado Juan el Moro, á los setenta y dos años, despues de mil grandes hazañas, escribe en 1470, para ahuyentar negras ima-

ginaciones, un libro aún inédito, titulado: *Libro de las buenas andanzas e fortunas*, en que narra los sucesos conocidos de él ó por él presenciados. Esta obra es la primera escrita en castellano que puede consultar la ciencia heráldica y arqueológica.

Ocupándose en estos trabajos históricos, movido de curiosidad muy natural, Trueba tuvo la ocurrencia de averiguar la historia de su linaje. Cierto que cada uno es hijo de sus obras, pero á nadie le disgusta conocer y poder citar en ocasion oportuna la larga serie de sus antepasados. El hecho es aún más natural en un país como Vizcaya, donde las dos terceras partes de los habitantes (1) son nobles y hacen remontar su nobleza al tiempo de las guerras con los mahometanos, y donde en la más humilde aldea se ve hasta en las casas más pobres el escudo de armas que campea en la fachada de piedra, sobre el arco de entrada. Trueba averiguó que, á pesar de la pobreza en que habia nacido, el orígen de su linaje era de los más esclarecidos. La familia y el apellido de Trueba proceden originariamente de una aldeita del mismo nombre que existió en la merindad de Montija (Castilla la Vieja), confinante con la parte occidental de Vizcaya. Esta aldea, hoy despoblada, existia aún á fines del siglo XVI, segun consta de una informacion de nobleza que se conserva en el archivo municipal de

(1) No las dos terceras partes, sino todos los habitantes naturales ó foralmente domiciliados en el país.



Bilbao, é hizo Juan Fernández de Trueba, vecino de Balmaseda y administrador de las rentas de la mar. La casa de Trueba, muy antigua entónces, era patrona y fundadora de la iglesia parroquial del pueblo, y como tal percibia los diezmos de ésta. Una rama de este linaje se habia establecido en las Encartaciones hacía ya siglos, y de ella procede nuestro autor. Es verdad que el que se dedica con demasiada minuciosidad á estas investigaciones genealógicas suele exponerse á descubrimientos bastante singulares, como le sucedió á Trueba. Hojeando el libro inédito del antiguo cronista Lope García de Salazar que hemos citado, se encontró con la sucinta historia de un percance que le sucedió á un don Gonzalo de Trueba en el siglo XIV. Don Gonzalo andaba con otros mal llamados caballeros en los confines de Castilla y Vizcaya desbalijando descaradamente á los pasajeros con pretexto de cobrarles derechos de peaje que decian pertenecerle. La justicia logró apoderarse de él, y le ahorcó del primer árbol que encontró á mano. Hay que convenir en que éstos son títulos de nobleza que llenarian de orgullo á otro que no fuese el sencillo y pacífico autor del *Libro de los cantares*.

Cuando Trueba, tomando á pecho su nuevo título, se ocupaba en revelar los curiosos y sangrientos recuerdos de tiempos lejanos, estaba muy distante de pensar que habian de volver para él los malos dias, y su infortunado país, al cabo de treinta años, se habia de ver por segunda vez, como en el siglo XIV, en tiempo de



los Salazares, los Zurbáran y los Leguizamon, desolado por la guerra civil y los partidos. Nunca las Provincias Vascongadas se habian visto más prósperas y dichosas que entónces: miéntras el resto de España estaba entregado á la anarquía hacía dos años, las provincias del Norte gozaban de paz y se dedicaban al comercio y la industria. Los almacenes de Bilbao estaban atestados de mercancías que los buques extranjeros llevaban poco ménos que de lastre; diversos ferro-carriles ponian en comunicacion las minas con el mar y las rias; levantábanse fábricas y talleres; el humo de los altos hornos oscurecia la atmósfera; á los valles donde brotan las aguas medicinales y á las playas marinas acudia á veranear la poblacion acomodada de Madrid y otros puntos, dejando allí cada año sumas considerables. ¿Cómo los vascongados no han visto dónde estaban á la par su deber y su interes? ¿Por qué exceso de ceguedad han consentido en seguir á los fanáticos y ambiciosos que los arrastraban á la perdicion?

Trueba se habia ocupado siempre muy poco en la política: apénas se encuentran en sus escritos algunas alusiones á la penuria del Erario y al exceso de indulgencia de la noble señora que á la sazon ocupaba el trono (1); algunas bromas más ó ménos maliciosas sobre

(1) Debo declarar aquí que nunca mi pluma ha escrito una palabra que se pueda interpretar como falta de respeto y adhesion á la reina Doña Isabel II ni á su augusta dinastía.

el modo de hacerse las elecciones y sobre la empleomanía, que hoy es una de las plagas de España; algunas palabras sobre los malos gobiernos y los pueblos ingobernables, sobre los hipócritas de Dios y los hipócritas de la libertad, y por último, sobre los que pasan la vida conspirando para coger la sarten del mango; pero todo esto de un modo discreto, rápido, como de paso. Trueba no tiene pretensiones de reformador ni censor; deja para otros los ataques mordaces y las críticas apasionadas, porque no tiene vocacion á la sátira política. En cambio se ha mostrado siempre partidario entusiasta de las libertades forales. Una vez, en 1864, tuvo ocasion de proclamar oficialmente las convicciones de su vida entera. El Señorío congregado so el árbol de Guernica encargó á su cronista la redaccion de un mensaje dirigido á la reina con motivo de los ataques de que habian sido objeto en el Senado aquellas libertades. Este mensaje, que se escribió en pergamino y firmaron los representantes de todas las repúblicas de Vizcaya y los Padres de provincia (1), se entregó solemnemente á la reina cuando esta señora visitaba en 1865 las Provincias Vascongadas; en lenguaje respetuoso, pero firme y enérgico, se pedia en él á la reina que no se atentase á las libertades de Vizcaya, que habian jurado so el árbol de Guernica monarcas tan grandes como los Reyes Católicos,

(1) Que son los que han ejercido el cargo de Diputados generales.

y eran consideradas por los vascongados como su mayor riqueza, su honra y su derecho (1). En el mismo espíritu estaba concebida una Memoria titulada *Bosquejo de la organizacion social de Vizcaya*, que escribió su autor y se remitió al Jurado de nuestra Exposicion universal de 1867, y se publicó más tarde en virtud de acuerdo del Señorío reunido en Junta general. No se necesitó más para que Trueba se hiciese sospechoso á todo un partido. Los habitantes de las Provincias Vascongadas no están todos interesados en la conservacion de los fueros; esta antigua organizacion favorece singularmente á los campesinos, con detrimento de los grandes centros de poblacion; para dar un ejemplo de ello, bastará decir que en las elecciones, el último pueblo tiene el mismo derecho que la opulenta é industriosa Bilbao. Concíbese así que las villas, donde por otra parte el elemento forastero es mucho más considerable, lleven á mal que se abogase por un régimen que á ellas no les origina más que perjuicios, por lo que no desperdician ocasion de pedir la asimilacion de las Pro-

(1) Hasta aquí he traducido con alguna libertad lo relativo al mensaje, porque Mr. Lande narra este hecho histórico con desconocimiento que no es de extrañar en un extranjero, por ilustrado que sea. El director del *Journal des Debats*, Mr. Detroyat, lo es mucho, ha estado en estos últimos tiempos en España, tiene aquí grandes relaciones y amigos, conoce nuestra lengua y literatura, y sin embargo su periódico se ha singularizado durante la guerra última en disparatar acerca de las cosas vascongadas.

vincias Vascongadas con el resto de España. De aquí el antagonismo cada vez mayor entre las villas y la poblacion rural (1).

(1) He traducido con la fidelidad posible todo lo que média entre la nota precedente y ésta. Mr. Lande, que tan indulgente es para conmigo en todo su trabajo, me perdonará si le digo que es completamente inexacto todo lo que aquí expone, por más que parezca verosímil y lógico á los que juzgan de las cosas vascongadas sin conocerlas más que superficialmente ó por apreciaciones y relatos deliberadamente falsos y hostiles. En las Provincias Vascongadas todos son fueristas, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, su vecindad, su ilustracion y su riqueza, y monsieur Lande se habrá convencido de ello al saber que al visitar el rey Don Alfonso á Bilbao, entre las primeras aclamaciones que ha oido y las primeras inscripciones que ha leido en los arcos triunfales con que se le recibia, figuraba la de «¡Vivan los fueros!» Precisamente la poblacion más ilustrada y rica es la que mayor interes tiene en la conservacion de éstos, porque es dueña de casi toda la riqueza territorial, urbana y fabril. Los *fueros* no han influido para nada en la rebelion carlista, á la que en todo caso habrán favorecido los *contrafueros*, que han sido tan numerosos desde 1839, en que se confirmaron solemnemente, y sobre todo desde 1868 á 1870, en que empezó la rebelion en las Provincias Vascongadas, que á esta última fecha apénas quedaba del código foral más que la portada. Cierto que entre Bilbao y el resto de Vizcaya habia antagonismo sobre representacion en las Juntas generales so el árbol de Guernica, porque la invicta y populosa villa, que realmente tiene títulos muy grandes á la consideracion de todo el país, pretendia obtener en ellas representacion proporcionada al número, la riqueza y la cultura de sus vecinos; y á esta pretension se oponia por sus contradictores: que el fuero, partiendo del

Al estallar la última guerra, así como los campesinos tomaron partido por don Cárlos, las villas le tomaron por los liberales, y como sucede siempre en estos casos, las discordias públicas se envenenaron con los antagonismos privados. Todo aquél en quien se sospechaban simpatías por la causa contraria, era denunciado, injuriado y preso. Trueba residia en Bilbao con su familia; á pesar de su carácter bien conocido, y á pesar de que, casi niño, para no verse obligado á tomar las armas en favor del primer pretendiente, habia tenido que expatriarse y sus padres habian sufrido por ello

principio de que el derecho no se funda en el número ni en la riqueza, hace á todos los pueblos de Vizcaya iguales en derecho; que, teniendo Bilbao sólo un voto como los demas pueblos, vecinos suyos han sido lo ménos la mitad de los que han formado el gobierno universal del Señorío desde que este gobierno se organizó, casi como hoy existe, el año 1500; que la mayor riqueza, la mayor ilustracion y las mayores relaciones que Bilbao tiene, dan á la invicta villa influencia equivalente á la mitad de todos los votos del resto del Señorío; y por último, que si sobre esta legítima y natural influencia se añaden á Bilbao votos, Bilbao monopolizará por completo el gobierno de Vizcaya, inconveniente tanto más grave, á pesar de la generosidad, la cultura, el vizcainismo y el espíritu liberal de aquel admirable pueblo, cuanto que en Bilbao no se eligen los apoderados por el voto directo de todos los vecinos, como sucede en casi todos los demas pueblos de Vizcaya. Si las libertades forales se salvan del naufragio que hoy corren, no seré yo el último que proclame á Bilbao el primero de sus salvadores, y por tanto el más digno de la gratitud y recompensa de Vizcaya.

persecuciones, se vió acusado de hallarse en inteligencias con los carlistas; se le trató de neo-católico, uno de los nombres injuriosos con que se denostaban los partidos; se le citó ante el gobernador, y se le despojó hasta de su cargo, acto completamente arbitrario é ilegal, pues sólo el Señorío congregado en Junta general tiene derecho á nombrar y destituir sus empleados (1).

Muy pronto (2) tuvo que abandonar á Bilbao, que iba á ser sitiado, dejando allí sus papeles y libros, y por segunda vez se vió arrojado de su país por la guerra ci-

(1) Aquí tambien incurre Mr. Lande, por culpa mia que no le di informes tan latos como debiera, en confusiones que debe aclarar el que como yo no tiene más riqueza que su honra. No se me citó ante ninguna autoridad, porque oirme ántes de condenarme hubiera sido concederme lo que se concede hasta á los asesinos más viles. Demasiado sabía la media docena de seudo-liberales que aspiraron á la gloria de arrancar de mis manos el primer pedazo de pan que Vizcaya habia puesto en manos que escriben libros, que yo no era carlista, ni lo habia sido, ni lo podia ser á no perder el juicio ó la vergüenza; pero sabian tambien que sólo calificándome de tal se me podia atropellar, y de tal me calificaron.

(2) No tan pronto, pues aquello fué á fines de Agosto de 1870, y permanecí en Bilbao hasta fines de Agosto de 1873, combatiendo la causa carlista en el libro y en la prensa. Yo era el primer redactor de *El Correo Vascongado,* que con este objeto y el de defender la de Don Alfonso XII, fundó y dirigió mi querido amigo don Sabino de Goicoechea. Aquel periódico tuvo el atrevimiento de proclamar á Don Alfonso XII en plena república y pleno carlismo. Yo, sin aspirar á recompensa alguna personal, anuncié que «Don Alfonso era la paz», y mi profecía se ha cumplido.

vil, y tomó el camino del destierro «andando de espaldas», como él dice, para perder de vista á la tierra natal lo más tarde posible. Se encontraba tan pobre como en su juventud, y aunque era más conocido, tenia una familia á quien mantener. Trueba se resignó valerosamente á volver á su antigua vida de privaciones y angustias, creyendo que si su pluma podia contribuir á restablecer la paz entre hermanos enemigos, todas sus penas le importarian poco. En 1874 apareció *Mari-Santa*, cuadros de un hogar y sus contornos, que tuvo un gran éxito (1). Este libro, con otros dos del mismo género, titulados *Cielo con nubecillas*, y *El gaban y la chaqueta*, publicados algun tiempo ántes, pertenecen, si así puede decirse, al nuevo sistema del autor. No se los puede calificar de verdaderas novelas; Trueba no se adapta á las obras largas; ya se ensayó en ellas en su juventud, y él mismo dice que fué con mediano éxito. En sus últimas obras no procede con arreglo á su antigua costumbre, que eran los trabajos de corta extension: toma una idea general que forma el lazo aparente y como la unidad del libro; pero en realidad sirve de pretexto á multitud de digresiones. Adivínase sin trabajo el objeto de estas digresiones, que es describir el país vascongado y encomiar á sus habitantes recordando su gran-

(1) Por el mismo tiempo salieron á luz las *Narraciones populares*, y escribí un libro titulado *Alrededor de Madrid*, que conserva inédito mi buen amigo el editor don Agustin Jubera.

deza pasada y lamentando sus males presentes (1). No ha faltado en España un crítico que acusase al autor de poca variedad en sus pinturas, de volver hasta la saciedad á los mismos asuntos, diciéndole: «¡Qué! ¿Siempre vallecitos verdes, montañas, torrentes y casitas blancas escondidas entre cerezos y nogales? Eso es mo-

(1) Entre algunos críticos españoles se hizo muy de moda en tiempo no lejano la acusacion de que «se rebelaba contra la crítica» el escritor que osaba tomar la pluma aunque sólo fuese para fin tan sencillo y justo como el que me movió á rectificar la afirmacion de que «*en todas* las composiciones del *Libro de las montañas* sonaban las campanas», haciendo notar respetuosamente al crítico que habia oido campanas sin saber dónde, pues el libro se componia de ciento ocho composiciones, y en más de noventa ni siquiera decian las campanas este badajo es mio. Estoy seguro de que Mr. Lande no ha de decir que me rebelo contra la crítica si me atrevo á exponerle tímidamente una duda que me asalta. Si el pensamiento capital de los tres libros que cita no es más que un pretexto, y todo lo demas se reduce á encomios de mis compatriotas (que por cierto no se hallaban en estado de comprar libros cuando éstos salieron á luz), ¿cómo no duermen aún en las librerías las copiosas ediciones que de ellos se hicieron, en vez de agotarse en pocos meses, como sucedió con la del *Gaban y la chaqueta*? Las novelas largas que escribí en mi juventud fueron caballerescas; y en efecto, he reconocido que no me llamaba Dios por este camino. Aunque es pobre mi inventiva, me parece cosa fácil el idear una novela en que se sucedan sin cesar las peripecias y los acontecimientos más inesperados; pero confieso, aunque se censure mi franqueza, que no tengo aficion á la novela cuyo principal atractivo es el «á ver en qué queda».

notono. ¿A qué viene eso?» A lo que el autor ha contestado con mucha agudeza: «¿Querria usted que sustituyese los cerezos y nogales con naranjos?» En efecto, Vizcaya no se parece á Andalucía; si otros sacan sus libros de la imaginacion, Trueba los saca de lo que conoce y ama (1).

Aunque ha escrito mucho, pues los libros que hemos citado no son más que una parte de sus obras, Trueba es un escritor correcto y castizo. No tiene nada de pretencioso ni afectado, ni eleva nunca el tono; pero hasta en el género familiar se esmera en el estilo y en el respeto á los lectores. El mismo cuidado que pone en la eleccion de asuntos, pone en la eleccion de palabras; gusta de la expresion precisa, como del pensamiento recto, porque hasta esto es para él cuestion de probidad literaria. Procura ser preciso y verdadero hasta en lo más insignificante, y sigue paso á paso á la naturaleza. Él mismo cita un ejemplo de esto muy curioso. «Una crudísima noche del mes de Enero, dice, escribia yo en un piso cuarto de la calle de Lope de Vega, número 32, el cuento que titulé *De patas en el infierno*, y como me ocurriese un detalle que consistia en explicar las alteraciones que experimenta el sonido del agua miéntras

(1) El autor de los reparos críticos á que se alude aquí fué mi amiguísimo don José de Castro y Serrano, cuyo artículo se tradujo y colocó al frente de los *Cuentos de color de rosa* en una hermosa edicion en aleman, hecha en Ausburgo hácia 1862.



ésta hinche un cántaro en la fuente, me encontré con la dificultad de que no habia estudiado nunca estas alteraciones, ni en mi casa habia en aquel instante agua suficiente para estudiarlas. Por la mañana á primera hora habian de ir de la imprenta á recoger el cuento, y me era indispensable dejarle terminado aquella noche. ¿Sabeis lo que hice para salir de mi apuro? A las tres de la madrugada, arrostrando la oscuridad y la lluvia y el viento, fuí á la fuentecilla de la plazuela de Jesus con un cántaro bajo la capa, y pasé allí un cuarto de hora escuchando el sonido del agua que caia en el cántaro.» Entónces sólo se expuso Trueba á coger una pulmonía; pero su gusto por la observacion debia exponerle á peligro más grave. La aventura es muy española y merece ser contada. Trueba se preparaba á escribir el cuento campesino titulado *Las siembras y las cosechas*, y segun su plan, debia describir el amanecer en el campo. Muchas veces habia contemplado este magnífico espectáculo, pero para describirle mejor queria contemplarle y estudiarle de nuevo. Una madrugada, mucho ántes de rayar el alba, acompañado de Luis de Eguílaz, Diego Luque y Eduardo Bustillo, fué à los cerros de Vicálvaro, y cuando estaban haciendo provision de imágenes é impresiones poéticas, se vieron acometidos navaja en mano por unos rateros que los habian creido gente de reloj.

En la vida privada, Trueba es el hombre que hacen adivinar sus obras: dulce, servicial y bueno, por lo que to-

dos le quieren en Madrid. Su exterior es el de un verdadero montañes, alto, fuerte, de maneras un poco torpes, de facciones regulares y sin nada marcadamente expresivo, y va siempre distraido y caviloso; pero bajo este exterior modesto, aquel hombre sencillo é ingenuo oculta un carácter enérgico, y ninguna circunstancia de su vida, por penosa y difícil que haya sido, le ha encontrado inferior á la prueba (1). Hoy le afligen, más que sus propios infortunios, los de su querida patria. Detesta la guerra civil, que llama «guerra de Caínes», y no tiene más que palabras de indignacion contra los que por satisfacer una ambicion culpable, no han reparado en atraer sobre su patria los mayores desastres; pero no puede olvidar que los vascongados son sus compatriotas. Cuando en la prensa madrileña se alza una voz justamente indignada, condenando la ingratitud de las provincias del Norte y reclamando la abolicion de los fueros tan pronto como la guerra termine, Trueba protesta contra ella. Su patriotismo de campanario, bien excusable por otra parte, no le deja ver que la seguridad, el honor mismo de España, exigen el castigo de los rebeldes, y quiere que las tres hermanas conserven sus antiguas franquicias,

(1) Yo no he suministrado á Mr. Lande noticia alguna de mi personalidad física, ni áun enviándole mi retrato fotográfico. Por Paris debe andar algun español que me conoce personalmente, y con sus confidencias al ilustrado escritor frances ha mostrado que me conoce mejor que algunos señores de más acá.

de que no han sabido gozar prudentemente, sin hacer de ellas un arma contra la madre patria.

No cabe la menor duda en que España, es decir, las cuarenta y cinco provincias que reconocen hoy la monarquía de Don Alfonso XII, triunfará pronto, aunque sólo sea por la fuerza numérica. ¿Se renovará entónces el escándalo de Vergara? ¿Se verán libres de toda contribucion y exentos de quintas los que son la causa de que las cargas del Estado se hayan aumentado espantosamente en estos últimos cuatro años, y con la mayor frialdad de corazon han derramado á torrentes sangre española en los campos de batalla? Esto sería preparar allí el gérmen de una nueva rebelion. Las tres Provincias Vascongadas, por culpa suya, van á ser sometidas á la ley. El golpe, por duro que sea, no debe desesperarlas en modo alguno: que acepten francamente su derrota y la paz, y que aprovechen las ventajas de su posicion, los recursos inagotables de su suelo y las viriles virtudes que distinguen á sus habitantes y nadie pone en duda, y no tardarán en contarse entre las comarcas más afortunadas de Europa; el mismo Trueba no tendrá mucho de qué lamentarse si al volver á sus queridas montañas y á sus antiguos trabajos, puede terminar con una dichosa página, en el seno de su país ya tranquilo y próspero, la *Historia de Vizcaya*, que emprendió hace años y se espera aún de él.

L. LUIS LANDE.»

Estoy seguro de que Mr. Lande no ha de llevar á mal que al terminar la traduccion de su estudio me haga cargo de sus últimos párrafos, y diga en público sumariamente lo que en extenso le dije cuando le escribí dándole las gracias por lo que me habia honrado, y acogió con la indulgencia y la modestia propias de los hombres de verdadero mérito. Confieso que renunciaria gustoso la mucha honra que me ha proporcionado la *Revue des Deux Mondes*, con tal de no ver á Mr. Lande apreciando del modo que aprecia la cuestion vasco-navarra. Un escritor extranjero de mucho talento, como lo es Mr. Lande, puede estudiar y juzgar con completo acierto la personalidad y las obras de un escritor tan pequeño como yo, pero no así una cuestion tan compleja, tan oscura, tan extraviada y áun tan calumniada como la cuestion de que aquí se trata. Deberes de prudencia y patriotismo nos han movido hasta aquí á los que en ella nos interesamos más directamente á no colocarla en su verdadero lugar; pero es probable que cuando Mr. Lande reciba este libro esté ya convencido de que la juzgó mal, aunque la juzgase con entera buena fe y con el criterio generalmente admitido en la misma España.

Como ya he dicho en alguna de las anotaciones que preceden, los fueros nada han tenido que ver con la rebelion carlista, y en todo caso lo ha-

brán tenido los contrafueros. Las provincias vasco-navarras no se pueden calificar de rebeldes, porque la representacion de toda provincia son sus autoridades legítimas, y éstas han permanecido fieles en las vasco-navarras. Por razon idéntica no se puede llamar ni se llama rebeldes á las provincias catalanas y valencianas, donde el número de carlistas armados ha sido tan grande como en aquéllas, con la diferencia de que el noventa por ciento de los rebeldes vasco-navarros han sido forzosos, y la totalidad de los de otras provincias han sido voluntarios. Aparte de esto, en cuestiones de esta índole la mayor suma de individuos no constituye mayoría, que la constituye la mayor suma de riqueza, de ilustracion y de sacrificios. En este concepto la mayoría de leales ha sido inmensa en las provincias vasco-navarras, donde casi toda la poblacion rica é ilustrada se ha mantenido leal y ha hecho heroicos sacrificios y esfuerzos por el anonadamiento de la rebelion. Castíguese á los rebeldes, como se ha hecho siempre que han ocurrido en España rebeliones; pero no se castigue á un mismo tiempo á los leales y los rebeldes, como nunca se ha hecho en España, ni se ha hecho en Valencia ni en Cataluña. La supresion de las libertades vascongadas, que son derechos propios y no privilegios, sería castigar á los leales y dejar impunes á los rebeldes. Los rebeldes apé-

nas perderian nada con la abolicion de los fueros, porque apénas tienen que perder. Los que perderian serian los leales de Bilbao, de San Sebastian, de Vitoria, de Pamplona, de Hernani, de todos los pueblos ilustrados y ricos, que son los que lo tienen.

No parece sino que el resto de España está completamente vírgen de toda rebelion, al ver la indignacion y el escándalo universal con que se ha visto el que á las provincias vasco-navarras (que por su situacion geográfica, su topografía y su diseminada poblacion se prestan á esta clase de rebeliones como ninguna otra region de la Península) se propagase la rebelion carlista más de un año despues de aparecer en las provincias del interior, y de verse el país vasco-navarro hacía dos años desamparado de toda proteccion por parte del gobierno central! Treinta años hacía que aquellas provincias, á pesar de que cada dia se habia arrancado una hoja del código de sus libertades, que se tiene la audacia de decir que se habia respetado escrupulosamente, habian dado ejemplo constante de sumision y lealtad al resto de España, hervidero continuo de rebeliones coronadas con el destronamiento de la reina Doña Isabel II, en que no tuvieron parte alguna las provincias vasco-navarras. La rebelion carlista en estas provincias es criminal y digna de castigo,

pero no lo es más que en cualquiera otra parte de España. Las libertades de los vascongados no son como se supone un generoso regalo del resto de la nacion, que se les deba estar echando constantemente en cara para acusarlos de ingratos y suponer que en ellos es crímen imperdonable lo que en el resto de los españoles se considera poco ménos que *peccata minuta* y á veces glorioso: esas libertades son propias y tan legítimas como pueden serlo las de los demas españoles, y el reconocerlas y respetarlas no es gracia, que es sólo estricta justicia. Tristísima gloria sería para la España del siglo XIX el derribar el glorioso y secular árbol de Guernica que las simboliza y ha visto pasar tantas generaciones de tiranos sin que ninguno osara herir su sagrado tronco. Vizcaya decia en 1864 á Doña Isabel II: «No tendrán que decir nuestros hijos: «Ahí estaba el santo árbol »cuyo recuerdo evocan llorando nuestros poetas »y cronistas cuando cantan y narran las glorias »y desventuras de la patria, y nuestras madres de »familia cuando arrullan á sus hijos en la cuna; »á la sombra de aquel árbol se alzaba una tosca »silla de piedra donde los grandes reyes de Cas»tilla se sentaban á recibir el homenaje de Vizca»ya despues de jurar que respetarian y ampara»rian sus libertades; Doña Isabel II, que era su »sucesora, dejó aquí de ser su imitadora, pues

»ella fué quien derribó aquel árbol y aquella silla »bendecidos de sus progenitores y los nuestros!» No, no tendrán que decir esto nuestros hijos». Yo espero que tampoco tendrán que decirlo del augusto sucesor de Doña Isabel II.

En cuanto á mí, aseguro á Mr. Lande que, léjos de resignarme con la gran desventura y la gran iniquidad que anuncia como la cosa más justa y natural del mundo, mi última lágrima sería para llorarla, y mi última palabra para condenarla. Con toda la sinceridad que cabe en mi alma he de añadirle que la abolicion de las libertades vascongadas no me aterra por lo que esas libertades valen, sino porque de su conservacion he esperado para mi país una era de paz y de prosperidad durante el reinado de Don Alfonso XII, como la que gozó durante el reinado de Doña Isabel II, en que, como ya he dicho, las provincias vasco-navarras dieron constante ejemplo de sumision y lealtad al resto de España, donde se sucedieron sin cesar las rebeliones, inclusas las carlistas, que duraron años enteros en Cataluña y el Maestrazgo. Abolir los fueros equivaldria á enarbolar una constante bandera de rebelion á que se acogieran todos los rebeldes, blancos ó negros, sembrando promesas y esperanzas que diesen amargo fruto á la patria.

Cuando el país de Gales perdió sus libertades,

se hizo matar á los bardos para que no las cantaran ni lloraran. En nuestros tiempos no se podria matar á los bardos, y mucho ménos donde cada corazon encerraria uno. Mr. Lande, que me cree capaz de cantar plácidamente al són de las cadenas, puede estar seguro de que mi corazon sería bastante grande para aposentar al más indignado de todos.

Madrid 27 de Marzo de 1876.



INDICE.

	Págs.
A María-Josefa	5
La guerra civil	17
La casualidad	29
El rico y el pobre	49
El pecado natural	83
El fomes peccati	109
Los corretones	155
La viña mágica	207
Rebañaplatos	253
El ama del cura	281
Los exorcizadores	315
Traga-sardinas	335
Apéndice	353



